Nuestras Ideas

En este número:

Antonio PAZ	Sociología de la decadencia
Santiago ALVAREZ	Origen y formación de la nacionalidad gallega
Tomás IMAZ	El liberalismo español (y III)
Discusión	Objeciones y sugerencias a José Navarro
Comentarios	Los veinticinco años del P. S. U. de Cataluña
⇨	**Crítica de libros,**
⇨	**teatro, pintura**

julio 1961

teoría, política, cultura

Revista trimestral

Nuestras Ideas

Revista trimestral

Redacción-Administración : 45, rue S. Denayer. Bruselas - Bélgica

SUMARIO

ENSAYOS Pág

Antonio PAZ: Sociología de la decadencia (Sobre la *Introducción a la Sociología* de Tierno Galván) 5

Santiago ALVAREZ: Origen y formación de la nacionalidad gallega . 26

Tomás IMAZ: El liberalismo español (y III) 51

*

DISCUSION

Mariano ECHEVARRIA: Objeciones y sugerencias a José Navarro . 73

*

COMENTARIOS

Juan PLANELLES: Miguel Servet 85

Gabriel CELAYA: La actualidad de Miguel Hernández 92

Alberto PRATS: Los veinticinco años del P. S. U. de Cataluña . . 95

*

CRITICA

NOVELA:

J. IZCARAY: «Un millón de muertos» de José María Gironella . . 105

Avelino RODRI: «Monólogo de una mujer fría» de Manuel Halcón . 119

Gabriel RUIZ: «La Zanja» de Alfonso Grosso 122

*

TEATRO:

«El tintero» de Carlos Muñíz 126

T. I.: «En la red» de Alfonso Sastre 130

ARTE:

M. A.: La exposición de los 36 134

REVISTAS:

M. ORIOL: Una nueva revista: «Tribuna Socialista» 137

*

ENSAYOS

- **Sociología de la decadencia (Sobre la Introducción a la Sociología de Tierno Galván)**

  Antonio PAZ

- **Origen y formación de la nacionalidad gallega**

  Santiago ALVAREZ

- **El liberalismo español (y III)**

  Tomás IMAZ

Antonio Paz

SOCIOLOGIA

DE LA DECADENCIA

Sobre la Introducción a la Sociología de Tierno Galván

Es un lugar común que, en España, ninguna disciplina universitaria — si exceptuamos a la filosofía — ha llegado a un nivel tan bajo como las Ciencias Sociales. Ello se traduce en la ausencia de lo que, en la mayoría de los países, se entiende por un tratamiento científico de tales disciplinas y en una tendencia a sustituir a éste por el periodismo, la crónica histórica, el «ensayismo», la disertación metafísico-teológica u otra serie de cosas, muchas de ellas en sí muy respetables, pero inadmisibles cuando se presentan bajo el título de Teoría política o de Sociología.

Claro está que tal situación, no se debe solamente a razones de orden puramente académico — falta de especialistas, carencia de tradición en tal tipo de estudios, etc. — sino que obedece, en especial, a motivos políticos: el Régimen teme, con razón, que de un análisis científico de la realidad social y política puedan deducirse consecuencias subversivas (1). Ambos tipos de causas se condicionan mutuamente: la dictadura favorece que el estudio de los fenómenos sociales y políticos permanezca en un estadio pre-científico y hasta anticientífico desde el cual es más fácil lograr una justificación del Régimen o, al menos, la inocuidad.

Por otra parte, los cultivadores de las Ciencias Sociales en España, han sido, especialmente, juristas; así en la Facultad de Derecho se han tratado diversos temas en relación con ellas bajo diferentes títulos (Derecho Político, Teoría del Estado, Sociología, etc.). Lamentablemente, la mayoría de las veces se han limitado al examen del Estado, en el mejor de los casos desde un punto de vista puramente jurídico formal, olvidando temas tales como las clases sociales, los partidos políticos, la opinión pública etc. El escolasticismo, tan frecuente entre los Profesores universitarios, ha tratado de justificar la Dictadura de Franco a base de citas

mutiladas de Santo Tomás o mistificando el pensamiento de algunos grandes clásicos españoles del Renacimiento, como Suárez — «nuestro eximio Suárez», que diría Luño Peña, Mariano Puigdollers y compañía — que en realidad son profundamente liberales.

Otro grupo de profesores, llevados por el mismo propósito de crear la «razón general de consolación y justificación» del franquismo, han acudido a teorías más modernas pero, claro está, no menos reaccionarias: el nazismo y el fascismo. Entre éstos que se propusieron levantar el tinglado ideológico del Estado Nacional Sindicalista (Luis Legaz Lacambra, Joaquín Ruiz Jiménez, Salvador Lisarrague, etc.) sin duda alguna la palma de la abyección se la gana Francisco Javier Conde. Las más reaccionarias doctrinas alemanas, sirven de inspiración a este grupo: en política se popularizaba a Karl Schmidt (2), en Sociología a Hans Freyer (3), pero lo que en Alemania había sido delirio trágico, se convertía en su versión española, por obra y gracia de F. J. Conde, en caricatura grotesca o bufonada (4).

Ni que decir tiene que este tipo de teorías, si en otro tiempo tuvieron alguna vigencia, hoy en día carecen casi en absoluto de ella, pese al apoyo oficial que continúan recibiendo, hasta el punto de que sus mismos autores tienden a abandonarlas. A las razones de orden teórico que hacen imposible a ningún intelectual serio suscribirlas se unen otras de orden práctico: la derrota del nazi-fascismo en la segunda guerra mundial y el ingreso de España en el bloque occidental por la alianza militar con los Estados Unidos. En estas condiciones parecía lógico esperar que se dejara sentir en nuestro país, como en la mayoría de los de Occidente, la influencia de las ciencias sociales americanas, sobre todo si tenemos en cuenta el carácter francamente conservador de éstas. Parece sin embargo que el Régimen las considera un tanto peligrosas, demasiado «avanzadas», y el hecho es que entre los especialistas en ciencias políticas y sociales españoles, sólo muy poco a poco se nota la influencia de los **social scientists** americanos; y cuando tal ocurre no falta quien vea en ello una actitud de oposición al Gobierno e incluso muy progresista. Una prueba más de la confusión que se crea bajo dictaduras como la de Franco.

Dentro de esta última corriente, cabe colocar el libro recientemente publicado por el Señor Tierno Galván (5), Catedrático de Derecho Político de la Universidad de Salamanca y persona muy conocida, además, por sus actividades extrauniversitarias. La obra en cuestión es de gran interés. No es frecuente que nuestros profesores de Derecho escriban sobre Sociología ni que cuando lo hagan traten de colocarse en el nivel que ésta ha alcanzado en los países en que tales estudios están más desarrollados. Por otra parte, la obra en referencia es un intento de superar las concepciones teológicas y metafísicas abundantes en la literatura sociológica y política de España. En una palabra, se trata de hacer de la sociología una «ciencia» burguesa. Ni que decir tiene, que con ello no nos referimos a los motivos psicológicos del autor del libro, sino a la fuente objetiva de sus errores. La burguesía, en tanto que clase dominante, y para asegurar su dominación, necesita conocer lo mejor y más exactamente posible la realidad social, pero en tanto que clase parcial tal conocimiento está condicionado por su situación e intereses que la hacen tener una visión deformada. La máxima «objetividad» que la burguesía puede lograr se mantiene dentro de éstos límites impuestos por su situación de clase. Exigir al científico burgués que los supere es exigirle que deje de ser burgués, lo cual, en la mayoría de los casos, resulta mucho pedir. En el caso concreto del Señor Tierno Galván en España, creemos que, incluso desde esta posición limitada, podía haber cumplido una función positiva elaborando y

haciendo coherentes los problemas que la burguesía española plantea con su actividad práctica y procediendo a la crítica científica y a la disolución de las ilusiones metafísicas que en nuestro país frenan todo desarrollo.

Ocurre sin embargo que la «objetividad» burguesa encuentra otro límite en el grado de intensidad que alcanza la lucha de clases: mientras ésta permanece latente o se manifiesta por actos aislados aún es posible la «ciencia», pero cuando adquiere caracteres más amenazantes «en adelante ya no se trata de saber si tal o cual teoría es verdadera, sino de si es cómoda o incómoda, agradable o no a la policía, útil o perjudicial al capital. La investigación desinteresada es sustituida por la polémica pagada, la investigación concienzuda por la mala conciencia y los subterfugios apologéticos» (6). En tales ocasiones los «científicos» ya no se atienen ni siquiera a la «objetividad» que postulan y sólo les interesa ser guardianes y defensores del sistema. En una palabra: el sociólogo se convierte en guardia civil.

Lamentablemente el libro del Señor Tierno Galván incurre también en este defecto, lo cual, no sólo le resta todo el valor positivo que pudiera haber tenido, sino que hace sumamente difícil toda crítica inmanente de muchas partes de la obra en que la única finalidad que le anima es ser celoso guardián del orden público.

En el libro que comentamos se repiten insistentemente los temas predominantes en las ciencias sociales de Occidente y, muy especialmente, en las de los Estados Unidos. ¿Cuáles son esos temas?

* * *

La burguesía, en su etapa ascendente de lucha contra el feudalismo, había contado con la energía revolucionaria que le había permitido agrupar en torno suyo a las otras clases y presentar sus intereses como los de toda la sociedad en magníficas construcciones ideológicas. La afirmación del Estado Burgués como el mejor se hacía apoyándose en primeros principios considerados como autoevidentes o derivados de la «naturaleza», de la razón o de la especulación filosófica. Las crisis revolucionarias del siglo XIX van a acabar con las ilusiones de la burguesía y la seguridad en sí misma y hacerla adquirir conciencia de que es perecedera. La Revolución de 1848 y la aparición del **Manifiesto Comunista** señalan el fin de la etapa ascendente de esa clase que, en adelante, se hace profundamente conservadora realizando el compromiso con los feudales en contra de la nueva clase ascendiente: el proletariado.

En esta época se sitúa el fin de la filosofía burguesa clásica, renunciándose en el futuro, a todo sistema omnicomprensivo; en teoría del conocimiento predominará el agnosticismo. Para la concepción de la época sólo debemos preocuparnos de conocer las ciencias especializadas y rigurosamente separadas unas de otras. Frente a los economistas clásicos o los socialistas utópicos que habían tratado de explicar el conjunto de la sociedad, nace la Sociología que prescindirá del estudio de la base económica, y como una pretensión de rechazar toda metafísica (7). En Teoría Política se hacen cada vez menos frecuentes las obras que especulen sobre la mejor forma de gobierno, los fines del Estado, etc., propagándose la idea de que lo propio del método científico es la simple observación de hechos y el razonamiento lógico a partir de ellos.

La Revolución de 1870 hace resaltar estos rasgos. La falta de todo sistema filosófico comprensivo hace que Whitehead llame a los veinte últimos años de este siglo la más sombría etapa del pensamiento desde las Cruzadas. La labor de la filosofía se limita a impedir que se generalicen los resultados concretos obtenidos en las diversas ciencias de forma que puedan sacarse conclusiones peligrosas para el sistema capitalista. En Teoría Política se va a considerar que ninguna forma de gobierno puede demostrar su superioridad sobre las otras y se rechazará todo intento en tal sentido como acientífico y metafísico. A nombre de la objetividad científica se atacará, en especial a partir de la primera guerra mundial, al comunismo. Un teórico burgués, ferviente partidario del método científico, ha descrito la situación así: «apareció que la ciencia era incapaz de defender la civilización occidental refiriéndose a principios fundamentales» (8); y ante tal imposibilidad decidió defenderla de otro modo: levantando las barreras que impidieran toda crítica al sistema al declarar a ésta acientífica. Se trata, evidentemente, de un intento defensivo de alguien que se bate en retirada y no falta razón a quien ha calificado a esta tendencia de «débil y lastimera» (9).

Si éstos trataban de salvar a Occidente del comunismo a partir de la ciencia y la razón otros iban a intentarlo a partir del mito y el irracionalismo y por una curiosa ironía histórica muchos de los más ilustres preconizadores del método científico iban a sufrir persecuciones del nazismo al que poco podían oponerle. Así Einstein, quien en 1940 escribía: «si alguien aprueba como objetivo la extirpación de la raza humana sobre la tierra uno no puede refutar tal punto de vista con fundamentos racionales»; cuando alguien, efectivamente, se propuso tal objetivo, Einstein tuvo que huir de su país. El mundo occidental, al limitar el campo de aplicación de la razón a sectores parciales, había dejado una amplia esfera en que sólo lo irracional podía regir y ahora, esas fuerzas desatadas, se volvían contra él.

* * *

La característica más señalada de las ciencias sociales burguesas es, sin duda, su odio al método dialéctico e invocar, en cambio, el método de las ciencias naturales. Nada tiene de raro que la dialéctica — álgebra de la Revolución la llamaba Alejandro Herzen — se convierta en un escándalo y abominación para la burguesía y sus portavoces doctrinarios ya que «en la comprensión positiva de las cosas existentes incluye, al mismo tiempo, la comprensión de su negación, de su desaparición necesaria; todas las cosas son concebidas en ella en su movimiento, o sea en su aspecto efímero; no deja que nada se le imponga, es esencialmente crítica y revolucionaria» (10). Al aplicar el método de las ciencias naturales se cree poder eliminar las contradicciones de la sociedad sustituyéndolas por la armonía y, al separarla además de la base económica, se tiende a convertir a las relaciones sociales burguesas en eternas, suprimiendo su carácter histórico.

Por otra parte, el fenómeno que Marx denomina «fetichismo de la mercancía» hace que las relaciones sociales entre personas se presenten bajo la forma de cosas, de objetos, de modo que esta apariencia, tal como se presenta a la superficie es muy diferente, e incluso contraria, a su forma interna, esencial, oculta. La racionalización formal propia de la producción capitalista, la consideración de lo cuantitativo en vez de lo cualitativo (valor de cambio en vez de valor de uso,

trabajo abstracto en vez de trabajo concreto, etc.), se lleva a cabo también en el campo de las ciencias sociales cuyos especialistas tratan de reducir los fenómenos sociales a categorías formales y cuantitativas, dejando el contenido, el aspecto cualitativo, fuera de la « ciencia » que debe su « exactitud », casi matemática, precisamente a que el sustrato material queda fuera de ellas como algo incognoscible e irracional, limitándose a operar con categorías del entendimiento. Conscientes del idealismo que esto implica llegan a veces al colmo del refinamiento presentando a las leyes sociales, no como leyes objetivas, sino como condición de posibilidad de explicarnos la sociedad; esto es, no nos aseguran que la sociedad se comportará efectivamente de cierta manera, sino que se limitan a afirmar que, si se comportara de otra forma, no nos lo podrían explicar a partir de esas leyes.

Ocurre, sin embargo, que como el contenido, el sustrato material de los fenómenos, continúa existiendo y actuando aunque estos « científicos » hagan abstracción de él, y como es precisamente tal contenido el que da origen a los cambios sociales y políticos, a todos los grandes acontecimientos, resulta que éstos son inexplicables e irracionales para los sociólogos burgueses a quienes se les presentan como catástrofes imprevistas, y su posición no difiere mucho de la del hombre medieval constantemente amenazado por la amenaza del milagro que venga a quebrar el orden natural (Cf. **Infra** la discusión sobre el cambio social en el libro del Sr. Tierno Galván). Resulta conmovedor, por ejemplo, ver cómo un hombre de buena voluntad como Meynaud, después de haber escrito un libro sobre ciencia política, al darse cuenta de que los acontecimientos en su país han ocurrido de forma imprevista, que se le escapan, se pregunta: « ¿Será la ciencia política una futilidad o, peor aún, una mistificación? En busca de una explicación positiva ¿terminaremos en una versión moderna de la polémica sobre el sexo de los ángeles? ... » (11).

Las ciencias sociales burguesas no se limitan sólo a separar el contenido dè los hechos sino que además describen a éstos aislados y fijos sin tratar de captar la estructura global de la sociedad. Al separar los diversos elementos unos de otros se hacen desaparecer las contradicciones, pues toda contradicción es relación entre dos elementos y creen que con los datos así obtenidos, y absteniéndose de todo juicio de valor, lograrán hacer ciencia. Esta ingenua asunción de que los hechos son flores que crecen en el campo y que basta con recogerlos ha sido criticada, no sólo por los marxistas, sino también por algunos profesores occidentales (12); uno de éstos, Gunnar Myrdal, ha escrito así: « Los hechos científicos no existen **per se** esperando ser descubiertos por los científicos (...). En el mundo todo está conectado con todas las otras cosas ¿dónde se debe uno detener y en qué dirección debe proceder cuando establece relaciones causales? Las convenciones científicas dan generalmente una guía. Pero (...) la misma convención es una evaluación, generalmente tendenciosa y es la más peligrosa por estar habitualmente oculta en prejuicios tácitos que no son discutidos ni incluso conocidos » (13).

Al presentarse las concepciones burguesas como ciencia adquieren una apariencia de inocencia y neutralidad de la que se valen para atacar al marxismo constituyendo como dice Garaudy una ideología tanto más insidiosa cuanto se presenta como la ausencia de toda ideología. Hay que recordar, no obstante, que esta tendencia a aplicar los métodos científico-naturales y a identificar el conocimiento puramente matemático-racional con el conocimiento en general tiene de todo menos de inocente. Tal tipo de pensamiento nace en combate con el medieval y va a ser, en no poca medida, un arma de la burguesía en su lucha con

el mundo anterior, de forma que, no sólo se presenta como el único método verdadero sino como progresista, democrático: la joven, bella y democrática ciencia se opone a la vieja, fea y aristocrática metafísica y teología (Bakunin), y aún hoy en día, cuando un autor considera improcedente la aplicación de los métodos de las ciencias naturales a las sociales, ha de pedir, en las primeras páginas de su libro, que no se le considere colocado «entre esos movimientos reaccionarios, anticientíficos, que tratan de hacer retroceder el tiempo» (14).

Cuando la burguesía ataca al marxismo acusándolo de metafísico no señala que éste no pretende sustituir el llamado método científico por la antigua teología, sino por un método que es realmente científico y revolucionario. Un método que considera que «la anatomía de la sociedad civil debe ser buscada en la economía política» (15) y que no se contenta con la apariencia de los fenómenos sino que trata de captar la realidad esencial que tras ella se oculta. Si la forma fenomenal de las cosas coincidiera inmediatamente con su esencia toda ciencia sería superflua, dice Marx. Para el marxista los componentes de la realidad social no son piezas sueltas que se puedan armar y desarmar mecánicamente sino «momentos» de una totalidad viva, del conjunto de la sociedad en su cambio histórico. Claro está que los «hechos» de los que nos hablan las ciencias sociales burguesas son el punto de partida de la reflexión y un fenómeno fundamental, pero no podemos quedarnos con la proyección directa de esos hechos estáticos, inmóviles, abstractos y muertos tal como los vivimos, producto de la alienación de la sociedad capitalista, sino que hemos de proceder dialécticamente a ponerlos en relación con la totalidad en devenir; con ello tendremos la representación de la sociedad «pero esta vez ya no como la representación caótica de un todo sino como una rica totalidad de determinaciones y relaciones numerosas» (17). Partiendo de lo inmediato dado, de la apariencia, hemos de buscar las mediaciones por las que pueda ser relacionado con su esencia. Cuando se invoca el culto a lo concreto para quedarse en los simples hechos de la experiencia, se ignora la necesidad del proceso mental que es necesario realizar para llegar a lo verdaderamente concreto que «es la síntesis de múltiples determinaciones, esto es unidad de la diversidad. Por ello aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida aunque es el verdadero punto de partida y, por consiguiente, el verdadero punto de partida de la percepción y de la representación» (Ibidem). No se trata, pues, de introducir elementos subjetivos o de hacer metafísica, de algo que el observador «pone», sino de describir la estructura objetiva de la realidad.

La percepción de hechos no es sino un «momento» del conocimiento y las ciencias sociales burguesas, en cuanto se han limitado a ella, no son sólo una mentira sino un «momento» de la verdad y al criticar a la metafísica no se dan cuenta de que ésta no es sino la hipertrofia, la exageración, de otro de los aspectos del conocimiento: la abstracción. Lenin, en un magnífico texto, pone en claro que si bien para algunos «el idealismo filosófico sólo es inepcia (...), por el contrario, desde el punto de vista del materialismo **dialéctico**, el idealismo filosófico es un desarrollo unilateral, una exuberancia, una superfetación de uno de los rasgos o una de las facetas, de uno de los límites del conocimiento que deviene así un absoluto **separado** de la materia, de la naturaleza, divinizado. El idealismo es el obscurantismo clerical. Es cierto. Pero el idealismo filosófico es («más exactamente» y «además») el camino que conduce al obscurantismo clerical a través de UNO DE LOS ASPECTOS PARTICULARES del **conocimiento** (dialéctico) infinitamente complejo del hombre» (18). Las críticas al marxismo-leninismo, desde uno

u otro punto de vista, son incapaces de captar la riqueza del pensamiento dialéctico, verdadera superación de todas las visiones parciales.

La afirmación marxista de que los hechos sociales son específicos en relación con el hecho individual, de que tienen un valor cualitativo nuevo diferente de la mera yuxtaposición cuantitativa de sus componentes, no implica creer que en ellos habita el espíritu que los vivifica, como pretendía, Hegel. Esto parecen no entenderlo los sociólogos burgueses.

* * *

Las ciencias sociales americanas son, sin duda alguna, las que ejercen mayor influencia en Occidente. Participan, en general, de los caracteres que hemos señalado, que aún presentan rasgos más exacerbados como era lógico esperar en un país en que un capitalismo superdesarrollado convierte a todas las relaciones en «fetiches», agudizando la alienación propia de la sociedad burguesa.

Una de las notas más características de las ciencias sociales de los Estados Unidos ha sido la gran acumulación de hechos y datos sin ningún instrumental teórico ni insertarlos en una teoría. Estas investigaciones empíricas comienzan a finales de la primera guerra mundial y poco a poco se van mecanizando. Hacia 1930 se agudiza la tendencia: la sociología va convirtiéndose en una sociografía, renunciando a toda explicación teórica de los datos, que recoge sin ningún objetivo aparente. Se produce lo que los mismos americanos han llamado **hyperfactualism** que llega a verdaderas aberraciones, de forma que lo que los **social scientists** presentan como ciencia mueve más bien a hilaridad (20).

Mucho había contribuido, en el plano teórico, para la implantación de esta tendencia, el tradicional pragmatismo americano con su gusto por lo empírico. Sin embargo, los extremos a que llegó han producido una cierta reacción contra él y una mayor preocupación por los aspectos teóricos. ¿Han mejorado con ello las ciencias sociales americanas? Preferimos que sea el profesor norteamericano Cook quien nos responda: «admirando y emulando las ciencias naturales y con gran incomprensión de sus métodos (...) los **social scientists**, en general, se han esforzado en desarrollar sus ciencias mediante la imitación, tomando para su propia esfera métodos aparentemente triunfantes en otras partes. La descripción objetiva y la medición precisa se han convertido en sus ideales. Ansiosos por eliminar los prejuicios y, en particular, no incluir sus propios juicios de valor entre los hechos (...) El resultado ha sido, en el mejor de los casos, una interpretación mecánica y eventualmente ha implicado un puro positivismo, más cientificista que científico, y que incluye, frecuentemente, dogmas materialistas y relativistas» (21).

Como se ve el cuadro no es muy halagüeño y a él se une otra serie de rasgos igualmente poco aconsejables.

Las investigaciones, en su casi totalidad, se limitan al examen de la sociedad norteamericana actual, sin preocuparse de los aspectos históricos, con lo cual se tiende a considerarla como un dato «natural», que no ha sufrido ni sufrirá cambios. Por otra parte se procede al estudio de sectores cada vez más parciales, sin relacionarlos unos con otros. Raymond Aron dice que «la sociedad americana tiene escasamente el sentido y el gusto de lo que, aquellos de nosotros que son más o menos hegelianos, llaman el sentido de la totalidad. La sociología ameri-

cana es profundamente analítica y trata de disolver la totalidad, o realidades globales, en tantos elementos como sea posible y a esclarecerlos desde varios puntos de vista » (22). Se prescinde del estudio de las clases sociales que es sustituido por el de la « movilidad social », nombre a todas luces inapropiado pues lo que tratan los americanos bajo tal título es el paso **individual** de un grupo a otro y en ningún caso el movimiento de la sociedad.

La sociedad, las relaciones sociales, se transforman en relaciones entre individuos abstractos (23), olvidando que no se trata de relaciones entre « individuo e individuo, sino de relaciones entre obrero y capitalista, entre aparcero y propietario territorial. Ocultad esas relaciones y habreis destruido toda la sociedad y vuestro Prometeo no será más que un fantasma sin brazos ni piernas » (24).

Hasta aquí hemos visto cómo las ciencias sociales norteamericanas permanecen dentro de los límites de la « objetividad » burguesa, pero lejos de contentarse con ello se convierten frecuente y abiertamente en una apología del **american way of life** e incluso en instrumento del imperialismo. Y ello en forma tan grosera que llega a provocar el escándalo de los « científicos » europeos quienes al enjuiciarlas no dudan en decir que « revisten caracteres irritantes tales como su tendencia a disimular, bajo una apariencia de objetividad, una afirmación implícita, pero incondicional, de los « valores » americanos y a transformar el análisis en una apología de la democracia » (25).

Las ciencias sociales americanas tienen una intención eminentemente práctica. Clara muestra de ello es la **human engineering**; y, por otra parte, el Gobierno y la industria privada emplean a gran cantidad de especialistas en manipulación social que, en ambos casos, usan técnicas análogas. Uno de los hechos más pintorescos es la existencia de varias casas, en California, la más potente de las cuales es Whitaker and Baxter, especializadas en organizar unas elecciones teniendo en cuenta el presupuesto de que dispone el candidato; todo lo referente a la propaganda lo llevan a cabo verdaderos técnicos que proceden de acuerdo a las normas de la publicidad comercial: se trata de « vender » el candidato al público. El Gobierno o las firmas comerciales usan procedimientos análogos para hacer popular una medida política o para obtener una mayor demanda de un producto. Las autoridades organizan gigantescas campañas publicitarias que, con un eufemismo, se denominan « acción psicológica » o « condicionamiento de los espíritus «

En el ámbito de la empresa privada la Sociología Industrial y la técnica de las **human relations** tratan de hacer que el obrero acepte la autoridad patronal, a reducir las tensiones y a enmascarar la lucha de clases. La democracia estadística crea un tipo de obrero y ciudadano « normal » y todo intento de salirse de él es considerado como patológico, convirtiendo las dificultades del sistema en rebeldías de tipo privado.

Es sin duda en este aspecto de la manipulación social donde los **social scientists** han desplegado una actividad mayor y conseguido desarrollar técnicas más perfectas. Pero en el fondo sólo se trata de un gigantesco esfuerzo — tal vez el último — de la clase capitalista para conservar el poder (26).

* * *

La mayoría de estos temas, y muy en especial los de la sociología norteamericana, van a reaparecer en el libro del Señor Tierno Galván que, ya en las primeras páginas, nos advierte de que el uso casi exclusivo que en él se hace

de autores norteamericanos se debe al propósito deliberado de que la mentalidad de éstos «corrija la tendencia nacional a la generalización y la abstracción» (p. 7). Después de leer las 167 páginas del libro en cuestión no podemos por menos que admirar el profundo carácter hispano de su autor, si no por el lenguaje al menos por cuanto a abstracción se refiere.

No vaya a creerse que el Señor Tierno Galván incurrirá en el defecto del **hyperfactualism**, pues si bien nos pone en guardia contra «toda transposición de tópicos metafísicos al plano sociológico» (p. 16) e incluso confiesa abiertamente su antipatía por la filosofía, a la que parece pretende sustituir por la sociología (filosofía de los no filósofos la llamaba Gramsci), no por ello deja de hacer abundante uso del neopositivismo, la semántica americana y de esa filosofía de Babitts derivada de la realidad más inmediata del capitalismo que es el pragmatismo.

Con tal aparato conceptual emprende el Señor Tierno Galván el arduo camino de la elaboración de una sociología científica mediante la aplicación de métodos rigurosos (p. 13) y con una exactitud de formulación comparable con la de las ciencias matemáticas, haciendo de las leyes sociológicas «semejantes a las leyes físicas si nos atenemos a su estructura y no a los fenómenos que estudian» (p. 16). Para lograr tan ambiciosos objetivos el autor nos anuncia que se propone utilizar la «lógica del análisis funcional»; ¿en qué consiste? El Señor Tierno Galván reproduce la definición que de ella da Hempel: «El objeto del análisis es un cierto tema (t) que se define por unas características o constantes persistentes dadas en un cierto sistema: el análisis pretende mostrar que un elemento (una posición diríamos nosotros — Tierno Galván) está en un estado o condición propia, **cp**, y con relación a un contorno que presenta unas ciertas condiciones externas, **ce**, tales, que en estas condiciones **cp** y **ce**, el tema (t) produce efectos con los que satisface alguna necesidad o exigencia funcional de **S**; es decir, una condición **n**, que se considera necesario para que el sistema permanezca en la actividad que le convenga» (p. 21) (27). Es posible que muchos lectores quedarán gratamente impresionados ante el alto rigor, producto de una formulación cuasimatemática, de tal procedimiento, pero es probable que al mismo tiempo les asalte la duda de si con el mismo se conseguirá corregir «la tendencia nacional a la generalización y la abstracción» que el Señor Tierno Galván nos anunció pretendía combatir. Y ello mucho más cuando después se nos dice que a la sociología se ha de aplicar «la estructura del método matemático en la medida que es posible» (p. 143) y que el fin de esta ciencia en los países occidentales es crear «un conjunto de conexiones lógico-formales» (p. 149) cuya característica, mucho nos tememos, es precisamente la abstracción.

Claro está que, con la aplicación de tal método será más fácil lograr «un lenguaje especializado» y «con la mayor univocidad posible» (p. 143) que el Señor Tierno Galván considera necesario. De la univocidad y rigor conseguidos por los autores que lo han usado y que más se citan en el libro que comentamos juzgará el lector por los ejemplos que siguen: según Parsons, se nos dice, «**parece que se entiende** por modelos de variables ...» (p. 26); «que entiende Merton por paradigmas **no está establecido con absoluta claridad** ...» (p. 27); «las definiciones de **role son imprecisas** ...» (p. 30), etc.

* * *

En el examen de la realidad social la «lógica del análisis funcional» tiene muy en cuenta el principio de la reciprocidad funcional para el cual «toda función dentro de un sistema es una variable respecto a cualquier otra función del sis-

tema de modo que todo cambio en una función repercute en la estabilidad general del sistema» (p. 18); y así, se nos dice, «cuando A satisface las necesidades de B, B satisface las necesidades de C y C satisface las necesidades de A es incuestionable que aquí se da el principio general de reciprocidad» (Ibid.). Convenimos en ello de buen grado, pero lo que ya nos parece más cuestionable es que, en la sociedad se de tan idílica visión, esa pacífica ultraestabilidad y, en efecto, se admite la existencia de factores perturbadores de esa armonía pues en todo sistema empírico dado se produce una tensión como resultado del hecho de que «unas funciones tienden a prevalecer sobre las otras» (p. 19). El lector debe cuidarse mucho de no confundir esta tensión del sistema con esa concepción, condenada como acientífica por el Señor Tierno Galván, que es la lucha de clases, pues aquí los titulares de la tensión son «funciones» y ni que decir tiene que no tratan de sobreponerse por razones de tipo económico sino que tal tendencia es el resultado de un activismo abstracto o de un vitalismo irracional. Por otra parte se nos informa de que dicha tensión o lucha es muy saludable, pues «la desaparición de la tensión implica la desaparición del sistema. Traducido a términos estéticos equivale a la teoría de Spengler sobre la decadencia y muerte de la civilización» (p. 20); lo que, al parecer, si es malo es que tal lucha tome la forma demasiado violenta de «colisión» y para evitarlo existen ciertas instituciones cuya naturaleza no se precisa demasiado.

Por otra parte, no todas las funciones son de igual jerarquía pues unas son primarias y otras secundarias según su importancia en el sistema: «la función religiosa en una comunidad medieval, por ejemplo, condiciona todas las demás y está afectada por ellas; es una función primaria. La función técnica de pintar retablos es secundaria» (p. 19). Dejemos a un lado la discusión, que sin duda sería rechazada como histórico-estética por el Señor Tierno Galván, de si la Edad Media vivía de la religión o de si no será más bien la forma en que vivían la que explicaría el predominio de ésta. Lo que consideramos importante retener son las consecuencias que del anterior análisis se deducen y que creemos evidentes. Para los marxistas, la existencia de antagonismos en la sociedad es consecuencia de la existencia de clases sociales y tratamos de suprimir los primeros mediante la superación de las segundas. Pues bien, según el autor del libro que comentamos: 1) la existencia de tales antagonismos es algo muy saludable pues en ellos consiste la vida, 2) lo que los origina no son las clases sociales, que no existen, sino el hecho de que hay funciones diversas y 3) dado el carácter abstracto de las funciones siempre las habrá y, en consecuencia, siempre tendremos tensiones; lo que debemos procurar es mantenerlas dentro del «orden».

Claro está que, para llegar a estas conclusiones tan halagüeñas al mundo capitalista ha sido preciso disolver toda la realidad social a fuerza de abstracción, reduciéndola a categorías lógicas con lo cual, pese a todas las protestas del Señor Tierno Galván de combatir a la metafísica y de positivismo se nos aparece como un filósofo especulativo en el peor sentido del término — y, por usar una imagen de Marx, todo lo que le distingue de un cristiano es que, para éste, sólo hay una encarnación del Logos en tanto que nuestro autor llega más lejos en las encarnaciones pues reduce todo el mundo real, a categorías lógicas.

Por esta vía, ni los hechos más inmediatos y evidentes pueden ser captados y a lo más que se llega es a su caricatura.

En España vivimos una dictadura de las clases más reaccionarias de la población; el Señor Tierno Galván debería tener motivos para conocerlo. ¿Cuál es la característica de una dictadura según él? Que de las tres funciones clásicas

del Estado — legislativa, ejecutiva y judicial — una de ellas, la ejecutiva, ha conseguido predominar casi en forma absoluta (p. 20). ¿Por qué? ¿Cómo? Al parecer todo intento de contestar a estas preguntas o de penetrar en las bases materiales del Régimen nos llevaría inevitablemente a deslizarnos por la peligrosa e insegura senda de la metafísica, cuando no del esteticismo. No vaya a creerse que tal visión de la dictadura es solamente un error teórico pues las consecuencias prácticas que implica son peligrosísimas: sustitúyase a Franco por alguien menos «duro», dense ciertas atribuciones a las Cortes y algo de autonomía judicial y la dictadura habrá desaparecido. En otras palabras, el franquismo «liberalizado».

Claro está que el Señor Tierno Galván conoce la existencia de la violencia y del terror; de ellos nos habla en otra parte, en relación con el control social y sin hacer referencia a la dictadura. Define a tal control como el medio de dirigir, condicionar u orientar la conducta de los individuos por medios diversos. Lo cierto es, se nos dice, que «no hay convivencia sin control social» (p. 71) y que el terror sería la forma más violenta de ejercer éste. Se reconoce también que «el terror sin más, en cuanto medio de control social es ineficaz en grado sumo y desaparece rápidamente; tiene que haber elementos estructurales, con el correspondiente subsuelo psicológico, que lo sostengan. Por lo común se trata de intereses concretos que benefician a una parte extensa y privilegiada del grupo en el que se da el terror» (p. 72); y si es así y dado que — salvo el mejor parecer del Señor Tierno Galván — en España sufrimos de ese terror, por mucho que consigamos el equilibrio entre las tres funciones del Estado el terror continuará subsistiendo y, mientras persistan esos intereses que todos conocemos, la dictadura sólo habrá terminado en la mente de algún catedrático de derecho político, pero no para el pueblo español.

* * *

Dejemos sin embargo a un lado la política y adentrémonos por el camino de una sociología científica y «neutral» tal como el libro que comentamos la entiende.

Para ello su autor nos encarece insistentemente huir de la metafísica, en la que ve toda suerte de confusiones y a la que atribuye el atraso de las disciplinas sociológicas, y nos recomienda evitar preguntas sin sentido tales como «¿qué es la realidad social?» (p. 16), así como abstenernos del uso de categorías como la de «clase social que es de escaso alcance sociológico» (p. 78). Al parecer debemos usar categorías que sean relevantes para la solución de algún problema como por ejemplo la categoría de «estructura-función» cuyo «alcance sociológico» queda patente cuando el Señor Tierno Galván nos explica que sería aplicable «al conjunto de los diversos pasajeros reunidos en un departamento de un vagón de ferrocarril» (p. 56).

Claro está que también la ciencia tiene sus dificultades y no todo es coser y cantar, como podría pensar algún espíritu ligero; así por ejemplo se nos previene de que «la determinación del punto de tensión en las estructuras del sistema es difícil de lograr cuando el sistema es muy complejo», pero la intranquilidad que tal afirmación ha podido producirnos se desvanece inmediatamente al saber que «no obstante, la moderna técnica, en especial los cerebros electrónicos, pueden dar informaciones muy seguras» (p. 20). Mientras esperamos impacientes el día venturoso para la sociología española en que el Señor Tierno Galván provisto de

un cerebro electrónico, sin duda de fabricación norteamericana, establezca el grado de tensión existente en nuestra sociedad, contentémonos con ver los resultados que logra con procedimientos más rudimentarios.

* * *

En el libro que comentamos se nos propone el ejemplo de un obrero que carga sacos de cemento en una obra, haciéndonos saber que tal acción constituye una «formalización» (p. 30). En el mismo lugar se nos dice que «la palabra formalizacion designa los actos integrados en el cumplimiento de un **role**». Lamentablemente ocurre que «las definiciones de **role** son imprecisas y resulta difícil su aplicación técnica» **(Ibid.)** pues «todo tiene en la sociedad actual un cierto **role**» (p. 31). No se crea que esto nos va a hacer renunciar a interpretar la actividad del obrero que carga sacos de cemento según la «teoría y técnica del grupo de Salamanca» para el cual esta reducción de las posibilidades teóricas del concepto **role** aumenta sus posibilidades en cuanto instrumento para una aplicación eficaz del mismo (p. 31), y así se nos dice que «el comportamiento se conexiona con el modelo o modelos a través de una concreción del comportamiento en una actividad singularizada dentro de un cierto **status**. A esta conexión y actividad llamamos **role**» (p. 30). Dejando, pues, a un lado el **status** (28) resulta de todo esto que el obrero que carga sacos de cemento está realizando una actividad a través de la cual conexiona su comportamiento a un modelo (29). ¿A qué modelo? Nuevas dificultades nos asaltan pues no parece que responda a ninguno de los modelos que el Señor Tierno Galván nos propone en su libro, a saber, «la adolescencia vital, alegre y feliz» (p. 25), «el atleta» (p. 26), ni siquiera creemos que pueda ser incluído entre los modelos que nuestro autor llama «más generales», esto es: «el científico, el médico, el turista y consejero (¡sic!), el soldado, el patriota y cívico, el profesor desinteresado y estudioso, etc.» (p. 32). ¿No será, después de todo, que el obrero que carga sacos de cemento responde al modelo de ... obrero que carga sacos de cemento? ...

No reprochamos al autor que comentamos el estudiar las acciones más cotidianas, más habituales. Marx en el Capital también parte de lo más simple, de lo más trivial, de lo que hay de más frecuente en la vida de las masas y que se encuentra a cada instante: la relación de cambio; pero para poder lograr comprenderla debe llegar a toda la sociedad actual, la estructura global del capitalismo y poner de relieve sus leyes que en ningún momento son abstractas ni formales. Quedarse con esas acciones cotidianas y limitarse a clasificarlas según criterios formales, abstractos e irrelevantes significa renunciar a comprenderlas.

* * *

Una de las categorías que el Señor Tierno Galván utiliza más en su libro es la de «modelo» entendiendo por tal «el conjunto estructural de significados que orientan y definen un comportamiento» (p. 25). No se trata pues de arquetipos deseables, ni debe entenderse en un sentido axiológico. El modelo puede ser bueno o malo según la moral al uso; lo que importa es que expresa la existencia de «un foco orientador del comportamiento». La construcción es muy semejante a lo que los norteamericanos, diferenciándolo de los «tipos» de sociedades **(societal models)**, llaman «tipos» de personas, acciones o actitudes, En la técnica norte-

americana para elaborar tales «tipos» se toman varios rasgos comunes a diversas clases de comportamientos o conductas y se adscriben a un actor ideal al que se atribuyen ciertas nociones, propósitos y actitudes, en suma un conjunto de ideas que dan sentido a su conducta; así se forma por ejemplo el «tipo» de caballero. Ocurre sin embargo que el Señor Tierno Galván, llevado por la influencia del **behaviorism**, no considera a las ideas humanas como dignos de interés científico de suerte que lo que da sentido a las conductas, el «foco orientador del comportamiento, ni son las ideas de los hombres ni está en la sociedad, sino que se convierte en un ente exterior, verdaderamente metafísico que, no se sabe por qué poderes sobrenaturales, hace a los humanos actuar de cierta manera. Así nos dice, por ejemplo, que «la evolución de la estructura de los modelos implica evolución de los hechos regulados por la estructura» (p. 15); es decir, que no son los hechos los que configuran el modelo sino que éste, sin duda desde algún lugar celeste, regula a aquéllos.

De aquí pasa a explicarnos la categoría cambio social ¡como un cambio de modelos! (p. 42). En la Edad Media, por ejemplo, «el modelo «caballero» inició un cambio bajo el impacto del modelo «burgués»» (p. 39). ¿Por qué cambian los modelos¿ Misterio. Al parecer están en un lugar demasiado inaccesible para que los mortales podamos saberlo.

En suma que, o bien el Señor Tierno Galván renuncia a su **behaviorism** y admite que la construcción de modelos se hace teniendo en cuenta las ideas de los hombres en una época — así quiera introducirlas con otro nombre —, o bien se incurre en una versión barroca del idealismo platónico. Pero ni en el mejor de los casos nos explicaría por qué cada modelo se da en un tiempo y lugar determinado, por qué el modelo caballero se da en la Edad Media y no en otra y cuál es la razón de su sustitución. Para explicar eso habría que examinar cuáles eran los hombres de la Edad Media, sus necesidades, sus fuerzas productivas, cómo éstas se modificaron, etc. «Don Quijote ha explado ya el error de creer que la caballería andante podía acomodarse a todas las formas económicas de la sociedad» (30) y su ejemplo debería ser aleccionador para muchos sociólogos.

Decir que «el cambio social se produce siempre por la relación entre grupos con distintos modelos, pero no se pueden establecer constantes que expliquen el sentido de los cambios» (p. 44) equivale a no decir nada sobre la razón de esa diversidad de modelos, sobre la causa de que prevalezcan unos sobre otros ni, en definitiva, sobre el cambio social.

* * *

Hemos hablado sobre el **behaviorism** del Señor Tierno Galván y vamos a detenernos en este aspecto pues bajo la apariencia de materialismo y ciencia se encuentra una concepción profundamente idealista y anticientífica.

En el capítulo que trata sobre «La escasa utilidad de la categoría idea en sociología» nos dice que ideas es una categoría filosófica muy imprecisa: «las ideas equivalen a ondas estacionarias cerebrales, con su correspondiente configuración y entropía negativa. Más allá queda la percepción interna que no tiene interés científico en cuanto no es **observable**. La cuestión para el sociólogo radica en que su quehacer no es el del físico o el del químico, pero tiene, no obstante, que recaer sobre algo observable» (p. 61); y más adelante añade: «Es indiferente que haya o no ideas, lo que importa al biofísico son, por ejemplo, los iones de sodio, y desde nuestro punto de vista las actitudes» (p. 62). Como es sabido, la afir-

mación de que lo propio de la ciencia es lo dado en la percepción, lo observable por los sentidos, constituye una de las notas comunes de todas las corrientes del neopositivismo.

El neopositivismo nace como consecuencia de los intentos de Ernst Mach de conseguir la unidad de todas las ciencias mediante el reconocimiento de que toda autoridad científica reside en la percepción. El idealismo de Mach, para quien lo que constituye la materia son los fenómenos que la revelan, se repite, en mayor o menor grado, en todos los representantes del neopositivismo. Damos por conocida la obra de Lenin y no vamos a repetir aquí sus argumentos; lo que sí importa resaltar es que basándose en el postulado de la «observabilidad» proceden a atacar al marxismo reprochándole ser «metafísico» o bien sus «abusos de abstracción científica». Así el Señor Tierno Galván afirma que «el neopositivismo ha desposeído a los elementos de la teoría marxista que se han aceptado como valiosos por los grupos culturales de occidente, de sus residuos metafísicos» (p. 159). Como el valor, o la plusvalía, o el trabajo abstracto no pueden ser vistos, ni tocados con el dedo, ni gustados con la lengua no son sino invenciones metafísicas para ellos.

Este escepticismo de gran señor que sólo conoce los «hechos» ignora que Marx llamaba «imbéciles vulgares» a los economistas que, diciéndose realistas, sólo reconocían la superficie de los fenómenos negándose a superar este primer momento del conocimiento para, mediante la elaboración teórica, llegar a la esencia.

Ocurre además que los hechos de que nos hablan los neopositivistas no son los hechos de la realidad, que existen independientemente de las sensaciones y representaciones humanas, sino que lo único que les merece interés son dichas sensaciones, o dicho de otra forma, las cosas sólo existen en tanto que dadas en la percepción, en las sensaciones.

El neopositivismo (Rudolf Carnap, Otto Neurath, Moritz Schlick, Hempel, etc.) llevado hasta sus últimas consecuencias se convierte en una versión moderna del viejo idealismo de Berkeley con su principio: «Existir es ser percibido».

* * *

Según el Señor Tierno Galván cuando el control social es ejercido por un grupo con prestigio positivo, llamamos a éste **élite** (p. 77). Ni que decir tiene que tales **élites** no se caracterizan en base a notas económicas e incluso el sólo hecho de que se adscriban a un interés económico haría que dejaran de ser **élites** (p. 78). La razón por la que se esfuerzan en lograr ejercer el control social aparece desconocida o, mejor dicho, no existe. La única solución sería la voluntad de dominio, el irracionalismo, en fin.

Lo cierto es que el control social ha aumentado en nuestros días y el autor del libro que comentamos así lo reconoce. ¿Cuáles son las causas de este aumento? ¿En qué hechos se fundamenta? 1) En primer lugar se nos dice que «el desgaste de los modelos rectores» que la humanidad antes seguía ha producido un aumento de la «capacidad del hombre moderno para el terror» (p. 74). 2) A ello se une «la descristianización de Occidente» y la falta de creencia en un ser transcendente al que se subordine este control (p. 75). 3) Por otra parte existe una «reacción contra la moral de ambigüedad» propia del cristianismo. En esta «reacción» coloca el autor a Maquiavelo, Nietzsche, el héroe de **La Chute** de Camus,

el comunismo y el freudismo, y desde tales puntos de vista nos dice que se justifica un control social con pretensiones absolutas (pp. 75 y 76). 4) Existe además una «naturalización del hombre» por el análisis científico que ha puesto al alcance técnicas más refinadas de control social. 5) Hemos dejado para último lugar lo que el Señor Tierno Galván llama «aumento de la objetivización colectiva del resentimiento en agresividad». Según nos explica, «a medida que grupos humanos más numerosos toman conciencia de su derecho a participar del «consumo» de bienes desde una igualdad jurídico-política, el resentimiento adquiere la estructura colectiva de la lucha de clases. La teoría cristiana de la relación individual que supera, desde el amor, el odio, queda desplazada por la tensión colectiva entre pobres y ricos, revolucionarios y conservadores, etc.... los grupos políticos y sociales, en cuanto expresan resentimiento económico, son la base de la estructura dinámica de Europa» (p. 74). Para el Señor Tierno Galván lo que diferencia a un obrero de su patrono, no es el lugar que uno y otro ocupan en las relaciones de producción, sino que el primero, tiene resentimiento y el segundo no. En resumen, las clases sociales no existen sino sólo fenómenos psicológicos. La añoranza neorromántica por aquellos buenos viejos tiempos en que las clases ahogaban en amor cristiano su resentimiento, en que había modelos sólidos y creencia en una voluntad transcendente, no impide a nuestro autor, como luego veremos, ser realista, comprender que tal situación es irreversible y buscar procedimientos modernos para evitar que ese resentimiento estalle.

Parece ser que los **social scientists** y sus seguidores están condenados a no reconocer la lucha de clases. Ello implicaría tomar conciencia de las contradicciones de su sistema y del carácter perecedero del mismo. Las tendencias que tratan de enmascarar estos hechos son varias. El «capitalismo popular» que según se dice, ha convertido a los obreros en capitalistas; la «movilidad social» según la cual, el capitalismo ofrece a todos oportunidades iguales, etc. El marxista sabe que obrero y capitalista, son dos términos correlativos, que están en relación dialéctica. Ambos «forman como tales un todo. Son dos formas del mundo de la propiedad privada», dice Marx en un texto archiconocido. No puede ser suprimido uno sin suprimir el otro y ninguno de los dos sin suprimir la propiedad privada. Tratar de negar al obrero y conservar al capitalista como pretende el «capitalismo popular» constituye, en el mejor de los casos, si se hace de buena fe, una ingenuidad pues aquí no sirven los procedimientos de lógica formal sino que hay que lograr su superación dialéctica; esto es, hallar un tercer término que sintetice y suprima, superándolos, los términos antitéticos. En una palabra, la supresión del mundo de la propiedad privada de los medios de producción.

La teoría de la «movilidad social» que pone a circular enternecedoras historias de Ford o Rockefeller vendiendo periódicos en su juventud, ha olvidado divulgar las de los millones que se quedaron toda su vida vendiéndolos. El empleo de cálculos matemáticos en la averiguación de las posibilidades que cada une tiene de ascender de grupo social (el estudio de las probabilidades de descenso no es «interesante») ha permitido a «científicos» como S. Price establecer que los descendientes de familias de cualquier situación tendrán oportunidad de encontrarse en la clase superior una vez cada dieciséis generaciones, esto es, dos veces cada mil años (31): el obrero puede estar feliz sabiendo la hermosa perspectiva que la sociedad abierta ofrece a sus descendientes.

Siguiendo estas líneas el Señor Tierno Galván niega la existencia de la realidad objetiva de la clase afirmando: «En la medida que (la categoría clase) pierde estructura aumentan los elementos psicológicos de valoración hasta el punto

que la oposición construida (?!) por Marx y Engels entre proletariado y burguesía, se convierte cada vez más, en el mundo occidental, en una oposición de carácter psicológico, sin configuración estructural concreta. La reducción de la lucha de clases a tensión psicológica individual convierte a la categoría clase en un instrumento intelectual de escaso alcance sociológico» (p. 78). Admiremos la diabólica habilidad de agitadores como Marx y Engels y los comunistas todos, que sin ninguna base objetiva envenenan las mentes de los pobres obreros y son capaces de construir categorías que al ser difundidas entre diversos grupos crean el resentimiento que constituye «la base de la estructura dinámica de Europa» (p. 74) Rehabilitemos a Comín Colomer y sus historias sobre pactos satánicos. *Y entre tanto, como científicos que somos, usemos categorías rigurosas como* la de «pobres y ricos» (pp. 74, 78, 84, etc.).

Disuelta la lucha de clases, la política puede desarrollarse en adelante como lucha entre grupos que no tienen carácter económico (32) y que tratan de presionar o influir al Gobierno para lograr medidas que les favorezcan, pero que desde luego no ponen en cuestión el orden establecido. En la técnica norteamericana, estos grupos de presión van a constituir la principal preocupación del estudio de los social scientists. En ellos, aparecen mezclados por igual la sociedad protectora de animales con los Testigos de Jehová, las Hijas de la Revolución Americana o los grandes consorcios industriales.

La crítica de la categoría de clase social que hace el Señor Tierno Galván va a constituir la base de su crítica al marxismo. Ni el lector de imaginación mas viva puede sospechar en qué se va a basar ésta: en que «el ataque marxista a la racionalización industrial del trabajo se fundamenta en supuestos psicológicos», cuando en realidad el problema ha de plantearse «en función de las estructuras y no de la psicología» (p. 138). No se trata de una autocrítica, como parecería lógico, sino de una crítica al marxismo. ¿Dónde ha leído esto el autor? Se nos informa que «al menos esto parece concluirse del teórico más conocido en este sentido, George Lukacs, quién en un libro famoso titulado Historia y conciencia de clases, ha desarrollado el tema de la cosificación industrial producida por el capitalismo». Llamar a Lukacs «el teórico más conocido en este sentido», dice muy poco de los conocimientos de marxismo del Señor Tierno Galván que parece ignorar que la cosificación es el tema desarrollado en el Capital con el nombre de «fetichismo de la mercancía». Aparte de esto, convendría recordar que Lukacs en su libro no pretende hacer una crítica sistemática de la sociedad industrial ni del capitalismo, sino estudiar «los problemas ideológicos del capitalismo» para lo cual dice claramente que emprende esa tarea «presuponiendo los análisis económicos de Marx» (33). Si el Señor Tierno Galván cree que hacer una crítica de ideologías es entrar en psicología, e ignora los análisis económicos de Marx ello es culpa suya y no del marxismo. Por otra parte, se puede estar o no de acuerdo con la importancia que Lukacs atribuye al problema de la cosificación — y no pocos marxistas la creen exagerada —, lo que no está bien es considerar a un autor tan discutido como el filósofo húngaro como máximo exponente del marxismo y basarse en él para hacer una exposición caricaturizada del materialismo histórico (34) desconociendo el A B C del mismo. Cuando se afirma que «a medida que el obrero ha participado en el consumo en proporciones prácticamente burguesas la cosificación ha desaparecido: La superación de la miseria le ha puesto en contacto con la totalidad; la cuestión es pues muy clara, un cierto nivel de consumo impide la cosificación» (p. 139), si se cree que con ello se refuta el marxismo no sólo se demuestra una falta de información sobre la situación de los obreros, cosa

por otra parte muy lógica en un Profesor desinteresado y estudioso, sino que además se denota poco conocimiento sobre el significado que para los marxistas tienen términos tales como «obrero», «burguesía» y «cosificación», cosa esta última ya no tan lógica en un Catedrático de Derecho Político, sociólogo por añadidura y autor de un libro con pretensiones científicas. Por otra parte, si en realidad se quiere refutar a Marx, podría tomarse el trabajo de emprenderla con el Capital y teorías tales como la del valor o la de la plus-valía p. e. con lo cual recibiría el reconocimiento de los economistas burgueses que llevan casi un siglo intentándolo sin éxito.

* * *

Pero la Sociología del Señor Tierno Galván decide dejar el camino de la ciencia y asumir clara y abiertamente la defensa del sistema capitalista, adoptar el uniforme de la guardia civil; y como las cosas hay que hacerlas bien desde el principio comienza por elaborar la teoría del conocimiento que sea más apta para tales fines. Así nos dice: «la teoría del conocimiento aceptable hoy, y adecuada a las exigencias de los sistemas de seguridad comunes a los grupos occidentales, no es la que se pregunta por el conocimiento como el problema de la relación de una dualidad — yo-mundo —, sino como un hecho que es aceptado por los demás o no lo es» (p. 155). Preguntarse si conocemos la realidad tal y como es resulta «rigurosamente inútil» e «incluso inmoral». Lo importante es si lo que se afirma encuentra aceptación en el grupo y no ocasiona conflictos ni pone en peligro su existencia en su forma actual. El fin de la sociología es aumentar la convivencia (p. 67) entendiendo por tal lograr la «disminución de la agresividad nociva, aumento del bienestar y máxima adaptación a las estructuras del grupo» (p. 115). Mediante tal procedimiento se logra una «ciencia» que resulta «útil para la sociedad industrial» (p. 52).

La sociología, además, tiene una «función terapéutica» (p. 64) pues, reconoce el Señor Tierno Galván — «el taylorismo llevaba la sociedad industrial a una situación de tensión moral que el capitalismo no soporta» (p. 137) y para evitar problemas a éste se idearon las **human relations** de cuyo creador nos habla con verdadero entusiasmo: «Elton Mayo, es el profeta de este nuevo nivel de planificación» y añade, «así surge la sociología industrial, disciplina de la sociología aplicada cuyo objeto concreto es el estudio de la organización de la empresa desde el punto de vista de las relaciones humanas para obtener mejor y mayor producción» (p. 137). Para ello se utilizan técnicas diversas pero «el proceso más interesante, en cuanto más interesa a la industria como un todo es el de la integración. En este sentido los sociólogos conceden atención preferente al **rate buster**, o individuo que rehusa atenerse a las reglas informalmente admitidas y se orienta según tendencias agresivas» (p. 52). Respecto a éste, el sociológo tratará de que se convierta en un muchacho dócil y bueno y que produzca bien. El marxista que lea esto, y se vea frecuentemente acusado de partidista, no puede menos que admirar el espíritu altamente científico y desinteresado de la sociología occidental.

Por otra parte, se trata de evitar que el obrero se identifique con su clase y luche por su liberación total. Lo interesante es conseguir el fraccionamiento de la clase obrera de forma que cada uno se limite a obtener las mejores condiciones que pueda dentro de su fábrica o grupo pero sin poner en cuestión el sistema. «Desde este fraccionamiento sumamente saludable no se aspira a la totalidad abstracta, sino a la fracción totalizada del grupo. A un obrero industrial de un país

desarrollado le bastan con los privilegios de grupo, los valores de grupo y las satisfacciones de grupo; no pretende identificarse o entender la sociedad o la humanidad etc.» (p. 139). ¿Para quién es sumamente saludable este fraccionamiento? Ciertamente no para la clase obrera.

El entusiasmo del Señor Tierno Galván por las **human relations**, sólo es comparable con el que le despierta la sociedad industrial que «obligando a la racionalización, ha introducido en la cultura occidental un nuevo humanismo y una nueva pedagogía» (p. 134). Al lector que recordando la explotación inhumana del trabajador propia de tal sociedad le parezca extraña esta afirmación, el autor del libro en referencia le advierte que al hablar de humanismo no debemos hacerlo «con criterios estéticos» ya superados, sino desde una perspectiva actual: «el tema de nuestro tiempo es simplemente el de lo util. ¿Qué es lo útil? Frente a ésta cuestión las demás pierden importancia. Racionalización significa el máximum posible de utilidad de acuerdo con las exigencias de un sistema. El nuevo humanismo es pues, fundamentalmente, un anti-humanismo» (p. 136). Es necesario remontarse a la literatura nazi, para encontrar grados semejantes de brutal sinceridad.

Esta sociología se propone grandes cosas con la ayuda de la ciencia moderna: «las experiencias sobre animales gregarios no humanos, son sumamente orientadoras y proporcionan un cauce de experiencia abundante para dirigir al individuo y al grupo humano en la dirección más ventajosa. Hoy no es difícil con una alimentación adecuada, ciertas adaptaciones de medio y la aplicación rigurosa de los resultados de la reflexología, convertir a un conjunto grupal e individualmente agresivo en un conjunto pacífico y fácil para la convivencia» (p. 124). Mediante tales procedimientos es muy posible que el sociólogo pudiera lograr la exactitud científica que tanto interesa al Señor Tierno Galván: «si los grupos humanos se convirtiesen en hormigueros, nos dice, y conociésemos todos los datos que determinan las variaciones, habríamos reducido el hecho social a natural. Es una hipótesis sumamente esperanzadora, sobre todo en el orden moral» (p. 143). Claro está que se reconoce el peligro de que tales técnicas sean usadas por los totalitarios (nazis, raciales etc.) pero mientras estén en manos de los humanistas de la sociedad industrial resultan útiles al sistema y no hay problemas mayores, y si alguno pudiera temer que los procedimientos de la sociología industrial significan la negación de la libertad el Señor Tierno Galván le tranquiliza diciendo: «que la sociología industrial indique cual es el momento más oportuno para que el obrero juegue, e incluso diga el tipo de juego, no excluye el juego. Se suele entender que entrenar para ciertas satisfacciones o libertades equivale a destruir el placer o la libertad. Es absolutamente inexacto. Un conjunto de obreros bien entrenados para ser libres los sábados y domingos disfrutan mejor de la libertad» (p. 146). El porvenir que nos depara el humanismo, la ciencia y la libertad al modo americano es sumamente prometedor (35).

¿No significa todo esto una contradicción flagrante entre la teoría y la práctica de la democracia tal y como se entiende en el mundo occidental? El Señor Tierno Galván no tiene inconveniente en reconocer que existen contradicciones y antinomias dentro de tal democracia. Admite «que la ideología democrática de la libertad no coincide con la estructura de tal libertad en los países democráticos», «que en las democracias actuales el hombre libre no administra su libertad» y «que la política exterior de las democracias es irónica, pues se fundamenta en la desigualdad» (p. 141). Pero nos dice que nada de esto importa: «No se puede ser

demócrata sin ser contradictorio», afirma, después de lo cual puede quedarse ranquilo y seguro de haber servido a la «ciencia» y a la civilización occidental.

* * *

Cuando el Señor Tierno Galván afirma que la Sociología «social y económicamente considerada, debe calificarse a sí misma de disciplina propia de declinar del capitalismo» (p. 68), no sospecha cuanta verdad encierran sus palabras. Su libro, en vez de Introducción a la Sociología, muy bien podría titularse sociología de la decadencia o del fin.

Cabe que nos preguntemos: ¿se pueden defender las afirmaciones que se hacen en el libro que hemos comentado desde un punto de vista científico? Concretamente, ¿responden a las exigencias que el mismo autor nos ha dicho que ha de tener toda ciencia, y muy especialmente al «principio de la neutralidad» según el cual «lo que no constituye una verificación verdadera o la posibilidad verificada de una verificación verdadera de los hechos que estudia, no incumbe a la ciencia»? (p. 11) No nos atrevemos a responder negativamente: nos confesamos incapaces de prever las sorpresas que la «lógica del análisis funcional» nos reserva. Pero, eso sí, el verificador que lo verifique ...

Notas

(1) Este temor si bien se ve más manifiesto en regímenes como el de España, es común a todas las clases conservadoras. J. Meynaud, reconoce que «incluso en los países en los que la libertad de expresión social está más garantizada, la Ciencia Política es todavía objeto en diversos medios, de una profunda desconfianza. Se considera frecuentemente que conduciría a minar los fundamentos del orden social. En suma, sería subversiva» (Introducción a la Ciencia Política, Madrid, 1960, pgs. 310—311). El profesor francés pasa inmediatamente a tranquilizar a estas personas haciéndoles ver lo útil que tal ciencia puede ser para combatir el pensamiento «avanzado». oo oon-

(2) Después de la guerra K. Schmidt ha tratado de dar una apariencia de inocencia a su actividad bajo Hitler diciendo: «Quedaba entonces la tradición muy sabia y bien probada de la retirada a la interioridad privada, si bien se estaba dispuesto a colaborar honestamente con lo que ordenaba el Gobierno entonces legal». No hay que olvidar, sin embargo, que todas sus obras — algunas de título tan significativo como El Führer protege el Derecho (1934) — son una apología del nazismo y que es el autor de la teoría jurídico-filosófica que iba a justificar las matanzas de 1934 y la invasión de los países neutrales por la Wehrmacht.

(3) Freyer tiene, entre otros méritos, el de haber sido quien con su Revolución de Derecha (Revolution von Rechts, Jena, 1931) dabe el grito de reagrupamiento de derechas que iba a permitir la subida de Hitler al poder.

(4) Cuando se leen las obras de Comte se precisa tener en cuenta su labor dentro del franquismo, pues si no corremos el peligro de que nos inspire compasión. Recuérdese por ejemplo cómo en su Introducción al Derecho Político actual (1942), después de exponer el marxismo, concluye que no merece la pena molestarse en refutar una teoría que ya está siendo derrotada con la razón suprema de las armas alemanas y que la destrucción del Estado Soviético por las fuerzas de Hitler es juicio inexorable de la Divina Providencia contra un sistema que ha pretendido arrebatar a la Historia el encanto de lo desconocido. No hemos comprobado si en las posteriores ediciones de la obra continúa incluido este modelo de refutación científica que, por otra parte, pone de relieve las altas cualidades proféticas de su autor.

(5) TIERNO GALVAN, E.: Introducción a la sociología, Ed. Tecnos S. A; Madrid, 1960; 170 págs.

(6) MARX: Prefacio a la segunda edición alemana del Capital.

(7) Recuérdese que ya A. Comte oponía su método científico a las especulaciones metafísicas y teológicas precedentes y presentaba el término Sociología como equivalente a Política positiva, Física social, o Ciencia social, y por oposición a la Política metafísica (Cours de Philosophie positive, Lecc. 47, 1839). ; proeo-

(8) BRECHT, Arnold: Political Theory; Princeton (N. J.), 1959, pág. 30.

(9) STAMMLER, R. Ph., en Das gesamte deutsche Recht, pág. 9.

(10) MARX: Op. cit.

(11) Op. cit. pág. 317.

(12) Vid. GURVITCH, G.: Pour le centenaire de la naissance de Durkheim, en Cahiers Internationaux de Sociologie XXVII, 1959; y Traité de Sociologie, Tomo 1; Paris, 1958; pág. 155, coincidiendo en ello con los soviéticos OISERMAN y OKULOV: El Cuarto Congreso de Sociología, en Voprossy filosofii, 1959, XII. ›

(13) Value in social theory; Ed. por Paul Streeten; N. Y., 1958; págs. 153—154.

(14) WINCH, Peter: The idea of a social science, London, 1958; págs. 1 y 2.

(15) MARX: Prefacio a la Contribución a la crítica de la Economía Política.

(17) Contribution à la critique de l'Economie Politique; Ed. Sociales; págs. 164—165.

(18) Cahiers Philosophiques; Ed. Sociales; págs. 282. Todos los subrayados son de Lenin.

(19) MARX: op. cit. pág. 164.

(20) Cf. SOROKIN, P.: Fads and foibles in modern sociology; 1956.

(21) COOK, Thomas I.: The methods of Political Science, chiefly in the U. S. En la obra colectiva publicada por a UNESCO, Contemporary political Science, Paris 1950; pág. 75.

(22) La société américaine et sa sociologie; pág. 64 de los Cahiers Internationaux de Sociologie; XXVI, 1959

(23) « Digamos que las teorías estructuralistas funcionales, bien sean del tipo Parsons o del tipo Merton, tienen el punto de partida común del individuo y una tendencia a disolver las colectividades en lo que llamamos relaciones interindividuales » (Ibid. pag. 63). Por cierto que son estos autores, precisamente, los sociólogos americanos en quienes más se inspira el Señor Tierno Galván en su libro.

(24) MARX: Misère de la philosophie; Ed. Costes; pág. 115.

(25) MEYNAUD, J., Op. cit. pág. 34. El mismo autor escribe: « En el curso de los últimos años, la tendencia ha tomado en algunos autores cierta apariencia nueva fundada en la utilización de instrumentos precisos (en particular de modelos matemáticos): el lector atento descubre, al fin de cuentas, que la superioridad intrínseca del modelo americano de gobierno estaba incluida en las ecuaciones y que un vasto despliegue de fórmulas científicas se limitaba a un juicio de valor » (La Science Politique; Paris, 1960; pág. 67). Por su parte Stanley Hoffmann se pregunta: « ¿No es curioso que estos pioneros de la ciencia neutral hayan llegado, en un momento de su carrera, cuando la presión del medio era particularmente fuerte, a transformarse en centores y servidores de la democracia americana? . . . » (Tendences de la Science Politique aux Etats-Unis, en Rev. Franc. de la Sc. Polit., 1957, págs. 913—932). BRECHT, A., Op. Cit., págs. 240—241: « Pese a la actitud antidogmática de los americanos en otros aspectos de la vida su aceptación de los principios e ideas generales de la democracia tales como el derecho a la vida, a la libertad, a la propiedad, a la prosecución de la felicidad es altamente dogmática, traída de esferas precientíficas y extracientíficas al reino de la ciencia ».

(26) Cf. CROZIER, Michel: Human Engineering, en Les Temps Modernes; 1951; págs. 44—75.

(27) Al lector ignorante que no esté muy convencido y quiera ulteriores explicaciones o aclaraciones — por ejemplo si la S quiere decir sistema — le recomendamos acudir directamente a la obra del americano puso sobre ninguna de estas cuestiones ilustra el Señor Tierno Galván pese a titular su libro Introducción.

(28) No lo hacemos por capricho sino porque entraríamos en un callejón sin salida pues apenas se nos dice que « por la palabra status definimos los distintos niveles de un sistema de estratificación » y pese a que acto seguido se nos promete que « cuando expongamos la teoría de la estratificación quedará el concepto más claro » (p. 32) ello lo entendemos como el anuncio de alguna nueva obra con la que el Señor Tierno Galván piensa seguir enriqueciendo la sociología científica española, pues en el resto del libro el concepto no queda claro en absoluto. Todo ello nos obligaría a proseguir nuestras búsquedas de la significación del término status en los sociólogos norteamericanos con el grave peligro de que la paciencia del lector no lo resistiera.

(29) Definición de modelo: « el conjunto estructural de significados que orientan o definen un comportamiento » (p. 30).

(30) MARX: Morceaux Choisis; Paris, 1934; pág. 92.

(31) Cf. BOIARSKI, A.: La Mobilité Sociale, en el volumen Etudes Sociologiques del Nº 17, 1960, de Recherches Internationales à la lumière du marxisme; págs. 165—180.

(32) El Señor Tierno Galván comete un error cuando cree que los grupos de presión son de orden económico. En la técnica americana: « El grupo de presión, en su forma más simple, representa un interés económico o de otra clase cuyo bienestar « interés especial trata de mejorar » (ODEGARD, Peter: Factors in the Study of Pressure Groups and Political Parties in the United States, en el vol. indicado en la nota 21, pág. 515).

(33) LUKACS, Georg: Histoire et Conscience de Classe, trad. de K. Axelos y J. Bois, Paris, 1960, pág. 110. Por lo demás si Lukacs atisca la racionalización industrial no es en tanto que dirección, previsión o cálculo, como parece creer el Señor Tierno Galván, sino por su carácter formal como resulta claramente de lo que sigue: « Esta racionalización del mundo, en apariencia integral y penetrante hasta el ser físico y psíquico más profundo del hombre, encuentra no obstante su límite en el carácter formal de su propia racionalidad. Es decir que la racionalización de los elementos aislados de la vida, los conjuntos de leyes formales que surgen, se ordenan, es cierto, inmediatamente para una mirada superficial, en un sistema unitario de « leyes » generales; no obstante, el desprecio por el elemento concreto de la materia de las leyes, desprecio sobre el que reposa su carácter de ley, aparece en la incoherencia efectiva del sistema de leyes, en el carácter contingente de la relación de los sistemas parciales entre sí, en la autonomía relativamente grande que poseen esos sistemas parciales los unos con relación a los otros » (pág. 130).

(34) Aparte de los fragmentos ya citados, la única exposición « completa » que el Señor Tierno Galván hace en su libro del marxismo es la siguiente: « La dialéctica marxista obedece al mecanismo de la dialéctica hegeliana, pero adquiere mayor concreción y efectividad política y social por la valoración económica del concepto de « enajenación ». El concepto de enajenación equivale, tal y como Lukacs lo elaboró, a « inautenticidad », pero su razón profunda está en la existencia de una clase social que no participa en la posesión de los medios de producción. Esta clase — el proletariado — está entregada a las ideologías burguesas que procede, a su vez, de la necesidad, impuesta por la relación económica, de estructurar ideológicamente la desigualdad. En la relación dialéctica que surge entre proletario y burguesía, el proceso es característico porque la burguesía se enajena cada vez más ya sus ideologías y el proletariado adquiere cada vez en mayor grado conciencia de su enajenación. La lucha de clases es la expresión social más general de esta dialéctica del distanciamiento » (p. 105). Tratar de refutar todas las simplificaciones e inexactitudes aquí cometidas nos obligaría a hacer una exposición total del marxismo. Basta señalar que en dicho texto se desconoce: el grado de influencia de Hegel en Marx, quien elaboró el concepto de enajenación económica (que no tiene nada de psicológico), el contenido del mismo, la esencia de la lucha de clases, etc.

(35) En Estados Unidos el refinamiento al que se ha llegado es aún mayor. En la Conferencia Nacional de Electrónica celebrada en aquel país en otoño de 1956, Curtiss P. Schaefer sugería la creación de una ciencia nueva con el título de « biocontrol », especie de síntesis de los resultados obtenidos en biología por la cibernética y el control de pensamientos que realizan la Comisión de Actividades Antiamericanas y el FBI. Según palabras de su autor tal como se recogen en la revista Time, 15 Oct. 1956, pág. 40, « El más alto resultado del biocontrol podría ser el control sobre el hombre mismo ... Se podría imponer la esclavitud como condición de la paz, o bien obtener el mismo resultado mediante la simple amenaza de la bomba de hidrógeno. Gracias al biocontrol esta esclavitud sería total y definitiva ya que no se permitiría nunca a los individuos sometidos a ese control pensar como hombres. Los cirujanos proveerían a cada niño, algunos meses después de su nacimiento, de un enchufe bajo la cabellera y de electrodos dispuestos en sectores determinados de la corteza cerebral. Después de un año o dos se colocaría sobre el enchufe un receptor miniatura con una antena. A partir de esta fecha las sensaciones y los movimientos físicos de los niños se modificarían o serían totalmente controladas por las señales bioeléctricas emitidas por las estaciones controladas por el Estado ... La criatura designada precedentemente con el nombre hombre se convertiría así en la máquina más barata desde el punto de vista de su fabricación y de su utilización. En efecto, el valor del robot más simple, como el hombre mecánico construido por la sociedad Westinghouse, sobrepasa probablemente en varias decenas de veces el coste del nacimiento y de la educación de un niño hasta la edad de 16 años ». (Cf. el interesantísimo artículo de E. A. Arab-Ogly: Sociologie et Cybernetique, en las págs. 181 y ss. del vol. de Etudes Sociologiques citado, donde se analiza el caso).

Santiago Alvarez

ORIGEN Y FORMACION DE LA NACIONALIDAD GALLEGA

Galicia es una región natural, perfectamente delimitada en el conjunto peninsular. Dantin Cerezeda dice de ella que «aparece como una de las regiones más naturales de la Península» (1). Bosch Guimperá la define como región geográfico-política (2). Diversos geógrafos, historiadores y políticos han demostrado que la divisoria natural de Galicia como región desborda sus actuales límites político-administrativos. Entre ellos, López de Hoyos y Saiz (3), Otero Pedrayo (4), Alfonso R. Castelao (5).

Para el objeto que nos proponemos hoy, no consideramos imprescindible detenernos en este problema. Creemos más importante registrar el hecho, a nuestro juicio determinante, de que a partir o alrededor de un núcleo o de núcleos humanos iniciales de pobladores primitivos se ha ido formando en la región gallega, en el transcurso de muchos siglos, una nacionalidad.

Es indiscutible que quien penetre en Galicia procedente de Castilla y de León percibe enseguida gran diferencia respecto al territorio que deja atrás. Lo percibe en el relieve, en la vegetación, en el colorido y el verdor del campo, en la humedad del ambiente, en la densidad del aire y en la luz. Las moradas de las gentes y las gentes mismas, su lengua, algunas de sus costumbres, su sicología, tienen notas muy diferenciadas. Se trata, en realidad, de una región distinta y de un pueblo también distinto, aunque muchos de sus rasgos sean, naturalmente, comunes a los demás pobladores de la Península Ibérica. Cuál ha sido su proceso de formación es lo que trataremos de demostrar en este ensayo.

(1) «Regiones naturales de España». T. I, pág. 89. Madrid, Instituto Juan Sebastián El Cano, del C. S. de I. C., 1942.
(2) «El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España», pág. 12. México, 1954.
(3) «España Agrícola», «Galicia», pág. 6 y 7. Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1927.
(4) «Guía de Galicia», pág. 13. Ediciones Galaxia, Vigo, 1954.
(5) «Sempre en Galiza», pág. 44. Edición «As Burgas», Buenos Aires, 1954.

I

PREHISTORIA

Los primeros seres humanos de cuya existencia en Galicia hay pruebas, habitaban en las riberas del Miño y en las costas de la actual provincia de Pontevedra. Aunque su origen y raza sean aún desconocidos, por los útiles de piedra tallada de que se servían se deduce que su antigüedad se remonta a la etapa inferior del Paleolítico (Primera Edad de Piedra), y más concretamente al período «Achelense» (1).

El Paleolítico Inferior está representado en Galicia por los toscos instrumentos del trabajo de la época (cuarcitas talladas) que aparecen en yacimientos de un largo sector al borde del Miño, desde Tuy hasta la desembocadura de aquél cerca de la ría de Vigo.

Los núcleos humanos del Achelense, además de raíces y tubérculos, se alimentaban de pescado y moluscos y sabían hacer uso del fuego. Se trataría de recolectores-pescadores y probablemente cazadores. Utilizando el esquema de Engels (2), podríamos decir que se hallarían en el estado medio del salvajismo. Se deduce que formarían hordas primitivas llevando una vida más o menos nómada (3).

Según los especialistas de la Prehistoria, en el Paleolítico Inferior se observa en los núcleos humanos de Galicia un desarrollo similar al de otros núcleos peninsulares, aunque, al parecer, en algunos momentos se nota una evolución algo más lenta.

Durante el Paleolítico Superior, aparecen ya vestigios de existencia humana en Galicia, no sólo en los lugares mencionados, sino en otros de la actual provincia de Orense más alejados del Miño y de la costa (Los Pedares, Carballino, etc., etc.). Sin embargo, lo que ocurrió en Galicia en ese período es, hasta el presente, poco conocido, no siendo posible precisar tampoco (lo mismo puede decirse para el resto de la Península) si los núcleos humanos que le corresponden eran descendientes de los anteriores o pertenecían a una nueva raza.

Lo que sí se sabe es que el uso de instrumentos de piedra mejor tallada (silex) y sobre todo el descubrimiento y empleo del arco y de la flecha o venablo, que corresponden a ese período — y que permite al hombre hacer de la caza su alimento principal —, determina que éste dé un salto adelante pasando — siempre según Engels — al estadio superior del salvajismo. En cuanto a la organización social de los pobladores de esa época, podemos suponer, por analogía, que sería la gens materna, la comunidad gentilicia.

Los pobladores de Galicia en el Mesolítico, o período de transición al Neolítico (4), ampliándose y constituyendo ya tribus, evolucionan, al parecer, paralelamente a los núcleos de Asturias, Santander, País Vasco y norte de Portugal. Y los «Concheros» (5) están representados en Galicia por los yacimientos de

---

(1) El «Achelense» (Era del Cuaternario), corresponde al período que media entre el 30. y el 40. o último de los Glaciares.

(2) «El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado». Estados prehistóricos de cultura. C. Marx — F. Engels, Obras Escogidas, tomo II, pág. 171 y ss. Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1952.

(3) La antigüedad que por diversos indicios se les supone a los núcleos humanos de algunas otras zonas peninsulares (centro, zona cantábrica, sur, etc.), se sitúa en la época anterior o «Chelense». Sin embargo, los restos humanos encontrados, como la mandíbula de Bañolas y el cráneo de Gibraltar, son de época posterior o del «musteriense»; restos humanos que corresponden a seres de la raza Neanderthal.

(4) Período de la piedra pulimentada.

(5) Depósitos de conchas y otros restos de moluscos y peces a orillas del mar y cerca de las cavernas. Son famosos los de Asturias y Santander, en que se supone habitaron los pobladores de la cultura especial del «Asturiense». (Cuevas de Urtiaga, Castillo, Morín, Camargo, Rumeixa.)

Camposancos-Santa Tecla; Castro de San Cristóbal, cerca de Villa García; Neixón, en Arosa, etc.

Persiste la gens materna y florece la comunidad primitiva.

En el período Neolítico, en el que ya se inicia la cría de ganado, el cultivo de ciertas plantas, aparecen la cerámica y el tejido; las tribus de pobladores de Galicia, ya en el estadio inferior de la barbarie, aumentaron grandemente. De ese período existe abundante material arqueológico (puntas de flechas, cuchillos, hachas de piedra pulimentada, etc.), comprobándose también la existencia en la región de Palafitos (1). La comunidad gentilicia del matriarcado daría paso a la del patriarcado. Dentro de la comunidad gentilicia aparece ya la división social del trabajo, brotan los gérmenes de la propiedad privada y de la diferencia de clases, creando las condiciones de las relaciones sociales esclavistas. Comenzaría a practicarse un culto rudimentario a los muertos.

En la población del Neolítico, que Pericot supone empieza 3,000 años antes de nuestra Era (2), se halla ya la base inicial que forma, o contribuye a constituir, el núcleo de tribus que algunos autores designan con el nombre de la «Cultura y el Pueblo de los Sepulcros Megalíticos» (3). Cultura que está representada en Galicia por más de 3,000 dólmenes, que según el citado Pericot se distribuyen por casi toda la región, excepción hecha de las zonas limítrofes de Zamora y León.

La cultura Megalítica (4), que en el sur de Galicia y norte de Portugal se desarrolló con cierta autonomía en relación con otros núcleos peninsulares, comienza a manifestarse en el llamado período Eneolítico (nombre con que algunos autores designan la fase final del Neolítico, intermedio entre éste y la Edad de los Metales), pero su apogeo tuvo lugar en la época del Bronce. Bosch Guimperá cree que dicha «Cultura» tiene su origen en los núcleos de pastores derivados del «Asturiense» del norte, los del sur de Galicia, mezclados con otros de la llamada «Cultura de las Cuevas» del norte de Portugal.

«Las tribus «Megalíticas», que sabían extraer la casitería para fabricar el estaño, de cuyo mineral Galicia posee enormes riquezas, ya no eran sólo de pastores y agricultores, sino que se dedicaban a la minería y a la metalurgia, realizaban un activo comercio y practicaban ampliamente la división social del trabajo.

Estas tribus, que perduraron, según el cuadro que presenta Bosch Guimperá (obra ya citada), a lo largo de 2,000 años, abarcando desde el 2,500 antes de N. E. hasta la invasión céltica, habían dejado atrás el estadio medio y, a la llegada de los celtas, se hallarían en el estadio superior de la barbarie (5). La comunidad primitiva viviría ya un avanzado proceso de desintegración, desarrollándose las relaciones de producción esclavista. Con ellas identifican algunos autores a los «Oestrimios» de que han escrito griegos y latinos de la antigüedad.

---

(1) Viviendas construídas por lo común dentro de los lagos, sobre estacas o pies derechos.

(2) Luis Pericot propone 50,000 años a. de N. E. para el comienzo del Paleolítico Superior. Coloca su final en el año 10,000, durando, según él, del 10,000 al 3,000 el Mesolítico. «España Primitiva», pág. 111 — 112. Editorial Barna. Barcelona.

(3) (Del griego «megas», grande, «lithos», piedra.) Piedras de grandes dimensiones, entre las cuales se encuentra el «menghir», piedra clavada en el suelo por una de sus partes; el Cromlech, alineamientos rectilíneos o circulares de menhires, y el dolmen o anta, cámara formada por losas verticales y una horizontal sobrepuesta.

(4) Pericot la denomina fenómeno megalítico. Obra ya citada, pág. 34. Pero Bosch Guimperá la llama con el nombre ya anotado de «Cultura y el Pueblo de los Supulcros Megalíticos», obra ya citada, pág. 76.

(5) Engels, al hablar de los estadios prehistóricos de la cultura, dice que el estadio superior de la barbarie comienza con la fundición del mineral de hierro, pero en el capítulo «Barbarie y Civilización» señala que «entre los descubrimientos industriales de ese estadio hay dos importantísimos. El primero es el telar y el segundo, la fundición de minerales y el labrado de los metales. El cobre, el estaño y el bronce, combinación de los dos primeros, eran — dice —, con mucho, los más importantes ...» (F. Engels, obra citada, pág. 288).

II

Historia. Los celtas

Cuando los celtas, llamados « Sefes », llegaron a Galicia, 600 ó 700 años antes de N. E., encontraron, pues, no sólo una base humana (1) que hacía miles de años existía en dicho territorio, sino un gran desarrollo económico. Este estaba cimentado en un relativo progreso de la ganadería, del cultivo de ciertas plantas, y vinculado especialmente a la extracción y comercio del estaño y al desarrollo de la industria del bronce, que facilitaban nuevos instrumentos de trabajo y producción, superiores a los antiguos de piedra.

El comercio del estaño con los Tartesios de Andalucía y con tribus extrapeninsulares de la Bretaña francesa, Irlanda, País de Gales y otros países, tuvo en ese progreso extraordinaria significación. « Avanzado el segundo milenio — dice Luis Pericot (2) —, de la antigua cultura eneolítica ha ido surgiendo en la zona costera del norte de Portugal y Galicia una riqueza que coloca a este rincón del noroeste en un momento de apogeo » ... « Era el momento en que la prospección de los metalurgistas había alcanzado el último rincón de Occidente. Estas regiones Atlánticas poseen oro en cantidades apreciables, también poseen estaño. El estaño debía servir para el comercio con las ricas tierras del sur, intermedias con los cultos países mediterráneos e incluso con Egipto ».

Los celtas, que fueron porrtadores de una cultura superior, pues sabían elaborar y utilizar el hierro — con el hierro y el invento de la escritura alfabética comienza la civilización —, impusieron su hegemonía a las demás tribus. Probablemente, esta imposición no ocurrió sin lucha. El hecho es que pasaron a influir notablemente en todos los aspectos de la vida y del desarrollo de la región.

La imposición y hegemonía celta no representó el aniquilamiento de los antiguos pobladores. Lo que resultó de ello fue una fusión y, como consecuencia, el surgimiento de nuevos núcleos humanos continuación de los anteriores: las tribus que son conocidas como las de la llamada « Cultura de los Castros ».

« Aquí se da en esta época preromana, para seguir en la romana — dice Pericot refiriéndose a Galicia —, el tipo de Castro, poblado fortificado en lo alto de un monte, que con frecuencia no cubre habitaciones permanentes en su interior, pero que tiene varios fosos y terraplenes en líneas paralelas como si hubiera podido servir de refugio en momentos difíciles. A veces estos Castros han recibido el nombre de « Citanías », si poseen en su interior habitaciones. El tipo de éstas es circular, por lo menos en los Castros gallegos » (3).

Por su parte, Bosch Guimperá, en la obra ya citada, señala: « En Portugal y Galicia las ciudades célticas no hicieron sino reforzar y ampliar las tradiciones urbanas anteriores, ya muy arraigadas en el país. En las comarcas rurales, y especialmente en las zonas montañosas, los núcleos de población toman el carácter típico céltico de un centro de defensa y refugio: el Castro ».

Bajo la hegemonía de los celtas y en la época de la « Cultura de los Castros », continuó y se intensificó en Galicia la extracción y comercio del estaño y la ela-

(1) A falta de datos numéricos sobre la población de entonces, anotamos el testimonio de Bosch Guimperá: « En general — dice el notable investigador —, parece que, a pesar de la celtización cultural, los pueblos de Portugal y de Galicia, lo mismo que los del Norte de España (Asturias, el territorio Cantábrico, etc.), debieron mantener gran parte de su población indígena intacta bajo el dominio céltico ... » Obra ya citada, pág. 135—136.

(2) Obra citada, pág. 307.

(3) Luis Pericot. Obra ya citada, pág. 325.

boración del bronce. Hubo serios progresos en la agricultura. Los celtas, al parecer, introdujeron el centeno e intensificaron el cultivo del trigo. Los progresos fueron aún mayores en la ganadería. Pero el factor esencial del desarrollo fue la fabricación del hierro, de cuyo mineral Galicia posee grandes reservas, y la utilización de este metal en los útiles de producción. (El arado de hierro, por ejemplo, tirado por animales, hizo posible la roturación de la tierra en gran escala, y de la existencia de éste en Galicia — aunque no existen restos —, hablan los escritores antiguos.) La población aumentó y toda la región alcanzó un nuevo nivel económico.

La afirmación del investigador celtista gallego López Cuevillas de que «y Oestrimios y Sefes son, de este modo, los dos factores que colaboran en la formación de la «Cultura de los Castros» (1), nos parece, por ello, convincente. En realidad, en la «Cultura de los Castros» — que abarcó y aun rebasó lo que es geográficamente la región gallega —, se halla la base humana fundamental sobre la que, como veremos, habrá de irse formando la nacionalidad gallega.

III

Edad antigua. Los cartagineses.

Con la marcha de los siglos y el progreso de las tribus castreñas (Cuevillas le llama «Civilización Céltica»), por el propio desarrollo de dichas tribus, éstas habrían constituído una nacionalidad. Pero las guerras cartaginesas primero y la conquista romana después desvían ese desarrollo y le imprimen nuevos caracteres.

La penetración cartaginesa en Galicia (2), que siguió la ruta de griegos y fenicios — los mercaderes púnicos monopolizaron durante un período las relaciones comerciales con esa zona y establecieron en ella diversas factorías —, fue primero de carácter comercial, económico, pero después se transformó en saqueo. Este provocó la resistencia y la lucha de las tribus afectadas. A ella sucedieron los encuentros sangrientos, las batallas militares y la derrota de los galaicos. A la derrota siguió la imposición de un tributo esclavista o de vasallaje por parte de los cartagineses, con la exigencia de la entrega de ganados y riquezas minerales, así como de hombres para sus huestes militares, en lucha contra el creciente poder romano. La participación de los galaicos en el sitio de Sagunto, o en la batalla de Cannas, bajo las órdenes del caudillo Aníbal, es el resultado de esa imposición, más que, como pretenden algunos autores, una alianza en igualdad de condiciones contra Roma.

Las guerras de los cartagineses contra los galaicos y entre cartagineses y romanos, a las que aquéllos van forzados, dan así un sensible golpe a la llamada «Civilización Céltica» o «Castreña». El comercio del territorio galaico por las rutas marítimas se extingue y decae el florecimiento económico de las zonas costeras, que eran las más desarrolladas. Las relaciones por tierra con las otras zonas peninsulares también se ven afectadas. La vida económica languidece aún más posteriormente, al conquistar Roma el sur y el centro de lo que hoy es España.

(1) F. López Cuevillas. «La Civilización Céltica en Galicia», pág. 23. Santiago de Compostela 1953.

(2) El nombre de Galicia, según diversos testimonios, entre ellos el de López Cuevillas, se deriva del de la tribu de los «callaicos» (galaicos). «Lo que hoy se llama Galicia tomó su nombre de unos pueblos, a quienes griegos y latinos llamaron «callaicos». Después, contraído el diptongo, se llamaron callaecos y todo el país Callaecia; y mudándose la tenue en media, gallaecos, gallegos, Galicia ...» F. M. D. Sarmiento, «Estudios sobre el Origen y la Formación de la lengua Gallega», pág. 69, Ed. Nova, Buenos Aires).

La situación ya se había hecho crítica con la penetración en Galicia de Bruto, el año 137 antes de N. E., que impuso a los habitantes de la costa onerosas contribuciones de guerra. Pero a la penetración de Bruto sucedieron años después la de Julio César y otras (1). Por ello, aunque la resistencia de las tribus galaicas al poder romano se prolonga aún por más de siglo y medio, éstas se hallaban ya muy debilitadas. De otra parte, las luchas y guerras entre las mismas tribus, que se agudizaron en esa época, agravaron aún más su precario estado. Según Estrabón, «las tribus montañesas, por tener campos poco productivos y por poseer escasos bienes, ambicionaron los ajenos y promovieron guerras a los mejores acomodados». (Citado por López Cuevillas, obra mencionada, pág. *194*.)

En vísperas de la conquista romana, no existe, pues, en la región gallega una nacionalidad. Aunque, frente a dicha conquista, los lazos solidarios de las tribus se hicieron más estrechos, confederándose a menudo, al objeto de oponer una mayor resistencia al conquistador. El número de agrupaciones de tribus o «civitates» existentes en el actual territorio gallego — según las investigaciones más dignas de crédito, resumidas por el ya citado celtista gallego —, alcanzaba a 49. De la localización geográfica de todas ellas hay referencia exacta. En su organización social y política destaca netamente una clase social rica y poderosa que constituía la aristocracia militar.

IV

La conquista romana

La definitiva conquista romana del territorio galaico se produjo pasado el año 24 de N. E., más de siglo y medio después de la guerra de Numancia y de haber sido sometidos los territorios del sur y del centro peninsulares. Aquélla sólo se consumó tras el suicidio colectivo, en el Monte Medulio, de los supervivientes galaicos de la última batalla contra Roma, en las guerras cántabras, descendientes de los guerrilleros de Viariato (2).

La conquista romana ejerce en el desarrollo histórico que había de llevar al nacimiento de la nacionalidad gallega, los siguientes efectos: de un lado, el sometimiento de las tribus galaicas al dominio imperial da un golpe de muerte al desarrollo propio, antóctono, de la llamada civilización céltica o castreña; de otro, sienta premisas que aceleraron el proceso de la fusión tribal y las relaciones, aunque en este caso forzadas, con las otras zonas y gentes peninsulares. Con el sometimiento a Roma, a los antiguos elementos étnicos de los pobladores galaicos se unió, a la vez, el del conquistador romano, aunque éste no haya sido, en realidad, de mucha consideración.

---

(1) «Como consecuencia lógica de la parte activa que los galecos habían tomado en las guerras viriáticas — dice López Cuevillas —, el cónsul Décimo Julio Bruto, en el año 137 antes de N. E., llegó a Limia, después de haber atravesado por los territorios de varias tribus, y pasando más adelante se adentró hasta el Miño dando allí por terminada su expedición. En el año 93, Publio Licinio Craso ... navegó hasta las costas gallegas ... Perpena, el general de Sertorio, estuvo en el año 83 en el interior de la Galicia. Varios historiadores y biógrafos nos enteran ... del viaje marítimo de Julio César y de su arribada a Brigancio, Coruña. Hay memoria también de la estancia en los años 47—46 de Fabio Máximo». F. López Cuevillas, obra citada, pág. 479.

(1) «Por Floro y Orosio tenemos conocimiento de la campaña del año 26, emprendida por los generales de Augusto contra los galecos y que culminó con el asedio de Medulio y el trágico fin de sus defensores». F. López Cuevillas, obra citada, págs. 479—480. «En un reciente trabajo titulado «La Galicia Prerromana», el Dr. M. Rubén García inicia interesantes investigaciones ... aportando ya el importante dato de que el tejo, árbol del que sacaron el veneno con que pusieron fin a sus vidas los defensores del Medulio, es empleado hoy como remedio casero». F. López Cuevillas, ibidem.

En el orden económico, social y político, se producen también grandes mutaciones. La tierra, hasta entonces común, en lo fundamental, fue repartida por los cónsules y pretores entre los guerreros romanos; pero también la antigua aristocracia gentilicia o tribal, pagando los tributos impuestos por el emperador, se benefició de las tierras comunes de las tribus, sentándose así los pilares de una poderosa aristocracia galaico-romana. El sistema esclavista de producción se generalizó, se hizo determinante.

La forma de explotación esclavista en Galicia existía ya bajo la llamada cultura del bronce o de los pueblos de los sepulcros megalíticos, es decir, antes de llegar a la región los celtas; se siguió desarrollando bajo el dominio de éstos y en los tiempos de las guerras púnicas y de la resistencia contra Roma. Pero, salvo en los grandes centros mineros del estaño y del hierro, hasta la época romana, la esclavitud tenía en Galicia un carácter predominantemente doméstico, patriarcal. Y aunque la comunidad primitiva o gentilicia, transformada más tarde en algunas zonas en comunidad agraria, persistió en parte durante siglos, incluso bajo el dominio romano, durante éste la esclavitud pasó a ser el sistema básico de producción.

El Estado, como expresión política de la división de la sociedad en clases antagónicas e instrumento de poder de los dominadores, que en la época prerromana existía en forma embrionaria, en las tribus y « civitates » más desarrolladas, se estructuró de forma más completa y acabada. Galicia pasó a formar parte de la nueva división política establecida por los romanos (1).

Con la dominación romana, junto a la minería del estaño y de la plata, se intensifica la del hierro; alcanza gran desarrollo la extracción del oro en las minas y en ríos como el Sil (2); Plinio consideraba a España el país del oro, sobre todo a Galicia. « Y de las 20,000 libras de oro que concurrían al Erario Público Romano, eran obtenidas la mayor parte de los aluviones del Sil, del Eo y del Ouro » (3). Se construyen las famosas calzadas y vías militares que relacionan más las principales comarcas de la región; se mercantilizan productos derivados de la agricultura que, como el lienzo, son, al parecer, muy apreciados en Roma. Es decir, durante la primera fase de la dominación romana se produce un cierto desarrollo económico. Pero ello a costa de un brutal saqueo de las riquezas mineras y agrícolas de la región, cuyo producto va a parar, sobre todo, a la capital del Imperio.

Y aunque en las zonas más apartadas de los centros administrativos, de los campamentos y de las vías militares perduraron formas de propiedad, de vida y de cultura de la época anterior, la penetración romana se fue imponiendo. La lengua latina pasó a dominar por encima de las diversas lenguas existentes en aquella dispersión tribal. La cultura latina penetró, en general, por todos los poros de la sociedad.

A estos factores económicos, políticos y culturales se unió en un momento dado el factor religioso del cristianismo, que una vez aceptado como el mejor

(1) Después de la conquista romana (siglo I.) Galicia fue incluida en la provincia Tarraconense, junto con Asturias y Cantabria; sus límites llegaron al Duero; en el siglo III (reorganización de Caracalla) fue incorporada a la provincia « Hispania Nova Citerior Antoniana », junto con Asturias y parte de Cantabria; más tarde Diocleciano hizo de la « Nova Citerior » una provincia independiente de la Tarraconense, que la llamó « Gallaecia »; ésta estaba formada por los « conventos jurídicos » de Braga, Lugo y Astúrica o Astorga, ciudades que habían sido desde la conquista romana los centros militares y administrativos fundamentales de toda esa zona.

(2) Las minas de oro estaban, sobre todo, en la comarca del Bierzo, que corresponde hoy a León. En ellas utilizaron los romanos la mano de obra esclava en gran escala.

(3) « Historia de España ». Menéndez Pidal. Madrid. Tomo I. « El influjo de la Geografía en la Historia ».

soporte ideológico justificativo de la esclavitud por los emperadores romanos, ayudaba más racionalmente que las anteriores religiones de la «cultura megalítica» y «celta» al dominio esclavista.

Los instrumentos internos principales de la romanización — aparte de la superioridad política que el poder imperial representaba — fueron la aristocracia que se fue creando y los funcionarios que vivían a la sombra del poder imperial. Ello no anuló del todo, sin embargo, la existencia de las anteriores tradiciones culturales.

Estas eran tan fuertes que Bosch Guimperá, por ejemplo, afirma que «los cultos y prácticas rituales célticas persisten en Galicia largo tiempo, hasta entrado el período suevo-visigodo» ... aunque, a la vez, señala «que es muy difícil saber lo que realmente se debe a los celtas y lo que sobrevivió del estado de cosas anterior ...» (1).

Lo que adquiere evidente importancia es la corriente ideológico-religiosa del priscilianismo, surgida en esa época, que se basaba en la filosofía «agnóstica» y que fue condenada por la Iglesia como una herejía. Empero, su importancia no estriba tanto en que fuese expresión de lo autóctono, de lo prerromano, cuestión en la que estimamos exageran los nacionalistas gallegos, sino en que era el reflejo ideológico de la oposición y de las luchas de los esclavos y oprimidos contra la dominación esclavista, aunque sea evidente que encontró su apoyo en tradiciones arraigadas en el viejo solar durante siglos.

En los tiempos finales del dominio imperial, el sistema de esclavitud en Galicia, como en el conjunto de España, se fue debilitando. Aparecieron ya rasgos de relaciones feudales como el colonato y la enfiteusis.

En el siglo V, minado por la lucha de los esclavos y bajo los golpes de los pueblos germanos, el poder imperial de Roma, ya descompuesto, sucumbe. Para los núcleos humanos que habitaban en la «Gallaetia», como para los del conjunto de la Península Ibérica, se abre una nueva etapa.

V

EDAD MEDIA

A) Los Suevos

De entre los pueblos germanos que cruzaron los Pirineos, el 409 de N. E., entraron en Galicia una rama de vándalos y los suevos. Expulsando a los primeros, después de choques sangrientos — en que, sobre todo, se ventilaba la posesión de los yacimientos de hierro y oro gallegos —, quedaron estos últimos victoriosos (2). Los suevos fundan, a partir del 411, la primera monarquía de Occidente y Galicia queda incluída en ella. Una extensa zona, especialmente de la actual provincia de Lugo, permanece, sin embargo, fuera de su control, teniendo como forma política de gobierno, al parecer, una especie de confederación en la que debieron jugar importante papel algunas antiguas comunidades y los

(1) Obra citada, pág. 156.

(2) Siglos antes de que los suevos penetraran en España existía entre ellos el régimen gentilicio, pero en los cientos de años que duró su vida errante por Europa y sus luchas contra Roma, ese régimen se desintegró. En la época que nos ocupa, o sea cuando penetraron en Galicia, poseían los suevos una organización política basada en el caudillaje militar que se apoyaba en la antigua nobleza gentilicia y en sus tropas, acentuándose cada vez más las diferencias de clase, proceso que se aceleró con la conquista de los nuevos territorios.

municipios surgidos en la época romana. La dominación total de Galicia les costó a los suevos más de medio siglo. Se les resistieron algunos centros galaico-romanos, pero, sobre todo, la « plebe » apartada de las vías de comunicación, en cuyas zonas perduraban aún comunidades gentilicias y agrarias, las cuales se ve que defendían a sangre y fuego sus tierras y yacimientos de hierro (1). En los primeros momentos, el reino suevo abarcó a los territorios de los antiguos conventos jurídicos « Bracarense » y « Lucense », que formaban parte de la « Gallaetia » romana, y tuvo fronteras muy elásticas. En relación con la antigua « Gallaetia », sus límites fueron contraídos en el nordeste y se ampliaron en el sur, abarcando a parte de Lusitania, territorio del actual Portugal. Pero, desde que en el año 456 fue derrotado y hecho prisionero uno de los reyes suevos, Requiario, por el visigodo Teodorico, el reino suevo vio reducidos sus límites más o menos a lo que es hoy Galicia y el norte de Portugal. Atravesó, además, por una grave crisis.

Esta no sólo estuvo motivada por el hecho de la derrota militar a manos de los visigodos, sino por la resistencia de los galaico-romanos y las luchas intestinas entre distintas facciones, luchas que llevaron a la división y dualidad, durante años, en su caudillaje monárquico-militar. A partir de entonces, el reino suevo pasó a ser dependiente o tributario del poder visigodo, que ya se había consolidado en España (2).

A mediados del siglo VI lograron los reyes suevos restablecer su unidad interna y realizar una organización eclesiástica y administrativa de cierto relieve (concilios de Braga, en el año 561, y de Lugo, en el año 569) (3). Pero el rey visigodo *Leovigildo, apoderándose del reino suevo el año 585, acabó con dicha monarquía.*

La invasión y el dominio suevos en el territorio gallego trajeron un nuevo aporte étnico, humano, de origen germánico, que vino a fundirse con la numerosa población anterior galaico-romana, considerado importante por diversos antropólogos e historiadores (4). En cuanto al volumen de aquélla en el Convento Jurídico de Lugo — que abarcaba lo que es aproximadamente la Galicia actual —, Plinio da, tomando los datos del Censo romano, la existencia de 166,000 habitantes libres, es decir, no sujetos a la esclavitud, cifra que, por supuesto, representaba una minoría del conjunto de la población, que era esclava. Al Convento Jurídico de Braga le atribuye 175,000 personas y al de Astúrica o Astorga, 240,000 (5).

La resistencia y la lucha en los primeros tiempos no impidió la fusión de la población anterior, pregermánica, con los suevos, sobre todo en los centros de mayor desarrollo. Un índice de ello es que en las luchas y guerras de suevos y visigodos, a partir de mediados del siglo V ya figuran gallegos en las huestes suevas.

---

(1) Para estudiar esta época nos basamos, sobre todo, en los elementos que aporta el « Cronicón » del famoso obispo gallego Idacio. Véase: Aportaciones a la Historia de Galicia. Dr. Marcelo Macías. Bib. Est. Gallegos. Madrid.

(2) Cronología de los reyes suevos: Hermerico reinó 32 años, de 409 a 441; Rechila, 8 años, de 441 a 448; Rechiario, 9 años, de 448 a 457; Maldrás, 3 años, de 457 a 460; Frantanes, con Maldrás, 457 y 458; Remismundo, con Maldrás, de 458 a 460; Remismundo, con Frumario, de 460 a 464; Remismundo solo, de 464 a 469. Período de los reyes arrianos desconocidos: Carriarico? ... a 559 (reinaba antes del 550, hacia el cual fue su abjuración del arrianismo, según narración del Turonense); Theodomiro, 11 años, de 559 a 570; Miro, 13 años, de 570 a 583; Eboricо, 583; Andeca, tirano, 584; Leovigildo se apoderó del reino suevo en 585 (Hermerico se llamó también Hermanrico). Dr. Marcelo Macías. Obra « Aportaciones a la Historia de Galicia », pág. 161.

(3) Entre otras cosas, dichos concilios acordaron la estructuración de Galicia por parroquias, basadas éstas, en muchos casos, en los núcleos de antiguas gentilidades, tribus y « civitates ». La parroquia aún perdura hoy en la organización eclesiástica.

(4) « La Galicia no cántabra es la litoral atlántica que presenta contrasta con los braquicéfalos lucenses, al tener una dolicocefalia de tipo nórdico debida, sin duda, a su estirpe sueva y a las incursiones normandas ». « Historia de España ». Menéndez Pidal. Tomo I, Antropología.

(5) López Cuevillas, obra citada, pág. 47.

Bajo el dominio suevo, las tierras gallegas fueron repartidas en sus dos tercios entre los invasores. Generalmente, el reparto lo hacía el rey o se verificaba por orden de éste, ya en grandes extensiones, ya en parcelas más reducidas, ateniéndose, sobre todo, a la categoría militar de sus guerreros.

Las tierras dadas por los reyes a éstos fueron, con frecuencia, cedidas a terceros. Esto lo hacían especialmente los condes, que después del rey eran los más grandes poseedores de esas tierras, que se llamaron « feudos ». Así surgieron los subbeneficios y se derivó la clase de vasallos y de vasallos de los vasallos. La nueva estructura social originó las jerarquías de tierras y personas que había de terminar constituyendo el sistema cuya base económico-social es la propiedad feudal de la tierra y la propiedad parcial sobre el siervo; es decir, el régimen feudal.

Las condiciones en que se cedían las tierras llamadas tributarias a los colonos gallegos por los vencedores suevos eran muy diversas: en régimen de servidumbre de la gleba, en arrendamiento y en forma de colonato.

Algunos autores afirman que en esa época los cultivadores de la tierra en Galicia vivían en condiciones más penosas que al final de la dominación romana pues mientras en los últimos tiempos del Imperio el poder militar y civil estaba dividido, existían los municipios, etc., los condes suevos, o suevo-visigodos, reunían en sus feudos los derechos de propietarios y de soberanos. Sin embargo, bajo los suevos desapareció la esclavitud que existía bajo el imperio romano, y sabido es que las relaciones feudales representan una etapa superior respecto a la formación económico-social anterior.

La forma en que fue dividida la tierra en Galicia en esa época determinó la existencia de propietarios de « alodios », o grandes extensiones de propiedad libre; los propietarios de feudos; los tributarios y los siervos. Durante muchas décadas, al decir del historiador Vicetto (1), las dos primeras clases se componían, esencialmente, de suevos o de sus descendientes y las últimas de gallegos. Pero no existía una rígida línea divisoria, en virtud de que los reyes y la nobleza sueva se servían de los gallegos pertenecientes a la clase ya privilegiada bajo Roma y que pronto se puso a su lado.

La monarquía sueva no abarcaba solamente al actual territorio gallego. Sería, por ello, inexacto hablar de monarquía galaica refiriéndonos a aquella época. Tampoco puede hablarse de que entonces existiese ya en el territorio galaico una definida nacionalidad. Sin embargo, ya en la última etapa de la monarquía sueva aparecieron rasgos de ésta. Además de elementos tan esenciales como son la comunidad humana ya estable y un territorio común, en la región apunta cierta unidad política y cultural al margen del resto del país. Mientras que, a la vez, con la corrupción del latín vulgar, que hablaba la población sierva y plebeya, y la introducción en él de algunas voces suevas, se establecen las bases iniciales de un nuevo idioma nacional.

La desaparición en el año 585 del reino suevo y el sometimiento de ese territorio al poder visigodo ya no pudieron frenar ese desarrollo, aunque la intención visigoda de lograrlo parece evidente.

Por ello, bajo la dominación visigoda, que duró 130 años — desde la destrucción de la monarquía sueva hasta la invasión árabe —, el territorio dominado antes por los suevos gozó, al parecer, de cierta autonomía Incluso algún rey visigodo, como Recesvinto, designó a un hijo suyo, Witiza, para que lo gobernara

(1) *Benito Vicetto « Historia de Galicia », Tomo II, págs. 254—259. Ferrol, 1858.*

como asociado al trono Esa constatación parece reveladora de la fuerza que habían adquirido en dicho territorio ciertas peculiaridades, tradiciones y costumbres, distintas a las del resto del país Algunas de éstas se reflejan en el orden religioso y cultural, encontrándose entre ellas las supervivencias del «priscilianismo», que evolucionó hacia las doctrinas y prácticas maniqueas (1), reflejo en el aspecto ideológico religioso de la oposición a la religión católica del Estado, que servía de soporte a la dominación feudal (2).

VI

B) Los árabes

Galicia fue el último territorio peninsular conquistado, y no totalmente, por los árabes, que llegaron a la Península el año 711. En el obispado de Iria Flavia (en el actual Padrón), que parece fue conquistado pero muy pronto recobrado, se formaría, al decir de algunos autores, un diminuto Estado independiente en que se refugiaron gentes de otras partes de Galicia y de la Península. Desde Iria, como desde otros lugares de la región — se conoce especialmente la lucha de los condes Arias Suárez de Deza y Sorré de Sotomayor (3) —, se resistiría o combatiría contra los árabes.

En Asturias, zona desgajada de la antigua «Gallaetia» en época sueva, se reunieron especialmente los núcleos de la resistencia visigoda que, reorganizándose y nombrando como caudillo y rey a Pelayo — hijo de un noble visigodo que, según algunos autores, se crió en el palacio de Witiza, en Tuy (Galicia) —, ganaron la batalla de Covadonga en el año 718. Esta fecha, o la de 722, según algunos autores, se considera como el inicio de la Reconquista. Entre la llegada de los árabes al solar galaico y el 718 no median, pues, más que dos años. Ya bajo Alfonso I, yerno de don Pelayo, fue reconquistada Lugo, la primera gran ciudad del noroeste que pasó a manos de los cristianos. Seguidamente fueron reconquistados Orense y Tuy. En ese mismo reinado (739—757) toda la actual Galicia y el norte de Portugal estaban libres de árabes.

Ante el ataque de éstos, según algunos historiadores, afluyó a Galicia una importante emigración de elementos hispano-visigodos que, en parte, echaron sus raíces en la región. También afluyeron después mozárabes, que contribuyeron a repoblar su parte oriental. Sin embargo, ello no cambia esencialmente el hecho de que *con el establecimiento de los suevos en Galicia, se cierra la etapa de las migraciones o invasiones de tribus a pueblos que hicieron su fundamental aporte a la base étnica del pueblo gallego*, formada por tribus y grupos humanos bien diversos, por cierto.

En nuestra opinión tampoco modifican sustancialmente esa realidad — aunque influyan en ella — las emigraciones bretonas que a fines del siglo V y comien-

(1) Es decir, hacia el «Maniqueismo», doctrina que admitía dos principios creadores, uno para el bien y otro para el mal.

(2) Cuando llegaron a Galicia los suevos profesaban el «paganismo germano». Durante el reinado de Requiario, hijo de Requila, renunciaron al paganismo y se convirtieron al catolicismo. Uno de los reyes como hemos visto abrazó el arrianismo el año 465 (período de reyes arrianos desconocidos). El arrianismo era una secta cristiana considerada herética por la Iglesia de Roma, secta que negaba la consustancialidadad del verbo (hecho carne) con el Padre, el misterio de la Trinidad y otros dogmas de la Iglesia de Roma. Más adelante, reinando Carriarico, se convirtieron de nuevo al catolicismo. Algunos autores identifican a Carriarico con Theodomiro (559—570).

(3) Sorré de Sotomayor era conde del Castillo del Sobroso, cerca de Rivadavia; Arias Suárez de Deza era conde de la región del Deza, en la tierra de su nombre. B. Vicetto, obra citada, Tomo III, pág. 194.

zos del VI habían llegado a las zonas costeras de la actual provincia de Lugo. Las posteriores invasiones normandas que, en general, como veremos, fueron rechazadas, no constituyeron tampoco en ese orden factor determinante (1).

Podemos, pues, concluir afirmando que en los primeros años de la Reconquista contra los árabes, a comienzos del siglo VIII, existe ya en la región gallega una comunidad humana definitivamente estable que ha echado bases para, desde ese siglo hasta el XIII, completarse, consolidarse como nacionalidad. En ella habrá de jugar un papel decisivo la lengua, el idioma.

VII

El idioma gallego

A la llegada a Galicia de los celtas, cada tribu existente en el territorio tendría su lenguaje propio, más o menos diferenciado. A la hegemonía impuesta por las tribus celtas, probablemente se unió también la introducción de su lengua o lenguas. Algunos autores lo dan como un hecho al señalar que «la imposición de su lengua debió desterrar a las indígenas de tipo más primitivo» (Bosch Guimperá) (2).

El historiador gallego Murguía sugirió que en Galicia se hablaba en esa época la lengua de una de las ramas célticas. Con ello disentía de F. M. D. Sarmiento, quien había dicho: «Rara vez hay unidad de lenguas que no haya unidad de dominio».

Todo parece indicar que, efectivamente, ni en la primera etapa de los celtas ni en la llamada «Civilización Céltica» o de los «Castros» existía en la región gallega un idioma común. Esa es, *precisamente, una de las razones, la esencial de que no existiese en esa época nacionalidad*. Tampoco se sabe si existía la escritura, aunque el albafeto griego es probable que fuese introducido en Galicia por los navegantes fenicios y conocido en las zonas costeras.

La opinión dada por Sarmiento en cuanto a las distintas lenguas y a la ausencia de escritura, confirma la versión que da el escritor Silo Itálico de los gallegos, cuando describe su participación en la batalla de Cannas, a las órdenes de Aníbal: «Hablaban — dice — en sus lenguas propias», es decir, en varias lenguas (3).

La dominación romana impuso en Galicia el latín, como ocurrió en toda la Península, excepción hecha del pueblo vasco. No obstante, parece que ciertas voces célticas perduraron a través de los siglos y se incorporaron al idioma neolatino que se fue formando. Lo mismo ocurrió con ciertas voces germanas (suevas y góticas).

Tal vez, lo que refleje mejor la realidad sea el siguiente pasaje del ya citado F. M. Sarmiento, que dice: «Así mi dictamen es que el idioma gallego es el latín estropeado, aunque con constante analogía. Que en cuanto a geografía antigua,

---

(1) Respecto de las antiguas colonias o factorías griegas o fenicias establecidas en las costas gallegas, así como la dominación cartaginesa, hay cada vez más coincidencia entre los investigadores de que apenas tuvieron importancia en lo que a aportaciones étnicas se refiere. Asimismo, por lo que respecta a las incursiones de los piratas «hérulos», en el siglo VI, que fueron rechazadas.

(2) Obra ya citada, pág. 136.

(3) F. M. D. Sarmiento, obra citada, págs. 70—71.

tiene o no tendrá algunas voces griegas y célticas primitivas, pero que no sabré discernirlas. Que después se le agregaron algunas voces suevas y góticas, por lo que toca a marina y milicia; que en el tiempo de la conquista de Portugal y del Gobierno del Conde D. Ramón (se refiere al Conde de Borgoña. — S. A.), se introdujeron algunas voces francesas vulgares; y que, finalmente, se le pegaron tales cuales voces modernas castellanas, no en el idioma de los aldeanos, sino en el de los ciudadanos y en especial de los que habitan en puertos de mar ... Finalmente, digo que de cinco partes de voces gallegas, las cuatro son casi latinas» (1).

Lo que F. M. Sarmiento presenta como hipotético respecto a las voces célticas y griegas, otros, García de Diego, por ejemplo, lo afirman categóricamente (2).

Lo que nos interesa en este caso es el hecho de que, derivada del latín, en un proceso de siglos, se formó la lengua que, inicialmente galaico-portuguesa, había de ser lengua nacional gallega.

En el siglo VIII «ya estaría el vulgar bastantemente distinto del latín que se hablaba a los principios», dice F. M. D. Sarmiento (3). En cuanto al idioma escrito, los documentos del siglo aparecen aún en latín.

Las primeras palabras escritas de la lengua galaico-portuguesa se encuentran en documentos del siglo XI, entremezclados con un latín bárbaro. No se trata aún de escritos literarios, sino de diversos documentos privados; testamentos, cartas de pago, donaciones, peticiones, etc. En el transcurso del siglo XI y del XII sigue desarrollándose, y a principios del siglo XIII comienza a utilizarse ya en documentos públicos. En el decurso de ese siglo y del siglo XIV, la nacionalidad gallega tiene totalmente formada su lengua, su idioma. En los siglos XIII y XIV llega éste a su máximo esplendor. Por ello, en los cancioneros galaico-portugueses se recogen las poesías y cantos de los trovadores gallegos y portugueses, que abarcan desde fines del siglo XII hasta mediados del siglo XIV (4).

Un idioma propio, ampliamente desarrollado, unido a los factores ya señalados de comunidad humana estable y de territorio con vínculos económicos característicos de la época feudal, una sicología y cultura comunes en desarrollo, hacen de Galicia una definida nacionalidad.

VIII

La Reconquista

La cristalización definitiva de Galicia como nacionalidad está vinculada a la Reconquista contra los árabes. Hecho histórico éste común a los demás pueblos de España y que influyó en la formación de ésta como Estado. Pero a Galicia le afectó de modo particular la lucha contra las invasiones y ataques normandos. Ambos fenómenos están a la vez íntimamente relacionados con los rasgos que adquiere en Galicia el desarrollo feudal.

Partiendo de estos factores estimamos que para comprender algunas particularidades de la formación de la nacionalidad gallega hay que considerar, además, los siguientes hechos:

---

(1) Obra ya citada, págs. 39—40.

(2) García de Diego. «Elementos de Gramática Histórica Gallega». Burgos.

(3) Obra ya citada, págs. 64—65.

(4) Cancioneros de la Vaticana; de Colocci-Brancuti; de Ajuda.

1º. — La hegemonía de la lucha contra los árabes en la zona noroeste estuvo, desde el primer momento de la Reconquista, en manos o bajo el caudillaje de la incipiente monarquía asturiana, constituída por la nobleza hispano-visigoda. Se trataba, en cierto modo, por lo que se refiere a esa zona, de la continuidad del poder más o menos centralizado anterior a la invasión de los árabes.

2º. — A la vez, esa monarquía pasó a ser el centro feudal económicamente más fuerte del noroeste. Hay que tener en cuenta que, en virtud del derecho de conquista y de señorío, era dicha monarquía la que repartía las tierras y daba privilegios a los nobles eclesiásticos y seglares (1). Y en una formación de tipo feudal la disponibilidad de tierra y siervos era, sin duda, la fuente más importante de la influencia económica y también del poder político.

3º. — De otra parte, la monarquía contó a su favor con el factor geográfico, dado que la Reconquista se llevaba a cabo en territorios cada vez más alejados de la región gallega.

4º. — El apoyo moral y político de la Iglesia a dicha monarquía fue a su vez un factor decisivo. En todos esos siglos la Iglesia fue el centro político e ideológico más sólido, el principal soporte del régimen feudal y de las monarquías que le rendían vasallaje.

5º. — En Galicia, continuando y aun acentuándose una tradición que, como veremos, ya provenía de la última etapa sueva y visigoda, fue la Iglesia, además, la que recibió la parte más importante de las tierras recobradas a los árabes. Así, pues, desde el inicio mismo de la Reconquista la nobleza seglar gallega se hallaba en condiciones de inferioridad respecto a la nobleza seglar que rodeaba a la monarquía asturiana, y respecto, asimismo, a la nobleza clerical gallega. Ello habrá de imprimir su huella al desarrollo histórico de Galicia durante cuatro siglos.

Comenzaremos por señalar que mientras la nobleza clerical gallega, haciendo de Lugo el centro eclesiástico de Galicia y de la monarquía, ejerce notable influencia en la corte de Asturias, una parte de la nobleza se resiste, desde el inicio de la Reconquista, a someterse a la autoridad de la corte asturiana (2). En general, ésta cuenta desde su nacimiento y durante los dos siglos de su existencia con la oposición de diversos nobles gallegos que tratan de impedir o condicionar su autoridad rebelándose contra ella (3).

En la lucha para lograr su objetivo, los nobles gallegos apoyaron a veces como candidatos al trono a pretendientes no gallegos, pero vinculados a Galicia por parentesco; otras veces, trataron directamente de imponer como rey a uno

(1) Durante los siglos de la Reconquista se delimitan como tipo de posesión feudal de la tierra — según algunos autores — el bien de conquista y el bien de señorío; el primero estaba constituído por las tierras que, reconquistadas a los árabes, eran concedidas «graciosamente» por los reyes a sus guerreros o magnates, ya seglares o eclesiásticos; en el segundo caso, la cesión se hacía, en un principio, mientras durase el servicio de asistencia a la guerra, etc.

(2) Cuando ya en el reinado de Alfonso I fue reconquistado Lugo, el eclesiástico inmigrado (de origen mozárabe), llamado Odoario, repobló la vieja ciudad romana y sus alrededores y restauró en ella la sede episcopal metropolinata (sede que desde la época romana estaba en la ciudad de Braga, norte de Portugal, y que en esas fechas se hallaba cerca de la línea fronteriza con los árabes y, por ello, abandonada). Odoario adoptó en Lugo el título de obispo de Braga, pasando a ser no sólo el jefe eclesiástico de la zona de Galicia, sino el primado del reino astur. Así, la ciudad de Lugo era, en realidad, la segunda capital de la monarquía asturiana y el señor de ella era Odoario. Este, por habérsele dado en «señorío» grandes extensiones de tierra a la iglesia metropolitana de Lugo, tierras que repobló, dominaba una extensísima zona regional.

(3) Rebeliones en los reinados de Fruela (757—768), de Silo (774—783), de Ordoño I (850—866), hasta el de Alfonso III el Magno (866—910).

de los suyos. Pero fueron casi siempre derrotados. Sólo en el reinado de Alfonso II el Casto (789—842) puede decirse que llegó a reinar el candidato de los nobles gallegos.

Todas las rebeliones de los nobles gallegos contra la monarquía asturiana en el transcurso del siglo VIII tuvieron como base a Lugo. Ello no quiere decir que fuese Lugo una especie de centro aglutinante de los intereses regionales o que en la mente de los nobles que se sublevaban anidase el alto ideal de nacionalidad. Se trataba más bien de una lucha entre feudales. Es evidente, sin embargo, que Lugo era punto neurálgico a través del cual se expresaban las ambiciones de los señores feudales gallegos, ambiciones que tenían sus raíces históricas.

Los reyes de Asturias y los jerarcas de la Iglesia se propusieron acabar con esa situación, o por lo menos modificarla. La fábula del descubrimiento del cuerpo del apóstol Santiago, precisamente cerca del Obispado de Iria Flavia, que desde el primer momento prestó apoyo a la monarquía astur, *además del objetivo esencial de estimular la Reconquista creando un mito religioso de gran fuerza moral en la época* está, según algunos autores, relacionada con aquellos propósitos.

El nuevo centro religioso Iria-Compostela (1), que surgió vinculado directamente a la monarquía, provocó bien pronto el desplazamiento de Lugo, acentuándose con ello aún más la influencia de la nobleza eclesiástica sobre la nobleza seglar.

El apoyo de la monarquía a Compostela tiene, de otro lado, motivos más profundos.

La monarquía asturiana no tuvo que hacer frente en esa época solamente a los levantiscos nobles gallegos; tuvo que hacerlo también y fundamentalmente a lo que era la expresión de la contradicción antagónica existente en aquella sociedad: la lucha de los campesinos siervos contra los señores, derivada de la explotación de aquéllos por los señores feudales. La historia de Galicia nos ofrece en esa época dos ejemplos.

Uno de ellos es la rebelión de los « maragatos », que habitaban la tierra que aún conocemos con tal nombre y que corresponde hoy a la provincia de León (2). Estos siervos, según el cronicón Albeldense, citado por el historiador Vicetto, fomentaron « una insurrección para desmoronar la monarquía », insurrección o sedición que el rey Aurelio, convocando su ejército, sofocó con « industria suma ». Esto hace suponer al historiador que no sólo recurrió a la fuerza para reducirlos a su antigua servidumbre, sino que hubo de hacerles alguna concesión de tierras propias, con franquicias civiles (3).

El otro es el ejemplo al que se refiere el historiador portugués Herculano citando al Albeldense: « Los siervos amotinados contra los señores — dice — fueron reducidos a la antigua servidumbre por industria de él » (se refiere al rey). Esto, que algunos historiadores discuten, poniéndolo en duda, lo confirman otros autores como Sebastián de Salamanca, que señala: « Los libertos, tomando las armas, se rebelaron tiránicamente contra los propios señores; pero, vencidos por

(1) La sede del obispado estaba, como sabemos, en Iria Flavia (Padrón). Pero, cuando se produjeron los primeros ataques de los normandos, al objeto de resguardarla de ellos, fue trasladada al lugar donde se dijo estaba el cuerpo del apóstol Santiago; de ahí el nombre de Compostela, equivalente, al parecer, al de « Campus Apostoli ».

(2) Los « maragatos » eran el producto de una colonia de musulmes hechos prisioneros en época de Alfonso I y a los que se les permitió asentarse con cristianos en el reinado de don Aurelio (768—744).

(3) B. Vicetto, obra ya citada, tomo III, págs. 233—234.

la «industria» del príncipe, fueron reducidos a la antigua servidumbre» (1). Tanto Herculano como Salamanca se refieren no sólo a los maragatos, sino al parecer a una insurrección más amplia; por ello nos atrevemos a hablar de dos ejemplos. Herculano, según Vicetto, — que discute esa interpretación — cree ver en aquella insurrección «el primer síntoma de los gallegos de la reconquista como pueblo, aspirando a las franquicias municipales, a las libertades civiles» (2).

El deseo de la monarquía asturiana y de la Iglesia de levantar a Compostela como un gran centro religioso-moral tampoco está desvinculado del proceso de la lucha que se manifestaba en el seno de la misma Iglesia. Es más, una de las rebeliones de Lugo, de carácter popular, en la época de Fruela I tiene, al parecer, su origen en la reacción contra el decreto de dicho rey que, recogiendo los acuerdos del «Concilio» celebrado en Iria bajo la presidencia del obispo Odoario, dictó leyes que «corrigiesen la poca castidad del clero católico». Este (el clero bajo) se exasperó contra el decreto que «*violentaba las leyes de la naturaleza* (3) y tumultuando al pueblo lo conmovió y obligó a que tomara las armas en su apoyo».

Finalmente, en el surgir de Compostela probablemente jugó también un importante papel la gran discusión ideológico-religiosa en la que al parecer se reflejaban las viejas doctrinas arrianas de los suevos. Se trata de la controversia entre Elipando, metropolitano de Toledo, refugiado en Galicia, y Félix, obispo de Urgel. Defendiendo Elipando la idea, inicialmente de Félix, de que bajo el concepto de su naturaleza humana, Cristo era sólo el hijo adoptivo de Dios, puso en peligro la unidad del dogma católico romano. Sus doctrinas se difundían en Galicia de tal modo que el papa Adriano, en una famosa encíclica, criticándolas violentamente, profirió contra los defensores de tales herejías amenazas como la de excomunión y otras.

Al pasar a hacer de Compostela el principal centro religioso de la reconquista del oeste peninsular y ser pronto la ciudad más opulenta de la monarquía asturiana, ésta, así como la Iglesia, logran, en parte, sus propósitos. Pero, con el desarrollo de Compostela, las aspiraciones de algunos nobles gallegos, a los que se unen en un momento dado las de los obispos compostelanos, también crecen y se plantean, entre otros objetivos, el de que a Galicia se la reconozca como entidad de personalidad política propia en el marco de la monarquía asturiana.

En algún momento este objetivo fue logrado. Por ejemplo, el rey Ordoño I (850—866), que había iniciado un sistema descentralizado en los ya vastos territorios de su reino (que ya abarcaban a Galicia, Asturias, Norte de Portugal y parte de Castilla), ante la presión de los nobles gallegos y viéndose necesitado de fuerzas para la guerra, que Galicia podía ofrecerle, nombró rey de Galicia a su hijo Alfonso (4). Y aun cuando ese reinado duró sólo cuatro años, la importancia del hecho radica *en ser el primero de esa naturaleza que se ofrece desde el inicio de la Reconquista contra los árabes.* Este se repite después al reinar en Galicia el hijo de Alfonso III, Ordoño, de 910 a 914, y en el caso de Sancho Ordóñez.

Así, pues, en el último período de la monarquía asturiana, con el nombramiento de reyes temporales que, asociados al trono de Asturias, hacían a la vez

(1) B. Vicetto, obra citada, tomo III, págs. 246—247.

(2) B. Vicetto, obra citada, tomo III, pág. 247.

(3) El subrayado es nuestro.

(4) Que después ocupó el trono de Asturias, con el nombre de Alfonso III el Magno.

en territorio gallego una especie de aprendizaje político, aquélla ofrece a la nobleza gallega ciertas concesiones. El objetivo es lograr la adhesión o, cuando menos, neutralizar su rebeldía. Para ello la corona se apoya cada vez más en el creciente poder de la Iglesia compostelana (1).

Al fundarse la monarquía leonesa, heredera y continuadora de la asturiana, crece la influencia de Compostela. Esta, transformada cada vez más en un gran centro político y en el mayor centro religioso de la España cristiana, ejerce gran influjo en los asuntos de dicho reino. A la vez, éste, que aspiraba a la hegemonía en los territorios cristianos — cuando ya el condado de Castilla y el reino de Navarra surgían como rivales —, apoya a la Iglesia de Compostela, porque la necesita, como soporte esencial de su política hegemónica.

Las rebeldías señoriales de los gallegos, constantes en la anterior etapa, no cesan, sin embargo. En la coalición que se formó contra el rey de León, Ordoño III (951—956), a favor de su hermano Sancho, los nobles gallegos apoyaron a Sancho (2).

Sin embargo, cuando Sancho I pasa a reinar se vuelven contra él (3). Y en el último tercio del siglo X — reinado de Ramiro III, hijo y sucesor de Sancho I (966—982) —, llegaron a elegir un rey llamado Bermudo, al que coronaron con toda solemnidad en la catedral de Compostela. Este hecho, de evidente significación, no podría haber sucedido si la nobleza seglar no hubiese contado con la complicidad o el apoyo de la nobleza eclesiástica y particularmente del obispo compostelano.

Ramiro III se batió con Ordoño y los nobles gallegos y aunque militarmente el resultado de la batalla, librada en la frontera de León y Galicia, fue indeciso, Bermudo logró destronar a Ramiro y erigirse en rey de León. Pero en cuanto Bermudo II fue coronado, los nobles gallegos su sublevaron contra él. Su rebeldía, en este caso, se mantuvo durante varios años, hasta que, con motivo de la expedición armada de Almanzor y la toma por éste de León, el 989. Bermudo se retiró a Galicia, fijó la capital del reino en Lugo y pudo someter a los nobles a su autoridad (4).

En los años del siglo X y comienzos del XI, la nobleza gallega se mantiene en paz con la monarquía, en virtud de que su partido predominaba en la corte de León. El regente del reino es un conde gallego (Menendo), tutor, a su vez, de Alfonso V en su minoría de edad (5).

Pero bajo el reinado del hijo de Alfonso V, Bermudo III (1.027—1.037), resurgió de nuevo la rebelión. Los personajes principales de la misma fueron los

(1) Un ejemplo de este apoyo nos lo ofrece el siguiente hecho: Cuando Alfonso, que había reinado en Galicia, pasa a ocupar el trono asturiano (Alfonso III el Magno), se rebelaron contra él dos condes gallegos de Lugo que organizaron expediciones armadas. Uno de esos condes, Froila Fernández, llegó a ocupar, incluso, aunque por muy corto tiempo, el trono de Oviedo; el otro, el conde Hermenegildo, con la derrota perdió la vida, pues fue decapitado. La Iglesia compostelana (cuya catedral había ordenado construir Alfonso) fue tan fiel al monarca en esos momentos que éste premió su fidelidad entregándole todos los bienes pertenecientes al conde decapitado.

(2) Coalición de la que formaban parte el rey de Navarra, García Sánchez, el conde de Castilla, Fernán Gonzáles, y los señores portugueses.

(3) Años después, cuando Sancho I, por muerte de su hermano Ordoño III (956), pasa a reinar en León, los nobles gallegos (como los portugueses y el conde de Castilla), se levantaron también contra él y a favor de un nuevo pretendiente. Sancho I tuvo que emprender el camino de Galicia para dominar a los nobles gallegos.

(4) Años más tarde, el 997, Almanzor llevó a cabo la famosa expedición contra Iria y Compostela, en la que destruyó la ciudad y arrasó la catedral de Santiago (centro religioso de la Reconquista cristiana), catedral que fue reconstruida más tarde.

(5) Posteriormente, al casarse Alfonso V con una hija de Menendo, la influencia de la nobleza gallega en la corte se ve aún más reforzada.

condes Oveco Díaz, Rodrigo Romariz y el obispo de Compostela. En este caso, los nobles gallegos no sólo tenían a su lado al obispo, sino que aparecen aliados con Sancho III de Navarra, que ejercía decisiva influencia ya en el condado de Castilla y que discutía a León su hegemonía, y solicitan, además, la ayuda de los normandos, el papel de cuyas incursiones en Galicia vamos a ver.

* * *

Las cuatro incursiones normandas, iniciadas a mediados del siglo IX en la ría de Rivadeo, Lugo, finalizaron a mediados del siglo XI en la desembocadura del Miño, frontera hoy con Portugal (1). Era esa la época en que Galicia comenzaba a conocerse en toda Europa a causa de la fama que adquirió Compostela por el pretendido sepulcro del apóstol Santiago; cuando el puerto de la Coruña recibía miles de peregrinos venidos por mar; cuando las relaciones con los países nórdicos, Islas Británicas, Normandía, etc., recordaban, en las nuevas condiciones, los vínculos entre los pueblos de esas zonas en la época del bronce o de la hegemonía celta. Para combatir las incursiones normandas, los nobles, tanto eclesiásticos como seglares, formaban verdaderas huestes militares al frente de las cuales, después de batir a los normandos, se imponían con toda la fuerza que adquiere el señorío feudal en el sentido más neto de la palabra. Así, además de las riquezas territoriales y la fuerza que tenían los monasterios y obispados, se formó en esa época en las costas gallegas una aristocracia feudal poderosa.

De ese modo, se elevaron nobles seglares como el conde gallego Don Pedro, que se supone antecesor del montaraz Conde de Trava, cuyo papel hemos de ver en el futuro; condes como Rodrigo Romariz, Rodrigo Ovaquiz y otros, que unas veces luchaban contra los normandos y otras, como hemos visto, se valían de ellos como aliados en sus rebeliones contra los reyes de León. Por lo que se refiere a los obispos, como las ciudades episcopales de entonces eran de las más ricas y, por ello, atacadas, no sólo se transformaron en verdaderos jefes militares, sino en señores de horca y cuchillo verdaderamente temibles (2). La historia, al revelar las hazañas de obispos o eclesiásticos como Sismando, Rosendo — canonizado más tarde — y Cresconio, de Iria-Compostela, muestra también el carácter y naturaleza feroces de su poderío.

La mención que hace Altamira de Santiago de Compostela, refiriéndose a finales del siglo XI y comienzos del XII, es a este respecto aleccionadora: « Santiago de Compostela — dice — comprendía no sólo la ciudad, formada muy rápidamente junto a la basílica-santuario que fundó Alfonso II, sino muchas tierras de los alrededores, hasta 24 millas. Tanto en la ciudad como en el campo, la autoridad suprema era el obispo, que gobernaba por sí y por medio de funcionarios especiales, condes, pertigueros, etc. (A tal punto que los funcionarios de justicia del rey no podían entrar en las tierras de Santiago sin permiso del obispo). Tenía su ejército o milicia, con la cual defendía sus territorios de enemigos extranjeros (como los

(1) La primera vino de Irlanda, la segunda de Normandía, la tercera y la cuarta de los Países Escandinavos.

(2) Bretonia fue trasladada, a causa de sus ataques, a Mondoñedo, Iria-Flavia fue trasladada, como hemos visto, a Compostela.

normandos) o de los nobles vecinos, cuyas correrías castigaron y evitaron a menudo las tropas episcopales; y aún hubo vez en que con ellas guerrearon (como los nobles con las suyas) contra los mismos reyes» (1).

En ciudades y lugares de las costas como las Torres del Oeste, construídas entonces para defender la entrada por mar a Compostela, La Coruña y, sobre todo, en Santiago, no sólo surgió la aristocracia feudal, sino que merced al desarrollo económico, provocado en parte por el comercio con los peregrinos, a las relaciones comerciales con los países ya citados, etc., también fueron aumentando los artesanos, los mercaderes, etc., es decir, núcleos de ciudadanos, germen de lo que había de ser, pasando el tiempo, la burguesía; pero la manifestación de la fuerza de ésta se pondrá de relieve a comienzos del siglo XII, con la primera hermandad compostelana.

* * *

La supremacía de Castilla sobre León — reinado de Fernando I — ofrece inicialmente a la nobleza de Galicia la oportunidad de tener un rey propio: el hijo de Fernando, llamado García, pasó a reinar en Galicia y el condado de Portugal (2). Pero su efímero reinado no duró más que desde 1065 a 1071. Su hermano, el rey Sancho de Castilla, que ya había derrotado al otro hermano, Alfonso, rey de León (1071), invadió a Galicia y forzó a García a refugiarse en la corte del rey árabe de Sevilla, tributario suyo. Cuando en 1072, al tratar de tomar Zamora, Sancho fue asesinado, Alfonso VI se coronó de nuevo rey de Castilla y León. Pero García no logró recuperar el trono de Galicia.

Con el triunfo de Alfonso VI se acentuó la supremacía de Castilla sobre León. La nobleza gallega no se sometió fácilmente.

Nada más proclamado Alfonso VI estalló la rebelión del conde Ovaquiz, señor feudal dueño de extensas propiedades en las provincias de Lugo y de La Coruña. Ovaquiz y sus hermanos Pedro y Bermudo, apoderándose de la ciudad de Lugo, se defendieron contra el rey Alfonso, que tuvo que tomarla por asalto, incluída la catedral.

Mas, pronto se gestó un movimiento que aspiraba a hacer de Galicia un Estado independiente de Castilla y de León. El promotor del mismo fue el obispo de Compostela Diego Peláez, restaurador de la iglesia de Santiago de Compostela después de la devastación de Almanzor, que había hecho del señorio de Santiago un verdadero reino teocrático.

Las causas de la actitud rebelde de Peláez contra la monarquía castellano-leonesa, que le había concedido prerrogativas tan grandes como la de batir moneda, no estribaban en que en el prelado compostelano anidase un profundo sentimiento nacional. Aun cuando se apoyase para sus propósitos en el que ya aparecía en Galicia en aquella época. Las causas eran que para entonces la poderosa orden

(1) Rafael Altamira, «Historia de España y de la civilización española», tomo I, pág. 311, 4a. edición, 1928. Sucesores de Juan Gili, Barcelona.

(2) Incluía los antiguos condados de Oporto y Coimbra unidos.

de Cluny (1), a la que el rey de Castilla, Alfonso VI, estaba muy vinculado, había adquirido en España gran influencia y la influencia clunaciense no era solamente la de la monarquía, sino también y especialmente la del Papa Gregorio VII o del centro director de la Iglesia, que aspiraba a un reino teocrático universal. En este caso los propósitos y planes del rey Alfonso VI y de la Iglesia entraban en conflicto con las ambiciones del prelado Peláez y de la nobleza tanto seglar como eclesiástica gallega.

Veamos un ejemplo. Tras la conquista de Toledo, en 1085, se restableció en dicha ciudad la sede episcopal con carácter de metropolitana. La Iglesia de Toledo fue elevada al rango de Primada de las Españas. Pero esto iba en perjuicio de las aspiraciones de la Iglesia compostelana y de Diego Peláez, lesionaba su poderío económico y político.

Por ello, el prelado compostelano — que parece que en Galicia contaba con la ayuda de los principales nobles seglares — buscó también fuera de Galicia aliados que pudieran apoyarle en sus propósitos. Así, entró en contacto con Guillermo, duque de Normandía, conquistador y rey, a la sazón, de Inglaterra (1065) — que no se avenía a someterse al Papa Gregorio VII —, para pedirle ayuda. El vehículo fueron los «inofensivos» peregrinos que venían a visitar la pretendida tumba del apóstol. La ocasión para la rebelión — que estalló otra vez encabezada militarmente por Ovaquiz — la deparó la invasión de los almorávides, que se produjo en esa época, y la derrota infligida por éstos a Alfonso VI.

La muerte de Guillermo de Inglaterra (1087) privó, al parecer, a la rebelión de su aliado externo más poderoso y de las armas normandas.

Alfonso VI, a pesar de su grave situación, acudió a Galicia, sitió y derrotó a Ovaquiz en Ortigueira y desterró a Peláez, encarcelándolo, bajo la acusación de querer entregar Galicia a Guillermo el Conquistador. ¡Cómo iba a consentir la monarquía castellana y más la poderosa orden de Cluny, es decir, la omnipotente Iglesia, la actitud de rebeldía guerrillera del obispo compostelano!

El historiador López Ferreiro da de este hecho una versión un poco distinta de la que acabamos de referir. Afirma que al desaparecer D. García como rey de Galicia quedó ésta reducida a la condición de mera provincia, dentro de los territorios de la monarquía de Alfonso VI, dándole el título de Conde de Galicia al caballero feudal Oveco Bermúdez. Muerto éste, su viuda Elvira y su hijo Rodrigo Ovaquiz organizaron, por dos veces (1085 + 1088), insurrecciones contra Alfonso VI, en la última de las cuales estuvo complicado el Obispo Peláez (2). López Ferreiro — quizá para exculpar a Peláez, ya que él es también eclesiástico — supone que esa actitud de rebeldía obedecía al sentimiento de ver en prisión al ex-rey de Galicia, don García, opinión discutida por otros autores. La versión de L. Ferreiro, que da nombres un poco distintos refiriéndose a los sublevados, no modifica, sin embargo, en lo esencial el problema: *la existencia de las rebeliones*

(1) La orden de Cluny tomó el título del monasterio de Cluny (Borgoña francesa), fundado en 910. Este inició una reorganización de la Iglesia católica (movimiento de Cluny) con el propósito de fortalecer su posición moral y material, perfeccionar su organización y aumentar su poderío, para convertirla en un vigoroso instrumento capaz de sujetar a la masa de los siervos. Esa reforma eclesiástica se desarrolló en el curso del s. X. La organización centralizada de monasterios que significaba la orden de Cluny se hizo tan poderosa que su jefe superior era el Papa. Su influencia en España empezó a acentuarse precisamente en el reinado de Alfonso VI. Gregorio VII, uno de los más destacados reformistas de Cluny, una semana después de ser elegido Papa (abril de 1073) incitaba a los franceses a emprender una expedición a España: estipulaba que podían tomar posesión de las tierras que quitaran a los «infieles», siempre que reconocieran la soberanía de la sede apostólica sobre los territorios reconquistados.

(2) Véase «Historia Compostelana». Introducción, por Fray José Campelo, pág. CIV. Editorial Porto, S. C. Santiago de Compostela, 1950.

y la participación en ellas, decisiva desde el punto de vista político y moral, del obispo Peláez.

El levantamiento de Ovaquiz y la conjura de Peláez fracasaron. Pero para prevenir el peligro de que la rebelión estallara de nuevo, Alfonso VI reconoció el carácter singular de Galicia en el marco de la monarquía castellano-leonesa y encomendó su gobierno, junto con las tierras del norte de Portugal, a su hija Urraca y a su esposo. Pero el esposo de Urraca era don Raimundo, conde de Borgoña, francés, hechura de la orden de Cluny y adlater del Papa Gregorio VII.

Desde ese momento, con la entrada en escena más tarde del arzobispo Gelmírez, la constitución de la primera hermandad compostelana y su rebelión contra el señorío arzobispal, se abre un capítulo histórico de los más importantes de Galicia como nacionalidad, capítulo que abordaremos en la segunda parte de este trabajo.

Mas para finalizar éste, nos restan aún algunas consideraciones.

* * *

Por lo expuesto hemos podido comprobar la existencia de una lucha secular de los nobles, y a veces de los magnates eclesiásticos de la región, por lograr prerrogativas, por influir en la monarquía de Asturias o León o por tener su propio rey. Fenómeno este último que tiene — como sabemos — una base real. Pero a la vez se comprueba que en todos los siglos medievales de que hasta el presente hemos hablado, Galicia no ha sido sino un asociado de las distintas monarquías del noroeste peninsular. Un asociado al que en ocasiones se le hacen concesiones, se le designan reyes, que en otras se le niegan, pero que en ningún momento, hasta la época que nos ocupa, llega a constituirse definitivamente como reino con su propia personalidad.

Las causas obedecen a factores histórico — sociales de la época — algunos de ellos ya señalados — que influyen en el cuadro del conjunto peninsular. Pero además de eso, las derrotas de la nobleza gallega, sus fracasos, se deben también a que frente a sus rivales no presentaba casi nunca una batalla unida; a que raramente contó con el apoyo de la nobleza eclesiástica de la región; a que ambas y cada uno de sus componentes ponía por encima de todo sus propios y sórdidos intereses feudales; a que ni en la nobleza clerical ni en la seglar existía un ideal de nacionalidad.

En la época de la monarquía asturiana, las verdaderas aspiraciones de los nobles gallegos que se rebelaban eran: más tierras, más dominios, mayor poder político. Las causas de sus rebeliones contra el reino de León, que se expresaban tanto en un deseo de independencia feudal frente a la monarquía, como en el de tener rey propio o imponer su mejor candidato al trono, eran en el fondo las mismas. Y ya no hablemos frente al condado y al reino de Castilla

Las condiciones de inferioridad en que la nobleza gallega se encontraba desde el inicio mismo de la Reconquista — cuestión a la que ya hemos aludido — sólo podía ser superada o modificada si pasaban a jugar un mayor papel en la vida social los campesinos y los artesanos. Pero, contrariamente a ello, destacan los rasgos negativos que adquiere en Galicia misma el desarrollo feudal. Añadamos aún algunos elementos sobre este particular.

* * *

Antes de producirse la invasión árabe en Galicia, y durante algún tiempo después de la misma, en las zonas no afectadas por aquélla, una parte de las tierras que poseían los condes y prelados — primer grado de la jerarquía feudal — y otras, cambiaban de propietario por medio de ventas, permutas, etc. Pero esa circulación desapareció luego, imponiéndose, bajo la presión político-moral de la Iglesia, la tendencia a dotar de tierra a la Iglesia y a fundar monasterios.

De otro lado, el alcance que la invasión árabe tuvo en Galicia, en orden a la propiedad territorial, fue muy escaso. Como bajo los árabes las condiciones de la servidumbre eran mucho más ventajosas para los campesinos que las que predominaban bajo los suevos y visigodos, ese hecho resulta negativo en el aspecto de que tratamos.

Pues bien, en el curso del siglo VII al XI, lo decisivamente predominante en Galicia fueron las erecciones de castillos y las fundaciones de monasterios e iglesias, con las chozas o barracas de vasallos a sus pies. Los habitantes de las concentraciones urbanas eran siervos del señor feudal guerrero o del señor feudal eclesiástico. Los privilegios que daba el rey eran para las iglesias y monasterios, como el de San Vicente de Monforte, el de Samos, Santa Eulalia de Orense, etc., etc. Por ello nada más ser liberado Lugo, la iglesia de dicha ciudad, a la cabeza de la cual se coloca, como ya sabemos, el obispo Odoario, no sólo recibe en señorío las inmensas propiedades que circundan a la vieja ciudad galaico-romana, sino también las tierras de Lemos y del lejano Bierzo (sin contar las de la antigua metropolitana Braga).

Junto a las tierras en poder de las iglesias y de los monasterios, se hallaban las que los señores feudales reservaban para su inmediato aprovechamiento, generalmente denominadas « cotos ». Eran éstas las enfeudadas en que trabajaban los siervos de la gleba o las familias « pecheras » anejas a ellas y sobre las cuales ejercían los señores su poder absoluto. El resto de las tierras estaba en poder de los hidalgos o caballeros, que empezaron a constituir una especie de clase intermedia, a título beneficiario o en calidad de feudo.

Los efectos de la lucha contra las invasiones normandas ya quedan anotados.

La diferencia con Castilla en esa época es, pues, apreciable.

En apoyo de nuestra tesis recurrimos a lo dicho por el Sr. Sánchez Albornoz, que, aunque discrepemos de su enfoque idealista, reputamos especializado en el estudio de esos problemas.

« Un ventarrón de libertad — dice — barrió el Valle del Duero. Tras la repoblación, Castilla fue un pueblo de hombres libres, medianos y pequeños propietarios y de libres enfiteutas, unos y otros agrupados en pequeñas comunidades rurales también libres y fueron en ella excepción las clases serviles. Existieron éstas en León, en medio de densas masas de villanos libres, aunque a veces sometidos a señorío ... » « *En Galicia perduró, en cambio, el régimen de la tierra del tardío imperio romano* (1), prosiguió la rápida caída en dependencia de los hombres libres y no se interrumpió la crisis de la pequeña propiedad » (2).

Y más adelante: « En Galicia se habían sucedido varios estratos de dominadores desde los predecesores de los celtas a los godos. Antes de mediar el siglo

(1) El subrayado es nuestro. S. A.

(2) Sánchez Albornoz. « España un enigma histórico ». Tomo II, pág. 27. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1951.

octavo, hacia el año 740, Galicia se había encontrado libre de los bereberes islamitas, establecidos en ella hacía menos de tres décadas, a raíz de la conquista musulmana. No había ésta sacudido con violencia los viejos cuadros sociales y, por ello, había proseguido en Galicia el lento proceso evolutivo iniciado en los días del bajo imperio ... zona apartada y segura vio florecer rápidamente grandes señoríos y presenció la pronta entrada en dependencia de la población libre » (1).

En esas condiciones, ¿cómo los nobles gallegos podían obtener el apoyo de los campesinos para lograr victorias frente a la nobleza castellana?

Dentro de esa situación vemos ya surgir también una institución típica del feudalismo gallego, que después abarcará a parte de Asturias y de León. Nos referimos a los llamados « foros », que, apareciendo en el siglo IX y coexistiendo durante cientos de años con la servidumbre de la gleba, pervivieron y aún perviven en parte de Galicia (2).

Pues bien, incluso los foros, que habrán de desarrollarse muy lentamente hasta el siglo XIII y — de cuyo proceso de desarrollo nos ocuparemos en otra ocasión — que aparecen en principio como una concesión de los nobles eclesiásticos y de los monasterios a los siervos, ¿no vienen a ser una institución más reaccionaria que la enfiteusis castellana? (3) ¿No es esa, precisamente, junto a su rasgo teocrático y montaraz, otra de las particularidades del feudalismo gallego?

Ello no significa, sin embargo, que los foros en esas épocas concretas no entrañasen un progreso con respecto a la gleba. Mas su institución no reside sólo en el deseo de que se elevase la producción, ruinosa ya en esos momentos en las condiciones de la servidumbre, sino que está vinculada a luchas de los siervos por la tierra, como las que ya hemos registrado. Y tal vez — como señala Sánchez Albornoz (4) — al deseo de evitar que los campesinos emigrasen o huyesen a repoblar tierras de León y Castilla, donde podían disfrutar de mayores libertades. No hay que olvidar a este respecto que la huída fue durante toda la Edad Media una de las formas de lucha de los siervos contra los señores feudales.

¿Qué decir de las libertades civiles? Mientras en León, por ejemplo, existe ya municipio constituído, según fuero de Alfonso V, en el año 1017 o en el 1020, en Compostela no se habla de Concilio o Consejo municipal hasta un siglo más tarde. Mientras en León o en las tierras cercanas al teatro de la lucha contra los árabes, se conceden ya en tiempos de Sancho García (995—1017), así como por otros reyes, las famosas « Cartas pueblas »; mientras los campesinos arrancan a los reyes y nobles guerreros de León y Castilla privilegios y franquicias para la repoblación de zonas fronterizas a los árabes o para luchar en la reconquista de nuevas tierras, esas « Cartas pueblas » o franquicias aparecen en Galicia más de un siglo después.

La nobleza gallega, que en realidad no había sido capaz de arrancar de la corona de León más prerrogativas que las que había arrancado de la de Asturias,

---

(1) Sánches Albornos, obra citada, pág. 397.

(2) ¿Cómo surgieron los foros? El historiador Vicelto — obra citada —, nos lo refiere del siguiente modo: El obispo Sabarico — dice —, que había sido arrojado de su diócesis por los árabes, pidió al obispo de Lugo, Flaviano, unas cuantas iglesias y villas para poder sostenerse, ofreciéndole en cambio llevar todos los años el día de la Asunción a la catedral de Lugo cien congrios, más las « ofrendas » de todos los habitantes de las mencionadas villas, que le acompañarían a él con cirios y mucha devoción. Flaviano, al parecer, accedió a la petición de Sabarico sin gran esfuerzo. Y de ahí — según dicho historiador — el nacimiento de los foros.

(3) Mientras la enfiteusis castellana entrega la tierra generalmente a perpetuidad mediante un canon, el foro la facilita sólo temporalmente, con gran perjuicio del cultivador descendiente del forero, que puede ser despojado de la tierra lanzado a la miseria.

(4) Obra citada, pág. 37.

que por iguales causas que anteriormente fue siempre derrotada, se opone con toda su fuerza a la hegemonía de Castilla.

Volveremos sobre los aspectos negativos que para Galicia como nacionalidad representa la hegemonía de la nobleza castellana, cuando comienza a manifestarse la opresión nacional. Pero estimamos que la verdadera causa de esa oposición a Castilla por parte de la nobleza gallega, en la época concreta a que nos referimos, está más en el interés de clase o casta que en el ideal de nacionalidad; arranca de las tendencias divergentes del sistema económico-social de que acabamos de hablar. Divergencias que se reafirman por los hechos que a continuación consignamos, apoyándonos de nuevo en Sánchez Albornoz.

« Del siglo IX al XI Castilla — dice el citado historiador — fue en verdad el único rincón del occidente europeo donde la mayoría de la población estuvo integrada por pequeños propietarios libres. Los diplomas nos demuestran la existencia de una considerable cantidad de pequeñas aldeas que poseían sus términos en pequeña propiedad y que incluso las labraban en régimen colectivo de trabajo. Esas aldeas disputaban o contrataban de igual a igual con obispos, monasterios o magnates; recibían privilegios jurisdicionales de los condes o asoman a la historia por su comunidad de pastor con algunas iglesias ... » Más adelante: « Ni Fernán González ni sus sucesores pudieron tener interés en alterar la articulación social de Castilla. Hubieron de enfrentar tres enemigos: los reyes de León, los califas de Córdoba y los soberanos de Pamplona y necesitaron del apoyo de su pueblo. Favorecieron a los monasterios del país; pero sin prodigalidades y sin quebrar la libertad de las clases rurales del Condado ... » Finalmente: « Antes de 1073 estaba organizado el Concejo de Burgos; en 1073 se reconocieron las viejas libertades de Palenzuela; en 1076 las de Sepúlveda y Nájera y a fines de siglo se articularon los municipios de Miranda y Logroño ... » (1).

Si la referencia de Federico Engels de que « en Castilla el campesino nunca fue siervo » (2), no responde cien por cien a la realidad, no es menos cierta la singularidad de la situación que, como vemos, existía en la Castilla de la época.

Hay autores gallegos que se lamentan amargamente del fracaso de los planes del obispo Peláez, dando importancia decisiva, en dicho fracaso, al hecho de fallarle su aliado externo. Pero la realidad es que, séanos o no grato, su plan tenía que terminar necesariamente así. Porque no tenía, no podía tener apoyo de la masa del pueblo, que era lo que necesitaba para triunfar. Ello aparte de que dicho plan estaba elaborado contra toda la corriente de la vida y de la historia, que, quiérase o no, une a Galicia a los demás territorios y pueblos peninsulares.

* * *

No podemos olvidar que junto a los rasgos diferenciales que — como hemos visto — llegan a hacer del pueblo gallego, en el curso de los siglos, una comunidad humana con fisonomía propia dentro del conjunto peninsular, están los que le unen a él y a los pueblos que lo constituyen. Está el origen, la geografía, las relaciones económicas, el proceso común de desarrollo y de civilización, las fuerzas originarias de la lengua, los rasgos comunes de la cultura. Estos factores de ningún modo son anulados ni aminorados por muchas relaciones que Galicia haya tenido con otros pueblos de zonas más lejanas. Está, especialmente, la comuni-

(1) S. Albornoz, obra citada, págs. 405, 406 y 407.
(2) Obra citada, pág. 196.

dad de lucha y de destino, sellada con sangre derramada en común en las guerras contra Roma y en la Reconquista; están las acciones solidarias contra extrañas invasiones o agresiones de navegantes piratas.

Y si, como hemos de comprobar, Galicia, al entrar en la historia como nacionalidad, es víctima muy pronto de la discriminación y la opresión nacional; si no llega a cuajar a su hora como nación capaz de imponer sus derechos, las verdaderas causas hay que buscarlas donde están, tanto dentro como fuera de su territorio. Pues éstas se hallan no sólo en los factores «extragallegos»; no sólo en los factores que afectan al conjunto de España — la pervivencia de residuos feudales en su estructura económica y en la superestructura política, por la no realización de la revolución democrático — burguesa —, sino también en las relaciones de producción existentes en Galicia misma. Relaciones que, formando la base, el fundamento, de su sociedad, se han petrificado durante siglos con más fuerza aún que en el centro de España.

Tomás Imaz

EL LIBERALISMO ESPAÑOL

(y III)

La contradicción más aparente, la que más ruido produce en la prensa, en el Parlamento, e incluso, en las barricadas, a lo largo de la época que venimos examinando (1), es la que enfrenta a la oligarquía, por un lado, y a las capas medias de la burguesía y a sus aliados, los trabajadores, por otro. Pero la contradicción fundamental, la que va perfilándose desde 1840 y acaba manifestándose violentamente después, de 1868 a 1875, es la que enfrenta al proletariado y a las clases explotadoras. La lucha de los trabajadores no apunta ya sólo a la revolución democrático-burguesa, sino también a la revolución socialista.

Las luchas políticas

Los movimientos políticos, las sublevaciones, los pronunciamientos, las algaradas, etc., de ese período, que a primera vista ofrecen un aspecto caótico y absurdo, no son más que las convulsiones necesarias y lógicas que exigen la transformación de la base económica, que pasa de feudal a capitalista, y el nuevo ajuste dinámico de las clases en presencia. Significan, en primer lugar, el asalto de sucesivas oleadas burguesas a la ciudadela del Estado feudal; significan, después, los esfuerzos de las clases feudales para canalizar en su provecho esa invasión inevitable; ese asalto y esos esfuerzos van dando forma política al compromiso entre las clases que forman la oligarquía, hasta llegar a la constitución de un Estado que garantice el «orden» así establecido, un Estado que, por su contenido, es una de las dictaduras de clase más pura y eficaz del mundo moderno, independientemente de la forma — constitucional o no — que adopte. Más tarde, esas luchas políticas ponen de manifiesto también los esfuerzos de las capas medias de la burguesía para apoderarse del Estado y realizar la revolución democrático burguesa, bajo la bandera del partido demócrata-socialista (llamamos así al partido de Fernando Garrido y Sixto Cámara; durante este período, ese partido era demócrata, republicano y fourierista), y la participación, cada vez más importante y más definida, de la clase obrera en esas luchas.

(1) Vednse las dos primeras partes de este ensayo en los números 10 y 11 de nuestra revista.

Eso es lo esencial. Lo demás, por ruidoso que aparezca, es accesorio, no deja huella en la vida social, es flor de un día. Por ejemplo: la multiplicidad de partidos liberales, **moderados, exaltados, progresistas, unionistas, puritanos, centralistas,** etc., no son otra cosa que las diferentes etiquetas que, según las necesidades del momento, van adoptando los antiguos liberales para introducirse en la estructura feudal. Por ejemplo: la multiplicidad de «espadones», los Esparteros, Narváez, Concha, O'Donnel, Serranos, etc., no son otra cosa que caudillos llevando a huestes burguesas liberales a la brecha de la muralla oligárquica. Hacia 1868, cuando tiene lugar el ensayo general de lo que luego, en 1875, será la Restauración, todo está a punto de terminar: la oligarquía ha conseguido establecer un poder «bipartidista»; los sistemas electoral y fiscal pueden garantizar el turno pacífico — O'Donnell-Narváez-O'Donnell — de dos bandos burgueses en el disfrute del país; el poder del Estado es lo bastante fuerte ya para mantener a raya al resto de los españoles, a la inmensa mayoría claro está. Entonces, el viejo liberal, septuagenario, con el pecho cubierto de condecoraciones, con título nobiliario y la bolsa bien repleta, puede dictaminar: «España es ya, gracias a Dios, definitivamente, un país moderno, constitucional, liberal y parlamentario». Y, a pesar de la revolución de 1868 a 1875, la Restauración que viene después parece dar la razón a nuestro liberal.

El drama, en cinco actos, se desarrolla así: 1833—1839. — Al principio, de 1833 a 1837, aún cabe esperar que los liberales hagan su revolución: la revolución democrático burguesa. La batalla entre el viejo orden feudal y la burguesía tiene lugar en dos frentes: el de la guerra civil contra los carlistas y el de la Corte de María Cristina. La guerra civil, sostenida por 300.000 soldados de quintas y 300.000 milicianos (es decir, la burguesía y los trabajadores urbanos armados), termina con el Convenio de Vergara, cuando las oligarquías vasco-navarras, ansiosas de participar en el banquete de la desamortización, abandonan a Don Carlos. Los combates en la Corte son más complicados. En 1834, la reacción ofrece su Estatuto, por el que 980 electores, en toda España, deberían elegir a los procuradores, entre personas que gozaran de 12.000 reales de renta territorial, renta que ni siquiera el propio Martínez de la Rosa, patrocinador del Estatuto, podía reunir. Al mismo tiempo, esa reacción, asustada ante la posible revolución que sobrevendría después de una victoria popular sobre el carlismo, trata de que la Cuadruple Alianza — Luis Felipe, en la práctica — termine con D. Carlos. En 1835, el pueblo impone a los **progresistas** y mata a algunos frailes. María Cristina, a su vez, impone otro gobierno **moderado**. Los sargentos de la Granja obligan a la Reina a firmar la Constitución de 1812. Gobierno Mendizabal: desamortización. Aquí, en este punto y hora, los liberales dejan de ser un partido progresivo, se convierten en un partido reaccionario; como dice muy bien Garrido, en el momento en que empiezan a llamarse «progresistas», se hacen conservadores. Cuando los liberales tenían en sus manos el poder, 300.000 ciudadanos armados, vigente la ley municipal de 1821 — que hubiera podido orientar democráticamente el particularismo local — y proclamada de modo revolucionario la Constitución de 1812, los **progresistas** renuncian a la revolución democrático burguesa; abrazan la Constitución de 1837, que otorga a la Reina el veto, el poder de disolver el parlamento y que quita al pueblo el sufragio universal. ¿Conducta inexplicable? No, nada de eso: es que ha empezado la digestión de la primera desamortización. Aquí, en este punto y hora también, lo que aún queda de progresivo en la burguesía deja de ser «liberal»: surge el partido demócrata-socialista (republicano) que fundan algunos **progresistas** honestos, como Lorenzo Calvo de Rosas, Lorenzo Calvo y Mateo, el Conde

de las Navas y casi toda la juventud **progresista**. Ha pasado la hora del liberalismo político, al menos del liberalismo revolucionario. De 1837 a 1839, Cristina, utilizando su Constitución, vuelve a imponer los **moderados**, que intentan paralizar la venta de bienes eclesiásticos. Sublevación **progresista** de 1840: Cristina se exilia y Espartero queda como Regente.

1840—1843. — Dictadura de Espartero. Se consolidan las posiciones burguesas en la oligarquía, pero en beneficio de los esparteristas principalmente. Se inician los buenos negocios; se amplían las inversiones de capital inglés. Los otros grupos conspiran — en París: Mª. Cristina, Luis Felipe, el Papa; en el interior: todas las demás camarillas y sus generales—, se impacientan, temen llegar tarde al reparto del botín. Espartero y sus «ayacuchos» vigilan los movimientos de esas camarillas, pero no pueden dedicarlas la atención ni la energía necesarias: sus enemigos principales son los demócratas burgueses, que aumentan y se organizan, y sus aliados, los trabajadores. La provincias sublevadas para imponer a Espartero, habían pedido la constitución de una Junta Central, donde estuvieran representadas las Juntas Provinciales revolucionarias. Esa Junta Central será el objetivo fundamental de los demócratas para instaurar la República. Existen ya 3 periódicos republicanos en Madrid; 12, en el resto de España. El programa del partido demócrata es el siguiente: supresión del trono; gobierno formado por una Junta Central, con un representante por provincia; reducción del presupuesto, supresión de estancos (monopolios del Estado), supresión de las contribuciones indirectas; reducción de sueldos hasta un máximo de 40.000 reales, elevación de sueldos a un mínimo de 6.000(1); abolición del servicio militar obligatorio (lo sustituiría la Milicia Nacional), inmovilidad judicial, establecimiento del jurado en todas las instancias; instrucción primaria universal, gratuita y obligatoria; libertad de imprenta, de religión, de reunión y asociación; reparto a los jornaleros de las tierras del Estado. En 1842, cuando se cree que van a abolirse los derechos arancelarios para los textiles ingleses, estalla una sublevación democrática en Barcelona; Espartero no vacila en bombardear la ciudad, a pesar de que, ante intentonas reaccionarias, se había mostrado tolerante. Por fin, acosado por carlistas, moderados, progresistas no «ayacuchos», centralistas, etc. — las otras camarillas — y demócratas republicanos, Espartero cae. Se exilia a Inglaterra, donde goza de la hospitalidad de la Reina Victoria y de la alta sociedad inglesa.

1843—1854. — Dictadura moderada. Se amplía la base de la oligarquía y se procura consolidar el compromiso de clases (suspensión de ventas de bienes de la Iglesia, Concordato de 1851, amnistía para los esparteristas y el propio Espartero, etc.) Al mismo tiempo, se procura ir configurando una máquina estatal apta para la nueva situación: nueva Constitución, la de 1845; se disuelve la Milicia Nacional; en cambio, se crea la Guardia Civil, institución que por sí sola nos ahorra comentarios; se suprime la ley municipal democrática, de ahora en adelante los alcaldes serán nombrados por la Corona; se establece una férrea censura; el ejército es depurado de mandos radicales; se conceden cargos militares y civiles a los antiguos carlistas; Mon establece una reforma fiscal, centralizadora, moderna, europea, instrumento delicado para prefabricar resultados electorales además. La revolución europea de 1848 puede dar al traste con ese sistema tan laboriosamente organizado, pero Narváez prevé a tiempo su repercusión en España: fusila, deporta. Aparecen los nuevos partidos de orden: los neocatólicos de Donoso Cortés, los moderados de Narváez, Martínez de la Rosa (que parece inmortal) y el Duque de Rivas, la Unión Liberal, lo que queda de los antiguos pro-

(1) Sueldos anuales. Compárense con los jornales — diarios — obreros.

gresistas ya domesticados. En esta época se crean 40 tenientes generales, 95 mariscales de campo, 250 brigadieres, 9 duques, 35 marqueses, 38 condes; los jóvenes arrivistas se hacen del OPUS ..., digo, moderados. La prensa va muriendo a fuerza de censuras, depósitos previos y multas desorbitados. Al final, lo que termina con los reaccionarios es el agotamiento de su filón económico: la poca riqueza disponible llega a ser patrimonio de Muñoz, Salamanca y Sartorius. Contra ellos se levantan los demócratas, y los aspirantes a oligarcas que llevan demasiado tiempo alejados de las fuentes de la acumulación capitalista. Ah, Isabel II es ya reina, pero el detalle carece de importancia.

1854—1856. — Es la revolución que estudia Marx en su obra **Revolución en España**. Se restablece la Milicia Nacional. Las fuerzas decisivas de esa revolución han sido los demócratas-socialistas y los trabajadores; pero los que ocupan el poder son dos símbolos, Espartero y O'Donnell, en quienes se unen antiguos **moderados** y antiguos **progresistas**. Los símbolos protegen a Cristina y empieza la contrarrevolución. Es la Unión Liberal. En el parlamento se arma gran alboroto sobre la cuestión religiosa; pero eso es lo de menos: según se puede comprobar, de 1812 a 1856, las Constituciones más tolerantes en cuestión de libertad de cultos, son las más reaccionarias en todo lo demás. Lo importante es la segunda desamortización; en cuanto se realiza, los «liberales avanzados» son expulsados del poder. Los **progresistas** se hunden definitivamente: los logreros, los arrivistas se hacen moderados; los honestos se incorporan al partido demócrata-socialista.

1856—1868—.Dictadura de O'Donnell y su Unión Liberal. Dictadura moderada de Narváez. Vuelve a disolverse, definitivamente ya, la Milicia Nacional. El Estado «moderno», «europeo» se cree con fuerzas para iniciar una expansión imperialista gratuita: guerra contra Marruecos, controlada por Francia e Inglaterra; expediciones ridículas a Santo Domingo, a México, a Cochinchina. Cae O'Donnell, sube Narváez; cae Narváez, sube O'Donnel: los negocios siguen. ¿Es el «bipartidismo» soñado, la equiparación con la admirada Inglaterra liberal?

Sobre el telón del drama puede leerse: Revolución de 1868.

Muerte y resurrección de la ideología liberal

Después de todo lo anterior, casi no es necesario decir que la ideología liberal se ha esfumado por completo. Pero en el proceso de su desvanecimiento ha seguido las tendencias que ya apuntaban en el período anterior: a) ha seguido extranjerizándose, a través del doctrinarismo y el eclecticismo francés de los **moderados** y a través del utilitarismo y el librecambismo inglés (Bentham, Stuart Mill) de los progresistas. Para ser justos, diremos que el librecambismo esta vez sí tiene sentido, aunque siga siendo una teoría perniciosa para los intereses nacionales: tiene sentido porque refleja los deseos de la oligarquía central — a quien le es indiferente la suerte de la industria nacional —, de obtener mercancías baratas, a costa de lo que sea, aun a costa de hacer de España un país dependiente. Pero la extranjerización ya no es patrimonio exclusivo de las ideas liberales. También se extranjeriza — ¡quién lo iba a decir! — el pensamiento **tradicional** reaccionario; al hacerse «moderno» el país, ese pensamiento envejece incluso para los mismos reaccionarios, que tratan de vivificarlo con la escuela teocrática francesa de De Maistre y De Bonald: es la ideología de los neocatólicos de Donoso Cortés, en el ala derecha de la oligarquía. b) La base teórica del pensamiento liberal, casi sin excepción, es el **eclecticismo**. La voracidad de la oligarquía se manifiesta aquí también; estamos seguros de que habrá muy pocos grupos sociales que

hayan sacado tan bien el jugo a una filosofía tan poco importante, tan efímera. El eclecticismo, es un idealismo francés que pretende conjugar el racionalismo de Descartes con Schelling y Hegel; es, fundamentalmente, una reacción contra el materialismo francés. Antes de existir la cátedra de filosofía en la Universidad, en la escuela particular madrileña de filosofía del Doctor D. Jaime M. Delgado, éste explicaba las doctrinas de Cousin. El eclecticismo permite a los liberales abandonar el materialismo, el radicalismo y conservar la base mínima de confianza en la razón que es necesaria para pensar; permite justificar todas las deserciones, todos los compromisos, todas las soluciones falsas frente a las contradicciones. Eclécticas llegan a ser todas las tendencias liberales, aun después de haberse borrado de la memoria qué es eso de eclecticismo. c) En cambio, en este período, los liberales (1) se reconcilian con la práctica: aprenden la técnica de los negocios y el arte de gobernar, pero nada de esto se refleja en su ideología, a no ser la intensificacion del empirismo vulgar. d) El conservadurismo del período anterior se intensifica, claro es; incluso ahora es un conservadurismo plenamente justificado, pues los liberales tienen mucho que conservar. En resumen: por estos vericuetos teóricos y empíricos se pierde para siempre la ideología revolucionaria liberal.

Lo que aún quedaba de útil y de revolucionario en el pensamiento liberal pasa al partido demócrata-socialista, por lo menos, en los primeros años de existencia de este partido, cuando todavía es el partido de la burguesía democrática y revolucionaria y de los obreros, el partido de Fernando Garrido, Sixto Cámara, R. Mª. Baralt, Nemesio Fernandez Cuesta y Pi y Margall, es decir: el partido demócrata antes de hacerse **autonómico** (2), como dice Valera. La burguesía democrática, que ha sustituído a la burguesía liberal, como capa progresiva; su partido, centralizado y combativo, que ha sustituido al partido **progresista**, como fuerza revolucionaria, poseen una ideología propia, que barre también la antigua ideología progresiva liberal; esta nueva ideología saca así las consecuencias justas de la experiencia liberal:

«Desgraciadamente España careció en 1823 de hombres del nervio, de la fe y de la capacidad política que ilustraron a los grandes revolucionarios franceses de 1792 y 93, y la libertad se perdió en España, y acaso no triunfó en toda Europa en aquella célebre época porque ni **masones** ni **comuneros** comprendieron que no era posible salvar la libertad sin interesar directa e indirectamente en su sostenimiento a las grandes masas populares que en la mayoría del país estaban dominadas por ambos cleros, poseedores de una parte considerable de la propiedad territorial y urbana.»

«La repartición de los bienes de ambos cleros, de parte de los de propios, de los mostrencos, de los de la corona y de otros pertenecientes al Estado, cuyo valor no bajaba entonces de siete mil millones, entre las seiscientas mil familias de arrendatarios y labradores pobres, de artesanos y proletarios en cambio de un canon, amortizable en sesenta años, hubiera bastado para hacer imposible la caída del sistema constitucional, aunque se hubieran coligado contra él todos los déspotas del mundo».

«Un título de propiedad y un fusil puesto en manos de cada uno de los setecientos mil desheredados de la fortuna que habían hasta entonces trabajado para mantener en la holganza centenares de millares de frailes y de parásitos de

(1) Los «miembros activos» de la clase, no los intelectuales.

(2) La nota en la otra página.

toda especie, hubieran sido el baluarte contra el que se hubieran estrellado las maquinaciones de Fernando, de frailes y curas, de la diplomacia, de los déspotas del Norte y todas las bayonetas del duque de Angulema».

«La historia de todas las naciones nos muestra que las revoluciones políticas no se han sostenido sino cuando han ido acompañadas de revoluciones económicas y sociales. Cuando éstas se han llevado a cabo las reacciones son imposibles o efímeras, y en el fondo las revoluciones sociales consisten en su faz económica, que es la más importante, en la absorción de la propiedad de las clases vencidas a las vencedoras. Inglaterra, Francia, España, son ejemplos vivos de esta verdad, y si los revolucionarios de 1820 hubieran tenido conciencia de ella, habrían consolidado su poder y ahorrado a España la calamitosa, vergonzosa y humillante década que siguió al segundo ensayo del régimen representativo». **(La España Contemporánea.** — F. Garrido)

Esta ideología no nos interesa ahora más que para señalar que es la heredera de todo el contenido progresivo que subsistía aún en el liberalismo. Su materialismo y su socialismo son extranjeros también: proceden del socialismo utópico francés, sobre todo de Fourier.

El viejo liberalismo ha perdido hasta el nombre, porque los partidos que después se llaman «liberales», no hacen más que colocarse esa etiqueta sobre su contenido oligarca y reaccionario, como el partido de Sagasta, durante la restauración, o el del Conde de Romanones, el Marqués de Alhucemas y Alcalá Zamora, en 1920, por ejemplo. «Liberal» quiere decir en esos casos «partido de oposición», mientras que «conservador» viene a ser «partido gobernante», como si lo que hubiera que «liberar» o «conservar» fuera la sinecura del poder.

Sin embargo, el liberalismo, nueva Ave Fénix, renace de sus propias cenizas. Don Juan Valera, diplomático de la oligarquía, novelista, poeta, crítico, etc., escribía en 1862, polemizando muy finamente con el Padre Sánchez: «Los absolutistas han creído, o supuesto creer, ya que nuestros encomios provenían de que el Sr. Sánchez se había hecho liberal, ya de que nosotros queríamos lisonjear su amor propio para que se viniese a nuestro partido». Y, después, : «Si el Sr. Sánchez no nos creyese impíos, el Sr. Sánchez sería liberal como nosotros». **(El Papa y los gobiernos populares.** — Juan Valera) ¿Qué tiene que ver ese «liberalismo» y ese «partido», con las ideologías y los partidos políticos concretos que existen en España? Por supuesto, nada. El mismo Valera, un año después, sintetiza los partidos existentes y sus ideologías: «hay dos (partidos) que se han quedado atrasadísimos. Es el uno, y esto es natural, el absolutista, el del antiguo régimen: y es el otro, por más que parezca extraño, el partido progresista» ... «La filosofía del uno sigue siendo, aunque lo niegue, el enciclopedismo francés; la del otro, la frailuna de los Padres Valcárcel, Ceballos y Filósofo rancio. En economía política defienden ambos partidos, salvo raras y honrosas excepciones, el sistema prohibitivo y proteccionista. En religión son ambos intolerantes (1), empeñándose el uno en que, si es posible, vuelva la inquisición y deseando el otro imponer por

---

(1) «Autenómico» quiere decir liberado de la contaminación socialista utópica, liberación que entonces (1868) se inicia, como tendencia disgregadora, en el seno del partido demócrata. Posteriormente, al diferenciarse claramente sus componentes burgués y proletario, en el proceso de la lucha revolucionaria de 1868 a 1875, la ideología de este partido se bifurca en dos corrientes: la proletaria, la ideología del socialismo internacionalista y la pequeño burguesa. Esa ideología pequeño burguesa, después de la primera República, abandona su base filosófica materialista, abandona el racionalismo, el positivismo, el radicalismo, y se convierte en el famoso krausismo, que, en ciertos momentos, llega a confundirse con el liberalismo intelectual. En el mismo Valera, puede estudiarse la transición-confusión: liberalismo-krausismo.

fuerza la libertad de cultos» ... «Ambos son también democráticos a su modo. El absolutista es como el procurador de los pobres, y quisiera restablecer aquel socialismo grosero, que ya se hundió para siempre; la tasa, la amortización, los bienes extensísimos de de propios, la sopa de los conventos, la prohibición de acotar y roturar tierras. El progresista sueña y se deleita aún con la **Institución** de la Milicia nacional, y quisieran que los ciudadanos anduviesen armados, como los bárbaros de las edades primitivas».

«Al lado de estos partidos, que representan aún la España de hace cuarenta años, hay otros dos partidos extremos, que representan la España de hoy, que son un progreso, aunque no diremos si benéfico o dañino. Hablamos del partido democrático **autonómico** y de los neocatólicos o neo-absolutistas, que de ambos modos pueden y suelen llamarse. Estos dos partidos están a la altura del movimiento intelectual de Europa, se hacen cargo de todos los problemas sociales y políticos que agitan hoy al mundo, y se esfuerzan por resolverlos. Entretanto, el partido liberal conservador (la Unión Liberal.-T. I.), el partido del justo medio ... ha tenido que salirse de entre los dos partidos antiguos ... que ya tienen corta significación en la esfera intelectual, y ha tenido que adelantarse y que venir a ponerse entre estos dos partidos nuevos, para servirles como de árbitro ...» (**Discursos de González Bravo y Nocedal** ... Juan Valera).

¿Será ese partido, el «liberal conservador», el partido de Valera? No sabemos si Valera pertenecía a la Unión Liberal de O'Donnell, que es el partido aludido, pero eso es lo de menos: el liberalismo de Valera es un liberalismo nuevo, que tiene poco que ver con los partidos políticos de 1862. Es el liberalismo intelectual, «ese más amplio contexto liberal ... que responde mayormente a un estado de espíritu que a un programa de partido», de que habla Baeza en su artículo de INDICE. El propio Valera, en su artículo ya citado, **El Papa** ..., nos caracteriza ese liberalismo: «Crea el Sr. Sánchez que el bueno y legítimo liberalismo no es más que la doctrina del Evangelio aplicada a la política ...» Y, en otro artículo, **La política de «El Contemporáneo»**, Valera nos informa de la nueva importación del pensamiento burgués español: «Ahora bien: si se podía ser aristotélico, platónico y estoico, sin dejar de ser cristiano y hasta siendo sacerdote, ¿por qué, sin renegar de la santa religión de Jesucristo, no se ha de seguir a Kant, a Hegel, a Fichte o Krause?»

Antes de analizar ese liberalismo intelectual, detengámonos un momento para rendir justicia a tres grandes liberales, que no merecen entrar en el mismo saco que los demás, sino figurar, junto a sus antepasados del siglo XVIII, en la gloriosa tradición del pensamiento progresivo español.

En los años que van de 1833 a 1840, cuando aún es posible que los liberales, pese a todo, realicen la revolución democrático burguesa, y concretamente en 1836, una serie de artículos periodísticos unen en un objetivo común a tres mentalidades extraordinarias: Flórez Estrada, Larra y Espronceda. Se trata de la lucha que Flórez Estrada emprende para conseguir que la tierra entonces desamortizada pase en arriendo a las masas campesinas; Espronceda le apoya con su folleto, **El ministerio Mendizabal**, y Larra comenta entusiasmado ese folleto.

---

(1) Entre paréntesis, obsérvese cómo Valera, liberal intelectual, hace equivalente la intolerancia de querer restablecer la inquisición con la «intolerancia» de querer imponer, aunque sea por la fuerza, la libertad de cultos. Esto es importantísimo. Ese neutralismo formal y abstracto, que es en el fondo un refuerzo para la reacción, es una constante del pensamiento burgués que hemos llamado liberalismo intelectual, de Valera a Marañón.

Un economista, un gran escritor y un gran poeta, coinciden en «comprometerse», como se diría hoy, ante una cuestión capital para el futuro de España. Esa coincidencia es todo un símbolo. Marca un hito en la historia del pensamiento español: hasta ese momento, como sabemos, todo se puede esperar de la España moderna; a partir de él, se habrán jugado ya todas las cartas. La tragedia que entonces ocurre es una maravillosa lección que deberíamos meditar todos los españoles; sobre todo, los españoles que, desorientados por el pensamiento burgués posterior, oscilan entre creer, con sinceridad, que somos un pueblo incapaz de hacer ciencia, pensar seriamente y continuar en nuestros días el Siglo de Oro de la literatura nacional, por un lado, y creer, por otro, cayendo en el chovinismo, que es ciencia, pensamiento serio y literatura de altura lo que se sirve con tal nombre, previamente pintado con la purpurina académica oficial. Esta lección nos enseña, sobre todo, que no basta con que haya personalidades geniales; que los individuos, por grandes que sean, están limitados por las condiciones objetivas de la sociedad en que viven; que los grandes hombres no pueden desplegar todas sus energías creadoras a contrapelo de la historia. De la misma manera que el anormal desarrollo de la base económica, y el régimen oligárquico que es su consecuencia, impidió la existencia de la ciencia y de la técnica nacionales (salvo las honrosas excepciones que confirman la regla), la formación social que salió de todo ello impidió el florecimiento de una economía, el una ideología, el de una literatura nacionales, esto es, originales, con grandeza, progresivas, populares. El fracaso de los liberales en su misión revolucionaria hundió en el olvido a Flórez Estrada y limitó, empequeñeció, cortó las alas a dos torrentes: Larra y Espronceda (1). Y no sólo en su obra personal que está ahí, a pesar de los liberales, y que nosotros, los comunistas, nos encargaremos de dar a conocer a nuestro pueblo íntegra, limpiamente, sin el polvo que sobre ella ha acumulado la crítica burguesa y reaccionaria. La responsabilidad más grave que recae sobre los liberales es que, con su fracaso, impiden que Flórez Estrada, Larra y Espronceda tengan discípulos, formen escuela, inicien un período de esplendor para la cultura española: el período que hubiera correspondido a una formación social salida de una verdadera revolución democrático burguesa. Hoy, los tres, son tres rocas gigantes, sobre la plana charca de la cultura burguesa de la primera mitad del siglo XIX. Los escritores que vienen después, o son pigmeos al lado de éstos, o, si son grandes — como Galdós, Costa, Unamuno, etc. — no saben qué hacer con su grandeza en una sociedad mezquina y disuelven su genio en toda la ruindad ideológica que heredan del inmediato pasado.

Flórez Estrada. — Es probable que, con Flórez Estrada, se malograra la posibilidad de que surgiera en España un pensamiento socialista científico. Costa, al hablar de la escuela sociológica española, apunta, como ya sabemos, que «habría podido desembocar siglos adelante en un Lasalle, en un Ketteler, en un

---

(1) Hoy, cuando se empieza a revalorizar a Larra — y no por casualidad, sino porque, de nuevo, otra clase revolucionaria, con sus luchas, con su objetivo de una nueva sociedad, exige una literatura con contenido ideológico, política, «comprometida» como se suele decir. Otra revalorización, por esos motivos, es la de Campoamor, que a mí no me gusta, pero que, de todos, modos, es un poeta con contenido ideológico consciente —, hoy, repetimos, circula el siguiente juicio: «Es que aquella [«generación»] se preocupó mucho por los problemas de España». Larra, Espronceda, tenían en 1836, 27 y 26 años, respectivamente; pero Flórez Estrada tenía 66. No, no es que, de repente, sin saber por qué, una «generación» cambie de frente ideológico. Las generaciones posteriores, por lo que se refiere a la intelectualidad, desde 1836 a 1900, se dejaron acunar por el liberalismo intelectual. Los cambios ideológicos de las generaciones coinciden con los momentos críticos en los que se modifica la base económica de la sociedad o cuando sus contradicciones se convierten en conflicto, como en 1836, 1868, 1898, 1936, 1956 ... El análisis de los cambios económicos y sociales concretos que coinciden con los cambios de las ideas más generalizadas en una estructura social determinada, nos explicará mejor las transformaciones ideológicas que esa fatigosa búsqueda de partidas de nacimiento coincidentes, esas tablas cronológicas más o menos forzadas y la asimilación arbitraria de «genialidades» que tienen poco que ver entre sí.

Marx o en un Schaefle, si bien naturalmente de modo español»; pero, al hablar de Flórez Estrada, último representante de tal escuela, esa posibilidad se concreta, y Costa dice: «De la misma teoría de Smith (Adam Smith), que sirve de punto de partida a Flórez Estrada para fundar su sistema colectivista, dedujo el suyo treinta años después el famoso Karl Marx» (**Colectivismo agrario.** — Joaquín Costa. — pág. 15. Nota). Pero entre Flórez Estrada y Marx hay más puntos de coincidencia. No sólo Adam Smith, como dice Costa, sino toda la economía política inglesa, el materialismo francés del siglo XVIII y sus herederos del socialismo utópico francés — que tanto intervinieron en la ideología burguesa democrática de la España posterior — y la filosofía clásica alemana son las tres fuentes ideológicas del marxismo, como todo el mundo sabe. Flórez Estrada, economista profesional, conocía bien la economía inglesa — había estado emigrado en Inglaterra y allí escribió casi todas sus obras —; conocía bien el materialismo del XVIII y, aunque no admitía las ideas socialistas y comunistas entonces conocidas, nada nos autoriza a suponer que no hubiera acabado admitiéndolas como los demás progresistas que formaron el partido demócrata-socialista; lo que no pudo conocer fue la dialéctica hegeliana, es cierto, y sin ella era imposible llegar al rigor científico de Marx. Por otro lado, Flórez Estrada era un viejo liberal (nació en 1770), nostálgico del reformismo de los Aranda, Campomanes, etc. y su pensamiento nunca fue radical, revolucionario, como el de Marx; pero, en las dos emigraciones, había sabido conservar aquel materialismo vergonzante y aquellas ideas socialistas que fueron la esencia del pensamiento liberal en sus orígenes y, como 1836 ya no era 1812, cabe suponer que, en las nuevas contradicciones a que se vio sometida la sociedad española, de 1836 a 1852, fecha de la muerte de nuestro economista, el pensamiento de éste se hubiera radicalizado. Porque, y esta es otra coincidencia, las condiciones de la sociedad alemana donde surge el marxismo, con un desarrollo capitalista tardío, con las contradicciones entre proletariado y burguesía a un nivel ya muy alto, tenían cierta semejanza con las condiciones de la sociedad española de 1840 y años posteriores, y este hecho no hubiera dejado de repercutir en el mismo sentido que repercutió en Alemania: haciendo posible el socialismo científico. En fin, indicamos esta posibilidad, con todas las reservas que puede imaginarse, porque es una posibilidad radiante.

En su **Curso de Economía** (1828) y en su apéndice **La Cuestión Social** (1839), Flórez Estrada se declara partidario de la propiedad privada. Pero, para él, la propiedad es, en primer lugar, lo que el hombre adquiere con su trabajo. Sobre esa base, la propiedad privada de la tierra es contraria a la naturaleza. Por haberse apoderado de la tierra algunos individuos, la inmensa mayoría de los hombres no pueden trabajar y los que trabajan no obtienen la recompensa total de su esfuerzo: éste es el origen de todas las luchas sociales. (No se olvide que el campesino era el trabajador típico de la época). Las discordias sociales tienen su origen en la miseria de las masas trabajadoras, que se ven privadas legalmente del fruto de lo que ellas mismas producen Mientras que el trabajador no disfrute del fruto íntegro de su trabajo, el derecho de propiedad será una falacia. Adam Smith, que descubrió que el trabajo es el origen de la riqueza, no sacó las consecuencias de su descubrimiento. Si una minoría se apropia de la tierra, la mayoría se ve condenada al hambre o a pagar una renta al propietario, con lo que tiene que repartir con una clase ociosa lo que no es más que fruto de su trabajo. (¿No está ahí, apuntando, la plusvalía?) Hay que nacionalizar la tierra, previa indemnización, y distribuirla, en arriendo, entre los que la cultivan, limitándose la extensión de las fincas a lo que pueda trabajar una familia campesina. A pesar de su moderación,

muchos vieron en esta teoría, como dice el propio Flórez Estrada, «una tea que amenazaba destruir los cimientos más firmes de la sociedad».

Con motivo de la desamortización, el economista asturiano combatió en el Parlamento y en la prensa por la puesta en práctica de sus teorías: «los bienes nacionales rústicos se darían a censo enfitéutico a los colonos del clero, por un canon igual a la renta en que los habían llevado en arriendo». Con ocasión de esa polémica, expresó ideas políticas tan justas como éstas, que no se diferencian en nada de las de los demócratas-socialistas que por entonces aparecieron: «sin crear intereses materiales en favor de las grandes masas de cultivadores cuya suerte en el día es tan desgraciada, en vano esperaremos que triunfe la causa de la libertad ...»; «antes de establecer las reformas políticas, es indispensable fijar las bases sociales». Condenó el procedimiento en que se había de hacer la desamortización: su finalidad no era otra que la de convertir en propietaria a una clase ociosa; sus consecuencias, además de la ociosidad, la mendicidad y el crimen.

Flórez Estrada, diputado progresista en las Cortes de 1836, sometió sus propuestas a esas Cortes. Sólo obtuvo 15 votos a favor. Su desengaño fue tan grande, que abandonando la política, se refugió en Grado, Asturias, donde murió. No después, sino ya en 1836, ¿qué podía hacer un hombre como él en medio de la banda burguesa liberal dispuesta a convertirse en oligarquía? Nada. Y, sin embargo, sus ideas (recuérdese lo que se dijo con ocasión del Memorial Ajustado), de haberse llevado a la práctica, hubieran puesto a España en el camino del progreso y de la democracia y, además, al concretarse en la realidad objetiva, hubieran hecho posible, con Flórez Estrada o sus continuadores, un pensamiento económico y político vigoroso, científico y, sobre todo, español.

Larra. — Detenerse a recordar a Larra pudiera parecer superfluo Casi todo el mundo sabe lo del «pistoletazo romántico», que puso fin a su vida; casi todos hemos leído **El castellano viejo**, la obra que parecen preferir los fabricantes de antologías y los profesores de literatura. Además, con Larra, entramos en un terreno muy resbaladizo, el terreno literario, un terreno muy sujeto todavía a lo que la crítica francesa llama «impresionismo», o dicho de otro modo, al subjetivismo.

Pero no hay más remedio que decir que Larra ha sido nuestro escritor más politizado, más «comprometido», frente a los problemas económicos, sociales y políticos de su tiempo, el más tendencioso, que, como puede leerse en **Clarín**, no significa más que «escritor con tendencia»; y, también, no hay más remedio que decir que, para nosotros, el ser tendencioso es lo que hizo de Larra el genial escritor que fue. No hay más remedio que decirlo porque la crítica burguesa posterior ha hecho cuanto ha podido por ignorar o falsear esa circunstancia. Incluso un elemento de técnica editorial—la publicación de su obra dividida en materias separadas: artículos de costumbres, políticos y de crítica literaria — contribuye a que el lector medio — que es al que siempre nos referimos — lea sólo los artículos de costumbres de **Fígaro**, que son los divertidos. La política, sobre todo la política de hace siglo y medio, a quién va a interesar. Pero, suponiendo que el lector se decida a leer esos artículos políticos, lo corriente es que se deje llevar por la mano de un conocedor de Larra, en cualquiera de las ediciones críticas y anotadas que existen. Por ejemplo, la de **Clásicos Castellanos**. Ediciones La LECTURA. Madrid, 1927; en este caso el especialista es Don José R. Lomba y Pedraja (1).

(1) En éste, como en otros casos, elegimos nuestro texto al azar. No sabemos quién es el crítico en cuestión. «Azar» quiere decir aquí el primero que encontramos a mano. Recordemos que la elección impremeditada, «al azar», del objeto de estudio es una de las condiciones de la investigación experimental. Por lo demás, la versión Lomba de Larra, una vez conocida, resulta completamente lírica, propia del liberalismo intelectual, incluso aunque el sr. Lomba fuera carlista.

Entonces, en el **Prólogo** que encabeza el volumen de los **Artículos sociales y políticos**, al lado de atinadísimas observaciones sobre el estilo y demás elementos formales de esos artículos — pues, en cuanto a preparación técnica formal, nuestro crítico resulta irreprochable —, encontramos lo que vamos a exponer. No se puede negar que Larra fuera un escritor político. Incluso algunos de sus artículos, los de la serie **El pobrecito hablador**, «revelan brillantemente la precocidad y penetración de su juicio, **que no ofuscan todavía las pasiones del partidario** ni las ambiciones del hombre. (Subrayados, como en lo que sigue, nuestros. T. I.) Pero, después, sobre todo cuando se llega a los artículos en que Larra arremete contra el carlismo, Lomba escribe: «A la ingeniosa *ironía reticente* y discreta de **El pobrecito hablador**, sucedía la sátira virulenta y sañuda; a la ofensiva de alfilerazos y de picaduras de avispa, una lluvia de piedras y cieno» (1). Posteriormente, la crítica demoledora que Larra asestó contra los moderados de Martínez de la Rosa y Conde de Toreno, se califica ya con dureza; porque, si bien al principio adopta un tono «alegre y chancero», después, «con parecidos mofa y encono a aquellos en que solía burlarse de los carlistas, comienza a burlarse de los ministeriales». «Las **impaciencias** todas del partido liberal y todas las **prevenciones** — y no hay que poner aparte las más **vulgares**, no las más **injustas**, ni las más **deslumbradas** — las vemos propugnadas en este tiempo en los artículos de **Fígaro**». Nuestro lector, sin duda, al llegar aquí se estremecerá de horror, suponiendo qué se yo qué degollina o noche de cuchillos largos. Pero, poco después, se tranquiliza, al leer que una de esas «prevenciones», «vulgares, injustas y deslumbradas», la que se cita con detalle, consistía en la negativa liberal a pagar los empréstitos extranjeros concertados por Fernando VII. En este caso, al Sr. Lomba pueden aplicársele estas palabras de Marx (**Revolución en España**): «acaso piense nuestro autor que el privilegio de los contrarrevolucionarios consiste en contraer deudas, y el de las revoluciones en pagarlas». Otra prevención: «El, **Fígaro**, tan progresivo, no tuvo sino palabras acervas, de detracción, para el establecimiento de la policía». Y Lomba sigue añorando: «Muy lejos se hallaba Larra en estos momentos de los tonos insinuantes y reflexivos de sus artículos de **El pobrecito hablador**». Luego llega Mendizabal y Larra, como todos los *progresistas*, se regocija. El regocijo duró poco: aquí entra el artículo que glosa y apoya el folleto de Espronceda, ya mencionado y en cuya importancia económica, política, *no queremos ahora insistir*. Lomba lo juzga así: «la voz de **Fígaro** se alza ya agresiva, proclamando resueltamente el fracaso del Gabinete **programista** (el de Mendizabal)» ¿Por qué? Según nuestro crítico, porque Larra, entonces había decidido hacerse político, es decir: por ambición personal. Efectivamente, Larra se hace después diputado; pero los sargentos de la Granja, al sublevarse, le impiden llegar a las Cortes. Este hecho le hace renunciar — siempre según Lomba — a la política y amargarse hasta el punto de pegarse un tiro (2).

El lector, al llegar aquí, ya sabe a qué atenerse: un gran escritor comete la tontería de interesarse por la política, de ser revolucionario; de este modo, perjudica la calidad de su obra y cae en las más bajas pasiones; hasta que renuncia a la política y se muere a consecuencia de ella.

---

(1) Y añade Lomba: «No era la bella literatura precisamente la más ganancioso con el nuevo estilo». ¡Qué estupendo criterio estético que hace depender la calidad literaria de una obra de su aparente asepsia y neutralidad en cuestiones políticas! Incluso, cuando, como en este caso, esa asepsia y neutralidad, no sean voluntarias, sino determinadas por la mordaza de la censura. En esa «estética», por desgracia, estamos todavía. Es uno de los obstáculos más formidables que se oponen al progreso cultural en nuestra patria.

(2) Hay mucho más en que no podemos detenernos: Según Lomba, Larra abominaba de la Constitución de 1812 (grave inexactitud); sus críticas al militarismo pretoriano se referían a los Sargentos La Granja, no, por ejemplo, a Ello, etc. Debe leerse la obra y su prólogo, que no tienen desperdicio, como ejercicio ideológico elemental.

Pero, de los artículos en cuestión, cualquiera que posea un ligero conocimiento de la historia de 1833 a 1836, aunque sea tan ligero como el que ha intentado ofrecer este trabajo, extrae conclusiones muy distintas. Ante todo, que la literatura que le gusta al Sr. Lomba es la literatura amordazada por la censura; los artículos de **El pobrecito hablador**, que le parecen tan bien a Lomba, fueron tan **suaves**, no por voluntad de Larra, sino como Lomba sabe y lo dice incluso en otro lugar del prólogo, porque no podían ser de otro modo — aún así murieron de cornada censorial — bajo el gobierno de Cea Bermúdez, la censura y hasta bajo el recuerdo, no tan lejano, de la horca absolutista. Cuando esa amenaza pasa, a la muerte de Fernando VII, el entusiasmo revolucionario de Larra brota lógica, consecuentemente; hoy, después de todo lo que ha llovido, sería ridículo calificar de extremistas esos artículos; si pecaron de algo, es de circunspectos. Y, así, en todo lo, demás. En cuanto a la oposición a Mendizabal, hay que leer el artículo sobre el folleto de Espronceda. Dice Larra:

«En una época como ésta, en que toda la dificultad para llevar adelante la regeneración del país consiste en interesar en ella a las masas populares, lo cual escasamente se puede conseguir sin hacerles comprender antes sus verdaderos intereses ...»

«Todos los españoles deben opinar, a pesar de la censura. El gobierno Mendizabal no ha cumplido sus promesas, no ha confirmado las esperanzas que suscitara. No se ataca al carlismo con suficiente energía, no se aplica la austeridad pública; no hay más que arbitrariedad y negligencia. La guerra carlista es; «efecto de lo poco o nada que se ha tratado de interesar al pueblo en la causa de la libertad: hagánsele palpar las mejoras del sistema de que somos partidarios, vea él su bienestar en la causa que defendemos, y el pueblo será nuestro en todas partes».

«Pero, ¿cómo se quiere lograr este fin no viendo más termómetro del público bienestar que el alza o baja de los fondos en Bolsa, en cuyo conocimiento sólo se interesan veinte jugadores, y que el labrador no entiende, ni plegue al cielo que lo entienda nunca? ¿Cómo se le quiere interesar trasladando los bienes nacionales, inmenso recurso para el Estado, de las manos muertas que los poseían, a manos de unos cuantos comerciantes, resultado inevitable de la manera de venderlos adoptada por el Ministerio?»

No hemos subrayado nada, porque había que subrayarlo íntegro. Como se ve, las razones de Larra eran algo más que la ambición personal por ser diputado. Eran, nada menos, que la razón de existencia de una tradición progresiva en el pensamiento nacional, de una revolución, de la esperanza en el porvenir de la patria: de todo lo que se hundió ahí, precisamente en ese momento. Eran, nada menos, que el latido trágico de Larra ante — hay que repetirlo hasta la saciedad — el acontecimiento decisivo de nuestra historia moderna: la desamortización. Pero de ese acontecimiento Lomba, como veremos, no tiene la menor idea o no le parece digno de reseñar.

La causa de toda esa interpretación inverosímil y absurda del Larra político, hay que buscarla en las concepciones políticas de Lomba. Para fundamentar históricamente sus juicios sobre Larra, el crítico nos ofrece su propia versión de los hechos acaecidos. Y leemos cosas como éstas: era la época de «el gran salto del régimen tradicional al moderno». Larra comprende «la falta de preparación en que se hallaba el pueblo en España para un régimen representativo y constitucional a la europea»; la situación del gobierno era «ingrata y difícil», por «el recuerdo

de los **excesos** (!) a que se habían entregado los liberales en el trienio del 20 al 23 y de la **anarquía** (!) en que terminaron » (Subrayados y admiraciones, como en lo que sigue, nuestros. T. I.) « El partido liberal fue arrancando una a una las **concesiones que ambicionaba**, y al fin, **y cuando era ya bien de sobra, porque todo estaba logrado** (¡en 1836!), allanó brutalmente el trono en el motín memorable de La Granja, que fue llamado de los sargentos ». El Sr. Lomba critica también a Martínez de la Rosa, pero como critican hoy los plumíferos franquistas al imperialismo, por no ser todo lo duro que ellos quisieran al reprimir a las fuerzas progresivas: le critica por no saber reprimir las matanzas de frailes o las insurrecciones progresistas. Al hablar de Mendizabal. Lomba relata minuciosamente la cuestión del voto de confianza, la discusión de la ley electoral, etc.; pero no dice ni una palabra de la ley desamortizadora, la cuestión fundamental, como sabemos, para comprender la postura de Larra. ¿Por qué? En el mejor de los casos, por una concepción idealista de la historia, que le impide valorar el elemento fundamental de la realidad; en el peor, por una omisión deliberada. Aunque, ¿quién sabe si Lomba estaría sometido también a la censura de su época, en 1929? Porque a la hora de estudiar el pensamiento burgués uno no sabe muy bien dónde buscar la causa de sus falsificaciones: si en el idealismo, en la censura permanente, en la autocensura posibilista, en el compañerismo hacia algún colega, en su interés económico privado ... Así, todo Lomba.

Cuando se lee a Larra, en una edición que sigue el orden cronológico en que fueron escritos sus artículos, y cuando se conoce la historia por otras fuentes que las del Sr. Lomba, se empieza a comprender lo que perdimos al perder, no sólo a Larra, sino a sus posibles continuadores, por culpa de la seudorrevolución liberal. Porque, aun muerto Larra, de amor o de tristeza patriótica, ¿cómo nadie siguió sus huellas gloriosas entre tanto escritor como proliferó a partir de 1840? No, no es sólo su muerte: es que, además, alguien, la oligarquía, secciona, estrangula esa vía de desarrollo cultural.

¿Qué vía? La de una literatura original, vigorosa, profundamente enraizada en los problemas nacionales, capaz de llegar a todo nuestro pueblo — con tal que supiera leer — y de contribuir a formar una verdadera conciencia nacional. Esa literatura está en embrión en los artículos de costumbres y en los políticos. El artículo fue para Larra, como las novelas filosóficas cortas y punzantes de Voltaire, al que Larra conocía muy bien, un arma ideológica, apropiada a las condiciones en que había que luchar entonces. Pero, como todo el mundo sabe, en esos artículos, y en los menos cargados de contenido ideológico consciente de Mesonero Romanos y otros, se encuentra el germen de lo que luego sería la novela de costumbres de **Fernán Caballero**, Antonio Trueba, etc.; novela de costumbres que, de haber sido desarrollada por el mismo Larra o por sus continuadores, hubiera desembocado en un realismo crítico incomparablemente superior a la novela realista que vino después. Porque, en nuestra opinión, Larra crea el realismo crítico español; el realismo tendencioso, el que aspira, no a retratar la realidad estática, sino a transformar esa realidad mediante la crítica profunda de sus raíces determinantes. Se ha gastado mucha tinta hablando del « neoclasicismo » de Larra y de su conversión al romanticismo. El romanticismo, ola inevitable de la época, a la vez que ataca desde posiciones reaccionarias el materialismo del siglo XVIII, destruye, sin proponérselo, todo lo que ese materialismo tenía de dogmático, de formalista, realizando así una función involuntariamente revolucionaria. La nueva forma de expresión romántica, el despliegue de todas la energías del individuo, la pasión, el humanismo, todo lo positivo que aportó el romanti-

cismo, fue aprovechado en seguida por las mentalidades avanzadas de la época, en un sentido progresivo, racional: Heine, Victor Hugo, Byron. Pero Larra llega a más: sus artículos, concentrados hasta donde es posible llegar, llenos de sugerencias, pueden convertirse, desarrollados, en estupendas novelas realistas críticas de avanzada, obras combativas que hubieran cambiado de signo la novela española. ¿De **Macías**, de **El doncel de don Enrique el Doliente**, concesiones de Larra a la moda imperante, quién se acuerda ya? En cambio, sus artículos están ahí, con toda la frescura con que fueron escritos, tan vivos como ayer.

Así, Larra, materialista («Aquí entra el confesar que soy un sí es no es materialista, si no tanto que no pueda pasar entre las gentes del día, lo bastante para haber muerto emparedado en la difunta (la Inquisición. T. I.) que murió de hecho ha catorce años»...), español hasta el tuétano, revolucionario, prosista genial, escritor tendencioso, fue otra víctima de la traición burguesa a los intereses de España; además de interrumpir esa posible vía de desarrollo cultural, la reacción ha tratado después de aguar, de falsificar la obra del que hubiera podido ser un Balzac español, pero un Balzac revolucionario; y, si no ha conseguido borrarle de la historia, ha sido porque su grandeza es descomunal.

Espronceda — Todo lo dicho para Larra, puede aplicarse, en poesía, a Espronceda. El poeta del destierro, de las barricadas de la revolución francesa de 1830, afiliado al partido **progresista**, es el lírico más intenso y más apasionado del romanticismo español. Es ya un poeta «social», como se dice ahora: léanse sus poemas **El verdugo, El mendigo, El reo de muerte**, por ejemplo. Ese poeta, que además de talento e inspiración poseía una conciencia capaz de comprender con claridad a Flórez Estrada y el problema de la desamortización, hubiera podido cantar a los tejedores catalanes revolucionarios, como Heine cantó a los tejedores alemanes. Y la poesía española, además de la línea formalista, apolítica, marcada por un Becquer, por ejemplo, se hubiera desarrollado por otra línea combativa, popular, al servicio de todos los españoles.

Nos hemos limitado a estos nombres, (1) más que nada, para recalcar las enormes posibilidades que se abrieron entonces en nuestra patria y que fueron cegadas por la seudorrevolución liberal, por la oligarquía feudal-burguesa de la España contemporánea. Porque, después de Flórez Estrada, Larra, Espronceda, ¿qué pasa? Nos lo dice Fernando Garrido en su obra, tantas veces citada porque es el documento contemporáneo de la quiebra de la ideología liberal, elaborado por la ideología que dialécticamente la sustituye:

«Con la muerte de Fernando VII coincidió la importación del francés romanticismo, que bajo la libertad de formas halagüeñas para la juventud, infiltraba el veneno de rancias ideas, restaurando la Edad media y sus horrores ...; y, cosa rara, fue la juventud liberal, los poetas de la nueva generación que combatía a don Carlos y a su teocracia, y que destruía los conventos, los que ensalzaban el castillo feudal y se extasiaban describiendo y poetizando las escenas de aquella edad de barbarie ... Los poetas de la libertad hicieron la apología del fatalismo, y para un drama de tendencias anti-teocráticas y verdaderamente revolucionario como **Carlos II el Hechizado**, produjeron diez como **Macías, D. Alvaro o la fuerza del sino, el Rey Monje, el Trovador** y **Don Juan Tenorio.**

«Cuando España renacía a la libertad, la esperanza había muerto en el corazón de sus poetas, cantores de desesperación y de muerte, y los románticos libe-

(1) Hay otros, menos conocidos, claro.

rales que como Larra no se suicidaban, concluían por hacerse escépticos o neocatólicos, como Roca de Togores, el duque de Rivas, Gil y Zárate y otros ... «Los principios filosóficos, esencia y alma de la literatura como de la política, brillaron por su ausencia de la manera más lastimosa en las luchas de clásicos y románticos, de moderados y progresistas. *Ni unas ni otras tenían principios filosóficos* positivos; todos eran utilitarios (1), y cuando más formalistas; el arte para el arte era su dogma, y de aquí el que no hayan sabido crear nada sólido y estable, solemne, grandioso y de porvenir, ni en la literatura, ni en el arte, ni en la política; y que a pesar de sus triunfos materiales sobre la teocracia católica en 1836, 40 y 54, los vencidos hayan reconquistado sin lucha aparente lo que perdieron ... produciendo a Balmes y a Donoso Cortés en la esfera filosófica, y en la literaria a Fernán Caballero, a Selgas, a Trueba, Eguílaz y toda una legión de restauradores del fanatismo religioso de otros siglos ... Desde el romanticismo de nuestros poetas liberales al neocatolicismo no había más que un paso, y casi todos lo han dado ... dentro del orden de ideas y de la filosofía doctrinaria y ecléctica de las monarquías constitucionales, la literatura no ha producido nada grande en el teatro, ni en la poesía, ni en la novela ... En cambio de su esterilidad de ideas, el rasgo característico del movimiento literario de 1833 fue la fecundidad ...».

«Con la guerra civil de los siete años pudo darse por terminada la lucha entre clásicos y románticos. La reacción doctrinaria y neocatólica de 1843 amalgamó y confundió a unos y otros. Zorrilla tuvo para ella poemas a la Virgen, y el gobierno para Zorrilla cruces de Carlos III. Gil y Zárate repudió a su mejor hijo **Carlos II el Hechizado**, y también tuvo cruces y la Dirección de instrucción pública. Miguel Agustín Príncipe se hizo devoto, y fue fiscal de no recordamos qué tribunal. Rodríguez Rubí pasó de la redacción del **Clamor Público** al neocatolicismo y a la burocracia. Felizmente para él, Espronceda había muerto el año 1842 ... (Lo que muere es una posibilidad social, no tal o cual individuo. T. I.) García Gutiérrez, los Asquerinos y algún otro que quedaron fieles a la tradición progresista, encadenados por el dualismo de las doctrinas de su partido no pudieron producir más que obras mediocres, descoloridas y sin vida».

«En la literatura política, si los progresistas no dieron señales de vida, en cambio no faltó facundia a los moderados, Toreno escribió la **Historia de la guerra de la Independencia**, Tapia **La Civilización española**, y Martínez de la Rosa **El espíritu del siglo**; pero en definitiva todas estas obras de la misma procedencia pueden resumirse en esta frase: «La unidad católica es un gran bien, y sus ventajas son superiores a sus inconvenientes».

«¿Pero qué tiene esto de extraño, cuando una docena de años después que estos escritores con pretensiones de filósofos y de hombres de su siglo preparaban el advenimiento del neocatolicismo, el tránsfuga Lafuente hacia otro tanto en su **Historia general de España** ...»

«... la censura, de la que constantemente estuvo apoderada la reacción, cerró hace tiempo las puertas de la escena a las ideas de progreso ... La censura de teatros un momento levantada por la revolución de 1854, fue restablecida por los mismos progresistas, y los neocatólicos, que no tardaron en ser dueños de ella, sólo a sus ideas dejaron la puerta franca» ... García Gutiérrez, que nada tiene de socialista, ha tropezado con ella: muchos no han pasado más que viendo

(1) Obsérvese el sentido de «utilitario» de la época. Hoy se llama «arte y literatura utilitaria», por ejemplo, al «arte y literatura» con contenido ideológico consciente» Entonces, más justamente, «al arte y literatura que se vendían al mejor postor».

sus obras mutiladas; a no pocos les han dado con las puertas en las narices, y algunos conocemos que seguros de que no se les abriría, han renunciado a llamar ... la negra sombra del fiscal de teatros alzándose ante ellos debe apagar en su mente el fuego de la inspiración ...»

En las novelas:

«Ni en tendencias políticas, filosóficas, sociales, se ve en ellas el menor átomo, la mas pequeña chispa de luz; y si brilla algún pensamiento que no sea expresión del más desconsolador escepticismo, es reaccionario y neocatólico. ¿Qué debía esperarse de los conservadores si esto hacían los que por revolucionarios pasaban?»

Es en ese clima general, de derrotismo ideológico, censura, soborno del pensamiento y predominio de las ideas reaccionarias donde aparece el liberalismo intelectual.

Don Rafael María de Labra nos describe la aparición de esa ideología en su Memoria del Ateneo de Madrid (**Estudios de Derecho Público**) págs. 566/596. Madrid. 1907)

Labra simultanea la historia del Ateneo con la historia política que ya conocemos:

«Este período (de 1836 a 1854) se caracteriza también de otro modo. Los elementos que privan en el Ateneo, los que llegaron a dominarle ... fueron los elementos conservadores, enamorados del doctrinarismo y el eclecticismo ... Coadyuvó a esta acción la retirada de los elementos avanzados, que abandonaron ... los grandes centros de influencia intelectual y política para consagrarse a la revolución, y sobre todo (en la práctica) a la conspiración»

«En este tercer período, de unos quince años (del 54 al 68) se caracteriza por el impulso que el Ateneo recibe de los elementos expansivos y avanzados, los cuales rectifican la dirección del período anterior, restableciendo la viveza del período primero en todas las manifestaciones de la vida social ... trayendo a las discusiones y a los programas de las cátedras todos los problemas filosóficos, políticos y sociales contemporáneos de mayor novedad y preparando la nueva educación de las altas clases de la Sociedad Española, y la identificación de nuestro País con el espíritu, las tendencias y los compromisos del resto del Mundo, frente al cual aparecía España como una excepción triste y perturbadora».

«Tal vez éste haya sido, hasta ahora, el período de mayor animación y prestigio del Ateneo de Madrid. En él consiguió el título de la **Holanda de España**, por la absoluta libertad con que en sus cátedras y sus salones se abordaron y trataron todos los problemas morales, políticos, económicos y sociales ...» Y Labra, ingenuamente, añade: «a pesar de que las leyes y los reglamentos mantenían la rigurosa intolerancia religiosa, la prévia censura de la imprenta, la negación del derecho de reunión y la indiscutibilidad del régimen monárquico. En este período se verifica, con escándalo y protesta de toda Europa y de los Gobiernos de ésta, la persecución y prisión de Matamoros por motivos religiosos. Pero esto contrastaba con la libertad interior del Ateneo».

He aquí algunos de los nombres de los ateneístas de la época, que proporciona Labra: Colmeiro, Nicolás María Rivero, Echegaray, Castelar, Canalejas (D. Francisco de P.), Valera, Moret, Sagasta, Silvela, Martínez de la Rosa, Río Rosas, Olózaga, Salmerón, Cánovas; todos esos intelectuales fueron políticos, gobernantes, la mayoría abogados: el liberalismo intelectual, como su hermano gemelo el krausismo, se forjó utilizando, principalmente, una rama secundaria de la filosofía, la filosofía del derecho.

La mayor concurrencia de los salones del Ateneo se encontraba «en la Sección de Ciencias morales y políticas, donde en esta época hicieron su brillante aparición la democracia, el individualismo economista y el krausismo».

«También es de advertir que a pesar de la nota singular que al Ateneo dio en esta época, la propaganda radical, en todos los órdenes ... el Ateneo no se convirtió, como en 1841 a 1852, en un centro exclusivo y que al brillo del Instituto concurrieron en este tercer período de su vida, las escuelas más encontradas y las personalidades más opuestas, manteniéndose todos a una gran altura, rivalizando en cortesía y buen deseo y dando al Ateneo la representación verdaderamente superior de un gran Centro de cultura y tolerancia».

«Aquello era un mundo en formación; una tempestad de ideas; un diluvio de críticas, de protestas, de afirmaciones, de deseos, de perspectivas, de cambios y transformaciones ... Si aquí no se realizaran tantas injusticias, yo no me explicaría como en una plaza de esta vibrante villa no se haya levantado una estatua al general O'Donnell con esta inscripción en letras de oro: «¡La democracia agradecida!»

* * *

¿Cuál es el significado de ese liberalismo intelectual? Marx y Engels, en **La Ideología Alemana**, escriben: «La división del trabajo se manifiesta también en la clase dominante como división entre el trabajo intelectual y el trabajo material, de tal manera que tendremos dos categorías de individuos en el interior de esa misma clase. Unos serán los pensadores de la clase, los ideólogos activos, capaces de elevarse hasta la teoría, que extraen su sustancia principal elaborando la ilusión que la clase se hace sobre sí misma; mientras que los otros tendrán una actitud más pasiva, más receptiva frente a esos pensamientos y esas ilusiones, porque son los miembros realmente activos de la clase y tienen menos tiempo para hacerse ilusiones e ideas sobre sus propias personas. **En el interior de esa clase, esta escisión puede llegar, incluso, a constituir cierta oposición y cierta hostilidad entre las dos partes en presencia**» (Subrayados de T. I.)

Mientras que los «miembros realmente activos» de la clase dominante, la oligarquía central, negocian y gobiernan, los miembros intelectuales de esa clase, o los intelectuales que económicamente dependen de ella, elaboran la ideología que va a ser la dominante durante muchos años; aunque, a veces, «cierta oposición y cierta hostilidad entre las dos partes», y también la contradicción entre esos intelectuales y la Iglesia, den a esa ideología la apariencia de un pensamiento «puro», «neutral», «independiente» de la lucha económica, política e ideológica entre las clases.

Esa ideología ha de reflejar la realidad de la sociedad española, pero en forma de «ilusión», conciliando subjetivamente, es decir, falsamente, todas las contradicciones objetivas. Esa ilusión que la clase se hace sobre sí misma adopta la forma que adopta, por las peculiaridades nacionales y también por los materiales ideológicos que los liberales intelectuales tienen a su disposición en ese momento y, entre ellos, como fundamental, cierta espuma — sólo espuma, que conste — de la filosofía idealista alemana.

En 1868 se puede hacer balance: ¿a qué aspiraban los liberales y qué han conseguido? Aspiraban a una sociedad más justa, y han conseguido establecer una sociedad más injusta, con más desigualdades económicas que las que encontraron; aspiraban a una sociedad democrática y han conseguido establecer

una dictadura oligárquica, disfrazada de parlamentarismo, sostenida por la Guardia Civil; aspiraban a dar rienda suelta a la libertad de pensamiento y han conseguido la censura; aspiraban a las «luces» y el 80% del país es analfabeto, etc. Todo esto lo saben los braceros del campo, los obreros de las ciudades, los pequeños campesinos, los industriales, los comerciantes, los militares, los sacerdotes, los grandes banqueros, los terratenientes: todos los que tienen algo que ver con la producción social o con las contradicciones reales y concretas. Sólo los intelectuales parecen no haberse enterado — como demuestran las citas de Labra; algunos-cínicos- fingen no haberse enterado; otros — benditos de Dios — es que realmente no se han enterado. Pues la realidad inmediata que viven esos intelectuales es la que Baeza dibuja en su artículo de INDICE: «Lentamente iban penetrando a la sazón en la Península las mejores destilaciones del pensamiento europeo. Podía percibirse, tanto en el libro como en la cátedra, un notable progreso; el nacimiento de un sentido autocrítico y pedagógico. Por primera vez en la historia del país, el intelectual comenzaba a tener auténtica importancia, a gravitar en los medios sociales y políticos ...» Todo esto, que es real — menos que las «destilaciones» fueran las «mejores» — significa, después de todo lo expuesto, que la capa intelectual burguesa, obligada a depender de la oligarquía por las condiciones económicas y políticas de la nueva sociedad, ha de cumplir su función: la elaboración de la nueva ideología correspondiente a esa sociedad. Esa nueva ideología no puede ser ya el viejo liberalismo «superado»; tampoco puede ser la glorificación pura y simple del nuevo estado de cosas que, con su Iglesia retrógrada, su censura, su sordidez de nuevos ricos y su corrupción y analfabetismo, resulta incomodo a los intelectuales, ¿Qué hacer? Al final, se sigue la ley del mínimo esfuerzo: se vuelve la espalda a la realidad económica, social y política del país; se forja un mundo aparte, intelectual, cerrado y, dentro de él, con la ayuda de otras ideologías importadas muy útiles para el caso, se idea una especie de religión laica: el liberalismo intelectual, el liberalismo que, desde ese período, llega hasta hoy, hasta Marañón y muchos de los neoliberales de nuestro tiempo. En ese mundo ideado, ilusorio, hay libertad, hay igualdad — dentro, claro está de una jerarquía mutuamente aceptada, especie de escalafón del pensamiento —, hay fraternidad y comprensión, civismo y todo lo demás.

El mayor inconveniente de ese mundo es que resulta reducidísimo: cabe en una casa, en la «Docta Casa» del Ateneo de Madrid, como hemos visto. Otro inconveniente es que, en torno a él, el mundo real, sometido a contradicciones cada vez más enconadas, se agita, se queja, perturba la paz y el sosiego del ámbito donde crece el liberalismo intelectual.

* * *

Casi no es necesario resumir las características generales de ese liberalismo intelectual, pues, a lo largo de este trabajo, hemos dado repetidos ejemplos prácticos de sus manifestaciones, y el lector habrá sacado ya esas características. Sólo diremos, a manera, de síntesis, lo siguiente.

1) El problema de si es nacional o no ha sido «superado». El liberalismo intelectual es una ideología cosmopolita. Está abierto a todas las corrientes ideológicas, siempre que procedan de pensadores burgueses y pequeños burgueses. La lista de esas influencias extranjeras sería interminable. Al principio son Ahrens, Krause, otros epígonos de Kant y Hegel ...; hoy parece ser Camus.

2) Su base teórica no existe. Estas palabras de Marañón (**Visita a Marañón.** — Jorge Mañach. INSULA. Núms. 164/165) hubieran podido servir para cualquier liberal intelectual: «No están regidas (mis ideas filosóficas) por ninguna doctrina filosófica. Amo la filosofía; pero yo tengo la mía propia, muy humilde, pero mía, rectorada por sentimientos y creencias, más bien que por conceptos». Al principio esa base filosófica es aportada por la filosofía alemana, por los pensadores que Marx y Engels llaman, en **La Ideología Alemana**, «los industriales de la filosofía», que vivían de la «descomposición del espíritu absoluto» de Hegel; en esa misma obra, Marx y Engels dan cuenta del carácter superidealista de la ideología alemana de 1800 a 1850: mientras que franceses e ingleses, por esa época escriben historias de la sociedad burguesa, del comercio y de la industria; mientras que franceses e ingleses se atienen, por lo menos, para interpretar la historia, a la ilusión política, que está aún bastante próxima a la realidad, los alemanes se mueven en el dominio del **Espíritu puro** y hacen de la ilusión religiosa la fuerza motriz de la historia. Ese idealismo es el vehículo por donde penetran en España el krausismo y, después, el vitalismo, el existencialismo, etc. Cuando esas filosofías pasan de moda, los liberales intelectuales se refugian en sus sentimientos y creencias, hasta que aparece una nueva panacea universal.

3) Está completamente divorciado de la realidad nacional. En primer lugar, porque en sus orígenes a esta ideología no le interesó el ocuparse de ella, sino, al revés, el volverla la espalda. Luego, porque su instrumental teórico — idealista, metafísico — le incapacita para el estudio de esa realidad, cuando quiere acercarse a ella. Pero, por ello, no renuncia a interpretar y reinterpretar todos y cada uno de los problemas nacionales; y, admirado de que nuestro pueblo no se ajuste a sus esquemas abstractos, maldice de él y suspira por tener otro pueblo — el francés, el inglés, el alemán — a quien adoctrinar.

4) Es completamente reaccionario. Algunas veces, su oposición a la ideología oscurantista de la Iglesia, le da cierto aire progresivo; pero su anticlericalismo es vergonzante, como el de cualquier secta clerical heterodoxa-: refleja su impotencia para encontrar una religión que le permitiese santificar el orden burgués, sobre todo la propiedad burguesa, pero conservando su libertad de pensamiento frente al Índice, la censura y el yugo episcopal. Es una ideología minoritaria, casi de casta (1). Aparenta estar situada por encima de las clases y los partidos; pero a la hora de juzgar, por ejemplo, entre la reacción y la revolución, carga la mano contra ésta, porque la reacción que está en el poder no le permitirla la ecuanimidad.

---

(1) Prácticamente, sólo sirve para la capa intelectual. A la inmensa mayoría del pueblo no le sirve para nada. Y la oligarquía, gran burguesía, etc. utiliza preferentemente el catolicismo profesional, menos reticente y más cómodo para el liberalismo intelectual, como arma ideológica de clase. Pero las clases dominantes mantienen al liberalismo intelectual como ideología de segunda línea, de reserva, para cuando vienen mal dadas, aparte del uso pecaminoso y excitante que hacen de él de vez en cuando si resulta elegante y está de moda esa ideología como espectáculo cultural.

DISCUSION

● **Objeciones y sugerencias a José Navarro**

Mariano ECHEVARRIA

Mariano Echevarría

OBJECIONES Y SUGERENCIAS A JOSE NAVARRO

Algunos de los planteamientos que contiene el ensayo de José Navarro «Las artes plásticas en su tiempo y lugar» le han parecido discutibles a la redacción de «Nuestras Ideas». Por mi parte yo diría que incluso muy discutibles, y no algunos, sino muchos. Tantos que, sin duda, no bastará un artículo para anzlizarlos, por lo que albergo la esperanza de que alguien más contribuya a este intento de poner en su tiempo y lugar lo que, a mi juicio, ha trastocado el autor del ensayo. Allá va, por de pronto, mi propia opinión.

I

José Navarro parte en su estudio de la siguiente clasificación de las artes: artes del tiempo (literatura, teatro, cine) y artes del espacio (pintura, escultura, arquitectura). ¿Es esta clasificación un procedimiento para evitar en adelante repeticiones enojosas — lo único que permitiría aceptarla, dado su excepcional convencionalismo — o encierra en sí algo más? Si al principio nada hace pensar que José Navarro se guíe por otro propósito que el del laconismo, luego vemos que el establecimiento de estos dos grupos tiene por origen una idea determinada de las posibilidades representativas de las artes que en cada uno de ellos sitúza.

¿En qué consiste esta idea? José Navarro la explica con claridad. Para él, unas artes — las del *tiempo* — «pueden representar procesos históricos reales». Las otras — las del espacio — sólo parcialmente pueden alcanzar esa meta. ¿Por qué razones? En esto José Navarro no es ya muy explícito. Pero, con todo, nos ofrece dos argumentos. El primero es una frase de Gorki, según la cual el escritor «no dibuja como el pintor, que representa al hombre inmóvil». El segundo, ya de su cosecha, consiste en la afirmación de que para expresar un proceso histórico por medio de representaciones plásticas se ha recurrido siempre a la sucesión de imágenes y, por si fuera poco, con aclaraciones verbales o escritas.

A mi entender no son persuasivos ninguno de los dos. El primero incluso será más correcto no ponerlo a discusión. Creo que no se puede traer por los pelos

unas palabras dichas de pasada, sin el ánimo de sentar un criterio sobre la pintura, y hacer de ellas poco menos que un principio marxista de enfoque de las artes plásticas. Gorki no estudiaba en aquel momento este tipo de artes, sino la literatura y, en el contexto de donde ha sido tomada la frase, está claro no tiene más alcance que el de dar expresividad a la idea fundamental.

El segundo — que, por cierto, anula totalmente la posibilidad parcial que se ha otorgado a las artes plásticas — tiene más miga, y no por sí mismo, sino porque nos sitúa forzosamente ante otra cuestión. ¿ Qué es para José Navarro la representación de un proceso histórico por los medios del arte ? Si nos atenemos rigurosamente a su argumento, para él consiste sólo en una sucesión de hechos, en una continuidad de situaciones (un personaje, pongamos por caso, rebotando por las páginas de una novela, por los actos de una comedia, por las secuencias de una película). Será, en definitiva, acción puramente mecánica.

Ahora bien, me parece que noción tan restringida de lo que es el movimiento representado en el arte podrá valer para los romances de ciego, como arguye José Navarro. Pero no creo que se pueda ir más lejos con ella. No se puede negar, desde luego, que para algunos géneros de las artes plásticas es difícilmente aplicable la demanda de representar la realidad en su evolución (bodegones, paisajes, marinas). Aunque adviértase que con esa misma dificultad chocarán otros géneros que en la clasificación de José Navarro quedan catalogados entre los del tiempo (lírico amoroso, por ejemplo). Sin embargo, en los géneros esenciales, en los grandes — valga el convencionalismo — es perfectamente posible, no sólo en la literatura, sino también en las artes plásticas, una representación de la vida que no sea puro reposo, sino flecha disparada desde un punto determinado y hacia una diana determinada. ¿ No le parece a José Navarro que « En castellano », de Blas de Otero, donde no hay ninguna sucesión de hechos, ofrece espléndida representación del proceso histórico que estamos viendo en España ? Tomaré otros ejemplos, ahora de las artes plásticas, para que no haya dudas. ¿ Es que en « El pensador » de Rodin, en ese hombre inmóvil en su cavilación, no vemos la trayectoria del pensamiento humano y, con ella, el movimiento ascensional de los pueblos, de la sociedad humana ? Y, a propósito sea dicho, de Rodin es la siguiente opinión, muy oportuna para el problema que nos ocupa: « En la mascarilla hay menos verdad que en la escultura ... La mascarilla no puede expresar el movimiento. Y el movimiento existe en la Naturaleza ». Fijémonos ahora en la pintura y pensemos en Goya. ¿ Es que no está dicho en « Los fusilamientos del 3 de mayo » no sólo lo que allí aparece, sino cuanto ha ocurrido hasta entonces y lo que luego ocurrirá necesariamente — la seguridad de que aquellos hombres, ahora ante el piquete, en el momento trágico de la derrota, representan la fuerza que acabará por triunfar ? A mí me parece que sí y entiendo que eso es, cabalmente, representar un proceso histórico en el arte, crear en la dirección de la historia, « de acuerdo con el mundo ». Y ese arte se llama realismo, socialista o no socialista, porque eso no hace al caso.

* * *

Si nos circunscribimos al realismo socialista, la situación será aún peor y de la mano de José Navarro entraremos en un callejón sin salida. Porque, en efecto, si la realidad, el mundo objetivo, para el marxista imperiosamente se halla en continua evolución y las artes plásticas son incapaces de captar con sus propios

medios — sin linterna mágica — esos procesos, ¿qué realidad expresarán, cual será su misión? José Navarro no contesta estas preguntas que lógicamente habrá de hacerse el que lea su artículo. En cambio propone un camino, una tabla de salvación para las artes plásticas: apartarlas de lo que él estima influencias nocivas, sustraerlas al contagio del realismo socialista.

En este empeño, José Navarro es consecuente desde el principio hasta el fin. Para ello minimiza todo lo posible las opiniones de Plejánov sobre pintura; pasa a uña de caballo por el artículo de Lenin, para decirnos que en él se habla sobre todo de literatura, aunque cuando Lenin dice «arte» hay que entender precisamente eso, «arte»; asegura que el realismo socialista apareció en forma de obra literaria, aunque, si a Rusia se refiere, apareció también en forma de obra pictórica, la de Kasatkin; subraya que la definición del realismo socialista se hizo para la creación — o crítica — literaria y, ya dispuesto a todo, afirma que «el realismo socialista, en la práctica, ha resbalado sobre las artes plásticas soviéticas sin modificarlas». Llegados a este punto será preciso, siquiera someramente, tratar este último problema.

José Navarro reproduce la conocida definición del realismo socialista como método y, a renglón seguido, seguramente para que se entienda, la descompone en lo que él denomina «características». Así tenemos que este método «exige ... que la representación de la realidad sea: 1. — veraz; 2. — históricamente concreta; y 3.— en su desarrollo revolucionario». En grupo aparte y con su propia numeración viene, como coletilla, «el deber de: 1.— transformar ideológicamente a las masas; y 2.— educarlas en el espíritu del socialismo».

¿Facilita este enfoque de José Navarro la comprensión del método del realismo socialista? Yo estimo que no, que esa disgregación no es lícita, porque considero que no se trata de elementos sueltos a sumar para obtener de ese modo un total (el realismo socialista), sino de un todo único homogéneo, de una fórmula dialéctica cada uno de cuyos enunciados expresa y contiene los demás. Desde este punto de vista no cabe aquí ninguna enumeración ni división en grupos porque, a mi juicio ser veraz implica ser históricamente concreto y ser veraz e históricamente concreto presupone forzosamente presentar la realidad en su evolución. ¿Acaso es posible ser verídico fuera del lugar y acaso hay tiempo inmóvil, estático? Creo que José Navarro convendrá conmigo en que no y que, por lo tanto, desechará su enfoque, y de paso, la idea derivada de él de que armado con esa definición el lector de cualquier texto «irá anotando mentalmente a cuál de las características mencionadas no se ajusta, por qué lado se queda corto». Si alguien procediera así me parece que cometería un error mayúsculo, y no sólo porque, además de todo lo que esta definición contiene, al enjuiciar una obra de arte será preciso tener en cuenta la personalidad del autor, su estilo propio, la corriente a que pertenece dentro del realismo socialista, el período en que ha sido hecha la obra, etc., sino porque lo que importa esencialmente es saber hasta qué punto ha sabido representar verídicamente el trozo de realidad que nos ofrece. Y para ello no hay que partir de una definición, que podría existir o no existir, sin que por eso cambiaran los términos del problema. Antes de que existiera se crearon obras del realismo socialista mundialmente conocidas. De donde habrá que partir es de la realidad, de la vida misma; lo que será necesario es conocer ésta a fondo y ver si el autor de la obra en cuestión ha sabido interpretarla en toda su riqueza y variedad, en su avance progresivo. «Ustedes no deben atiborrar la cabeza del artista con tesis abstractas — dijo J. V. Stalin el 26 de octubre de 1932 a los escritores en la reunión celebrada en el domicilio de Máximo Gorki —. El artista

debe conocer la teoría de Marx y Lenin. Pero también debe conocer la vida. Ante todo, el artista debe presentar la vida *verídicamente*. Y si representa verídicamente nuestra vida no podrá por menos de captar, de presentar lo que la conduce hacia el socialismo. Eso será el arte socialista. Eso será el *realismo socialista* ».

No se confunda, pues, el método con la propia realidad. El método es la forma adecuada de pensamiento para conocer esa realidad, el instrumento adaptado a la naturaleza del objeto a indagar. Y puesto que la realidad que vivimos está proclamando su fondo socialista y puesto que el método que maneja el artista es idóneo para interpretarla (sin hablar ya de un factor tan esencial como es la concepción filosófica, las ideas políticas y sociales que sustenta ese artista), será necesario que, con mayor o menor acierto y profundidad, la obra que produzca sea de signo socialista. Aquí tenemos, volviendo a nuestro punto de partida, la razón de que, independientemente de lo que haya querido decir José Navarro al afirmar que « el realismo socialista ha resbalado sobre las artes plásticas soviéticas », el aserto nos parezca endeble, infundado.

Añadiré, por último, que no me parece más afortunado llamar « didáctica » a la demanda de transformación ideológica de las masas en el espíritu del socialismo. Sería didáctica tomándola por separado, desglosándola, como hace José Navarro, pues así se corre el peligro de entenderla como una especie de moraleja o sermón que indefectiblemente debe acompañar a la obra de arte, en lugar de ser su mensaje. Por haberla entendido así ha podido suceder en buena parte, según me parece, que se pintaran esos cuadros contra los que protesta José Navarro cargado de razón. Y aun me atrevería a decir que la raíz del mal que con tanto ahinco busca José Navarro, consiste precisamente en que muchos artistas debieron disgregar la definición del realismo socialista como método, por lo que éste perdió toda su eficacia en calidad de instrumento de trabajo, tomaron por separado cada una de sus « características » y, en lugar de adentrarse valientemente en la realidad, en la vida, compusieron su obra con una mala ensambladura de esas « partes ».

Convengamos en que eso no se puede llamar, en rigor, realismo socialista. Han sido los propios pintores, escultores y dibujantes soviéticos quienes han condenado y combatido ese talmudismo. Recordemos los debates de su primer congreso y recordemos, particularmente, las significativas palabras del saludo del Comité Central del Partido Comunista: « el método del realismo socialista es incompatible con los dogmas y los esquemas fosilizados, ofrece extensísimos espacios para la audaz manifestación de la *individualidad artística*, para la *diversidad de formas y géneros* ».

Resumiendo: a) no hay que negar a las artes plásticas posibilidades que tienen; b) no hay que ahuyentar las artes plásticas del realismo socialista; c) el realismo socialista, como método, no es una vara de medir, sino un instrumento para interpretar la realidad; d) armado con él, todo el que quiera hacer arte habrá de adentrarse resueltamente en el terreno que haya elegido.

II

Cuando se habla de la debilidad de las artes plásticas soviéticas quizá se cometa una exageración deliberada. De acuerdo con José Navarro en que no hay en ellas un Shólojov, un Eisenstein, un Shostakovich. Aunque se podría protestar ese procedimiento de comparar, ya que lo mismo cabe decir de otros tiempos y naciones. ¿Qué escritor español de la época de Goya podría igualarse con el genial aragonés? ¿No está por nacer aún el pintor o escultor inglés parangonable con Shakespeare? Pero dejemos estar eso. El caso es que, en cualquier momento, la URSS puede presentar una serie de nombres — Sarian, Deineka, Nisski, Favorski — que no desmerecen frente a los de cualquier otra latitud. Es verdad que durante largos años predominó en las artes plásticas soviéticas un grupo que no admitía más criterio que el sustentado por él y cuya influencia aún se deja sentir, naturalmente. Pero se avanza, se avanza bien. A los nombres antes citados podría añadir una buena media docena que han destacado en la exposición «Rusia Soviética», nombres que no son ya promesa, sino satisfactoria realidad. ¿Que es conveniente abandonar posturas en exceso unilaterales respecto a unas u otras posibilidades de las artes plásticas de Occidente? De acuerdo también. Pero, si he entendido bien a José Navarro, me parece que en este terreno pide en demasía y peca contra el postulado que le sirve de título a su artículo. Me explicaré.

Para respaldar su opinión de que el origen de la debilidad de las artes plásticas soviéticas es su ruptura con las corrientes occidentales, nos dice, endosándole la frase a Lenin, «que la cultura de la naciente sociedad socialista no podía desarrollarse sin asimilarse a fondo la cultura universal». Así, globalmente, sin poner reparos a nada. Lenin, que hilaba más fino, dijo en realidad, que esa cultura hay que asimilarla «adoptando ante ella una actitud crítica para no recargar la cabeza con escoria innecesaria». Y eso es ya muy distinto. En el primer caso, las artes plásticas soviéticas no tendrían más remedio que afiliarse, y sin ponerle ningún pero, a cualquiera de las escuelas occidentales, lo cual es presentarles una exigencia desmesurada. El propio José Navarro postula un enfoque de las artes «en su tiempo y lugar». Habrá que conceder, pues, a las artes plásticas soviéticas el derecho a que desde su tiempo — la época del socialismo — y desde su lugar — Rusia, con sus tradiciones específicas — sigan un sendero propio, que no puede ser en un todo igual al de Occidente, ya que el punto de arranque es distinto y otras las necesidades. Y esto último será, por lo que a mí me parece, adoptar una postura crítica, pues no supone desechar apriorísticamente estas o aquellas posibilidades, sino seleccionar, permaneciendo en la línea general de desarrollo propio, sin abrir las compuertas a todo lo que venga.

De otro lado, lo que José Navarro ofrece de las artes plásticas occidentales a las soviéticas se parece mucho, en definitiva, al cultivo de la forma. Veamos si no.

El crítico inglés John Berger considera que las artes plásticas soviéticas «carecen del más mínimo interés por la realidad física de las cosas» y entiende que ese interés es «fundamentalmente materialista». A José Navarro le parecen atinadas estas observaciones. No trataremos ahora de si la opinión es acertada referida a las artes soviéticas. Lo que queremos decir es que si se pone punto ahí, donde lo hace el crítico inglés, ¿no nos quedaremos en la superficie, en la orientación hacia la forma, en el empeño de ver la realidad material aislada del contenido, del fondo? Y ¿no está muy lejos ese «materialismo» del que sustentamos los marxistas: la forma es el contenido patentizado, exteriorizado?

Todo esto no quiere decir que se desdeñe el problema de los valores plásticos, del lenguaje pictórico, pero sí que éste no se entienda como una categoría en sí misma, sino en su indisoluble conexión con la idea que el artista nos quiera comunicar y al servicio de ella. El espectador quedará siempre estupefacto ante un lienzo que por procedimientos fotográficos se hubiera podido cumplir con la misma fortuna. Pero no menor será el asombro cuando le ofrezcan otro que no difiera del primero sino por ser ahora una fotografía deliberadamente desenfocada, suponiendo que así, mediante un efecto de luz, pongamos por caso, se revela mejor la « realidad física » de las cosas. Ese efecto estará muy en su punto, y todos serán lícitos y admisibles y necesarios, incluso los que parezcan a primera vista menos « reales ». Pero siempre y cuando no haya en ellos un propósito efectista. Porque entonces es cuando se cae en la manía de indagar la « realidad física », la forma, y nos vemos ante un muestrario de cosas que no quieren decir nada. Cuenta Ilyá Ehrenburg en sus memorias que una vez Picasso le dijo: « Yo no busco nunca la forma, la encuentro » ¿No es este mejor consejo que el del crítico inglés?

* * *

Lo que llevamos dicho hasta ahora facilita la tarea de contestar a la pregunta de José Navarro a propósito de si en los países socialistas no puede plantearse hoy más método de creación que el del realismo socialista. Yo me permitiría responder haciendo por mi parte otra pregunta. ¿Quiere José Navarro que los artistas soviéticos y de las democracias populares cierren los ojos ante el mundo que tienen delante? Ya se me alcanza que no entra en su ánimo privarles del gusto de ver lo que pasa alrededor y de contribuir con la labor artística al progreso de sus pueblos. Pues bien, si es así ¿qué otro método les podremos ofrecer más apropiado para hablar de ese mundo que el método del realismo socialista, es decir, el método perfectamente adecuado a la realidad socialista que han de interpretar?

Cabe, desde luego, ir más allá, apurar la cuestión. Admitamos — y debemos admitirlo, sin duda alguna — que en las distintas sociedades socialistas, por su diverso grado de madurez, sea posible la existencia de otros métodos de creación artística. Me parece, incluso, que eso es posible en la Unión Soviética, la más avanzada de todas. Pero bueno, si bajo la dirección de los partidos comunistas respectivos, bajo la dirección de la clase obrera, avanza arrolladoramente la obra socialista, ¿no estará claro para los artistas identificados con los ideales de su pueblo que el método del realismo socialista será a la postre el que les sitúe en mejores condiciones para cumplir su misión? ¿Y no corresponderá a los marxistas ser los defensores de este método, aclararlo, propagarlo y demostrar sus ventajas sobre todos los demás?

Quizá inquiete a José Navarro el peligro, que algunos ven, de que la existencia de una sola corriente artística conduzca a la monotonía, a la uniformidad. Por si así fuera expondré un par de razones que le ayuden a disipar esa aprensión.

Los grandes escritores rusos — Turguénev, Tolstói, Dostoievski, Gógol, Chéjov — pertenecieron todos a la escuela realista. Pese a esta circunstancia, hasta ahora nadie ha podido reprochar a la escuela realista rusa ser uniforme en su creación. Y conste que las diferencias ideológicas entre aquellos escritores no fueron abismáticas. Lo que sí tuvo ese carácter fue su individualidad artística, el modo peculiar de sentir, de ver y de expresar lo visto. Y de ahí se deduce, que es a lo que vamos, que la existencia de una sola corriente artística no puede actuar como garlopa igualadora sobre todos sus cultivadores.

Trasladémonos ahora a nuestra época. ¿En virtud de qué los realistas actuales, continuadores y discípulos de aquéllos, artistas que viven en una sociedad superior a la anterior, más diversa en sus facetas y problemas y en un período que se da por primera vez en la historia de la humanidad, han de parecerse como hermanos mellizos hasta el punto de no poderlos diferenciar? ¿Puede decir alguien en qué se parece Maiakovski a Marshak, Shólojov a Makarenko, Sarian a Nisski o Shostakovich a Prokófiev? Y eso sin mencionar las artes de otras nacionalidades, los escritores, pintores y músicos de Estonia y Azerbaidzhán, de Ucrania y Georgia, de Letonia y Armenia ... El hecho indiscutible, demostrado por la historia de las artes soviéticas, es que el realismo socialista, lejos de limitar las posibilidades de formas y estilos, hasta ha remozado géneros perdidos, como los cuentos mágicos del escritor de los Urales Pável Bazhov.

* * *

¿Y en los países no socialistas — pregunta aún José Navarro — deben y pueden enfocarse los problemas del arte sobre la única base del realismo socialista? Yo me atrevería a aconsejar a José Navarro que no se sienta tan abrumado por la definición del realismo socialista y no suponga que su existencia excluye todo otro enfoque. Los marxistas nos situamos en el terreno de la realidad. De ahí que lo esencial a comprender es que si medio mundo es socialista, en el otro medio el socialismo está dando aldabonazos. Por eso, si el artista es veraz, hay que esperar que exprese el contenido revolucionario que todos estamos viviendo. Puede ocurrir que el método que utilice no sea el más adecuado y por ello no alcance a captarlo en toda su riqueza. Métodos hay distintos, dada la diversidad del mundo y la existencia de múltiples ideologías. Puede ocurrir también que sus opiniones filosóficas, religiosas o políticas le velen este o aquel aspecto o se lo hagan ver deformado. Pero si es un hombre honrado, si de verdad quiere hacer arte, si no tiene la sensibilidad embotada, algo nos dirá de lo que está ocurriendo. Y eso es lo que vale. Recordemos las profundas palabras que refiriéndose a Tolstói escribió Lenin: «... si tenemos ante nosotros un artista verdaderamente grande será necesario que en sus obras haya reflejado siquiera alguno de los aspectos esenciales de la revolución». Y, ¿no será ésta la óptica para enjuiciar la obra artística, cualquiera que fuera el método por el que se guiara el autor, cualquiera que fuera su ideología? ¿No servirán estas palabras para enfocar, sin perder de vista las circunstancias propias en que se ha formado el arte occidental del siglo XX — nos referimos al arte que no ha perdido ni quiere perder el contacto con la realidad, al arte sensible a los hechos del día —, para enfocar, decimos, obras como la de un Picasso, por ejemplo?

Resumiendo: a) las artes soviéticas tienen su fisonomía propia, determinada por su punto de arranque y la sociedad en que se desarrollan; b) es imposible hablar de la forma con abstracción del contenido; c) son posibles, en una misma época, diversos métodos de creación (el neorrealismo del cine italiano es un buen ejemplo); d) nuestra valoración de una obra dependerá de la veracidad y profundidad con que haya reflejado el proceso histórico que vivimos.

III

Para José Navarro tiene importancia decisiva en la aparición de lo que él llama «definición oficial del realismo socialista» la situación internacional que existía en 1934 (agudización de las contradicciones en el mundo capitalista, el fascismo ha tomado el Poder en Alemania). Entendido así el problema, nos encontraremos, queramos o no, ante la circunstancia de que un hecho que concierne al arte se deduce no de la esfera de éste, sino de fenómenos que no tienen nada que ver con él. Dicho en otras palabras: se aprovechó una situación política para imponer al arte una concepción que era ajena a él y que, además, pasados los sucesos políticos que la engendraron, habrá de perder su validez. Creo que será conveniente, para disipar posibles equivocaciones, reseñar los hechos, tal y como ocurrieron.

El Partido Comunista de la URSS interviene por primera vez en los asuntos del arte en un documento oficial del año 1920: la carta del Comité Central sobre la organización llamada «Cultura Proletaria», acerca de cuyos postulados teóricos Lenin había dicho: «La cultura proletaria no es una cosa surgida no se sabe de donde, no es una ficción de individuos que se llaman especialistas en cultura proletaria. Eso es un absurdo completo. La cultura proletaria debe ser el desarrollo lógico de los tesoros de conocimientos que la humanidad ha creado bajo el yugo de la sociedad capitalista ...» Si se recuerda que después de esta intervención del Partido Comunista para librar a los artistas soviéticos de influencias nihilistas aparecieron obras como «Chapáev» de Furmánov, «Vladímir Ilich Lenin» de Maiakovski, «Mis universidades» de Gorki, «Cemento» de Gladkov, se comprenderá la importancia que tuvo.

Más tarde, en 1925, se constituyó la Asociación Rusa de Escritores Proletarios y en este período se escribieron, entre otras, obras como «Los Artamónov» de Gorki, «El Don apacible» de Shólojov, «¡Bien!» de Maiakovski, se filmaron películas como «El acorazado «Potiomkin» de Eisenstein y «La madre» de Pudovkin. Pero ocurrió que esta asociación, en la que renació el espíritu de sectarismo, llegó a lanzar la consigna de «aliado o enemigo», con lo que enfrentó unos escritores con otros. El Partido Comunista tuvo que volver a tomar cartas en el asunto. Así se llegó a 1932 y a la disposición del 23 de abril «Sobre el reagrupamiento de las organizaciones literarias y artísticas» a que alude José Navarro y que sustituyó los diversos grupos artísticos existentes por organizaciones únicas para cada una de las ramas. ¿Es posible lamentarlo, ver en ello el acto con que culminó la «interrupción de los contactos con las artes plásticas de Occidente»? ¿Por qué razón? ¿Es que la existencia de grupos cuyas posiciones estéticas — y por lo tanto políticas, no se olvide — constituían un freno para las artes garantizaban ese contacto, mientras que indefectiblemente tenían que cortarlo unas organizaciones basadas en el reconocimiento del Poder soviético y con unos estatutos democráticos?

Con anterioridad, el Partido Comunista había admitido todos los grupos en el arte porque veía en sus actividades no sólo tendencias hostiles, sino también vacilaciones y contradicciones que podían resolverse con un paciente trabajo de educación. Pero cuando fueron una rémora para la creación artística, los sustituyó por organizaciones cuyos principios orgánicos — si se aplican, claro está — ponen a salvo de la dictadura de un grupo, de una secta.

En 1934, bajo la dirección de Máximo Gorki, se celebró el Primer Congreso de los Escritores de la URSS, en el que se proclamó el realismo socialista método fundamental de la literatura soviética. ¿Cuáles son los antecedentes de este término?

Ya hemos visto que antes de aparecer esta definición, el realismo socialista existía en la obra artística. La búsqueda de la definición partía precisamente de ahí, de la existencia de este arte, del deseo de encontrar una fórmula que recogiera la experiencia y facilitara el trabajo. Hacia finales de los años veinte, unos escritores proponían llamarlo realismo proletario; otros, realismo monumental. El 29 de mayo de 1932, «La Gaceta Literaria» de Moscú decía en un editorial: «Las masas exigen del artista sinceridad, veracidad, *realismo revolucionario socialista* ...» Luego vienen las manifestaciones de J. V. Stalin en la reunión de los escritores del 26 de octubre de 1932.

Vemos, pues, que con mucha anterioridad a la situación internacional que menciona José Navarro, cuando nadie podía afirmar que los acontecimientos tomarían el cariz que tomaron, en la URSS se buscaba afanosamente la definición del realismo socialista como método. Y se buscaba, repárese en esto, por motivos de estética y no por razones de Estado. En este último caso se hubiera incurrido en subjetivismo.

* * *

El conjunto de problemas que plantea José Navarro son de sumo interés, y no tanto por lo que a las artes soviéticas hace como por afectar de un modo u otro a nuestro propio campo de acción. De ahí, sobre todo, la importancia de que la discusión tenga la sólida base común — como dice José Navarro — de los principios marxistas.

COMENTARIOS

- **Miguel Servet**

  Juan PLANELLES

- **La actualidad de Miguel Hernández**

  Gabriel CELAYA

- **Los veinticinco años del P. S. U. de Cataluña**

  Alberto PRATS

Juan Planelles

MIGUEL SERVET

(Con motivo del 450 aniversario del día de su nacimiento)

Malos tiempos corrían a principios del siglo XVI para los habitantes de las regiones montañesas del Alto Aragón que en el curso de casi setecientos años, desde su unión bajo la dirección de Iñigo Arista, habían formado una nación o más bien grupos de estados independientes, que llegaron a abarcar más tarde con Sancho el Mayor tierras de Navarra a ambos lados del Pirineo y los territorios de Ribagorza, Sobrarbe y Pallarés, nunca sometidos a los invasores árabes. Su indómito carácter les había permitido durante siglos mantener una libertad de comercio a lo largo de los valles abiertos hacia Francia, que había sido la base de su relativo bienestar económico. La tolerancia religiosa, gracias a la cual pudieron convivir, junto a los naturales vascos, hebreos y mudéjares, había también contribuido al desarrollo del artesanado y de una floreciente agricultura, enriquecida por magníficas obras de regadío. Todo ello había llevado hasta entonces al país a un progreso social muy estimable, facilitando la emancipación de los campesinos siervos, aumentando la influencia de las clases medias en las ciudades y democratizando la administración pública y judicial.

Todas estas conquistas sociales y políticas, muchas de ellas recogidas en los «Fueros generales», se habían mantenido a través de muchas vicisitudes históricas gracias al gran tesón con que estos pueblos supieron oponerse a las arbitrariedades de testamentos reales, escogiendo, según las circunstancias, reyes, de abolengo elegibles, fuesen de uno u otro lado del Pirineo, pensando más en la conservación de sus leyes y costumbres que en el sometimiento a tradiciones y privilegios de otras castas y familias nobles o reales, cada vez más sostenidas por el poder papal.

La presión política de parte de la Iglesia de Roma se había ido acentuando a todo lo largo del siglo XV, exigiendo con frecuencia de los reyes la adopción de leyes vejatorias para hebreos y mudéjares. Después de la unión de los reinos de Aragón y Castilla, el rey Fernando I intentó por diversos medios hacerse con los

territorios de Navarra y el Alto Aragón, que por aquella época tenían por rey a un francés, Jean d'Albré. Para conseguir más fácilmente sus propósitos, Fernando I había logrado previamente del papa la excomunión de Jean d'Albré bajo el pretexto de que se había mezclado en asuntos papales, lo que tenía por objetivo liberar a sus súbditos de la promesa de obediencia al monarca. Esto facilitó la anexión de aquellas regiones por Fernando I, hecha en 1512 con la complicidad del papa que inmediatamente reconoció la legitimidad de la conquista en una bula. Poco antes, en 1508, se había también expulsado a los judíos, que en su mayor parte emigraron a Francia.

* * *

En este ambiente nació Miguel Servet el 29 de septiembre de 1511, en el seno de una familia de juristas por abolengo. Nació Servet según unos en Tudela, más verosímilmente en Villanueva de Sigena, a juzgar por la persistencia con que más tarde utilizaba el pseudónimo de «Villanovano», haciendo probablemente alusión a su pueblo de origen. Sin embargo, algunos historiadores (Ch. D. O'Malley) consideran que los sentimientos de Servet hacia Villanueva de Sigena pueden deberse a haber trascurrido en esta pequeña población la mayor parte de su infancia, debido a que sus padres, poco después de su nacimiento en Tudela, tuvieron que abandonar esta ciudad para trasladarse a Villanueva de Sigena.

Hay muy pocos hechos conocidos con certeza acerca de la primera época de la vida de Miguel Servet. El hecho de que el traslado de su familia desde Tudela a Villanueva coincidiese con el sometimiento del país a la corona de Aragón y, por tanto, con la pérdida de las tradicionales libertades económicas, políticas y religiosas, hacen suponer que fueron dificultades de múltiple índole relacionadas con el ejercicio profesional y, por ende, con la situación económica de la familia las que hubieron de inducir al padre de Servet, en 1512, a abandonar su profesión de notario en Tudela y establecer su nueva residencia en Villanueva de Sigena. Tampoco se sabe nada concreto acerca de su educación que, según una opinión poco fundamentada, trascurrió en un comienzo en los claustros de un convento. Más tarde, muy joven aún, parece ser que marchó a Zaragoza en cuya Universidad debió estudiar durante unos años. Estos años juveniles coincidieron con la época del movimiento de los comuneros y las germanías, el levantamiento de distintas regiones españolas contra el poder absoluto de los monarcas y las tendencias centralizadoras del poder real, trágicamente terminado con la detención de Juan de Padilla y sus compañeros condenados todos a la decapitación.

Una de las mayores dificultades con que se tropieza al analizar los datos biográficos de Servet consiste en la determinación de la fecha en que abandonó para siempre su patria española y marchó vivir en el exilio. No es posible que al partir de España contase ya diecinueve años de edad como se sostiene en la mayoría de las biografías del gran español, ya que es completamente seguro que Servet había permanecido dos o tres años en Toulouse antes de haber tenido que aceptar, llevado por la penuria de su situación económica, el modesto puesto de paje al servicio del confesor de Carlos V, D. Juan de Quintana y asistir formando parte del séquito del Emperador a su coronación por el papa Clemente VII, que tuvo lugar en Bolonia en 1529, cuando Servet sólo tenía 18 años. Haciendo el cómputo de los años transcurridos hasta esta fecha, resulta que al salir para le emigración Servet, por tanto, no podía tener más allá de 15 años. Es indudable que en la

incorporación del joven Servet al séquito de Carlos V había influido grandemente su elevado grado de cultura, poco común sobre todo entre personas de su edad. Servet, en efecto, durante su estancia en la Universidad de Zaragoza había llegado a dominar el latín y a conocer bien el griego y el hebreo antiguo, matemáticas, geografía y teología, influenciado, al parecer, por las nuevas corrientes pedagógicas propaladas por entonces en España por el escritor italiano Pedro Martín de Englería.

Suele afirmarse que Servet marchó a Toulouse con el propósito de dedicarse al estudio de ciencias jurídicas y teología, de acuerdo con deseos expresos de su padre. Pero lo seguro es que las dificultades económicas con que muy pronto había de tropezar Servet se debían en buena parte a la falta de apoyo material por parte de su familia, que no veía con buenos ojos o que aparentaba estar en desacuerdo con sus actividades antirreligiosas, iniciadas muy pronto ya en el exilio. Apenas llegado a Toulouse, bajo la impresión de las trágicas consecuencias que venía teniendo para su patria el despótico dominio de la iglesia católica y, al parecer, influido por los escritos de Erasmo de Rotterdam, Servet emprende ya su lucha epopéyica contra todo escolasticismo, contra la dictadura del clero católico y contra el feudalismo.

La incorporación de Servet al séquito de Carlos V le brindó la ocasión, durante la coronación de éste por el papa Clemente VII, de ver postergarse a las plantas del pontífice a los más poderosos monarcas de Europa y cómo el propio Clemente VII, que hasta poco antes había luchado contra las tropas del emperador, ahora después de la derrota y el saqueo de Roma, se sometía a los intereses de Carlos V, movido por el deseo de entregar el poder de Florencia a los Médicis, destruir la república y restituir el despotismo. Poco después, en 1530, Servet asiste a la Dieta Imperial de Augsburgo, en la que Felipe Melanchthon, colaborador de Lutero, presentó en nombre de éste y sus partidarios a Carlos V el compromiso en que se exigía la concesión de un culto luterano barato, como correspondía a las exigencias de la burguesía, al mismo tiempo que reflejaba un cambio de la reforma luterana burguesa en favor de la reacción de los nobles, como resultado de la guerra de los campesinos. La resolución tomada por el emperador, no sólo negándose a las exigencias de los protestantes, sino obligándoles a someterse en el término de siete meses a la jerarquía de Roma, fue el origen de nuevas luchas entre católicos y protestantes en Alemania.

Es en este momento cuando Servet abandona su empleo de secretario con D. Juan de Quintana y deja de pertenecer al séquito de Carlos V. Aunque en algunos documentos biográficos se afirma que su separación del séquito de Carlos V se debió a la muerte de su amo, ello no es cierto ya que Quintana murió en Segovia en noviembre de 1534. El hecho es que como la obra de Servet « De Trinitatis erroribus » (Los errores de la Trinidad) fué publicada en Haguenau en 1531, hay que admitir que desde la celebración de la Dieta Imperial de Augsburgo, Servet se dedicase al trabajo de compilar los materiales necesarios y procurar la impresión de su primera publicación antitrinitaria.

En esta época, Servet busca contacto con la mayoría de los teólogos disidentes de Europa. Al comienzo, atraído por la figura de Melanchthon, que en su juventud había sido partidario de las ideas humanistas y filólogo, intentó discutir con éste, aunque bien pronto hubo de convencerse de la posición reaccionaria del teólogo alemán, propagandista acérrimo de la necesidad de acabar a sangre y fuego con los « herejes ». En Augsburgo había conocido también Servet a Bucero, teólogo de Estrasburgo, con el que intenta discutir. Pasa después a Basilea con

el fin de tratar con el profesor Juan Oecolampadius, uno de los líderes del movimiento de la Reforma en Europa, sin lograr más que una repulsa total y que este sacerdote pusiese en guardia tambien a Capitón, otro jefe de la Reforma en Estrasburgo, y junto con Bucero tomasen los tres la resolución de maldecir públicamente al « malvado español », por sus interpretaciones de la figura y la doctrina de Jesús, su tendencia a hacer retornar el cristianismo hacia las formas primitivas, basadas en la igualdad social de los individuos y en la comunidad de la propiedad, y su tesón por la liquidación de las jerarquías eclesiásticas. En muchos de sus puntos, la doctrina entonces propugnada por Servet se aproximaba a la ideología propalada por aquella época por el gran revolucionario e ideólogo de la llamada Reforma popular en Alemania, el que fué dirigente de la Guerra Campesina en 1525, Tomás Müntzer. Como éste, Servet defendía una concepción filosófico-religiosa dirigida no sólo contra el catolicismo, sino también contra el cristianismo en boga y contra la representación luterana de un « dios » como ser real, colocado por encima del mundo y que exige de los hombres la « conformidad » con las privaciones y vejaciones de los poderosos.

Fué el anatema lanzado por los teólogos de Estrasburgo y de Basilea lo que hizo a Servet dar a la prensa su libro « De Trinitatis erroribus, libri V », que lejos de calmar a sus contrincantes los indispuso aún más, temerosos sin duda de su influencia. Ya aquí se marca uno de los aspectos tan característicos de Servet, su espíritu combativo y su indomable tenacidad en la defensa de sus concepciones. Así es que al verse abiertamente combatido, Servet vuelve a publicar al año siguiente otro libro sobre el mismo tema, titulado « Dialogorum de Trinitate, Libri duo: De Iusticia regni Christi, capitula quatuor », que le valió tener que abandonar Alemania y pasar a Francia bajo el nombre supuesto de Michael Villanovanus, donde parece ser que en los años 1532—1533 trabó conocimiento con Calvino, al que procuró ganar para su doctrina sin conseguirlo, por el carácter fanático del protestante francés, llamado después a ser uno de los más firmes defensores de los intereses de la burguesía y un verdadero verdugo de sus contradictores. En aquella época, sin embargo, Calvino, carente por lo visto de argumentos y no disponiendo de los medios dictatoriales que poseyó más tarde en Ginebra, rehusó toda polémica, lo que debería llevar a Servet en diversas ocasiones hasta su muerte, a buscarle y retarle.

Hacia los años 1534—1535 Servet reside en Lyon como corrector de pruebas en la editorial de los hermanos Melchor y Gaspar Trechsel, que le encomendaron una traducción de la Geografía de Ptolomeo. Para ello utiliza Servet la traducción hecha al latín en 1524 por el célebre humanista alemán Bilibald Pirckheimer y una edición en griego hecha en 1533 por Desiderio Erasmo, residente a la sazón en Basilea. La edición dirigida por Servet y publicada en 1535 lleva por título: « Claudii Ptolemaei Alexandrini Geographicae enarrationis. Libri octo ... » (Los ocho libros de narraciones geográficas de Claudius Ptolomeo de Alejandría) y bajo el título este comentario: « Editada ahora por primera vez según la traducción de Bilibald Pirckheimer, pero comparada con la edición griega y con otras ediciones por Michael Villanovanus. Se han agregado — añade la anotación — escolios con que el editor corrige los nombres caídos en desuso de las ciudades, sustituyéndolos por los usados en la actualidad. También se han agregado 50 mapas antiguos y modernos y descripciones de ritos y costumbres de los pueblos » (1).

---

(1) Merece mencionarse aquí la obra de Eloy Bullón publicada en Madrid en 1945 titulada « Miguel Servet y la Geografía del Renacimiento ».

Durante su estancia en Lyon como corrector de pruebas de la editorial de los hermanos Trechsel, Miguel Servet traba conocimiento con Sinforiano Champier, célebre médico de cámara del duque de Lorena y uno de los impugnadores de las tendencias arabistas que habían dominado en la medicina europea durante la edad media. Champier publicaba entonces su obra «Gallicum pentapharmaceum» en oposición personal con Fuchs, defensor de Avicenna y de la medicina árabe en una época en que las renovaciones de las traducciones de los viejos textos de Hipócrates y Galeno volvían a llamar la atención sobre la medicina griega. En esta discusión interviene Servet con su obra «In Leonardum Fuchsium apologia» (Una apología contra Leonardo Fuchs) tomando parte por Champier como galenista y defendiendo la importancia de la astrología en las ciencias médicas, sobre todo respecto del pronóstico. Sobre este tema volvió Servet a publicar una obra en París, en 1538, bajo el título de «Michaelis Villanovani in quendam medicum apologetica disceptatio pro Astrologia» («Discurso apologético en favor de la Astrología y contra un cierto médico por Michael Villanovanus»), que le llevó a enfrentarse seriamente con la Universidad.

La amistad con Champier y su intervención como traductor y corrector de libros de medicina despertó en Servet su interés por esta rama del saber humano y le decidió por marchar a estudiar a París. Su vida entonces es de una gran actividad intelectual. Entre sus maestros médicos se encontraron anatomistas tan célebres como Jacobo Sylvius, uno de los primeros en estudiar la anatomía en cadáveres humanos, pero que llevado de su servilismo ante la autoridad de Galeno, consideraba como anormal en el cuerpo humano todo lo que no correspondía a las descripciones del médico griego. Sin embargo, es seguro que bajo Sylvius adquiriese Servet mucha de la técnica de investigación anatómica que más tarde le había de llevar a uno de sus más grandes descubrimientos, tanto más cuanto que el espíritu del español poco se dejaba influir por el dogmatismo de la escuela parisina. Entre otros maestros tuvo entonces a Jean Fernel y a Johann Winther von Andernach, del que fué prosector después de Vesalio, al que le unió una gran amistad. Es interesante que el célebre anatomista Sylvius en sus «Instituciones anatómicas» escribía que «tuve por ayudantes a Andrés Vesalio, joven muy diligente en Anatomía, y después a Miguel Villanovano, varón eminente en todas las letras y a ninguno inferior en la doctrina de Galeno». Al mismo tiempo, probablemente por necesidades económicas, Servet daba clases de Matemáticas y Geografía, de cuyas ciencias abrió cursos en el Colegio de los Lombardos a los que concurrió mucho público, entre ellos un sacerdote, Pedro Palmier, que más tarde había de ser obispo de Vienne, en el Delfinado, y generoso protector de Servet.

La actividad polifacética intensa de Servet no le impide publicar en 1537 la primera edición de su obra «Syruporum universa ratio, ad galeni censuram diligenter expolita» en la que, junto a una crítica de las escuelas árabes, hay una exposición de nuevos conceptos sobre la digestión y asimilación. Esta obra alcanzó tal popularidad que en el curso de pocos años fué editada cinco veces en distintos países de Europa (París 1537, Venecia 1545, Leyden 1546, Lyon 1547 y 1548).

Las críticas contenidas en este libro a las doctrinas de Galeno, consideradas entonces como dogma, y probablemente la popularidad que alcanzaba rápidamente el joven español con sus lecciones, hicieron que se levantase contra él una fuerte campaña entre el profesorado de la Facultad de París, presentándose

una querella contra Miguel Villanovanus ante la Universidad y el Parlamento, ante lo que Servet reaccionó publicando la célebre apología ya mencionada. Recayó sentencia absolutoria, pero por su seguridad personal decidió marcharse de París, ya médico, para ejercer la profesión en Avignon primero y más tarde en Charlieu y Lyon, siendo desde 1541 médico de cámara del arzobispo Palmier de Vienne, su antiguo discípulo de las clases parisinas.

En Charlieu residió tres años, durante los cuales debió preparar la segunda edición de la Geografía de Ptolomeo, nuevamente revisada con arreglo a los primitivos textos griegos y con adiciones de estudios recientes de regiones europeas. Esta edición está dedicada a su protector, el arzobispo Palmier, en la tranquilidad de cuya mansión puede escribir su obra inmortal « De Christianismi Restitutio », uno de cuyos ejemplares manuscrito se apresuró a enviar al propio Calvino con el que venía intentando polemizar libremente sin conseguirlo.

En esta obra, en sus páginas 170—171 se contiene una radical revisión de las descripciones hechas por Galeno de la circulación de la vena porta, se describe por primera vez la circulación pulmonar y se explica genialmente la función respiratoria al afirmar que la sangre venosa llegada a los pulmones por las arterias pulmonares se convierte en arterial por liberarse del « hollín » en los pulmones y mezclarse con el aire, para entonces retroceder al corazón por las venas pulmonares. Servet niega rotundamente la existencia de una comunicación entre las dos mitades del corazón, a través del septum interventricular, como admitía Galeno.

Esta obra, en la que de manera abierta se atacaba el dogmatismo de la religión católica y la errónea ciencia de los galenistas, desencadenó contra Servet toda la cólera de la Inquisición y de las sectas protestantes. La circunstancia de que el propio Servet había mandado aún antes de publicarse un manuscrito de la obra a Calvino permitió a éste tomar todas las medidas necesarias para que se declarase hereje y para que la Santa Inquisición diese el decreto de su arresto.

No le había sido fácil, sin embargo, a Servet lograr la publicación de su obra. a la que los editores se negaban por temor a las represalias de la Inquisición, Sólo después de muchas gestiones, mediante el pago de 100 coronas y con la condición de que en el libro no figurase su nombre, sino sólo las iniciales **M. S. V** (es decir **M**iguel **S**ervet **V**illanovanus) pudo lograr la impresión de su obra inmortal.

La prisión de Servet tuvo no pocas vicisitudes. Como en la región existía la norma de que al presentar una denuncia el denunciante debía constituirse preso hasta justificar sus acusaciones, Calvino se valió primero de un testaferro que hizo declaraciones confidenciales, utilizables como testimonios contra el acusado. Servet fué preso, pero fué dejado escapar por sus propios jueces. No parece ser cierto que la entrada de Servet unos meses más tarde en el templo en que había de predicar Calvino en Ginebra fuera casual. El carácter polemista y luchador del gran antitrinitario, decidido a toda costa a provocar a Calvino a una discusión pública, le llevó al templo, cosa que podía haber evitado de temer su encuentro con el reformista ginebrino. Reconocido inmediatamente por Calvino fué de nuevo detenido Servet el 4 de abril de 1553. Fugado otra vez de la prisión tres días más tarde, fué condenado a morir en la hoguera junto con sus obras, sentencia que se cumplió en efigie el 17 del mismo mes.

Parece ser que al gran temor de Calvino ante la popularidad de Servet se unía su temor a verle unido al partido de los libertinos-librepensadores, que formaban una secta panteísta de carácter democrático, opuesta a Calvino, que por

su parte los combatió despiadadamente considerándoles como anabaptistas y sin dios. Por ello volvió a utilizar un testaferro y aprovechando la vuelta de Servet a Ginebra en agosto del mismo año volvió a detenerlo, sometiéndolo a un nuevo proceso que dirigió el propio Calvino. Pero Servet se defendió enérgicamente y escribió durante el proceso dos libros: «Sententiae excerptae ex libris Serveti» y «Brevis refutatio errorum», negándose al fin a responder a acusaciones arbitrarias de Calvino, que al mismo tiempo hubiese preferido que Servet se retractara de sus ideas, a cambio de lo cual le ofrecía el perdón.

No inmutaron al héroe español ni los malos tratos en la prisión, ni la amenaza de Calvino de quemarle vivo y con leña verde para prolongar el martirio y murió firme en la hoguera el 27 de octubre de 1553, a la orilla del lago de Ginebra, donde una sencilla roca señalaba el lugar del sacrificio.

La lucha de Miguel Servet contra el dogmatismo en todas las esferas del saber humano, contra el dominio mundial del catolicismo, su profundo sentido humanista, hacen verdaderamente de él un precursor de los enciclopedistas materialistas y uno de los más destacados «titanes del saber, del espíritu y del carácter», señalados por F. Engels entre las grandes figuras del Renacimiento. Murió el gran español como combatiente irreconciliable de la autocracia religiosa, que utilizaba el culto a Dios para imponer y mantener el dominio de la aristocracia feudal y la explotación del pueblo. En la lucha contra ese clericalismo intransigente y contra los poderes arbitrarios y sangrientos de la nobleza y el feudalismo murió Servet, como tantos otros españoles, símbolos de las luchas por las libertades patrias. Por muchos esfuerzos que entonces se hicieron para lograr hacer desaparecer las obras de Servet, todas ellas se conservaron y reimprimieron, en algunos casos por su propia prudencia de preparar y distribuir diversos ejemplares manuscritos, antes de que la censura inquisitorial pudiese poner sus manos sobre ellos. Las sucesivas generaciones han honrado la memoria del gran luchador español. En el pedestal de la estatua levantada a Giordano Bruno en Roma se han esculpido las imágenes de cuatro mártires del progreso y del saber: Pierre de la Ramée, Lucilio Vanini y Tomás Campanella, junto a la de Miguel Servet. En muchas ciudades del mundo, en diversas épocas, representantes de la cultura avanzada han erigido monumentos a Servet. Uno de éstos, debido a Clotilde Roch, que existía en la pequeña ciudad de Annemasse, representando sus sufrimientns en vispera de ser quemado en la hoguera, fué simbólicamente destruido por los fascistas alemanes el 13 de septiembre de 1941.

Al cumplirse cuatrocientos cincuenta años de su nacimiento hay que restituir el monumento profanado por las hordas hitlerianas en Annemasse y honrar como se merece la gran figura de este español, como un símbolo de las luchas de nuestro pueblo en defensa de sus libertades morales y políticas.

Gabriel Celaya

LA ACTUALIDAD DE MIGUEL HERNANDEZ

Nos hemos tomado la libertad de transcribir el presente trabajo de G. C. publicado en «El Universal» de Caracas el 30 de Mayo último. La concisión periodística del texto no es obstáculo para que Celaya exprese unas cuantas reflexiones correctas e importantes, imprescindibles, para la comprensión de nuestro poeta sacrificado, que los jóvenes poetas deben conocer. Valga lo anterior como disculpa por nuestro atrevimiento al invadir la producción de Celaya y la casa de «El Universal». *N. I.*

Hoy día, en España, es casi imposible encontrar los libros más significativos de Miguel Hernández. Aunque han sido publicados en América — recientemente la editorial Losada ha dado a la imprenta sus obras completas, y ya antes la «Editorial Lautaro» había editado algunas de sus obras más importantes — la Censura española, con un criterio absurdo, ha prohibido la distribución de esos libros en mi país. A pesar de eso, como no se puede poner puertas al mar, creo que Miguel Hernández es actualmente el poeta de última promoción que más leen y comentan los jóvenes españoles.

¿A qué se debe este interés? ¿Qué significa Miguel Hernández para esos jóvenes? Por de pronto, creo que es el alto ejemplo de un hombre salido del pueblo que, en la misma medida en que nos parece un poeta excepcional, confirma su fé en las potencialidades y virtualidades latentes en ese pueblo, tantas veces asfixiado y traicionado.

Pero no basta hablar del «genio» de Miguel Hernández. Porque hay en su aventura algo más difícil, más oscuro y más sordo en apariencia, pero, si bien se mira, más meritorio. Me refiero con esto a su lucha contra la opacidad, a su afán de saber, a su voluntad y capacidad de trabajo, y a todas esas virtudes humanas, sencillas y hermosamente humanas, no genialmente naturales, que le hicieron posible su obra, a pesar de que, como todo el mundo sabe, Miguel era de niño pastor de cabras y, desde que nació, se encontró con todos los caminos cerrados hasta que la explosión del pueblo español en 1936 se los abrió un momento, un momento de tres años, porque después, el mundo volvió a cerrarse contra él, y Miguel murió en la cárcel.

Pero vengamos a su poesía. ¿ Qué significa hoy día? Recuerdo que en una ocasión, Vicente Aleixandre, cuando le preguntaron qué pensaba del porvenir de su obra lírica, dijo: « En su tiempo, no quedó del todo al margen de la poesía; había enlazado con un ayer y no había sido materia interruptora para el mañana ». Y traigo a colación estas humildes y nobles palabras, no sólo porque son las de uno de los poetas que Miguel Hernández más admiraba, sino por que también a él le convienen.

En efecto, Miguel Hernández es un poeta-puente entre los poetas españoles del 25 — Lorca, Alberti, Aleixandre, etc. — y los poetas españoles de la post-guerra: El poeta-puente entre lo que Castellet ha llamado « el simbolismo » y « el realismo ». Y al decir « puente » no quisiera que se tomara esto por menoscabo, sino al revés. Porque Miguel Hernández con una sensibilidad despierta y una rapidez de apropiación ante la que resulta indispensable el calificativo de genial, no sólo hizo suya, carne suya, la aportación de los poetas del 25, como antes, autodidácticamente, se había « comido » materialmente a los clásicos, sino que, sobre esa base, abrió nuevos caminos y, a pesar de su prematura muerte, dió con soluciones aún vigentes y casi insuperadas, dicho sea con perdón de sus compañeros de promoción, y con mi vergüenza, ya que a esa promoción pertenezco yo.

Hay un momento exaltado en la vida y en la obra de Miguel Hernández. Es como si de pronto, después de muchos rodeos — aún de rodeos tan felices como el libro que tituló « El rayo que no cesa » — se encontrara a sí mismo. Entonces escribe: « Entiendo que todo teatro, toda poesía, todo arte, han de ser, hoy más que nunca, un arma de guerra. De guerra a todos los enemigos del cuerpo y del espíritu que nos acosan ». Es entonces cuando escribe también: « No había sido hasta ese día — se refiere al día en que comenzó la guerra civil en España — un poeta revolucionario en toda la extensión de la palabra y su alma. Había escrito versos y dramas de exaltación del trabajo y de condenación del burgués, pero el empujón definitivo que me arrastró a esgrimir mi poesía en forma de arma combativa me la dieron los traidores con su traición ».

He hecho estas largas citas, tomadas del prólogo que Hernández puso a su libro « Teatro en la guerra », publicado en Valencia el año 1937, porque Juan Guerrero Zamora, en unas páginas siniestras y plagadas de mentiras, tratando de darnos algo así como una versión « a lo divino » de la vida y la obra de Miguel Hernández, ha insinuado que éste, por aquella época, andaba desorientado. Pero no debía de pensar él así, cuando precisamente entonces, escribe: « Es la de hoy, la hora más apropiada para mí ».

No obstante, preguntémonos: ¿ Es esa, realmente, la hora más apropiada?. Para responder a esto, ahí están sus últimos libros: por ejemplo, « Viento del pueblo ». Porque — obsérvese — cuando muchos poetas, forzados por las circunstancias, escriben versos de ocasión, versos que según estiman, exige el momento pero que, falsamente pegadizos, quedan, como de hecho han quedado, al margen de su obra realmente importante, Miguel Hernández, totalmente inmerso en la circunstancia, crea sus mejores poemas. ¿ Por qué? Entenderlo es justamente entender el por qué de la vigencia actual de Miguel Hernández, ya que ésta no deriva solamente de sus valores estéticos — de aquéllos que ya tomaba en cuenta y saludaba Juan Ramón Jiménez cuando Miguel era un novel — sino de un modo de apropiación de la realidad que revoluciona el concepto de la poesía que por entonces estaba en curso.

Compárense los poemas que Miguel Hernández escribió durante la guerra civil con los que Pemán, de un modo no menos « comprometido » publicó en aquella época con el título « Poema de la Bestia y el Angel ». ¿ En qué estriba la diferencia ?. No se trata sólo de que Pemán sea un mal poeta, ni de que su postura nos sea o no simpática, sino de algo más radical; es decir, de un error en la toma de contacto con lo real, que Pemán, y también los que no eran Pemán, confundían con la agitación emocional, y superficial en último extremo, que una poesía, ya desubstanciada por ese planteamiento, podía procurar a los programas o a los partidismos que ideológicamente el poeta hacía suyos. Por eso en Pemán, todo se vuelve alegoría y retórica. Por eso suena a falso. No se trata sólo, insisto, de que para Pemán « El Angel » fuera el ¡fascismo!, y « La Bestia », el Gobierno popular y legítimo, sino de que esta mentira — mentira para el propio poeta aunque dijera otra cosa — se reflejaba en su obra sin remedio como mentira poética. Lean, en cambio, los poemas de Miguel Hernández: ¡Qué hermosura! ¡Qué verdad! ¡Qué sencillez! Aquí hay un hombre que está en lo suyo. Y por eso, hasta sus poemas fallidos son auténticos. Y por eso, hasta los pequeños logros literarios de Pemán son hueros. Porque, en último extremo, lo que hay que preguntar no es si un poema es bueno o malo, sino si es verdadero o falso.

Precisamente porque Miguel Hernández fue un poeta que siempre habló « en verdad », como dicen los viejos Evangelios, transformó nuestra poesía. Si hoy día su poesía gravita tan enormemente sobre los nuevos poetas españoles es porque él supo asumir lo real, lo real de un momento que — paradójicamente para los tontos — dura más que la poesía « intemporal » que aún escriben algunos incapaces, volviéndose de espaldas al mundo en que están. Y si esta perduración, como dirán los defensores de la pureza y de la independencia de la « poesía eterna », se debe a la evidente calidad estética de esa obra, conviene señalar también que esa calidad no es adjetiva sino consustancial a su modo de concebir la poesía en la entraña de la realidad.

Alberto Prats

LOS VEINTICINCO AÑOS DEL P. S. U. DE CATALUÑA

El 23 de julio de 1961 se cumplirán 25 años de la fundación del Partido Socialista Unificado de Cataluña, partido marxista-leninista de la clase obrera catalana.

Son 25 años de historia densa y dramática. Nacido de la fusión de cuatro partidos obreros, el «Partit Comunista de Catalunya», el «Partit Catalá Proletari», la «Unió Socialista de Catalunya» y la Federación Catalana del Partido Socialista Obrero Español, en los días febriles de la insurrección fascista, el PSUC pasó de 6.000 miembros a 60.000 en un solo año, asumió en seguida la responsabilidad de partido gobernante y, una vez consumada la derrota, reanudó la lucha en las dificilísimas condiciones de la clandestinidad.

De densa y dramática hemos calificado la breve historia del PSUC: densa por la riqueza de su experiencia, por las enseñanzas de su origen y trayectoria; dramática por las circunstancias de su desarrollo por el clima político y social en que ha vivido.

Su mismo nacimiento fué ya una aportación altamente original a la teoría y a la práctica de la unidad política de la clase obrera. La experiencia de octubre de 1934 había enseñado mucho a la clase obrera catalana. Frente a la incapacidad revolucionaria de los partidos burgueses y pequeño-burgueses y al verbalismo vacío y estéril del anarco-sindicalismo, el movimiento obrero y revolucionario de Cataluña sintió la necesidad urgente de contar con una vanguardia marxista-leninista, con una vanguardia capaz, teórica y prácticamente, de dirigirla a la conquista del poder político.

El ejemplo de la URSS, la justa política del Partido Comunista de España, el VII Congreso de la Internacional Comunista y la radicalización misma del clima político — radicalización que se convirtió en un verdadero estallido al producirse la sublevación de los militares fascistas — fueron factores de primerísima importancia en el proceso de unidad de los partidos obreros catalanes.

Fué, pues, la misma clase obrera la que exigió la unidad, la que la impuso. Y no una unidad cualquiera pues el PSUC adoptó al fundarse, los principios teóricos, políticos y de organización marxistas-leninistas.

La unidad significó un verdadero salto cualitativo para el movimiento obrero y revolucionario catalán. Conscientemente, se abandonaba el reformismo, incapaz de enfrentarse con las tareas revolucionaris que el proletariado tenía planteadas. Por primera vez en su historia, la clase obrera catalana contaba con un partido revolucionario, marxista-leninista, de masas.

Se abrían, con ello, perspectivas inmmensas que la propia práctica se encargó de confirmar: el PSUC que tenía — como hemos dicho — 6.000 miembros al nacer, tenía 60.000 al cabo de un año y 90.000 al terminar la guerra. Este progreso cuantitativo era a la vez, y esencialmente, un progreso cualitativo pues los militantes que ingresaban en masa lo hacían conscientes de que entraban no en un partido obrero cualquiera sino en el partido de los comunistas catalanes. Con ello se confirmaba la necesidad que tenía la clase obrera catalana de contar con un verdadero partido revolucionario. Y con ello se sentaban las bases necesarias para superar las fluctuaciones doctrinales y políticas que la diversa procedencia de los miembros fundadores podía provocar.

Esto último es especialmente importante. No hay que pensar, efectivamente, que por el simple hecho de la unificación habían de superarse totalmente las diferencias doctrinales que separaban a muchos dirigentes de los partidos fundadores. Cierto que las bases objetivas habían variado pero las mismas condiciones de la lucha y la extrema urgencia de las tareas políticas a realizar ponían los problemas de la unificación ideológica en un plano digamos secundario. La presión unitaria de las masas era tan fuerte que el reformismo y el nacionalismo de algunos dirigentes no tenía más remedio que renunciar momentáneamente a una batalla ideológica espectacular.

Pero esta batalla se planteó, pese a todo, ya durante la misma guerra y, sobre todo, en las difíciles condiciones de la clandestinidad y la emigración.

El caso más conocido e importante es el del propio Secretario General del PSUC, Juan Comorera, expulsado del Partido en 1949 por su orientación nacionalista que tendía a hacer del PSUC un Partido separatista y pequeño-burgués.

El caso de Comorera es interesante no sólo para darse cuenta de la gran complejidad del proceso de unificación ideológica del PSUC sino también — y sobre todo — para ver cómo el carácter marxista-leninista del Partido se había convertido en una realidad no sólo teórica sino fáctica. Fué todo el partido el que se levantó en contra de la orientación de Comorera y sus escasos partidarios Y cuando Comorera regresó a Cataluña para intentar, en la clandestinidad, llevar a la práctica su propósito se encontró absolutamente aislado, sin un solo partidario.

Las duras condiciones de su existencia, durante la guerra, primero, en la clandestinidad, después, fueron puliendo al PSUC, le hicieron madurar como partido marxista-leninista. Sus mejores hombres siguieron en la brecha y nuevas generaciones se incorporaron a sus filas y con la idea clara de ingresar en el partido de los comunistas.

De ahí que el I Congreso del PSUC, celebrado en octubre de 1956 fuese como la confirmación de este proceso de maduración:

« El I Congreso marcó un importante hito en el proceso de formación ideológica que ha hecho del PSUC un auténtico partido marxista-leninista. En él se constató que el partido había superado las influencias ideológicas nacionalistas y socialdemócratas que heredó al fundarse. Sus militantes veteranos aparecieron en el Congreso fundidos con los militantes jóvenes, en un mismo afán de perfeccionar su formación comunista » (1).

En los cuatro años y medio que han pasado desde el I Congreso, este proceso no ha hecho sino afirmarse. De manera que hoy, al aproximarse la crisis revolucionaria que ha de dar al traste con el fascismo en nuestro país, el PSUC es un verdadero partido comunista, íntimamente ligado al Partido Comunista de España con el que trabaja como si se tratase en realidad de un solo partido, pero, a la vez, partido nacional de la clase obrera, del campesinado y de la intelectualidad avanzada de Cataluña.

Se trata, como puede verse, de un hecho extremadamente importante, sin el cual no pueden comprenderse muchas de las cosas que han pasado en nuestro país bajo el franquismo y, sobre todo, muchas de las que van a pasar.

En Cataluña ha existido y sigue existiendo la concentración obrera más fuerte de España. La capacidad revolucionaria de este proletariado ha sido y es extraordinaria. Y sin embargo, por lo menos hasta 1936, esta magnífica capacidad revolucionaria se ha perdido lamentablemente en escaramuzas violentísimas pero limitadas de horizontes e ineficaces a la larga.

El hecho de que la clase obrera catalana estuviese sometida a la influencia anarquista de la CNT-FAI le impedía jugar un papel revolucionario consecuente.

De hecho, los dirigentes anarquistas, a pesar de sus agudas críticas de la burguesía, le dejaban a ésta el terreno libre, so capa de apoliticismo. Y así, el heroísmo que derrochaban los obreros en las luchas sindicales no daba ningún resultado importante porque éstas no se planteaban jamás en términos de lucha por el poder político.

En la práctica el anarquismo hacía de la clase obrera la fuerza electoral y la fuerza de choque de los partidos burgueses y pequeño-burgueses.

De esta manera, pese a la importancia de la concentración obrera, el impulso político que Cataluña transmitía al resto de España era, todo lo más, un impulso democrático-burgués, al revés de lo que pasaba en Asturias y en el propio Madrid burocrático.

Esta situación empezó a modificarse en 1934 y sobre todo en 1936, cuando la clase obrera se planteó el problema político a la manera leninista. Por eso el comunismo ganó tanto en influencia y por eso, también, la bancarrota del anarcosindicalismo fué tan radical. La crisis revolucionaria fué decisiva para destruir los errores y falsas concepciones acumuladas durante tantos años.

Estos errores y falsas concepciones no eran sólo de tipo anarcosindicalista sino también de tipo reformista y nacionalista. Limitados por el apoliticismo anarcosindicalista, aquellos sectores de la clase obrera que a pesar de todo sentían la necesidad de expresarse políticamente no tenían otra vía para hacerlo que la vía de los partidos reformistas y nacionalistas.

---

(1) Declaración del Comité Ejecutivo del PSUC « En el XXV aniversario de la fundación del Partido Socialista Unificado de Cataluña ». Treball, num. 224, abril 1961.

De ahí que la influencia nacionalista, avivada por la incuestionable vigencia del problema nacional catalán, se hiciese sentir en las filas del proletariado y contribuyese a enrarecer el clima político y a perjudicar la toma de conciencia de extensos sectores proletarios.

La crisis revolucionaria de 1936—1939 fué decisiva para clarificar posiciones y conceptos. El anarcosindicalismo, el reformismo, el nacionalismo y el aventurerismo trotskista fueron perdiendo terreno al tiempo que lo ganaba el comunismo.

Y no cabe duda que dicha clarificación habría sido definitiva si la contienda hubiese terminado con el triunfo de las fuerzas populares.

La victoria del franquismo interrumpió brutalmente el proceso, pero no lo hizo desaparecer sino que lo colocó sobre bases nuevas. En la lucha contra el franquismo la clarificación de posiciones ha continuado, en condiciones harto difíciles, ciertamente, pero no por eso menos efectivas.

En esos veintitantos años de franquismo han sido los comunistas los únicos que, desde el primer momento, se han planteado la tarea de luchar contra la dictadura en el interior mismo de España. Han sido los comunistas los únicos que, al mismo día siguiente de la derrota, han luchado por organizar a la clase obrera, han dirigido sus acciones, han explicado las dimensiones reales del combate, han planteado objetivos concretos y efectivos, han ayudado a la toma de conciencia de las jóvenes generaciones. Y cuando la clase obrera se ha lanzado a la lucha, en Madrid, en Barcelona, en Bilbao, en Asturias o en cualquier otro lugar de España ha encontrado siempre a los comunistas al frente del combate.

Al mismo tiempo, las fuerzas anarcosindicalistas y reformistas clásicas caían en un reformismo extremo, se dedicaban a maniobras de cancillería y dejaban en el aire el inmenso caudal revolucionario que había en sus filas y que ellas no habían sabido ni sabían aprovechar.

Este proceso se ha realizado en unas condiciones internacionales muy importantes: extensión y consolidación del campo socialista, crisis general del capitalismo, guerra fría, apoyo de las potencias imperialistas a la dictadura franquista, movimiento de liberación de los países coloniales, fortalecimiento del sistema socialista mundial hasta convertirse en el factor decisivo del desarrollo de la sociedad humana ...

En una palabra: confirmación de la exactitud de las tesis marxistas-leninistas, de la bancarrota teórica y práctica del anarco-sindicalismo y de la inanidad del reformismo.

En estas condiciones, el hecho de que al frente de la lucha de la clase obrera catalana haya estado el PSUC, es decir, un partido marxista-leninista que ha superado las influencias reformistas y nacionalistas que tenía al fundarse y que, por lo mismo, se ha ligado íntimamente al Partido Comunista de España sin perder su carácter de partido nacional catalán, lleva a una conclusión importantísima: el impulso político que Cataluña ha transmitido al resto de España y, sobre todo, el que va a transmitir, es un impulso no ya sólo democrático-burgués sino también, y esencialmente revolucionario, leninista.

La existencia del PSUC y, sobre todo, su íntima ligazón con el Partido Comunista, aseguran el impulso unitario de las masas populares españolas y permiten ligar el movimiento revolucionario de España entera en un todo único que, a la vez, tenga cuenta de las particularidades de los diversos núcleos nacionales que existen en ella.

La garantía de que Cataluña pueda transmitir al resto de España un impulso revolucionario radica en el hecho de ser el PSUC un partido nacional catalán.

Desde finales del siglo pasado, la burguesía catalana se ha expresado políticamente en términos de nacionalismo. Fué primero la gran burguesía con la «Lliga Regionalista» y más tarde, una vez consumada la traición de esta gran burguesía a la causa de la democracia, la pequeña y media burguesía con «Estat Catalá», «Acció Catalana» y «Esquerra Republicana».

La existencia objetiva de la nación catalana y las características de su base económica y política han dado siempre a la burguesía catalana una coherencia y una organicidad superiores a las de la burguesía del resto de España. De ahí que su peso político, en tanto que burguesía, haya sido considerable. Y de ahí también que, dada la carencia política del proletariado catalán, la influencia catalana en el panorama político español, hasta 1936, haya sido — como se ha dicho — esencialmente democrático-burguesa.

La existencia del PSUC en tanto que partido nacional catalán, y en tanto que partido de la clase obrera catalana dotado de una visión científica de la cuestión nacional y en condiciones de resolverla teórica y prácticamente, hace variar e panorama (2).

La existencia del PSUC da a la clase obrera catalana la posibilidad de asumir la dirección del movimiento nacional catalán, librándolo de su carga de nacionalismo burgués y enfocándolo en un sentido democrático y progresivo. En definitiva, el problema nacional catalán es un problema — importantísimo, sin duda — del proceso de democratización de España. Y este proceso es tarea común de las fuerzas revolucionarias de España entera.

Si la clase obrera catalana asume la dirección del movimiento nacional catalán, la proyección política de este movimiento en el resto de España no será ya una proyección democrático-burguesa sino auténticamente revolucionaria.

Y esto no sólo es posible, sino que ha sido y es una realidad. Lo ocurrido en 1936—1939 es un ejemplo concreto: cuando la clase obrera tomó en sus manos la dirección de las instituciones autonómicas de Cataluña, la proyección revolucionaria de Cataluña fué más efectiva que nunca. Y viceversa, la proyección revolucionaria del resto de España se hizo sentir en Cataluña con gran fuerza contribuyendo a aislar y a reducir los elementos divisionistas, capituladores y reaccionarios de Cataluña.

Las condiciones no han sido las mismas bajo el franquismo, pero la existencia del PSUC ha hecho que la contribución de la clase obrera catalana a la lucha contra la dictadura haya sido muy importante, a la vez que ha sido cauce apropiado para que la lucha popular del resto de España influyese decisivamente en el ámbito catalán. La íntima ligazón del PSUC y del Partido Comunista de España ha permitido fundir la lucha contra la dictadura en un todo único.

La política de reconciliación nacional, por ejemplo, ha sido aplicada en Cataluña con arreglo a sus características concretas, a la vez que esta aplicación específica ha enriquecido el contenido de dicha política.

Por otro lado, es un hecho que la reacción española ha utilizado siempre el problema nacional catalán como un factor de división de las fuerzas democráticas.

(2) Conocido es el análisis marxista-leninista de la cuestión nacional. La justeza de este análisis se ha visto confirmada por su aplicación práctica: en los países socialistas la cuestión nacional ha sido resuelta de una manera perfecta, como así ha sido unánimemente reconocido.

Y es también un hecho que el nacionalismo exacerbado de algunos sectores de la burguesía catalana ha perturbado la lucha por la democracia en toda España. Desde el momento que unos y otros plantean la lucha no en términos de clase, sino en términos de nación contra nación el combate por la democracia se desvía de sus objetivos, enfrenta a quienes deberían ser aliados y alía a quienes deberían ser enemigos.

La existencia del PSUC, su carácter nacional y su estrecha ligazón con el Partido Comunista, permiten plantear la solución del problema nacional en sus justos términos, es decir, en términos de clase.

En el proceso de lucha general por la democracia, el proletariado español dirigido por el Partido Comunista defiende el derecho de Cataluña a la autodeterminación, mientras el proletariado de Cataluña, con el PSUC a su cabeza lucha por la unidad del proletariado catalán con el del resto de España. El enemigo del obrero castellano no es el obrero catalán; ambos tienen un enemigo común: la burguesía de toda España.

El Partido Comunista de España y el PSUC parten de un principio incuestionable: la gran burguesía catalana se ha integrado en la oligarquía financiera-terrateniente, el burgués catalán oprime por igual al obrero catalán y al obrero castellano, del mismo modo que el burgués o el terrateniente castellanos oprimen por igual al obrero castellano y al obrero catalán. La unidad de la clase obrera de toda España es indispensable para luchar contra la oligarquía financera-terrateniente que oprime a toda España y aplasta los derechos nacionales de Cataluña.

Por eso

> «... El PSUC, fiel al principio leninista de que en un Estado debe haber un solo Partido Comunista, ha proclamado más de una vez que, cuando las circunstancias de la lucha lo aconsejen, se integrará en el Partido Comunista de España ...» (3)

pero por eso también dicha integración se hará:

> «... manteniendo y reforzando su carácter nacional catalán» (4).

Ser el partido nacional de la clase obrera catalana y luchar por dar a ésta la dirección del movimiento nacional catalán significa, entre otras cosas, estar en condiciones de asumir la continuidad de la cultura y las instituciones nacionales catalanas y desarrollarlas sobre una base democrática.

La tarea no es fácil, dadas, sobre todo, las condiciones en que tiene lugar la lucha por la defensa y desarrollo de la cultura catalana bajo el franquismo.

Como es sabido, la instauración de la dictadura significó no sólo la persecución brutal de todas las manifestaciones de dicha cultura nacional, sino también la aniquilación física — por muerte o exilio de los hombres e instituciones más progresivos, más abiertos a las inquitudes populares.

Cuando, bajo la presión de las masas, el frente de esta opresión nacional fué rompiéndose, no había más base de desarrollo cultural que el de una intelectualidad de cenáculo, continuadora de los aspectos más reaccionarios de dicha cultura en la anteguerra. Tanto por esta característica, como por el hecho que el desarrollo cultural popular era frenado por la camisa de fuerza franquista, se fué operando una disociación entre las necesidades reales del pueblo catalán y las preocupaciones de dichos intelectuales.

---

(3) Declaración Comité Ejecutivo PSUC «En el XXV aniversario ...», loc. cit. pág. 2.

(4) Ibid. ibid.

La situación fué cambiando muy lentamente. Algunas figuras de importancia, como Carles Riba, regresaron del exilio. Los intelectuales jóvenes empezaron a agruparse en torno a él o en torno de otras figuras de menos talla, como López-Picó, Foix, etc. Empezó a hacerse sentir la influencia renovadora de Espriu. Pero el «cenaculismo» continuaba.

Las acciones populares — y especialmente la huelge de 1951 — fueron abriendo brecha en el muro franquista. A partir de 1956 el frente de lucha cobró una amplitud tal que la fosa existente entre la actividad cultural minoritaria y las exigencias populares se hizo insoportable.

La intelectualidad joven buscaba una orientación clara. La vuelta al país de Joan Oliver (Pere Quart) y la influencia creciente de Espriu ayudaron mucho en este sentido, pero lo esencial estaba aún por hacer: la ligazón del movimiento intelectual con las exigencias de las masas populares.

Este ha sido y es el campo de acción del PSUC. En el terreno universitario, primero, en el terreno de la lucha ideológica, después, el PSUC ha sido y es el cauce de llegada de las exigencias populares al desarrollo estrictamente cultural. Y viceversa: la aparición de una intelectualidad joven, integrada en el PSUC o influenciada por él, permite fundir la lucha de los intelectuales con la de la clase obrera, hacer llegar a ésta las motivaciones de aquéllos, llenar el combate de los intelectuales con la carne viva de la lucha popular.

Se trata, naturalmente, de un proceso en marcha, no terminado, pero que explica la radicalización creciente de la joven intelectualidad catalana, el aislamiento de las viejas figuras de cenáculo, las preocupaciones realistas de la joven novela, la lucha por una actualización léxica y estilística del idioma literario catalán, en una palabrar, la lucha por convertir el desarrollo cultural catalán en una parte viva del proceso de democratización de España.

Los jóvenes intelectuales catalanes comprenden que ya no basta con escribir en catalán para hacer profesión de fe antifranquista. Hay que decir algo, algo que responda a las preocupaciones populares, algo que ayude a clarificar ideas, a abrir horzontes. La intelectualidad catalana está obligada a asumir conscientemente la dimensión política de su combate, so pena de quedarse atrás.

Aquí es donde la influencia del PSUC aparece como determinante. Pues a la hora de **decir algo**, de tomar posición, los intelectuales han de resoonder a las exigencias populares en sentido afirmativo o ponerse en contra de ellas.

Para poner un ejemplo: el intelectual que hable **en nacionalista** chocará automáticamente con tres de las componentes de la solución democrática del problema nacional: la exigencia de la unidad de las masas populares de toda España, la existencia en Cataluña de una fuerte sector proletario de origen no catalán, y la coexistencia en Cataluña de dos culturas desarrolladas, la catalana y la castellana.

Sólo una visión del problema catalán como problema del desarrollo democrático en toda España permite enfocar rectamente la cuestión, integrando en un todo coherente las múltiples implicaciones del problema.

Hoy no es posible tratar del problema nacional catalán sin partir del hecho de que el pueblo catalán es bicultural. Lo es el proletariado, lo es la burguesía y lo es la intelectualidad. Barcelona es el segundo centro cultural castellano de España — y el primero en algunos aspectos —. Y de esto no se puede prescindir porque no es posible ni deseable volver atrás.

De lo que se trata es de propiciar una convivencia y una interpenetración fecunda de las dos culturas, sin imposiciones dictatoriales de la una sobre la otra — como ocurre ahora por obra y gracia del franquismo.

Y esto sólo se puede hacer si se enfoca la cuestión desde un ángulo nacional que supere las estrecheces del nacionalismo y suponga la unidad estrecha e indisoluble de las fuerzas democráticas de toda España.

En una palabra: sin miedo a ser tachados de tajantes hay que decir que sólo cabe un enfoque adecuado de la cuestión; el enfoque marxista-leninista, el enfoque del Partido Comunista de España y del PSUC.

La labor del PSUC en este terreno es ya considerable; la aplicación consecuente de la política de reconciliación nacional, la movilización constante de las masas proletarias y campesinas por la defensa de sus reivindicaciones y la organización concreta de estas masas en la lucha contra la dictadura, forman un todo con otras acciones como la publicación de «Horitzons», los estudios sobre el problema nacional catalán, la movilización de los estudiantes por sus reivindicaciones profesionales y culturales, la movilización de los intelectuales. En la política del PSUC no hay solución de continuidad entre la lucha por el aumento de salarios y la lucha por la defensa de la cultura catalana.

Como no hay solución de continuidad entre la movilización del proletariado catalán y la del proletariado del resto de España, entre la movilización de los estudiantes e intelectuales de Barcelona y la de los estudiantes e intelectuales de Madrid, Sevilla, Bilbao, Valencia o cualquier otra ciudad española.

Por eso el PSUC y el Partido Comunista de España trabajan como si fuesen en realidad un solo partido. Por eso, también, el PSUC es el partido más consecuentemente nacional que hay en Cataluña.

CRITICA

- **Novela**
  - « Un millón de muertos »
  - « Monólogo de una mujer fría »
  - « La Zanja »

- **Teatro**
  - « El Tintero »
  - « En la red »

- **Arte**
  - La exposición de los 36

- **Revistas**
  - Una nueva revista:
  - « Tribuna Socialista »

Novela

«UN MILLON DE MUERTOS»

de José María Gironella

Perdone el lector si lo que sigue se parece poco a un artículo de crítica literaria. No es culpa nuestra que el libro que comentamos, más que novela pretenda ser crónica. Y crónica de algo tan importante como es nuestra guerra.

En la solapa de la portada se nos dice que «Un millón de muertos»... constituye un modelo de creación artística, de rigor informativo y de imparcialidad». En lo que se refiere a las dos últimas afirmaciones, uno se interroga acerca de su posible exactitud pensando que el libro ha sido aprobado por la censura y que su tema no es un tema cualquiera, susceptible de pasar la criba gracias a hábiles embozos o por sorpresa, sino eso: una crónica de la guerra. Al terminar las ochocientas páginas del texto podemos decir, con detallado conocimiento de causa, que ninguna de las tres cosas es verdad.

En el autor y en determinados círculos católicos de derecha se advierte el empeño de persuadir al público de que se halla ante un relato objetivo, ecuánime. «Ni de derechas, ni de izquierdas... un hermoso testimonio cristiano», dice de la novela el Padre Llanos, habitual colaborador de «Arriba» y de «Ya». «Un millón de muertos» — añade — es leal a una verdad de hechos y de retratos» y «todo lo que es servicio a la verdad con minúscula es servicio a la Verdad con mayúscula».

Veamos, aunque sólo sea en algunos aspectos característicos, cómo ejerce Gironella esta lealtad y este servicio a la verdad con minúscula y con mayúscula.

*

Gentes del régimen — entre ellas, Franco en el último solo que ha ejecutado ante su Coral de Procuradores — han criticado a Gironella porque, en su novela, «desposee (a la guerra que libraron los sublevados del 18 de julio) de su carácter de Cruzada, de guerra de liberación, de guerra inevitable y justa» y porque «el gesto de los militares no se explica ni se legitima» (Luis Emilio Calvo Sotelo en «Ya»). Es decir, les disgusta que en esto se aparte de la versión oficial y no secunde al permanente — ¡y angustiado! — esfuerzo que, desde hace veinticinco años, Franco y los propagandistas de la dictadura despliegan en el afán de justificar lo que, a los ojos de cada día mayor número de españoles, no tiene justificación posible.

Gironella dice: «aquella guerra... que unos llamaban civil, otros cruzada, otros una de las más grandes aberraciones de la Historia». «Si se pensaba con calma, ¡cuánto dolor, cuánta insensatez!».

O sea, una aberración y una insensatez por las dos partes. Planteadas así las cosas, ya no puede haber objetividad, pues ya se ha cegado su fuente primaria, ya ha sido violada en la raíz, en lo que permite identificar las causas y a los responsables de la guerra. Aquéllas y éstos han desaparecido, a las primeras dec ambio, por una de las mangas del autor. Mas como alguna motivación hay que apuntar, uno de los personajes — Ignacio —, precisamente el que Gironella nos señala como trasunto suyo, se arranca con este primor que lleva abundante carga de hipocresía: «¿Y por qué conquistamos América? Por las mismas razones que nos mueven en esta guerra. Tres razones, Ana María, acuérdate: por Dios, por el diablo y porque sí». Y se hace decir a otro: «Hay en España como una profunda necesidad de matar ...» Y leemos también: «Nadie defendía nada, todo el mundo lo defendía todo».

Tras esta cortina de humo, la sublevación y su consecuencia obligada, la guerra, resultan ininteligibles y los españoles aparecemos como una turbamulta de locos. La realidad es mucho menos metafísica, mucho más clara. A la sublevación de julio, sus verdaderos inspiradores, la aristocracia terrateniente y el capital financiero, le asignaron objetivos muy concretos: derribar la República, a fin de impedir en España toda clase de transformaciones democráticas, por leves que fuesen, y de enterrar las libertades políticas que el pueblo había conseguido; implantar por las armas y con la ayuda del fascismo y la reacción internacionales, ya que por otros medios era imposible, la dictadura terrorista de esa oligarquía a fin de poder acrecentar, sin traba alguna, sus privilegios y sus beneficios.

Esas son las razones — que hoy nadie puede calificar de supuestos, pues están ahí, **realizadas** — y ésos los responsables de la sublevación y de la guerra. Que sus verdaderos objetivos fueran disimulados tras un telón de oriflamas patrioteros, religiosos e, incluso, seudorrevolucionarios, era obligado. Todas las causas regresivas se ponen máscara. Que secundaran la sublevación multitud de españoles cuyos intereses eran opuestos a los de la oligarquía financiera-terrateniente, es circunstancia que no cambia la cuestión ni el carácter de la guerra. Estos españoles no tenían conciencia de ello. Esa fue su tragedia y la nuestra. Hoy forman la inmensa legión de los desengañados.

Por parte, pues, de las fuerzas político-sociales que dirigieron la sublevación, la guerra fue una guerra regresiva, injusta. No una insensatez, sino un crimen.

En lo que se refiere a las fuerzas democráticas y obreras, les fue impuesta una guerra que no deseaban ni históricamente necesitaban, pues el pueblo acababa de reiterar mayoritariamente su adhesión a la República y su voluntad de que el contenido democrático de ésta fuese vigorizado.

A posteriori y con el transparente propósito de justificar su sublevación a los ojos del pueblo, sobre todo, tal vez, ante esos españoles desengañados, que muy pronto empezaron a preguntarse: «¿Para qué?», los franquista pusieron en circulación la patraña de que los comunistas proyectábamos sublevarnos en agosto o noviembre, pues la fecha, por lo visto, se deja a gusto del propagandista de guardia. A estas alturas no es fácil encontrar españoles que lo crean, pero el Ignacio de «Un millón de muertos» da por cierto el pretexto-coartada, aunque otro personaje se lo rebata, no en forma muy convincente, por cierto. Es lástima que el Sr. Gironella que, con el fin de documentarse, ha leído, según declara, cerca de un millar de libros y monografías y ha consultado pirámides de periódicos y

folletos de la época — en seguida veremos de qué le ha servido — no haya leído, a lo que parece, ningún discurso, documento o periódico de nuestro Partido, perteneciente a ese tiempo, ni examinado la conducta política que seguían los comunistas. De haberlo hecho, aquéllos y ésta le hubieran persuadido — supongo — de que tal propósito insurreccional sólo ha existido en la imaginación de Franco y de sus amanuenses sin posible contradictor legal.

La verdad histórica es que desde los primeros días de la República — de esa República que vino sin romper un cristal — la reacción comenzó a conspirar contra ella — recuérdese el 10 de agosto de 1932 —, a fomentar desórdenes y a cometer atentados, con el fin de probar a los españoles que bajo el nuevo régimen no era posible una vida ciudadana normal, como base justificativa de los complots que contra éste tramaba.

En julio de 1936 y en la tragedia subsiguiente, al responder a las armas con las armas, a la guerra con la guerra, las fuerzas democráticas y el pueblo no hicieron otra cosa que defender su vida, las mejoras y derechos conseguidos en decenios de lucha política, su libertad y las posibilidades de progreso para España. Para ellos, a consecuencia sobre todo de la intervención armada de Italia y Alemania, la guerra, que al principio fue civil, rebasó rápidamente ese marco y se transformó en una guerra nacional revolucionaria.

Por parte de la República y del pueblo, nuestra guerra fue, pues, una guerra justa.

Porque era justa fue posible tan larga resistencia en el contexto internacional de entonces, tan desfavorable a la democracia española.

Porque fue justa, es posible hoy, y necesaria, la política de reconciliación nacional — reconciliación contra la dictadura de Franco — que los comunistas proponemos y practicamos en cuanto de nosotros depende.

Esa política no se asienta en la creencia de que habiendo sido la guerra un error por ambas partes, lo único que cabe hacer es borrar hasta su recuerdo con un abrazo general. Esa política se funda en la evidencia de que la línea divisoria vigente en la guerra no corresponde a las realidades nacionales actuales. Ya durante la contienda esa línea divisoria no correspondía, en realidad, al verdadero interés de innumerables españoles del otro campo. Muchos de ellos, pertenecientes, en su mayoría, a la pequeña y media burguesía rural y urbana, combatieron a la República sin saber que disparaban tiros contra su propio tejado. Luego, año tras año, han visto que la dictadura dañaba sus intereses, les privaba — también a ellos — de libertad para defenderlos y ofendía sus sentimientos nacionales con el espectáculo de una España en permanente almoneda. La vida ha probado que los que teníamos razón éramos quienes advertíamos a esos compatriotas de las trincheras de en frente, que la victoria del fascismo significaría la entronización de una dictadura terrorista que sólo había de beneficiar a un puñado de poderosos y a los advenedizos políticos a sus órdenes. (Los comunistas fuimos incansables en la advertencia porque, bajo tanta apariencia demagógica, esto era lo real, y no por maquiavélico designio maniobrero enfilado a «españolizar» la guerra, cual dice el Sr. Gironella queriendo ser artero y quedándose en simple. Nuestra causa, como los hechos han mostrado después, bien «españolizada» estaba desde el primer día).

Pero una guerra — sobre todo del tipo de la española — causa profundo impacto en las almas y deja tras sí una larga estela de odios y temores. Innumerables españoles del otro campo,

de los que al paso del tiempo comenzaron a darse cuenta de que también ellos la habían perdido, seguían prisioneros — y muchos lo están aún — de los lazos emocionales de tan diversa índole, que se crearon durante la contienda, y del temor a la venganza de los vencidos. La política de reconciliación nacional les dice a todos ellos: reconciliémonos contra quien es nuestro enemigo común: la dictadura. Y a un auditorio todavía más amplio, esa política le propone: borremos — eso sí — el espíritu de guerra civil; planteemos nuestra oposición de intereses y concepciones en palestras políticas normales, no en nuevos campos de batalla.

Si la causa franquista hubiera sido justa, sería el régimen actual quien habría reconciliado a los españoles en torno a él. Pero al contrario, ese régimen sigue azuzando a unos españoles contra otros, porque en la permanencia del espíritu de guerra civil encuentra uno de los escasos asideros que le restan.

Si nuestra causa hubiera sido una aberración histórica, tras veintidós años de sangrienta proscripción ya no sería otra cosa que un amargo recuerdo del pasado. Mas ocurre exactamente lo contrario. Como puede advertir quien tenga ojos que miren con buena fe, la política de reconciliación nacional y los progresos de la oposición, en las dificilísimas condiciones en que se realizan, tienen su fuente primera en la justicia de la causa que defendimos. Porque lo que ésta preconizaba: organización democrática de la vida nacional, bienestar creciente para cuantos han de vivir de su trabajo, independencia efectiva y progreso para España, son necesidades en vigencia, de realización cada día más urgente, no sólo para los españoles de la zona «roja» sino para la inmensa mayoría de los que estuvieron en la otra.

La caracterización que de la guerra se hace en «Un millón de muertos» equivale a una posición de repliegue con relación a la definición oficial, y esto, sobre todo tratándose de un libro donde tan gravemente se deforman los hechos históricos y el rostro del pueblo, entraña, objetiva y subterráneamente, aunque ése no haya sido, ni de lejos, el propósito del autor, un reconocimiento de que la guerra, por parte de la República, fue una guerra justa.

✱

Se dice que esta novela es objetiva porque en ella no sólo se refieren excesos y crímenes cometidos en nuestra zona, sino en la dominada por Franco. Es verdad, pero ¿cómo se hace esto?

Primero: desmesurando, no sólo el número, sino la sevicia de los hechos de esta índole ocurridos en el territorio republicano y minimizándolos en el caso contrario.

Por recoger, complaciente, no pocas de las fantasías que al respecto hizo circular la propaganda franquista, y por inventar, diligente, otras, Gironella cae más de una vez en el ridículo. Por ejemplo, un personaje cuenta que «en Valencia, los miembros de un Comité de barrio imitaban a los romanos. Cuando absolvían al acusado, levantaban el pulgar hacia arriba y cuando le condenaban lo ponían hacia abajo».

Otro ejemplo: Gironella afirma a sus lectores que en Belchite «los prisioneros cogidos con el arma humeante eran llevados al picadero». (Se refiere a los que hacía el Ejército Popular, claro). Es completamente incierto. En camiones repletos, los prisioneros eran conducidos a la retaguardia. Y como otros periodistas españoles y extranjeros, yo tuve ocasión de conversar con muchos de ellos, en su mayoría reclutas gallegos y de otros lugares del Norte de España. Cuando entramos en Belchite, abriéndonos paso entre muertos y ruinas — ¡qué hedor tan espantoso! — hallamos en una vasta cuadra, comidos de moscas muleras, a más de un centenar de heridos del Ejército de Franco. Se les

atendió solícitamente, a muchos se les salvó de la gangrena, y todos fueron conducidos a los hospitales de la retaguardia.

En sus páginas de Belchite, « Un millón de muertos » nos da igualmente, noticia — fantástica noticia — de un requeté « que muere en manos de dos senegaleses a caballo, que le decapitaron al paso, como en un torneo ».

(Mire Vd. Sr. Gironella: los republicanos españoles no vimos un senegalés hasta que ese Gobierno vecino, que según usted nos ayudó tanto, nos metió en los campos de concentración de Francia).

El respeto a la vida de los prisioneros era la regla del Ejército Popular que, en disciplina y métodos de guerra, no es posible identificar con las milicias improvisadas de los primeros días. ¿ Que esa regla no se aplicaba sin excepciones? Innegable. Y en Belchite las hubo, aunque contadas. ¡Había tanto dolor en el alma de los combatientes de nuestro pueblo agredido e implacablemente ametrallado! (Por cierto, los franquistas no habían dejado en Belchite, con vida o en libertad, a un solo vecino de izquierdas).

Segundo: los « paseos » y desmanes que el autor sitúa en zona republicana, nos los presenta en movimiento, en acción. A los otros se alude simplemente. Con lo cual, el impacto que los primeros pueden producir en el lector es infinitamente superior. Se trata del abc de la técnica del reportaje, de la novela y de la obra drmática.

Tiene razón el Padre Llanos, constituído en abogado defensor de Gironella frente a sus críticos ultramontanos, cuando, respondiendo a L. E. Calvo Sotelo, afirma en « YA »: « Las crueldades, he aquí otro detalle: las crueldades no son casi nunca relatadas en un primer plano, a no ser que sean rojas ». Cierto. Lo malo es que el Padre Llanos, al descubrirnos esta particularidad, destruye, por exceso de celo, cuanto nos ha dicho antes a propósito de esa supuesta equidistancia de la novela ...

Tercero: Se nos escamotea una diferencia esencial entre lo ocurrido en una y otra zona.

En la nuestra, esos hechos se producen, casi exclusivamente, al principio de la guerra. La sublevación ha hecho saltar el Estado en pedazos, lo vital para el pueblo es defenderse y empleo el verbo en el sentido más elemental, en el de la defensa de la vida. El pueblo ve que quienes le agreden son los que durante siglos le han explotado y oprimido, los que siempre le despreciaron y humillaron. Su cólera ante la agresión es como una tempestad. Contraatacando — pues se dispara contra él desde cuarteles, iglesias, casinos y prostíbulos, pues sabe, sin necesidad de que se lo diga Mola, que a su espalda, entre sus pies, se agitan embozadas columnas — el pueblo arrolla, aniquila al enemigo que encuentra a su paso y, en ocasiones, al que sólo lo es en apariencia. Pero no tortura. Eso no es verdad, Sr. Gironella. Hablando en términos generales, ateniéndonos a lo que en esta clase de reacciones populares fue siempre distintivo, predominante, hay que decir que el pueblo clava sus armas con pasión, con furia, pero sin sadismo. Esos emparedamientos de Gerona son una triste invención.

A medida que fuimos estableciendo nuevos resortes estatales, los excesos en nuestra zona fueron cortados y los incontrolados puestos a raya. Y es raro que el Sr. Gironella, que ha leído tanto, no haya encontrado ningún discurso, ni documento que le proporcionara siquiera indicios de los esfuerzos realizados por el Partido Comunista para afirmar el orden republicano en la retaguardia. Es raro que en esa vasta documentación que ha manejado sobre el frente de Aragón no haya encontrado nada que le diera noticia de que

fueron unidades mandadas por comunistas — la 11 División de Líster en cabeza — las que le restablecieron en Aragón, en el 37, las que allí protegieron vidas y haciendas y acabaron con las expropiaciones y « socializaciones » de corral prodigadas en esa zona por los cabecillas anarquistas Ascaso y Ortiz que tan simpáticos le resultan al Sr. Gironella. Seguramente porque prestaron de esta forma, señalados servicios a la contrarrevolución.

Pasada la explosión del primer período, sólo al final de la guerra — salvo excepciones, inevitables en el clima de entonces — volvieron a producirse en nuestro campo algunos actos reprobables — que en esta desesperada hora última, podemos contar con los dedos — y que fueron, casi siempre, inmediatamente condenados. (Hay que decir, por otra parte, que determinadas reacciones, observadas en algunos sectores populares, correspondían al estadio de evolución en que entonces se encontraban. Así, por ejemplo, en lo que se refiere al sector anarquista. Pero eso no es consustancial con la clase obrera, ni con el pueblo, ni es eterno atributo de eso que se llama — ¡buen comodín! — carácter español, etc.)

En la zona franquista, las cosas sucedieron de diferente manera. Los excesos, los crímenes, fueron fomentados sistemáticamente por el Gobierno y, en su mayor parte, ordenados directamente por él. Fue Franco, no ningún líder republicano, quien dijo que el problema de España se resolvería suprimiendo a un millón de españoles. Esto último lo ha cumplido, aunque el problema no lo haya resuelto.

Y es que en las condiciones que imperaban en España en aquella época, el fascismo sólo podía ser implantado así: por el terror. Ni, tras la victoria militar, le era posible afianzarsre para largo tiempo de otra manera. Por eso, principalmente, continuó desplegando el terror y asesinando y encarcelando a los españoles en serie, en masa, cuando enmudecieron los frentes. Esto era, en cierto sentido, natural. Hubiera sido inconcebible — e innecesario, pues nosotros teníamos al pueblo — en el caso de la victoria republicana.

*

En la página 777 de la novela, Gironella hace decir a uno de sus personajes: « La cosa se decidía en las alturas, es decir entre Rusia y las democracias por un lado, y Hitler y Mussolini por el lado contrario ».

Este dislate es una especie de culminación de los constantes y penosos esfuerzos desplegados a lo largo del libro con el fin de escamotear la titulada, por antífrasis, no-intervención, equiparar las asistencias extranjeras a uno y otro campo y convencer al lector de que la superioridad en material de guerra estuvo del lado nuestro.

Como todo el mundo sabe — ¡y el Sr. Gironella también! — el acuerdo de no-intervención fue concebido por el Gobierno inglés y apadrinado por el francés, que presidía León Blum, con el evidente fin de estrangular a la República española. Pues mientras dicho acuerdo prohibía vender armas a cualquiera de los dos campos — equiparando así al Gobierno legítimo español y al clan de generales sublevados — los Gobiernos de Alemania, Italia y Portugal siguieron enviando a éstos últimos armamento y unidades militares en abundancia, sin que las vestales « demócratas » del Comité de No-Intervención se dieran por enteradas. El acuerdo de no-intervención se aplicó unilateralmente al Gobierno de la República. Fue en realidad la forma que asumió la intervención de los Gobiernos de Inglaterra, Francia y Estados Unidos contra el pueblo español. Del de Estados Unidos también, pues éste, al mismo tiempo que se negaba a vender armamentos al Gobierno legítimo de España, dejaba que

la «Standard Oil» aprovisionara al Ejército de Franco de todo el carburante que necesitaba.

Así fueron las cosas en la Historia. En «Un millón de muertos» el Sr. Gironella, siempre «leal a la verdad de los hechos», las cuenta de manera distinta. Omite que Irún cayó falto de las municiones que Blum había ordenado detener en la frontera de Hendaya, pero nos dice que, por esos días, el mismo M. Blum nos proporcionó 40 aviones «Potez». Nos dice que en el primer período de la guerra poseíamos el dominio del aire; que en la época de la pérdida de Toledo seguíamos dominándole «en proporción de cuatro a uno» y que «a finales del otoño de 1936 se calculaba que los «nacionales» contaban con ochenta aparatos por trescientos veintitrés sus adversarios».

Todo esto es un rosario de mentiras. No se puede emplear otro término. La retirada de las milicias hacia Madrid tuvo fundamentalmente por causa la indefensión en que se encontraban bajo los aviones alemanes e italianos.

La superioridad de los franquistas en material fue constante y se acentuó a medida que avanzaba la guerra. A la República española sólo la ayudó una potencia, la URSS, y la URSS estaba lejos. En el Ebro, los combatientes republicanos tuvieron encima más de 1.300 aviones enemigos. Batallas hubo en el Ebro en que teníamos enfrente casi tantas baterías como nosotros cañones.

En la de Cataluña, aparte de su superioridad — de dos a uno — en hombres, el Ejército franquista oponía al republicano más de 1.000 piezas de artillería contra 250, 300 tanques y blindados contra 100, más de 600 aviones contra 100.

Si esa imaginaria superioridad nuestra en material hubiera sido cierta, la guerra habría durado a lo más unos meses. La victoria republicana inicial — que la hubo — habría sido llevada rápidamente a conclusión definitiva.

«El hambre y los bombardeos fueron los dos implacables roedores de la zona roja» afirma Gironella contradiciéndose. Pues, ¿cómo la aviación germano-italiana hubiera podido machacar no ya sólo nuestras líneas, sino Madrid, Valencia, Barcelona, si nosotros hubiéramos tenido la superioridad en el aire? ¿Dónde estuvo, pues, lo que Gironella llama «el alud de la ayuda a la España republicana?»

En cuanto a los efectivos extranjeros en ambos campos: En el Ejército que se titulaba nacional combatieron 150.000 italianos, 50.000 alemanes y 15.000 portugueses. Con la circunstancia de que éstas eran tropas regulares enviadas a España por sus Gobiernos respectivos. A ellas hay que añadir los 90.000 africanos de las unidades marroquíes y los mercenarios de la Legión Extranjera.

En el Ejército Popular — que llegó a tener cerca de un millón de hombres — hubo únicamente 35.000 voluntarios extranjeros, incluídos los soviéticos. Los hombres de las Brigadas Internacionales procedían de diferentes países y, en su mayoría, jamás habían hecho la guerra. Eran comunistas, socialistas, demócratas de muy distinto matiz, que dieron en España uno de los ejemplos más bellos de internacionalismo proletario y a los cuales Gironella calumnia ... y confunde, él sabrá si adrede, con el reducido grupo de voluntarios extranjeros de filiación anarquista, o de filiación más compleja, que aparecieron al principio de la guerra en el frente de Aragón.

(Por cierto, Sr. Gironella: Ni Clemente Gotwald, ni Mauricio Thorez pertenecieron a las Brigadas Internacionales. Ni con cargo militar ni con cargo político. De Thorez recuerdo que, en 1937, estuvo unos días en España, principalmente con el fin de visitar a los voluntarios franceses. En cuanto a

Tito no perteneció tampoco a las Brigadas Internacionales ni ha puesto jamás los pies en nuestro país. Así que, mal pudo estar en la batalla de Brunete.)

Y siendo 35.000 el número de los combatientes de las Brigadas Internacionales, mal podían ascender sus bajas, como Gironella afirma alegremente, a «unos doce mil muertos y unos treinta y cinco mil heridos». En realidad, los internacionales se dejaron en España 5.000 muertos.

El interesado propósito de abultar la importancia numérica de las Brigadas Internacionales y de presentarlas como la espina dorsal del Ejército Popular es notorio en todo el libro.

En este aspecto de la guerra española, el mejor resumen que podríamos hacer lo encontramos en el siguiente párrafo de la «Historia del Partido Comunista de España»:

> «La derrota del pueblo fue debida a la acción conjunta de un complejo de factores externos e internos. Pero la historia de la guerra demuestra irrebatiblemente que la causa principal, determinante, de la derrota de la democracia española fue la intervención armada de Alemania e Italia, intervención que no fue accidental ni esporádica, sino la realización de un plan preparado de largo tiempo con objeto de asegurarse la retaguardia española en la segunda guerra mundial que Hitler preparaba a toda marcha».

Para enterarse de ello, a Gironella le hubiera bastado con haber leído, no ya textos republicanos, no ya la «Historia del Partido Comunista de España» — aunque para escribir una crónica de nuestra guerra, un autor que se dice objetivo debiera haberlo hecho — sino, simplemente, libros como «Misión en España» del que era entonces embajador de Estados Unidos en nuestro país, Mr. Bowers, hombre que, a nadie que esté en sus cabales, puede resultarle sospechoso de apasionamiento revolucionario.

Si en «Un millón de muertos» su autor se hubiera limitado a los hechos históricos, de acuerdo con sus personales preferencias ideológicas y políticas, discutiríamos su interpretación si no la estimábamos justa, mas no se podría reprocharle haber rebasado los derechos que un escritor tiene en cuanto tal. Lo que no es lícito, lo que éste no puede hacer sin violar las más elementales normas de probidad, es lo que hace Gironella desde el principio al fin de su libro: adulterar deliberadamente los hechos históricos e inventar tendenciosamente otros, dándoselos al lector, no como hechos de ficción, cuya categoría y exigencias de realidad son distintas, sino como hechos también históricos.

Así, presentándonos a Franco como «partidario acérrimo de la guerra larga, de llevar la guerra a ritmo lento» — cuando es obvio que si la guerra fue larga y lenta ello ocurrió por motivos opuestos a la voluntad de Franco, es decir por la tenacidad de la resistencia popular — se añade que aquél le había declarado «sin ambages» al embajador italiano: «Nada de destrucciones masivas, sino un afianzamiento previo de nuestro credo en la retaguardia a la que tampoco puedo imponer excesivos sacrificios. He de preocuparme incluso de la salvación espiritual del enemigo. Si no lo hiciera así, ganaría la guerra pero conduciría mi país a la ruina».

De la realidad de tan nobles sentimientos dan fe histórica los sistemáticos bombardeos de las ciudades de la zona republicana; los casi tres años de Madrid bajo el fuego de aviones y baterías; las noches de Valencia; la destrucción completa de Guernica — y no fue sólo Guernica — si bien es cierto que, a estas alturas, Gironella nos ofrece diferentes versiones del crimen — ¡hay que ser objetivo, qué diablo! — sin dejarse

en el tintero aquella estupidez — flor de un día — según la cual esa villa « fue destruída por los mineros vascos ». De tan nobles sentimientos da fe, igualmente, el año de bombardeo diario de Barcelona. Bombardeos tan violentos, tan masivos que, refiriéndose solamente a algunos de los efectuados durante el mes de marzo de 1938, el embajador alemán en la zona de Franco, Von Stohrer, comunicaba a su Gobierno en un telegrama del 23 de dicho mes:

> « ... los resultados de los bombardeos aéreos que los italianos han realizado recientemente pueden calificarse de terribles ... No hubo indicio del menor intento de apuntar a objetivos militares ... Hasta ahora se han contado mil muertos, pero se supone que se encontrarán muchos más entre las ruinas. Se calcula en tres mil el número de heridos ... »

Claro está que el único bombardeo franquista que Gironella describe en acción, en primer plano, como diría su abogado defensor, es un bombardeo ... de pan, en Gerona.

Constantemente « fiel a la verdad de los hechos », el Sr. Gironella afirma a sus lectores que en noviembre del 36 atacaron Madrid « tres mil quinientos hombres fatigados que avanzaban por la ruta del moro Muza ».

Si entre sus copiosas lecturas de libros, monografías, revistas, periódicos, archivos y folletos que tratan el tema de nuestra guerra, el autor de « Un millón de muertos » habiera echado un vistazo al número de abril de 1957 de la revista « Ejército » — obsérvese que se trata de una publicación del régimen — habría encontrado en él un artículo del comandante Martínez Bande y en el artículo la siguiente relación de unidades que en noviembre atacaron Madrid:

« Columna nº 1: I y II Tabor de Tetuán, VI Bandera del Tercio
» 2: I y III Tabor de Melilla, I Bandera del Tercio
» 3: I y III Tabor de Alhucemas, IV Bandera del Tercio
» 4: II Tabor de Ceuta, III Tabor de Tetuán, V Bandera del Tercio
» 5: VIII Bandera del Tercio, I Batallón de Argel, un Tabor de la Mehal-la
» 6: Un Tabor de la Mehal-la, un Batallón de Voluntarios de Sevilla, un Batallón de Voluntarios de Canarias
» 7: III Batallón de Toledo, V Batallón de San Quintín, un Tabor de la Mehal-la
» 8: VII Bandera del Tercio, Bandera de Falange de Marruecos, Bandera de Falange de Cáceres, una Compañía de marinería, Tiradores de Ifni y Mehaznia
» de Caballería: siete Escuadrones de Sables, dos Escuadrones de Armas automáticas ».

Naturalmente, a estas fuerzas hay que añadir las abundantes de Aviación y Artillería y las de Intendencia, Sani-

dad, Transportes, Transmisiones, etc. etc.

Como se verá, lo de los 3.500 hombres es pura fantasía.

La versión que da Gironella del « putsch » faísta-trotskista de mayo del 37 en Barcelona es, como tantas otras páginas de su libro, historia al revés. Según él, fue la Generalidad de Cataluña la que atacó a la FAI y al POUM a instigación — esto está insinuado — de los comunistas. Sorprendidísimos, « los anarquistas abrieron ojos como granadas de mano » — nos cuenta Gironella con impresionante imagen — y « de toda la región empezaron a llegar a Barcelona escuadras de la FAI ».

Lo ocurrido, sin embargo, es notorio. Mientras, al choque con la realidad, en una parte de las masas influídas por el anarquismo y de los dirigentes cenetistas se operaba un proceso de abandono progresivo de sus utópicas concepciones, otros, la mayoría de los militantes faístas, proseguían, empecinados, el camino de las locuras seudorrevolucionarias, de la « organización de la indisciplina », del cantón y del desmán. En ellos se apoyaba el clan de provocadores y aventureros que dirigía el POUM. Estos y los grupos específicos de la FAI organizaron el « putsch » de mayo, al cual, con su demagogia, consiguieron arrastrar a algunos trabajadores.

« ¡Llegaron anarquistas incluso del frente! » exclama Gironella con fingido candor. La verdad es que el « putsch » se organizó sobre la base de retirar del frente diversas divisiones controladas por los faístas, lo cual hicieron. Al beneficiario de todo esto no hace falta nombrarle.

Los fines que perseguía el « putsch » aparecieron claros. Se trataba de romper el Frente Popular, de establecer, en Cataluña por lo menos, el poder de la FAI y del POUM, de liquidar el Ejército Popular, de dividir y desorganizar los frentes y la retaguardia.

Está comprobado que los agentes de Franco en Cataluña intervinieron activamente en la preparación de este artero golpe contra la República. En el III volumen de los « Documentos Secretos del Ministerio Alemán de Negocios Extranjeros », publicados por norteamericanos, ingleses y franceses tras la guerra mundial, el Sr. Gironella podría haber hallado — entre otros documentos que le hubieran sido muy útiles — un despacho del embajador alemán en zona franquista a su Gobierno, en el cual se decía:

> « En cuanto a los desórdenes de Barcelona, Franco me ha informado que los combates de calle habían sido iniciados por sus agentes. Como Nicolás Franco me dijo después, en total ellos tenían 13 agentes en Barcelona. Uno de éstos había informado mucho antes que la tensión entre comunistas y anarquistas era tan grande en Barcelona que podría garantizar el hacer estallar el combate entre ellos. El Generalísimo me dijo que primero no había prestado confianza a estos informes de sus agentes, pero que luego los había confrontado con otros que lo confirmaban. Intentó primero no hacer uso de esa posibilidad hasta que hubiese empezado una operación en Cataluña ... pero había juzgado propicio el actual momento para iniciar los desórdenes en Barcelona ... »

Cuando traza representaciones literarias de los comunistas, en un escritor burgués se pueden explicar muchas cosas; no sólo su desacuerdo con nuestra ideología y nuestra política, sino desconocimiento e incomprensión de los tipos representados, aunque si éstos son personajes históricos o que aparecen vinculados con hechos históricos, al escritor ha de exigírsele un elemental rigor documental. Lo que no resulta

legítimo, ni siquiera honesto, es la deformación buscada y sistemática, es la mala fe.

En un libro como éste, que — repitámoslo por lo que ello cuenta — más que una novela quiera ser una crónica de la guerra, nadie espere a encontrar una palabra que se refiera a la aportación masiva y heroica que los comunistas dimos en los frentes, ni al denonado esfuerzo del Partido para reorganizar el Estado republicano y para crear un Ejército regular disciplinado y apto y una industria de guerra, ni a la profunda reforma agraria que realizó desde el Gobierno, ni a su lucha contra el analfabetismo y por extender la cultura entre el pueblo.

Las representaciones de comunistas que nos da Gironella, en las cuales se conjugan la ignorancia y la aviesa intención, son una mixtura de los más desacreditados tópicos de la propaganda franquista y de las deformaciones de Koestler, tan pasadas de moda, por su manifiesta irrealidad, incluso en los círculos reaccionarios que un día le jalearon.

Dejemos a un lado las calumnias que, en general, son del más grosero cuño, y recojamos estas dos perlas.

Ignacio-Gironella nos define el comunismo diciéndonos que en él « tiene los mismos derechos un veterinario que un caballo ». (Sentada esta premisa, resulta sencillísimo polemizar con el comunismo).

Gironella, a secas, nos presenta un comunista húngaro que se ha hecho tal porque sueña con un Estado que mate a un tío suyo, rico, al que no puede ver, y ayude, sin pedirles nada, a dos hermanas siamesas que le dieron mucha pena cuando las vio, de muchacho, en una función de circo.

El antisovietismo de Gironella es de idéntica manufactura. Impertérrito, nos afirma que los quioscos de periódicos de Gerona estaban llenos de folletos titulados: « La reforma sexual en Rusia », « Diez sistemas para abortar ». De su cerebro extrae un fantasma nuevo y nos lo brinda: es un « agente de Moscú » en Gerona, Axelrold, del cual su progenitor nos dice que, al salir para España, le dieron en la URSS la siguiente clave de trabajo: « Mentir, mentir y mentir ». Este fantasma dice cosas muy divertidas: « No hay prisa » (para ganar la guerra). « ¿ Qué importa la victoria ? » (Y esto último se lo atribuye a Lenin que, claro está, no lo ha dicho en ninguna parte). Por fin, en su delirio, Axelrold envía a Moscú un mensaje de cuyo texto no queremos privar a los lectores de nuestra revista. He aquí la hilarante enormidad: « En opinión del abajo firmante, el pueblo español es de por sí soberbio, indisciplinado, religioso y sensible a la amistad, lo cual le imposibilita para ser comunista en sentido nato », (sentido, dicho sea de paso, que los comunistas no sabemos en qué consiste, pues si algo en este mundo no nace, sino que se hace, es un comunista). Gironella cita entre comillas, como habiendo sido escritas por Ehrenburg, sandeces que, naturalmente, Ehrenburg no ha escrito nunca. Y de este apasionado amigo de nuestro país dice, sin que podamos adivinar en qué funda su aserto, « que no ama a España ».

Pero del rigor documental de Gironella, de su objetividad y de su « lealtad a la verdad de los hechos » pocas cosas dan idea tan cabal como este florón:

Página 716 de « Un millón de muertos ». Conversan el Presidente del Gobierno republicano, doctor Negrín, y el embajador soviético, Gaiskis. La conversación tiene lugar en la primavera de 1938, poco después del corte del territorio republicano por Vinaroz, según precisa Gironella. Negrín pregunta a Gaiskis:

« — ¿ Y las divisiones rusas que me fueron prometidas ? »

Y Gaiskis responde:

« — Dada la actitud de Hitler en la conferencia de Munich, razonable y conciliadora, constituiría una provocación ».

« Se trata de atacar por el Ebro, de cruzar por sorpresa este río ... » — sigue precisando Gironella.

Obsérvense los diversos disparates reunidos en estas líneas. Por un lado, como es bien sabido, la URSS nunca « prometió » divisiones a la República española, y mal podía preguntarle, pues, Negrín al embajador, por ellas Pero, además, vemos que Gaiskis opina — ¡y cómo opina! — acerca de los resultados de la Conferencia de Munich meses antes de que ésta se reuniera.

En la conversación se está hablando del futuro paso del Ebro por nuestras tropas, cruce que aún no se había efectuado, naturalmente, y que se llevó a cabo el 25 de julio de dicho año. En lo que se refiere a la Conferencia de Munich, ésta se celebró como todo el mundo sabe, a finales de septiembre.

✱

En algunos nomentos, este concienzudo autor de novelas históricas nos lleva de la mano al reino de la ultrapedia pura, como diría él tan inclinado a lo puro, a lo nato y a lo consustancial. Así nos cuenta que los internacionales cantaban « El joven guardia ». (Suponemos que se trata de « La joven guardia », himno de la Juventud Socialista Unificada). Así nos revela, aunque los que vivimos la guerra no nos enteráramos de ello, que, en la zona republicana, las mujeres estaban obligadas a « llevar alpargatas y no zapatos con tacón alto », y a « no pintarse las cejas ni para arriba ni para abajo ». Así resulta que la derrota de las tropas italianas en Guadalajara fue debida a imponderables atmosféricos, ya que, según la versión de Gironella, « habiendo avanzado con arrojo y pericia, de pronto la infantería se encontró inmovilizada en el barro ... mientras los carros de combate y otros vehículos motorizados ... no podían ni siquiera hacer marcha atrás ». Precisamente, lo que hicieron magistralmente los conductroes de los vehículos italianos fue eso: marcha atrás. En tanques y blindados se retiraron por la carretera de la Alcarria, a toda prisa, buena parte de los soldados de Mussolini y en tanques y blindados los perseguimos nosotros. Y le estoy contando al señor Gironella algo que viví.

Con idéntico rigor histórico, Gironella nos cuenta que en las colas del Madrid sitiado « era frecuente que las mujeres se pincharan con alfileres para provocar alborotos y ganar puestos ». Nos habla de una mujer que denunciaba sacerdotes « a cien pesetas cabeza » (No nos dice quién se las pagaba). Y nos hace trabar conocimiento con un espía franquista que atraviesa las líneas « disfrazado de miliciano de la División Líster », disfraz cuya particularidad no acertamos a discernir, pues todos los soldados del Ejército Popular llevaban el mismo uniforme. Por cierto que del jefe inmediato de este espía, Gironella nos relata la siguiente bobada: « Cuando en Madrid se sospecha de él y le siguen los pasos se carga un cura y ello le proporciona un respiro de unas cuantas semanas ». A propósito de Enrique Líster, el cerebro de Gironella alumbra variadas invenciones, unas, simplemente calumniosas, otras, francamente divertidas. En una de estas últimas, y ella bastaría para dar idea de la veracidad de los otras, nos afirma que, como la aviación inspiraba temor a los soldados, « Líster pensó en publicar un bando prohibiendo mirar al cielo » (Por desgracia para la Historia, el historiador no nos aclara si Líster llegó a publicarlo.)

✱

En cuanto a los personajes de « Un millón de muertos » diremos que, en

general, los adictos a la sublevación son escasamente representativos. Los de nuestro campo son falsos en su inmensa mayoría, y no pocos, entes deformes, concebidos así por el autor para lograr los efectos tendenciosos que se proponía. Pueden exceptuarse de tan burda falsificación el Dr. Rosselló, en cuanto tipo que en su medio profesional e ideológico se dio con frecuencia, y, en ciertos de sus rasgos, a otros de los masones. Pero obsérvese: los tipos de nuestra zona que en la novela están trazados con alguna preocupación de realidad son los que no combaten, los que dudan (Rosselló y varios de sus cófrades de logia, David y Olga y el citado Julio, derrotista y prevaricador).

No podía ocurrir de otra manera. El hombre es un complejo y cambiante producto histórico, y cuando el novelista falsea la historia, el ambiente histórico, las ideas y los sentimientos de las fuerzas en presencia en un período determinado, necesariamente ha de falsear también sus personajes, ha de hacerlos convencionales, en lo esencial, irreales.

Gironella maquilla a unos — por ejemplo a sus falangistas — con tintes rosa y embadurna a otros — a los combatientes populares — con chafarrinones negros. Todo ello trazado no a pincel, sino con brocha gorda.

Son pintorescas y confirmativas de que la reacción ultramontana de nuestro país jamás se considera suficientemente bien servida, ciertas críticas que se han hecho a Gironella, reprochándole haber dado trato de favor a los personajes de izquierda. En este punto, de nuevo el Padre Llanos corre en su auxilio y de nuevo al abogado se le va mano. « Y por ejemplo — dice en « Ya » — para hacer justicia acerca de lo que el autor piensa de determinados grupos nacionales, habría que haber citado a la galería de tipos femeninos de la novela, que, a mi modo de ver, compendian lo más puro y lo más auténtico de estas históricas actitudes: Carmen Elgazu, desde la vivencia tradicionalista; Marta, desde la falangista; su madre, desde la castrense; la esposa de La Voz de Alterta, desde la simplemente derechista ... ¿ Puede haber apologética más delicada, más bella y más profunda ? »

(¡ Vamos, Sr. Calvo Sotelo, desarrugue Vd. el ceño, que ya ve que al fin y al cabo! ...)

Al empezar este artículo, me proponía decir algo acerca de las exigencias que presenta la creación de personajes en la novela histórica, de las particularidades de la tipificación en el episodio nacional; pero me doy cuenta de que tal propósito resultaría desmesurado, no sólo por las nuevas cuartillas que necesitaría, sino con relación a la entidad del motivo originario de este trabajo. Ya lo intentaremos en otra ocasión.

« Ni de derechas ni de izquierdas ». En verdad el espíritu de esta novela es completamente reaccionario con las formas y los límites con que una novela, que trate el tema de nuestra guerra, puede serlo veinticinco años después si quiere conservar alguna posibilidad de audiencia.

El mencionado Padre Llanos — incansable descubridor — descubre igualmente la diana a que apunta « Un millón de muertos » cuando dice: « Tal planteamiento y como lo ha hecho nuestro novelista es beneficioso, altamente beneficioso, benemérito ». « Especialmente mirando a los espíritus de estas generaciones desorientadas que nos piden, recelosas, testimonios de verdad ».

He ahí la clave para su lectura. « Un millon de muertos » ha sido escrita con el propósito de mantener la confusión en esos espíritus, sorprendiéndoles con el señuelo de unas variantes, de un acento que no es el de las ya inservibles versiones franquistas de nuestra guerra.

Disertando en Estados Unidos acerca de la novela española actual, el Sr. Gironella ha afirmado: «¡Fuera con la truculencia! ¡Fuera con la chabacanería! ¡Fuera con las basuras!»

¡Fuera!, le coreamos nosotros sin poder evitar que el pensamiento se nos vaya a esta novela suya.

«Queremos ternura, amor y verdades», añade él.

Con verdades nos hubiéramos conformado en este caso. Desgraciadamente, en «Un millón de muertos» hemos hallado muy pocas de las que se escriben con minúscula y no hemos encontrado, por ninguna parte, la Verdad que pudiera escribirse con mayúscula: la Verdad de nuestra guerra.

J. IZCARAY

« MONOLOGO DE UNA MUJER FRIA »

de Manuel Halcón

« Monólogo de una mujer fría » es una novela donde se testimonia la actitud de la clase capitalista — y sobre todo de los terratenientes españoles, a los que Halón pertenece — ante los problemas y ante la vida actual de nuestro país.

Halcón se vale de la novela como artificio para anotar sus particulares impresiones y puntos de vista sobre diversos asuntos. Ahora bien, estas impresiones son valiosas y revisten importancia en cuanto Halcón es miembro de una clase — la de los terratenientes — y sus opiniones están respaldadas por el pensar, el sentir y el actuar de las gentes que la integran. « Monólogo de una mujer fría » es, en suma, la defensa y justificación de una clase situándola en una posición de superioridad frente a las demás, en virtud de unos atributos carismáticos que Halcón le concede.

La peripecia novelística es muy leve, pues sólo sirve de pretexto para que Halcón manifieste sus elegantes opiniones de señorito. Se ciñe a los amores de Anita Peñalver — la mujer fría — con Jesús. Ella es una viuda cuarentona, rica, hija y heredera de un prestamista, que ha entrado en « el gran mundo » por su matrimonio con un hombre que poseía un título nobiliario. Jesús es un noble linajudo, enamorado del campo y económicamente venido a menos. Estos dos personajes se sirven, alternativamente, el uno al otro de maniqueo para que Halcón exponga sus cínicas — deliberadamente cínicas — tesis.

Se trata, fundamentalmente, de una novela psicológica, pero el psicologismo de Halcón falla, no sirve, a la hora de interpretar la realidad social; la observación queda completamente desfigurada por los prejuicios de clase del autor. Veamos un ejemplo. Ana — Halcón — dice: « Si yo soy burguesa y pienso seguir siéndolo debo hacer lo posible para hacer burguesas a esas familias con vocación de tal. Nada de diez duros. Lo que haga falta para poner un negociejo bien estudiado y deseado por los que tienen espíritu de clase ».

« El sesenta por ciento de los indigentes son conservadores por temperamento. En esa amplísima cantera de los conservadores en potencia es donde yo elijo mis pobres ». Esta afirmación de que el sesenta por ciento de los indigentes son conservadores por temperamente es objetivamente falsa. Socialmente considerado, un hombre no es su pensamiento sino su actuación Puede darse el caso de que un indigente sea temperamentalmente conservador, pero en un momento determinado las condiciones de vida le convierten en un revolucionario. Es evidente que un indigente no politizado se convierte en conservador cuando le ponen un negocio, pero esto son hechos aislados; los obreros, los indigentes, como clase son revolucionarios. Para cerciorarse de esto, al señor Halcón le bastaría repasar un poco la Historia, desde la revolución socialista de Octubre de 1917 hasta la reciente de Fidel Castro.

Más adelante, Halcón apunta motivos y razones suficientes para que los desposeídos sean una clase revolucionaria: « ... hay que tener lo de uno y si es posible lo de los demás porque de esos

demás nadie puede fiarse». Existe una evidente contradicción entre estas palabras y el intento de conservadurizar a los indigentes, montándoles un negociejo, que pone de manifiesto las verdaderas intenciones del capitalismo y la vana palabrería en que vienen a quedar los «grandes principios» justificativos que éste esgrime. ¿El ejercicio de la caridad puede acabar con las injusticias sociales? El más lerdo lo dudaría después de leer al señor Halcón.

A lo largo de la novela, Anita Peñalver, mujer de sensibilidad cultivada, aguda, tiene frases y pensamientos de desprecio hacia las personas que constituyen la esfera aristocrática en que ella se mueve. Condena ciertos aspectos de reaccionarismo, de incultura y frivolidad, pero todo se queda en una condena puramente formal. La condena es del propio Halcón, el cual desde el principio al fin de la novela adopta una postura irónica, por encima del bien y del mal, pero a cuyo través se le vé claramente afincado sobre una base económica que defiende, codo con codo, junto a esas gentes que desprecia en los matices formales. Téngase en cuenta, además, que, hoy por hoy, es imposible escribir nada en España sin criticar — por lo menos en apariencia — algunos aspectos de la sociedad. Es imposible — maticemos — si se quiere encontrar lectores privados y voluntarios.

En «Monólogo de una mujer fría» se deforma y falsea la realidad. El mundo en que viven Anita Peñalver y Jesús está dado en la novela con cierta fidelidad, pero cuando el autor hace hablar o pone en contacto a esos personajes con los problemas vivos y acuciantes que están planteados hoy en nuestro país procura evitarlos, envolverlos en papel de celofán o dar una interpretación arbitraria de los mismos sin que acepte, aunque sea para discutirla, la realidad de la vida española. Así, vemos como Anita, entre comprensiva y bonachona, tacha a Jesús de «comunistoide», porque éste justifica el poco trabajo de los andaluces, huye de las fiestas, tiene apego al campo y está resentido con terratenientes absentistas. La misma sensación de falsedad dan los diálogos con el taxista, etc.

La novela, a pesar del tono cínico y frívolo que el autor ha querido imprimirle, creo que está escrita con sinceridad, que realmente siente lo que escribe. Después de leer la novela uno cree que el cinismo de Halcón es — como escribió alguien — «una confesión sin arrepentimiento». Halcón, además de terrateniente es director de SEMANA — la revista de las peluquerías —, colabora en ABC — el periódico de los terratenientes —, fué candidato a concejal por una candidatura monárquica — lo que dió lugar a una divertida polémica entre él y Muñoz Calero, el Presidente de la Federación de Fútbol que pronunció el célebre: «Vencimos a la pérfida Albión», polémica conocida por la «cuestión de las termitas» — es fundador del premio Juan Palomo ... Con «Monólogo de una mujer fría», además, pretendía extender su actividad múltiple a un Salón de la Academia Española. A tal fin, las ediciones de la novela se multiplicaron como por encanto; Halcón se autoentrevistó declarándose novelista de mérito, sin escuela, «conocido» por tal y cual característica, etc. etc. Pero afortunadamente, los académicos españoles supieron tener dignidad. En el país donde los terratenientes lo tienen todo: la riqueza, el poder político, el consumo de lujo, los generales y los obispos, etc. por lo menos, aún se les resistió el ámbito académico que Halcón quería invadir. La lucha fué dura, sin embargo. Después de una votación infructuosa, el mismo Franco quiso imponer la candidatura de Halcón. Los académicos, entonces — encabezados por Laín Entralgo, Camilo José Cela y muchos más — amenazaron con dimitir. Al final, se llegó a un acuerdo. Halcón retiraría su candidatura y, a cambio, los académicos renunciarían a elegir a su correspondiente candidato: el Profesor Rodríguez Moñino. Aunque parcial, ésta

fué una victoria contra la Dictadura de hondo significado. Rodríguez Moñino es uno de esos hombres ejemplares, que entregan su vida a la cultura patria, desde posiciones poco brillantes y poco remuneradoras; pero, además, tiene antecedentes «rojos», es decir, defendió a la República durante 1936—39. Así, al cabo de veinticinco años de la guerra civil, dos símbolos se enfrentaban para el sillón vacante de la Academia Española. El que el conflicto acabara en empate, además de revelar la monstruosa discriminación que Franco se empeña en perpetuar, revela también que los señores del «brandy» y del olivo, de las ganaderías de reses bravas, de los cotos de caza; los hambreadores del pueblo campesino, que detentan el poder, no son capaces todavía de corromper y sobornar a la inteligencia de nuestro país.

Estas circunstancias explican que NUESTRAS IDEAS se haya ocupado de la novela de M. Halcón.

AVELINO RODRI

« LA ZANJA »

de Alfonso Grosso

Casi amanece sobre este pueblo andaluz, cuando comienza la acción de la novela. Un hombre tísico va apagando los farolillos de aceite que, con sus luces rojas, señalizan las obras de conducción del agua en la Calle Real del pueblo. En muy poco tiempo será ya de día y el lector sabrá que las zanjas que se abren en el asfalto de la Calle Real significan, en ese día, el único trabajo que se les ofrece a unos pocos hombres de este pueblo. Muy pronto, pasada la misa del alba, llegan a la Plaza los obreros sin trabajo. Para el otoño, cuando la aceituna se recolecte, habrá trabajo durante unas jornadas en los campos. Por ahora, en esta mañana que anuncia un cálido día de verano, a los hombres que no trabajan en las zanjas (a la gran mayoría de los hombres de este pueblo) únicamente les queda esperar que alguien les contrate para algo. A la noche regresarán a casa, donde (el verano es corto y con cualquier cosa se pasa) cenan pan con aceite, untado en ajo.

La más auténtica calidad de « La zanja » (1), novela de Alfonso Grosso, consiste en el relato de la inmovilidad, la desesperación y la angustia de estos hombres, a lo largo de doce o catorce horas que son iguales a casi todas las jornadas del año. En « La zanja » pulula todo el pueblo, por ella cruzan representantes de muy variadas clases sociales, pero son estos hombres y su trágica aventura de parados forzosos lo que convierte a esta buena novela en un testimonio acre y verdadero de una de las más dolorosas realidades de nuestro país.

De casi todas las clases sociales. Porque en este pueblo andaluz, que es bello, que casi puede ser alegre y en el que la tierra daría a todos de comer, hay una Colonia de veraneantes. El pueblo está cercano a la capital y los chalets que forman la Colonia fueron construídos, en tiempos, para los habitantes del lugar, que naturalmente nunca llegaron a ocuparlos, a pesar de su bajo precio. La burguesía de la ciudad los detenta actualmente o los alquila al personal norteamericano de la cercana Base Militar. En el pueblo viven también el tabernero, la dueña de la posada, el chófer de un camión que sirve para todo, la prostituta; al pueblo llega el Teniente de la Guardia Civil (a inspeccionar los ejercicios de tiro

(1) *Ediciones Destino.*

del somatén) una pareja de organilleros vagabundos y ex-presidiarios, un señorito chulo, y Eugenio.

Eugenió nació en el pueblo y en él vivió hasta que el hambre le empujó fuera de su tierra, fuera de España. Es un buen obrero, sabe trabajar y lo ha demostrado, cuando ha tenido la oportunidad. En Paris, en la fabrica Citroen, gana lo suficiente para vivir, algo que en su pueblo ningún obrero ha soñado en ganar jamás. Ha vuelto unos días a casa y trae dinero para beber « cocacolas », para invitar a los amigos, para lucir su camisa nueva y tirar al blanco en la feria o ir a la segunda sesión del cine. Es aparentemente feliz. Hasta que sabemos: primero, que ya ha descubierto la explotación del trabajo industrial del capitalismo; segundo, que sufre el desarraigo, la soledad y la tristeza del exilio; tercero, que en unos años le será humanamente imposible hacer este viaje de ahora, porque no tendrá ni amigos ni la esperanza de casarse con una muchacha de su lugar.

Pero aún así a Eugenio le suplican que les lleve al paraíso de su Citroen donde se gana para no pasar hambre. Se lo suplica machaconamente un hombre que trabaja en las zanjas de la Calle Real, un privilegiado mientras duren las obras o no sea despedido, porque en la Plaza sobran hombres y quien no maneje el pico sin cesar, quien proteste o sencillamente trate de mejorar su condición laboral, puede ser muy fácilmente sustituído.

Mientras tanto, los sargentos norteamericanos beben junto a las piscinas donde sus mujeres se bañan, se tienden en los « morris » al regreso (en automóviles último modelo) de su trabajo en la Base, dan fiestas en los jardines. Mientras tanto, los veraneantes ocupan a algunas de las mujeres del pueblo como criadas, dan fiestas en los jardines, se tienden en los « morris », viajan en sus automóviles a la ciudad, les inquietan sus pequeñas historias de alcoba, hacen excursiones y recuerdan el origen de sus fortunas en ascenso a partir del final de la guerra civil. Mientras tanto, los terratenientas, a la caída de la tarde cuando la temperatura baja de un golpe diez grados, salen de sus casas y, sentados a la puerta del Casino con sus claros trajes de hilo, comentan las incidencias locales yelogian la sagacidad del alcalde para resolver la inquietud de los sin trabajo.

En « La Zanja » mueve Alfonso Grosso todo este mundo y lo hace vivir a lo largo de un solo día. Se trata, por tanto, de una novela con personaje colectivo, en la que las diversas historias avanzan a un ritmo igual y de cuyo conjunto el autor destaca a un único personaje: el tuberculoso que, impedido para picar la tierra, está encargado de mantener encendidas por las noches las luces indicadoras de la obra. Se llama Carlos, es joven, le faltan cuotas para ingresar en un sanatorio del Seguro de Enfermedad, posiblemente no llegará a vivir lo suficiente para llegar a entrar en él. La historia de Carlos va en bastardilla para destacarla aún más de las del resto de los otros personajes. ¿ Por qué ?. No es valiente como lo son otros, descuida su trabajo, no parece muy inteligente, ni muy capaz de una acción de protesta. Pero es un hombre que mantiene encendidas las lucecillas, se duerme, las encuentra apagadas, lucha (a la noche cuando el calor se ha resuelto en una tormenta) con la lluvia para mantener, mejor que peor, una trémula llama en el farolillo.

Pedro el de Nieve, que es un corajudo luchador, Eugenio, Chico-Mingo y otros muchos son el proletariado. Carlos es el pueblo andaluz, humillado, golpeado, agonizante, tercamente dispuesto a no morir.

Esta novela de Alfonso Grosso, escritor hasta ahora sólo conocido por un

premio « Sésamo » de cuentos, está dentro del nuevo realismo que ha creado una novelística en el país y en el que descansa la mejor esperanza de nuestra literatura. Ante un mundo de una riqueza humana extraordinaria, la técnica de Grosso destaca por su clarividente sentido del relato. Minuciosamente estructurada, la novela mantiene un movimiento casi continuo, sin quebraduras, sin embrollamientos. El peligro de un naturalismo costumbrista está más que superado por los contenidos sociales de la narración. No se describe fríamente esta parcela social ni se la analiza con una perspectiva estética. Grosso se sitúa en un plano de realismo crítico y con justeza lo desarrolla, cuidadoso de establecer la verdad de lo que ve.

Todo esto resulta aún más meritorio literariamente e indica las firmes calidades de novelista que posee Alfonso Grosso, si se considera que « La zanja » es una novela « bien escrita » en el más peyorativo sentido esteticista que se pueda encontrar a la expresión. Narrada en presente de indicativo, con un lujo verbal a veces artificioso, su forma bordea el barroquismo. Y si no cae en él, si la superabundancia de estilo casi nunca es gratuita y permanece subordinada a los contenidos narrativos, habrá que atribuirlo a esa calidad literaria de Grosso y a la naturaleza de los indicados contenidos.

En el libro resalta la influencia formal de Valle-Inclán, por ejemplo, y de Faulkner sobre todo. « Cada uno de los trozos (de una carta quemada) anuncia el viaje y anuncia la llamada telefónica y anuncia la entrevista y anuncia el momento solemne del trueque, del rescate, y como éste ha de ser llevado a cabo lo más discretamente posible, como si se tratara del rescate de un niño, o el rescate de un prisionero de guerra, o se tratara del rescate de una mujer y no del rescate de un trozo de vida simplemente orlado ahora por el prurito del falso honor en el que no creen ni una ni otro ».

La longitud de la cita está justificada para dar una idea aproximada de a qué extremos faulknerianos llega en ocasiones la prosa de « La zanja ». Habrá que considerar también que ambos son novelistas sureños de unas realidades semejantes en sus líneas generales (proceso de descomposición de una clase explotadora y opresión esclavista de la clase trabajadora), para entender el influjo del viejo escritor norteamericano sobre el español. Pero lo que esto plantea es el decisivo problema (ahora imposible de desarrollar por falta de espacio) del realismo y sus formas en la novela española. Como supuesto previo hay que establecer la variedad de formas expresivas que el realismo puede adoptar, que está adoptando en las novelas de los jóvenes autores. Y, en segundo lugar, la consideración de adjetivos que conviene dar a los problemas de forma, tal como Grosso, inconscientemente quizás, demuestra en « La zanja ». Es decir, que sobre las peculiaridades variadísimas de que es suceptible el realismo y sobre la ausencia de lo que se podría definir como « formalismo realista », la carga ideológica del realismo es suficiente para, en unas condiciones literarias no aptas, crear o empezar a crear una literatura de primera fila.

Es posible (y considero un deber así advertirlo, por la admiración y la sopresa que causa « La zanja ») un extravío literario en futuras obras, debido a la utilización desconectada de ese esteticismo formal. Pero, desde luego, resulta correcto apostar sin mayores reservas por un escritor como Alfonso Grosso, que tan certeramente ha narrado la vida auténtica de un pueblo andaluz hambriento, en donde los hombres ansían sobre todo trabajar, en donde, de repente, se canta por

unos momentos, en donde con un pulso firme se descarna uno de los trozos más oprimidos de esta tierra y sus hombres explotados. «La dulce y bienhechora lluvia que engordará la aceituna». En esta esperanza, que los rojos farolillos alumbran, termina la primera e importante obra de un nuevo novelista español.

Gabriel Ruiz

Teatro

« EL TINTERO »

de Carlos Muñiz

DIDO, Pequeño Teatro de Madrid, ha presentado dos obras que tienen cierta unidad, pues pertenecen a dos autores del llamado grupo « de jóvenes airados ». Estas dos obras son « UN SABOR A MIEL », de Sheila Delany, y « EPITAFIO PARA JORGE DILLON », de John Osborne. No nos detendremos en examinar detalladamente estas dos obras. En general, el repertorio de DIDO es muy desigual. Un teatro experimental, de cámara, está llamado a dar a conocer autores y obras nuevas, desconocidas en España, a buscar nuevos caminos en el arte dramático, etc. pero ello no está reñido con una elección más cuidadosa. Creemos que se podría evitar el eclecticismo, evitar obras que nada dicen al público español, ni siquiera al más minoritario, como se puso de manifiesto en la representación de la dos piezas citadas. Teatralmente débiles, sobre todo la de Osborne, con unos problemas y una solución de éstos al margen de los intereses teatrales del espectador español, la elección de estas dos obras no nos pareció acertada. En cuanto a la « audacia » y « crudeza » — problemas sexuales, constante vestir y desvestir en escena — nos parece que hubieran estado mejor aplicadas si hubiese intentado DIDO presentar obras y autores que el público español está esperando con verdadera ansiedad. ¿Por qué no Brecht o Gorki? Son muchas las cosas que se pueden hacer hoy día en España.

EL G. T. R.

Sin pararnos en el examen de « VESTIR AL DESNUDO », de Pirandello, obra con que comenzó sus actuaciones el G. T. R. no comprendemos por qué fué este autor y con una obra tan floja quien inaugurase el G. T. R.

Pasaremos al análisis de « EL TINTERO » de Carlos Muñiz. El interés que suscitó la farsa de Muñiz se vió claramente en las sesiones de precios populares — con un lleno total — donde se comprobó que, si la obra es buena y los precios accesibles a aquéllos que verdaderamente se interesan por el teatro, la crisis teatral, por lo que respecta al público, no es tan grave como algunos pretenden. Cuando se ofrecen buenas obras y hay que reconocer que esta temporada ha supuesto una indudable renovación — baste recordar « EL JARDIN DE LOS CEREZOS » de Chéjov, « YERMA » de Lorca, y « LAS MENINAS » de Buero Vallejo —, entonces el público acude, aunque a veces ello suponga un sacrificio. Lás-

tima que el teatro Recoletos donde actúa la compañía del G. T. R. sea tan pequeño y reduzca tanto el número de posibles espectadores. Pero dejemos estas tristes reflexiones cuyas causas son de origen extrateatral y que sólo la solución de otros problemas más urgentes puede ayudar a resolver.

Veamos, pues, « EL TINTERO ».

Si quisiéramos resumir la obra, diríamos que es el choque de dos fuerzas desiguales: el hombre, como individuo, se enfrenta con la sociedad. Este y no la burocracia es el tema del « EL TINTERO ». La burocracia es el fondo, la realidad concreta, las « circunstancias típicas », según la expresión de Engels, en que se desarrolla ese otro tema indicado. En la farsa de Muñiz, el hombre es un pequeño empleado y la sociedad, una oficina cualquiera. Lo primero que se le puede objetar al autor es que « ha exagerado », que « en la realidad las cosas no son así ». Nosotros dividiríamos esos reproches hipotéticos en dos grupos: uno, los que olvidan el género dramático de la obra — es una « farsa » —, las características peculiares del género, su derecho e incluso obligación a recurrir a la exageración, a la hipérbole; otro grupo, los relacionados con el personaje central, en el que la exageración se refleja no tanto en la acumulación de rasgos grotescos, sino en la acumulación de desdichas. Aquí ya el espectador tiene derecho a protestar: a Carlos Muñiz « se le ha ido la mano ».

Pero veamos más de cerca esas dos fuerzas opuestas y, repetimos, desiguales. Un pequeño empleado — Croc — cuyas características recuerdan extremadamente al héroe de « El Capote » de Gógol, se enfrenta a toda su oficina, desde los jefes a los más humildes empleados. Este choque, es preciso reconocerlo, es totalmente inofensivo y muy modesto: come en las horas de trabajo, habla con los amigos, le gustan las flores y los libros y no el fútbol. Como vemos, Croc es un rebelde muy modestito. Es muy importante destacar esto, puesto que, a nuestro juicio, el mayor fallo de la obra reside en el personaje central.

Pero vayamos por partes. Croc se rebela modestamente, pero se rebela. La sociedad se indigna y le expulsa. La mujer renuncia a él, le engaña con otro hombre. Su mejor amigo — por culpa del propio Croc — es acusado de asesinato y ejecutado. Croc, solo, abandonado por todos, se rebela por última vez y se suicida. La sociedad — los mismos personajes que ya son otros, detalle muy importante porque subraya el tipismo del personaje « sociedad » — se compadece, lo olvida y marcha dejándole muerto en la vía del ferrocarril. Aquí debería terminar la obra ...

¿Quién es esa fuerza adversa que mató a Croc?. La oficina, la familia, el ambiente que como una célula refleja en sí todo el complejo cuerpo de la sociedad. El principal mérito de Carlos Muñiz reside precisamente en la descripción de aquélla. Con rasgos grotescos, propios de una farsa, pasa ante nuestros ojos toda una galería de personajes desde el lacayo — el conserje — hasta el Director General — el capitalismo — pasando por todas las escalas sin olvidar el muy importante papel del Jefe de Personal, cancerbero de la oficina « célula de la sociedad ». Primero los tres empleados modelos, divertidos personajes trazados a grandes rasgos, pero cuyo retrato resulta completo. ¿Quién no ha encontrado en su oficina a un empleado modelo incapaz de matar a una mosca, pero dispuesto a vender al prójimo por una paga extraordinaria?. Después el administrador, quizás el personaje que en forma más completa reúne lo que en la obra haya de sátira directa contra la burocracia. Y llegamos al Jefe de Personal, causante inmediato de todas las desdichas de Croc. La culminación de la rebeldía de éste es su intento — ¡sólo intento! — de matarle. El Jefe de Personal es el instrumento, el fiel ejecutor de las órdenes

del Director General, personaje casi místico, inaccesible, tras el cual se escuda el Jefe de Personal para hundir a Croc. Las órdenes del Director General son la ley que rige, que determina toda la existencia de Croc y de la oficina. Pero, y esto es muy importante destacar, el culpable inmediato, el mal conocido, es el Jefe de Personal. Más de un espectador, al ver reflejada en aquella oficina toda la sociedad y concretamente España, pudo ver en este personaje la fuerza en que se apoyan los « Directores Generales » para someter y explotar a todos los Croc del mundo. Pero examinemos la figura del Director General que nos parece uno de los máximos aciertos de Carlos Muñiz. Ante todo, el Director General (« ¡las sociedades anónimas, »! gritó un espectador el día que vimos la obra) está representado en dos personajes que es uno — un mismo actor que en escena se despoja de los atributos del ser místico que es el Director General de la oficina de Croc para convertirse en otro Director General dispuesto a ayudarle y protegerle. Este segundo personaje se desenmascara para transformarse de « amigo » y « protector » en otro verdugo: el mismo verdugo. La figura del Director General está llena de ricos matices que demuestran la falsedad de la caridad, de la bondad del Director General — capitalismo — etc.

Esta es la sociedad con que se enfrenta Croc. ¿Cómo reacciona?. ¿Quiénes son sus amigos?. ¿Quién le ayuda, le sostiene?. ¿La familia?. Croc es un padre de dos hijos dispuesto a sacrificarse por hacer de ellos hombres — médicos —; en definitiva, por subirles en la escala social, arrimándolos a los que mandan, con lo cual el autor demuestra su incapacidad de salir del esquema de esa sociedad que condena.

La figura de la mujer de Croc le ha servido a Carlos Muñiz, únicamente, para privar a aquél de toda ayuda, de toda posible salida, pues ella, que debería ser el ser más propicio, contribuye a hundirle, a matarle, como un elemento hostil más, dentro del cuadro del mundo con que se enfrenta Croc. ¿Y el amigo? Ese sí está dispuesto a ayudarle; él, probablemente, también se enfrentó con esa misma sociedad. Y protestó. ¿Cómo? Renunciando a trabajar, viviendo de la caridad de los bonos que reparte la esposa del Director General, cuya caridad es totalmente falsa. Esto es una contradicción que quizás no advierte Carlos Muñiz.

Croc no sigue a su amigo e intenta llevar su protesta hasta matar al Jefe de Personal. No lo hace. Le repugna, le da asco y hasta es probable que se compadezca de su verdugo. ¿Habría sido esto una solución?. Habría sido una protesta anárquica, pero, al fin y al cabo, una protesta. Pero Croc es incapaz por su propia naturaleza de rebelarse de verdad. La rebelión no va más allá de comerse el bocadillo en las horas de trabajo. El cuadro es sombrío. Sin ninguna ayuda, rodeado de personas hostiles, la sociedad en su totalidad, Croc protesta por última vez y se suicida. ¿Es posible que nada sonría a Croc? Muerto, vuelve a encontrar a su amigo y oye el rumor de las olas del mar, se cumple el sueño de su vida. ¿Hace falta algún comentario a este final? Es doblemente falso, pues incluso desde un punto de vista puramente formal la última escena sobra, viene a ser como un pegote que nada agrega y sí diluye la fuerza de la escena anterior: la muerte de Croc y la sociedad ante esta muerte.

¿Hay en la vida Crocs?. Víctimas de una sociedad injusta, muchos. Pero tan indefensos, tan incapaces de protestar, tan víctimas, creemos que no. Croc como tipo resulta falso, irreal. Volviendo a la fórmula de Engels, citada en parte anteriormente, Carlos Muñiz ha logrado representar « las circunstancias típicas », pero no el « carácter típico ». Este resulta poco convincente, falseado, muy literario. Como sabemos, lo típico no es lo más frecuente. Un carácter típico

puede ser — es muy a menudo — aparentemente excepcional, pero siempre y cuando refleje un fenómeno que crece, un fenómeno que al fin y a la postre determine el desarrollo histórico. ¿Son así los verdaderos rebeldes?. Creemos que no. En este aspecto, como abstracción, como generalización — cosa inevitable en una obra de arte — Croc resulta falso.

Dos palabras sobre la realización: Julio Diamante totalmente compenetrado con la obra, nos pareció un director serio, profundo, que supo crear un espectáculo vivo e inteligente. En cuanto a los actores, destacó Agustín González que supo identificarse con su personaje, lo que determinó que los defectos de este último tuvieron que reflejarse en la labor del actor. Quizás haya contribuído con exceso a recalcar el carácter pasivo, de víctima, de Croc, dando a su personaje un sabor demasiado dostoievskiano en el peor sentido de la palabra. En algunos momentos parecía recrearse en los sufrimientos de su personaje, los bordó con esmero y placer. No obstante, su trabajo merece los más sinceros elogios, pues, no se trata de uno de estos actores intuitivos — eufemismo que oculta la ignorancia profesional del actor — y superficiales, sino que estudia bien su tipo y crea, o recrea para ser más exacto, el personaje literario, llenando de vida y de sentido cada palabra o gesto.

Amparo Soler Leal no tuvo posibilidades de lucirse. Su papel era pequeño y totalmente convencional desprovisto de toda autonomía, pues, existe únicamente en función del papel de Croc con el fin de negar a éste toda posibilidad de salida. Bien Roberto Llamas — el administrador —, Antonio Queipo — el Jefe de Personal — y los demás actores.

LUIS QUIROGA

« EN LA RED »

de Alfonso Sastre

Cuando termina la representación de *En la Red* y un personaje grita « ¡Asesinos! », los espectadores nos sentimos liberados, porque ese grito, que condensa y unifica nuestras opiniones coincidentes, es la salida por donde escapa toda la tensión, la apasionada angustia que hemos vivido desde el principio de la obra. Así culmina la más extraordinaria fusión entre público y escenario que conocemos en toda nuestra experiencia teatral. Sastre nos ha hecho participar a todas, aún a los más fríos y precavidos, incluso a los más hostiles, en el juego dramático; no se sabe donde terminan los actores y empiezan los espectadores; no se sabe, si al salir a la calle, iremos a nuestros asuntos o seremos detenidos por la Brigada Social; quiero decir, por la Policía militar que hemos visto en escena. Durante horas, durante días, vivimos también en « la red ».

¿ Por qué ?. Una explicación seria es imposible sin emprender un análisis bastante concienzudo y meditado. Quizá, al final de ese análisis, descubriremos que Sastre ha dado con la fórmula de una tragedia de nuevo tipo, la tragedia de nuestra época, con su héroe típico: el héroe que ha descubierto las leyes que rigen el destino y que, aún aplastado por él, es capaz de vencerlo ... Desgraciadamente, no tenemos tiempo para un análisis semejante. Por ello intentaremos dar una impresión rápida, todavía viva, del tumulto de sugerencias que la obra ha suscitado en muchos de nosotros, y sus causas.

En primer lugar está el tema. Es el más apropiado para conseguir esa triple identificación sorprendente entre el público — esto es, el pueblo — lo que ocurre en la escena y el pensamiento del autor. ¿ Teatro « social », teatro « comprometido » ?. La historia que nos cuenta Sastre *En la Red* es mucho más que la denuncia de unas injusticias sociales. Es mucho más, acaso, independientemente de lo que el mismo Sastre quiso que fuera. Esta es la primera experiencia a sacar de *En la Red:* su tema no es « la tortura », ni « la clandestinidad ». Su tema es un sector más concreto de la Historia que casi todos vivimos, el verdadero « tema de nuestro tiempo ». Ese tema es — y en esto conviene ser completamente claros — el de la lucha revolucionaria de las masas, encabezadas por organizaciones de vanguardia, los partidos comunistas, obreros y antiimperialistas, para acelerar la transformación de una sociedad, capitalista e imperialista, en otra socialista y liberada del yugo colonial.

Frente a esa lucha y esa transformación caben todas las posturas, claro está; pero no pueden ignorarse. Todos, sin excepción, incluso los peores enemigos de ese cambio revolucionario, se saben implicados en ellas. Por eso cuando alguien, como Sastre, hace de esa lucha y de esa transformación el tema palpitante de una trama drámática, los ciegos miran y los sordos escuchan. Alguien, sencillamente, lleva al primer plano la cuestión esencial, la decisiva

en la vida de todos; y, como esa cuestión está en la mente de la totalidad de los espectadores, ignorantes o cultos, sensibles o insensibles, apasionados o escépticos, nuestra atención se introduce en la escena desde el comienzo de la acción, dispuesta a permanecer allí, junto a los actores y al decorado, hasta que se le ofrezca lo prometido o se la defraude. He aquí, a nuestro juicio, la razón principal del apasionante interés que despierta la obra.

En segundo lugar, la obra de Sastre es realista. Pero hay que decir más. Hoy, no se puede ser realista ni aspirar a que el realismo interese al público sin tener una concepción justa de la realidad. En esto la literatura entronca con la ciencia: el hombre, el mundo, la historia, son como son, poseen sus leyes, su dialéctica interna, y el escritor como el científico, ha de procurar sumergirse en la realidad, conocerla, estudiarla, si pretende darla a conocer. El realismo ha sido y es el gran calumniado en las polémicas de escuela; lo que se presenta y critica tantas veces como «realismo» no es casi siempre más que la versión subjetiva, chata, fotográfica, que de la realidad nos da cualquier aficionado; esto es lo que explica que sea tan fuerte la tentación de escapar del «realismo» en los jóvenes escritores que persiguen la originalidad. Pero cuando el escritor se apodera de la realidad concreta, la domina, la despedaza hasta que aparecen las profundas raíces de su verdad, el realismo resulta la más original e intacta de las tendencias literarias.

Desde las primeras escenas de *En la Red*, nuestra atención, ya fuertemente solicitada por la importancia del tema, se siente irremediablemente vinculada al desarrollo de éste, sin que la defraude nunca hasta que cae el telón. La acción va concretando progresivamente la realidad temática en un lugar geográfico — un país colonial —, en un tiempo histórico — ayer, hoy — en un espacio físico — un departamento deshabitado —, en un momento determinado — cuando tiene lugar una redada policíaca de grandes proporciones —, en unos seres humanos que los azares de la clandestinidad han congregado. Con esos elementos, respetando siempre los límites que implican, Sastre nos ofrece una pintura viva de la lucha clandestina, sintetizando su presente — el de la acción dramática —, su pasado — los largos años de sacrificios — y su futuro — la victoria que se presiente ya; mostrándonos o relatándonos las formas múltiples que adopta, la extensión que alcanza, los conflictos a que da lugar en la conciencia de los que toman parte en ella.

La tortura es una de las consecuencias de esa lucha. Las visiones más superficiales de *En la Red*, se han quedado en la tortura por ser, quizá, la cuestión más ruidosa que allí aparece. Es justo que sea tan ruidosa, pero se equivocarían quienes aislasen ese problema del más general de la lucha revolucionaria. Sastre no lo aisla y, con el planteamiento que hace de él, nos ofrece un magnífico ejemplo de ese realismo artístico que hemos mencionado. Empieza por mostrarnos la faceta más inhumana de la tortura. La simple aparición del torturado basta y sobra para denunciar a todos los torturadores del mundo, incluyendo a la policía de Franco: es una gran mano ensangrentada que se acerca a los espectadores, que los hace retroceder y, en seguida, sentirse gigantes capaces de arrancar las garras de los torturadores. Después, Sastre profundiza en la realidad de la tortura. El militante clandestino no debe hablar nunca. Pero quedarse ahí hubiera sido falso, hubiera sido eludir la complejidad del problema. Leo, débil, habla. Al principio lo niega; después, lo reconoce; después sufre la tortura, mucho más

horrible que la física, que produce el dolor y la vergüenza de sentirse débil, de haber hablado. El espectador, siguiendo la obra, puede inclinarse a creer que todos hablan bajo la tortura. Pero esto es también falso: cuando Pablo sale entre los paracaídistas, todos sabemos que no hablará. La tortura en la escena es la atroz experiencia intransferible del torturado; el miedo del que no la conoce; un problema intelectual que discutir; un fenómeno que despierta sentimientos de amor, de desprecio, de ternura; un simple problema técnico derivado de la lucha, como para Pablo. Para este último, la debilidad de Leo es, simplemente, un peligro cuyos límites hay que descubrir; hasta que no descubre estos límites, Pablo es implacable para el torturado; cuando los conoce, se muestra comprensivo, alienta a Leo, procura reconstruir moralmente al hombre destrozado. Todo eso es la tortura, y todo eso es abordado valientemente por Sastre.

Ese tratamiento realista, que nos atrevemos a calificar de profundización dialéctica en la realidad, campea por toda la obra. Es él el que no nos deja escaparnos de la trama en toda su exposición. Al final, ese realismo llega a su máxima expresión con las palabras finales de Pablo — «están muertos ya, vosotros sois más fuertes», algo así, porque citamos de memoria —: los vencidos, los capturados son, en realidad, los vencedores, porque el porvenir está cerrado *irremediablemente* para sus verdugos y abierto para ellos, porque históricamente su detención, sus sufrimientos, incluso su supresión física, son anacrónicos y porque detrás de ellos la lucha crece con más ímpetu.

En tercer lugar, es necesario hablar de los valores puramente literarios de *En la Red*. La importancia del tema, la exposición rigurosamente realista, no hubieran bastado para conseguir el efecto causado. Si, además de todo lo expuesto, *En la Red* no fuera una magnífica obra de arte, su contenido ideológico hubiera sonado frío, falso; para aprovecharlo hubiéramos considerado su fracaso como un manifiesto político o como un ensayo sociológico. Pero *En la Red* es una magnífica realización teatral.

El tema de la lucha revolucionaria permite plantear un conflicto dramático general — el que existe entre los perseguidos y la represión, el «gran villano» de la pieza — y, dentro de él, otros conflictos de menor importancia, pero igualmente apasionantes, que resultan no sólo verosímiles, sino también necesarios para el desarrollo del drama.

La misma calidad alcanzan los tipos humanos. Ahí están construídos a pulso, ante la mirada del público, cuatro caracteres: Pablo, Celia, Leo, el viejo luchador gastado. Pablo merece un comentario especial.

Pablo, como vemos al fin, es un alto dirigente de la organización. El hombre preocupado, más que de sí mismo, de los demás; el hombre que, cuando sabe que va a caer en manos de los torturadores, utiliza sus últimos minutos de libertad para moralizar a los otros, para salvar lo que aún puede ser salvable. En él, en esos momentos, comprendemos que la lucha no termina con su captura, que bajo las botas de los torturadores Pablo los va a derrotar, porque los enemigos, y no él, están ya muertos, podridos y no tienen mañana. Es el hombre capaz de caer como cayó Simón Sánchez Montero. Con este personaje, Sastre corría el peligro de fabricar una estatua, un dios pétreo e inverosímil. Al soslayar ese peligro, nos ha ofrecido un típico dirigente revolucionario. A primera vista nada le distingue de un ser corriente; su moral no es la de un puritano; si es hombre y joven, le gustan las chicas, beber un buen licor, leer un libro ... A veces

parece frío, duro, porque el oficio lo exige; la revolución como profesión no admite nervios, ni sentimentalismos, ni literatura. Pero en el fondo, está el hombre, con sus debilidades e imperfecciones. A veces, un beso es casi irresistible ... Sí: así son los dirigentes de los pueblos, no héroes de cartón piedra, ni robots desalmados, sino seres humanos sencillos, donde el pueblo descubre a uno de los suyos. Es precisamente ese humanismo básico y elemental, junto a la comprensión teórica y la responsabilidad política más acabadas, lo que permite a Pablo alcanzar el heroismo cuando llega el momento de ser héroe. De seres como Pablo está llena la historia de la clase obrera, en el mundo y en España. No necesitamos insistir, porque todos sabemos de alguno. Lo inesperado e impresionante es que haya salido uno de ellos en la escena del teatro de Recoletos, en el Madrid franquista, a través de la mejor obra de Alfonso Sastre. Nos parece que es así como debe juzgarse, urgentemente, esta extraordinaria aventura teatral: apasionadamente, sintiendo aún el calor de su huella. La cosa no es para menos. Claro está que podemos equivocarnos; pero creemos que, con *En la Red*, un arte nuevo, el arte de la España futura que todos soñamos, ha entrado por la puerta grande, por el telón de oro, en la escena nacional

T. I.

Arte

LA EXPOSICION DE LOS 36

Durante un mes — del 9 de Mayo al 11 de Junio —, tuvo lugar en la Maison de la Pensée de París una exposición de treinta y seis pintores españoles que ha dado bastante que hablar, dentro y fuera de España.

Uno de los motivos del interés despertado por la exposición es que descubría ante el mundo internacional del arte aspectos ignorados o poco conocidos de la modernidad pictórica española. «Este mensaje de los pintores de España — escribió Michelle Seuriére en «ARTS» — aunque evidentemente limitativo, nos permite familiarizarnos con un cierto clima pictórico que ignorábamos».

De nuestra pintura contemporánea habían sido dadas a conocer al exterior bien las producciones de un academicismo fosilizado, muy del gusto de una cierta aristocracia y de una cierta burguesía (incluido el gusto particular del Caudillo, que hasta en este campo se cree investido de su misión providencial) o bien, en los últimos años, las producciones del abstraccionismo más cotizado en el mercado internacional de los «valores plásticos».

La apertura hacia el arte de «vanguardia» que el franquismo inició hace algunos años, ha sido presentado poco menos que como una prueba del «espíritu liberal» del régimen en el campo cultural. Pero, como muy acertadamente se dice en la introducción escrita por Martín Jiménez para el catálogo de la exposición «los organismos españoles han creado así el éxito de ciertos artistas, no presentando nuestro arte tal como es, con sus características auténticas, sino adaptando nuestra participación nacional a las exigencias de una vanguardia internacional y disimulando como un deshonor las tendencias de la pintura o de la escultura que rechazan categóricamente toda influencia del snobismo mercantil. Así, el mundo de las artes ignora casi toda la existencia en España no solamente de un vigoroso movimiento realista de protesta y denuncia, o presentando características puramente españolas, sino incluso de otras tendencias de la abstracción menos conformes a las exigencias del mercado, como la abstracción formal y analítica».

Es indudable que dicha política franquista en el terreno del arte, representa un serio obstáculo para las corrientes que se esfuerzan en renovar nuestra pintura asimilando todas las innovaciones realmente valiosas, vengan de donde vengan, pero manteniéndose en una línea de fidelidad a la rica y vigorosa tradición del arte español. Porque sólo un arte que sea nacional, que hunda sus raíces en la entraña popular, puede ser auténtico y llamarse de vanguardia. Sólo este arte puede alcanzar validez universal. Lo otro no sobrevivirá a la moda efímera.

De ahí el interés considerable de la exposición de los 36, primera mani-

festación global, independiente, de la pintura española, desde que el oscurantismo franquista se abatió sobre nuestro país. Pese a sus indiscutables limitaciones, derivadas de las naturales dificultades económicas y de la precipitación con que fue organizada, todas las obras expuestas «representan — como dice en la introducción antes mencionada M. Jiménez — el estado actual de la pintura española y se integran activamente en una corriente viva de intercambios artísticos en España».

La exposición ha puesto de manifiesto, efectivamente, que ni la dictadura academicista de los primeros años franquistas, ni el apoyo oficial al abstraccionismo cosmopolita de los últimos, han podido matar el nervio realista de la pintura española. En el «Aficionado a la música» del maestro Vázquez Díaz, late el realismo analítico de un Zurbarán, como en el impresionante «Tríptico de los propietarios terratenientes» de Ortega se advierte vivo el realismo expresionista de un Goya y la huella de Solana. Hasta en las indagaciones analítico-espaciales del «Equipo 57» (particularmente en los dos lienzos de gran formato que figuran en la exposición) o en el informalismo expresivo, patético y elemental, de Saura, hay una impronta peculiar, con resonancias arcanas en la tradición pictórica española.

No cabe en este breve comentario entrar en un análisis circunstanciado de la exposición de los 36, aunque no podemos dejar de mencionar los dos lienzos de Zabaleta, fiesta de armonía, de color y de humanismo, en los que las influencias picassianas no disminuyen en nada la poderosa personalidad del maestro de Quesada; los dos paisajes castellanos de Caneja, con su riqueza de matizaciones y formas, fundidas en la quemante luz y tierra de la meseta, el expresionismo mordaz, satírico social de la «Escuela amiga» y «Los menores» de Mateos; las dos «niñas» de Macarrón y la de Delgado, el muchacho de Pena, el niño de «La cocina» de Palacios, que con diferentes estilos tratan el tema de la infancia, tan frecuente en el realismo español; de una infancia de hoy, que nos evoca suburbios y miserias. Tampoco querríamos pasar en silencio en esta reseña telegráfica los dos lienzos de raíz solanesca de Zamorano; las «telas desgarradas» de Millares, con su evidente intención alusiva — al menos en el marco de esta exposición — a la entraña en carne viva de todo un pueblo; los grabados de Ortega, de Alvarez y del equipo de Sevilla.

Si se quisiera mencionar el rasgo que domina, que unifica, la rica gama de concepciones y estilos abarcados por los 36, sería difícil decirlo mejor que un semanario parisino: «en estos lienzos se refleja, en su factura y contenido, el carácter dramático de la vida cotidiana de España».

Completamente cierto. Y por lo general, no es un reflejo pasivo; es un grito, un gesto de protesta, una afirmación de esperanza que hay que conquistar en dura lucha. La cima indiscutible de la exposición en este sentido es el «Tríptico de los propietarios terratenientes» y los otros dos lienzos de segadores de Ortega que marcan un verdadero progreso en la obra de este artista. En ellos, se expresa plásticamente todo un temperamento pero está también —¡y con qué fuerza! — el problema número uno de la realidad social española: el problema de la tierra. Y no se trata de una tesis ilustrada, contada, con líneas y colores (si se puede hablar de colores ante esa severa aridez de ocres, grises y negros, de tierras que parecen arrancadas del labrantío y amasadas sobre el lienzo con sudor y sangre de los segadores) sino de algo vivo, con entidad propia. No es la cuestión agraria ilustrada, es la cuestión agraria transmutada en obra artística de primera categoría. Y no es un azar que este «Tríptico de los propietarios terratenientes» haya visto la luz en 1961 ...

Días antes de inaugurarse la exposición de los 36, en otras salas de la

misma Maison de la Pensée habían sido instaladas las 150 obras, agrupadas en torno a cuatro magníficos lienzos de Picaso, que numerosos artistas de primera fila de Europa Occidental habían donado a la campaña por la amnistía de los presos y exiliados políticos españoles. La convivencia de las dos exposiciones, su proyección recíproca, ha realzado la significación de ambas. Después de recorrer los lienzos enviados por los 36 pintores españoles, era fácil comprender para el visitante no muy al corriente de la realidad española que la tragedia de los presos y exiliados políticos no es más que un aspecto, uno de los más dolorosos ciertamente, de un drama más amplio, del drama de todo un pueblo que hace dos décadas derramó su sangre a torrentes para conquistar el derecho a una vida mejor, y aún no lo ha logrado.

Se comprende que los organismos franquistas encargados de vigilar y regentar el mundillo artístico español hayan recurrido a maniobras y presiones para impedir, o por lo menos reducir la importancia, de la exposición de los 36. Pero han fracasado. Los pintores españoles que no vacilaron en poner su firma al pie de los documentos reclamando la libertad de los presos políticos, que no vacilaron en proclamar su adhesión a la conferencia europea por la amnistía tampoco vacilaron en enviar sus obras a la Maison de la Pensée, demostrando así que también el arte español está en trance de romper las cadenas que desde hace más de dos décadas aprisionan su poderosa vitalidad creadora.

M. A.

UNA NUEVA REVISTA:

« TRIBUNA SOCIALISTA »

Hemos visto los dos primeros números de la revista « Tribuna Socialista », publicada en París bajo la dirección de Wilebaldo Solano, conocido militante trotskista. Se trata, según se define a sí misma en el editorial de presentación y en la portada, de una « revista socialista independiente de crítica e información ».

La publicación de esta revista se inscribe en el marco de la efervescencia que, desde hace algunos meses, muestran diversos grupos políticos de la emigración que, hasta ahora, se habían mantenido en una pasividad más o menos manifiesta.

Y no es porque sí. La dictadura se aproxima a su fin y los problemas que plantea su liquidación son cada vez más vivos. Y entre todos, el fundamental: la salida democrática o la salida reaccionaria.

Puestas ante la perspectiva próxima de una crisis del franquismo, determinadas fuerzas conservadoras y liberales ven en un cambio de fachada la única posibilidad de mantener íntegramente sus posiciones actuales. Coinciden en esto — aunque con importantes matices — con los gobernantes de los principales países imperialistas.

Sabido es el interés que muestran estos gobernantes por una « liberalización » del régimen español que les permita frenar el impulso de las masas populares, conservar sus posiciones actuales — bases, etc. — y abrir vía libre a sus propósitos expansionistas.

El cambio de fachada — llámese monarquía u otra cosa, pero esencialmente monarquía — es concebido por sus propugnadores como la única manera de impedir un cambio verdadero, esto es, un cambio impuesto por las masas populares, un cambio que abriría a nuestro país la vía de un desarrollo democrático lleno de posibilidades.

El problema con que se encuentran estas fuerzas conservadoras y liberales es, sin embargo, muy grave. Efectivamente, ¿cómo pueden garantizar el mantenimiento de « su » estabilidad en un cambio por arriba? ¿Cómo impedir que las masas populares hagan oir su voz y tomen la dirección de la lucha por una verdadera democracia? ¿Dónde encontrar una « tercera fuerza » con el vigor suficiente para frenar y detener el impulso democrático de las masas populares?

Puestas ante este problema y ante la cruda realidad de su propia debili-

dad orgánica, estas fuerzas se mueven en tres direcciones fundamentales:

— Aglutinar energías mediante pactos, uniones y reunificaciones.

— Solicitar el apoyo de los gobiernos imperialistas a cambio del sometimiento incondicional a sus exigencias.

— Anticomunismo abierto, para dividir a las fuerzas populares y asegurarse el apoyo de dichos gobiernos. Para esto necesitan la colaboración de fuerzas llamadas « de izquierda » y la buscan, naturalmente, en la emigración.

Por lo demás se trata de frenar el movimiento de masas, de propiciar soluciones por arriba, de mover lo que menos se pueda, de abrir la puerta sólo unos centímetros para cerrarla lo más pronto posible.

Hasta aquí los propósitos. Afortunadamente, la realidad está lejos de corresponder a los mismos. Las masas populares están en movimiento — y van a estarlo cada día más — y el Partido Comunista, lozano y con más vigor que nunca, ocupa su puesto de vanguardia. Mientras unos intentan construir « su » salida por arriba, la salida democrática se va gestando por abajo, obligando a radicalizar posiciones y a definirse en función de una situación altamente fluída. Así se explican determinadas fluctuaciones, así se explica la relatividad misma de ciertas formaciones políticas que aparecen, desaparecen, se funden, se unifican, se dividen, intentan definirse, en una palabra.

En este contexto — decíamos al principio — aparece « Tribuna Socialista ». Su dirección está en manos de conocidos militantes trotskistas. Esto ya quiere decir mucho, pero no lo dice todo, evidentemente.

Sería injusto menospreciar el supuesto de la incorporación honesta a la lucha antifranquista por parte de muchos intelectuales. Hay, claro está, formas y formas de incorporarse a la lucha, pues son muchos los factores que impiden una plena toma de conciencia de las exactas dimensiones de ésta, por mucha honestidad que se ponga en el empeño.

La extracción burguesa de la inmensa mayoría de los intelectuales y universitarios españoles es, por ejemplo, un factor de gran importancia: por más que aspiren a una superación de los valores de las clases de procedencia, muchos intelectuales no llegan más que a una superación « ideal » de estos valores, no llegan a transcender el marco mismo de su vigencia.

Esto se explica por muchas razones: la subsistencia de infinitos lazos (afectivos, profesionales, etc.) con la clase de origen; la falta de una verdadera práctica revolucionaria, esto es, de una ligazón efectiva con las masas revolucionarias; las propias dificultades económicas que, por un lado, acercan a las masas pero, por otro, alejan de ellas en cuanto los módulos de resolución de las mismas no son idénticos; las dificultades de una formación intelectual autodidacta y ruda pero, por lo mismo, fragmentaria y a menudo desorientada, etc. tales son algunas de las razones que, en la España de nuestros días, hacen que la lucha de muchos intelectuales — pese, repetimos, a la indudable honestidad de la mayoría de ellos — sea más radical en las palabras que en los hechos, más clara — o menos confusa — en los propósitos que en los resultados.

Hasta aquí el supuesto de la incorporación « honesta » a la lucha. Pero está claro que, junto a él, hay que contar con el otro: el del pseudo-revolucionario, más interesado en defender posiciones personales y subvenciones más o menos vergonzantes que la verdadera causa del pueblo español.

¿Cuál es la orientación real de « Tribuna Socialista »? Después de un

primer número bastante cauteloso, el segundo da ya más elementos de juicio.

Su objetivo central — dice — es el antifranquismo. «Tribuna Socialista» aspira a dar a los «obreros, intelectuales y estudiantes»

> «análisis serios, estudios ajustados a la realidad, soluciones concretas, perspectivas claras y, por consiguiente, una nueva orientación de la política y de la propaganda contra el régimen teocrático-militar que reina en España» (1).

Veamos como cumple este objetivo. Al análisis de la situación en España están dedicados, en el primer número, — aparte del editorial de presentación — los artículos y notas siguientes.

— «El capitalismo monopolista de Estado en España», por Pedro Morales.

— «La juventud española y la dictadura de Franco», por José H. Balboa.

— «La literatura española bajo el franquismo», por J. M. Juanbelz.

— «Con Blas de Otero en París», por F. Fernández Santos.

Reproduce, también, un fragmento de «Las Cortes de Cádiz» del texto clásico de Marx «La revolución española» y un documento sobre «El enriquecimiento de los dirigentes franquistas».

En el segundo número se dedican a dicho análisis, tres notas editoriales — «Balance de la política económica de Franco», «Un objetivo común para España y Portugal» y «Nuevas perspectivas para las fuerzas antifranquistas» —, un estudio — «La evolución del campo español en los últimos veinte años», por J. Noguera —, un documento sobre los beneficios de las empresas españolas en 1958 y 1959 y las primeras respuestas a la encuesta «El presente y el futuro del movimiento sindical español», proporcionadas por dirigentes cenetistas y ugetistas de la emigración.

Dejando aparte los textos clásicos y los documentos, el mejor, con mucho, de los artículos citados es el de Juanbelz, que ofrece una síntesis apretada pero justa y objetiva del panorama de nuestra literatura en estos veinte años de dictadura. De menos talla pero interesantes son el artículo de J. Noguera sobre la evolución del campo español y la nota de Fernández Santos sobre Blas de Otero.

Los artículos restantes merecen que nos detengamos un poco en ellos. En el de Pedro Morales, porque observamos un defecto — la falta de seriedad y de rigor — que contradice abiertamente las aspiraciones y objetivos que proclama el editorial de presentación. Pues sólo a falta de seriedad y de rigor puede achacarse que el Consejo de Redacción de «Tribuna Socialista» no se haya tomada siquiera la molestia de completar un artículo que — según nos consta — fué elaborado originariamente para otra revista, y no haya hecho el mínimo esfuerzo de sacar unos porcentajes estadísticos que el autor anónimo del artículo no había sacado.

Lo más grave, sin embargo, no es que se cometan defectos de forma como el citado, sino que una revista que se pretende revolucionaria publique un artículo como el de José H. Balboa, en el que se dicen cosas como éstas:

> «Si bien el momento actual de la clase obrera española está caracterizado por un inmovilismo fatalista y una resignación apoyada en la espera de un milagro, el desencanto o la pura indiferencia, la situación de los gru-

(1) *Núm. 1, pág. 1.*

pos intelectuales que han manifestado una dinámica antifranquista, aunque de orden distinto, no es mucho más brillante. » (2)

Que la tarea de superar la catástrofe de la guerra civil ha sido larga y penosa es indudable; que en esta tarea la clase obrera ha pasado por etapas muy diversas y su toma de conciencia se ha resentido de ello, también lo es. Pero sólo un hombre encerrado en su propio mundo, alejado del verdadero combate del pueblo español, puede confundir la lucha cotidiana, oscura y heroica de nuestra clase obrera con el « inmovilismo y la resignación ».

Si la clase obrera fuese esta masa « desencantada e indiferente » de que habla el autor del artículo, quedaría por saber por qué la dictadura ha llegado al grado de descomposición en que está actualmente, quedarían por explicar las huelgas de Barcelona, de Madrid, del País Vasco, de Navarra, etc., quedarían por explicar las innumerables acciones parciales que se realizan en fábricas, en talleres y en tajos de toda España, quedarían por explicar las valientes acciones de los jornaleros agrícolas andaluces y extremeños ...

Si los intelectuales españoles fuesen lo que dice Balboa, quedarían por explicar las acciones de los estudiantes y su importantísima lucha actual — que Balboa debe ignorar —, quedaría por saber el porqué de las tomas de posición, de las luchas corporativas y de las manifestaciones individuales y colectivas de tantos y tantos intelectuales de Madrid, de Barcelona, de Sevilla y otras ciudades.

Organizar y dar vuelo político a la lucha del pueblo español es una tarea dura y paciente en la que junto a los grandes resultados menudean los reveses. Valorar esta tarea según el criterio de la propia impaciencia no es una actitud revolucionaria sino anarquizante. De nada sirve proclamarse revolucionario sino se tiene una confianza absoluta en las masas que han de realizar la revolución. De nada sirve repetir el principio leninista de que « sin teoría revolucionaria no hay revolución » si se olvida que

> «... la teoría se convierte en poder material tan pronto como se apodera de las masas » (3)

y que

> «... así como la filosofía encuentra en el proletariado sus armas materiales, el proletariado encuentra en la filosofía sus armas espirituales ...» (4)

Esto en cuanto al análisis. En lo relativo a la táctica de lucha contra el franquismo, « Tribuna Socialista » avanza dos formulaciones altamente reveladoras:

En primer lugar, preconiza que

> « ... las fuerzas que combaten contra la dictadura de Franco y contra la dictadura de Oliveira Salazar tendrán que asociarse y conjugar sus esfuerzos con el movimiento de liberación de las colonias portuguesas. El frente de lucha se ha hecho más amplio; pues bien, ello quiere decir que sus posibilidades serán infinitamente mayores. Por lo demás, la lucha común, la victoria común, sentarán las bases de una nueva organización política y social de la Península Ibérica y, posiblemente, de una federación de pueblos libres e iguales. El movimiento obrero y socialista debe preparar ya semejante perspectiva. » (5)

---

(2) Núm. 1, pág. 29.

(3) K. Marx: « En torno a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel. Introducción ». La Sagrada Familia y otros escritos. Trad. W. Roces. México 1959, pág. 9—10.

(4) K. Marx. Op. cit. pág. 15.

(5) Nota editorial « Un objetivo común para España y Portugal », núm. 2, pág. 3.

En una palabra, los movimientos antifascistas de España y Portugal deben, según « Tribuna Socialista », condicionarse mutuamente, avanzar al unísono prescindiendo de las características de la situación social y política de cada país y organizarse con vistas a una entidad política futura cuyas características son, hoy por hoy, absolutamente indefinidas e indefinibles.

Con esto lo que se hace es prescindir de las características *concretas y específicas* de España y Portugal, prescindir de los intereses *concretos y específicos* de las masas populares de uno y otro país y plantear la lucha no en términos de movilización de las masas sino en términos de acción de grupos políticos minoritarios.

Frente a esta concepción, no cabe mejor respuesta que la formulada por los Partidos Comunistas de España y Portugal en reciente comunicado conjunto:

> « Los Partidos Comunistas de Portugal y España consideran que la lucha que llevan a cabo sus respectivos pueblos contra las dictaduras de Salazar y Franco requiere la colaboración mutua de los movimientos de oposición de ambos países. Por consiguiente, ambos Partidos sostendrán y estimularán cuantas iniciativas conduzcan a reforzar los lazos de amistad y de cooperación entre la democracia española y la democracia portuguesa. »

Pero

> « Debido al hecho de que España y Portugal son Estados distintos que no forman un conjunto político, y a las particularidades y diferencias que, pese a la semejanza de régimen fascista, existen en la situación política de los dos países, resulta que cada uno de ambos pueblos desenvuelve su lucha independientemente, con tácticas y métodos propios. La pretensión de establecer un « centro común » de dirección de las fuerzas antifascistas portuguesas y españolas y hasta un « ejército de liberación » común no corresponde a la realidad; es contraria al contenido nacional e independiente del movimiento de liberación de cada uno de los dos países, y susceptible de crear dificultades y provocar acciones inadecuadas de las fuerzas democráticas; facilita además la propaganda fascista que trata de negar el carácter nacional de los movimientos de oposición de cada país y de presentar éstos como una « conjura extranjera ».
>
> El Partido Comunista de España y el Partido Comunista Portugués estiman que la liberación de sus respectivos pueblos no depende de la acción de grupos aislados con métodos terroristas y, mucho menos, de la fusión de algunos de éstos con un carácter artificialmente ibérico, sino de la unidad de las fuerzas antifascistas y de la oposición en cada país y del incremento de la lucha nacional contra las dictaduras de Franco y Salazar. » (6)

La segunda de las formulaciones tácticas a que nos referimos es la siguiente:

> « Si la alianza sindical (se refiere a la alianza constituída en la emigración por las direcciones de CNT, UGT y Solidaridad de Trabajadores Vascos, N. del A.) se constituye definitivamente y se fija unos objetivos claros y precisos en lo que respecta a la

(6) *« Comunicado conjunto de los Partidos Comunistas de España y Portugal ». Mundo Obrero, 15-mayo-61.*

acción en España, el panorama que ofrece actualmente la oposición interior cambiará radicalmente » (....)

«... Ahora el tiempo apremia. Y lo capital es que la alianza sindical sea capaz de movilizar a las masas trabajadoras de la ciudad y del campo contra el régimen franquista. » (7)

¿Cuáles han de ser los objetivos de la alianza sindical?

« ... recobrar la iniciativa de la protesta en el terreno obrero »

y evitar que los sindicatos, una vez liquidada la dictadura,

« ... sean fácil presa para el oportunismo staliniano ...» (sic) (8)

En otras palabras, se trata de convertir a la alianza sindical en un arma anticomunista, en un arma de división de la clase obrera, en un arma que ha de luchar por la movilización *a su manera* de la clase obrera, para evitar que el Partido Comunista la movilice de manera revolucionaria.

A nuestro entender, las cosas están más que claras.

« Tribuna Socialista » se presenta a sí misma como una revista « socialista independiente ». ¿Qué quiere decir esto?

Por lo pronto, y esencialmente, quiere decir que es anticomunista. El anticomunismo es hoy una actitud extremadamente variada que va desde la crítica elemental de los apologetas católicos hasta el superrevolucionarismo verbal de los « marxistas verdaderos », los que acusan a los comunistas de conservadurismo y de dogmatismo, los que designan a los comunistas con la palabra de « stalinistas ». En esta línea se coloca « Tribuna Socialista ».

Su « marxismo verdadero » consiste: a) En negar que los países socialistas tengan algo que ver con el marxismo. La revolución socialista no sería tal revolución. Un grupo de aprovechados (el Partido) se ha servido de las masas para encaramarse al poder, desde donde explota implacablemente al pueblo, en condiciones parecidas a las de la sociedad capitalista. De aquí la opresión, la dictadura, etc. y de aquí que tanto la URSS como China consideren extremadamente peligroso el movimiento de emancipación colonial y tiendan a frenarlo (!). (9)

b) Los comunistas han adulterado el marxismo al convertirlo en una concepción del mundo. El marxismo no es más que una filosofía de la historia. Lo demás es metafísica, dogmatismo, etc. (10) Lo que no impide que en otro artículo se glosen las formulaciones del filósofo revisionista francés Henri Lefebvre sobre « El marxismo, concepción del mundo ». (11)

c) Los comunistas son unos dogmáticos y stalinistas. Además, los comunistas españoles no educan revolucionariamente a las masas y cuidan con exceso los problemas de táctica. (12)

d) El Partido Comunista de la URSS quiere mantener la hegemonía sobre los demás Partidos Comunistas, pero el Partido Comunista de China lucha

---

(7) Nota editorial « Nuevas perspectivas para las fuerzas antifranquistas », núm. 2, pág. 5.

(8) Encuesta sobre « El presente y el futuro del movimiento sindical español » Respuesta del dirigente comunista Fernando Gómez Peláez. Núm 2, pág. 72.

(9) Cfr. el art. de Pierre Naville « Las causas profundas de la guerra fría », núm. 1, págs. 6—12.

(10) Cfr. el art. de P. Alonso « Defensa del marxismo », núm. 1, págs. 23—26.

(11) Cfr. el art. de Eugenio Werden, « El marxismo, concepción del mundo », núm. 2, págs. 23—28.

(12) Cfr. « Presentación », núm. 1, págs. 1—5, el art. de P. Alonso ya citado.

contra él y Pekín será pronto otro «centro» del comunismo mundial. «La burocracia rusa es profundamente conservadora» ..., «busca un acuerdo con el capitalismo americano» ... «sus mayores audacias consisten en ayudar a la burguesía nacional en ciertos países en vías de liberarse de la dominación colonial», ... «es de desear que el conflicto (?) entre Moscú y Pekín estimule a las fuerzas de renovación socialista y aseste nuevos golpes al dogmatismo stalinista ...», etc. etc. (13)

e) Lo que hay que hacer es adaptar el marxismo a la época contemporánea. Así por ejemplo se alaba la «adaptación» del revisionista Fritz Sternberg que

> «... muestra la existencia de posibilidades de una evolución inminente y no revolucionaria de dicha economía (la capitalista) gracias a las medidas intervencionistas del Estado, que han creado, en todo el mundo capitalista, para los excedentes de mercancías, posibilidades de colocación en las que no habían pensado los economistas marxistas clásicos.» (14)

En una palabra: revisionismo de la especie más clásica junto a un superrevolucionarismo verbal también de la especie más clásica. Todo, naturalmente, más marxista que Marx. Una tercera vía que no se ve bien donde está, pero que hay que predicar para no caer ne la «segunda», es decir, en la verdadera vía revolucionaria, la marxista-leninista.

Los redactores de «Tribuna Socialista» aislados de las masas, viven en el limbo de sus propios esquemas mentales. Se resisten a ver el mundo tal como es y, sobre todo, tal como marcha. Hablan imperturbablemente de «burocracia rusa», de «conciliación entre la URSS y los EEUU» tomando y dando como verdades todos los lugares comunes del anticomunismo mundial. Hablan de los movimientos de liberación nacional sin entender su razón de ser histórica ni la esencia de las fuerzas que los impulsan. Pretenden reducir el marxismo al concepto positivista de filosofía de la historia y hablan de metafísica exactamente en el mismo sentido que lo hacen los ideólogos neo-positivistas del mundo burgués. Acusan a los comunistas de conservadores y poco revolucionarios y pretenden que se puede llegar al socialismo por vía evolutiva y no revolucionaria.

Este confusionismo, esta convivencia en unas mismas páginas de ideas anarquizantes, revisionistas, neo-positivistas, trotskistas, etc. sólo se explica porque todas ellas tienen un denominador común: su anticomunismo. Esta es la razón de que encuentren acogida al mismo tiempo en la revista. En definitiva, la causa que viene a defender «Tribuna Socialista» es la causa del anticomunismo.

Razones de espacio nos impiden analizar como es debido los «argumentos» de este tipo de anticomunismo. En la primera ocasión que podamos lo haremos. Pero lo que en esta nota nos interesa subrayar es el carácter de «Tribuna Socialista» y su orientación ideológica y política.

Para nosotros, comunistas, una cosa está perfectamente clara: la lucha contra el franquismo y por la democratización de España no excluye, antes al contrario, la lucha por la clarificación de posiciones, la lucha por la dirección política e ideológica del proceso democrático y revolucionario. La alianza — necesaria — entre las fuerzas antifranquistas — y no nos referimos sólo a

(13) Cfr. nota editorial «La conferencia de los 81 y la crisis Moscú-Pekín», núm. 2, pág. 7.

(14) Cfr. el artículo de L. Goldmann, «El capitalismo, el socialismo y nuestro tiempo», núm. 1, págs. 19—22.

los partidos políticos-no excluye la independencia de cada una y la crítica de las posiciones negativas de las restantes.

Pero esta crítica ha de tener dos presupuestos inexcusables: la honestidad y el rigor científico. Cuando no se apoya en estos dos presupuestos la crítica es negativa y, en consecuencia, perjudica a la causa común que se dice defender.

M. Oriol

«NUESTRAS IDEAS» está a la venta en las librerías:

bélgica

Librairie «Du Monde Entier», Place St-Jean, Bruxelles

italia

«Libreria Rinascita», 2-3, Via Botteghe Oscure, Roma

suiza

«Librairie Rousseau», 30, rue Rousseau, Genève

méxico

«Librería Madero», Avda. Madero, 12, México D. F.

«El Gusano de Luz», Hamburgo, 22, México D. F.

«Librería Juárez», Avda. Juárez, 102. México D. F.

«Editorial Popular Fondo de Cultura», Avda. Hidalgo, 75. Deps, 107, México D. F.

«Librería Zaplana», Avda. San Juan de Letrán, 41-1, México D. F.

Talleres gráficos «Märkische Volksstimme» — Potsdam (Alemania)

Suscripciones a «NUESTRAS IDEAS»

Suscripción para un año (4 números) :

Para España : Pesetas	90
Para Bélgica : Francos belgas	90
Para Francia : Francos franceses (N. F.)	8,70
América Latina : Dólares	2,40
Para Suiza : Francos suizos	9

Para suscribirse puede Vd. enviar la suma correspondiente a :

«Compte Chéques Postaux», n. 5744.90 François Claessens. *Compte spécial* — Bruxelles — O sencillamente por Giro Postal Internacional a : F. Claessens. 45, rue Sylvain Denayer. Anderlecht. Bruxelles.

Se reciben también suscripciones :

En Ginebra : «Librairie Rousseau»
30, rue Rousseau, Genève.

El cambio de precio en francos franceses se debe a las medidas financieras tomadas en ese país.

Edit. resp. : M. F. Claessens. 45, rue Sylvain Denayer, Bruxelles

precio del ejemplar:

pesetas : 25

francos belgas : 25

fr. franceses (N. F.) : 2,40

francos suizos : 2,50

dólares : 0,70